



ENCARNA ABAD

REINOS DE CRISTAL

LA COMITIVA DEL MILAGRO

VOLUMEN I



Ediciones
Alféizar

ENCARNA ABAD

REINOS DE CRISTAL
LA COMITIVA DEL MILAGRO

VOLUMEN I



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 – Alquería de la Condesa – Valencia – España

Autor portada: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

Agradecimientos

No es fácil mostrar el agradecimiento que merecen todos aquellos que han contribuido a hacer de este proyecto una realidad, desde los más entusiastas a los más escépticos porque todos para mí han sido de gran ayuda.

No puedo dejar de nombrar a amigos que, no solo me han apoyado, sino que se han implicado en “Reinos de Cristal” aportando su buen hacer profesional, como Martín de Campos y Alcaide y Tito Álvarez de Eulate, que han realizado su “booktrailer”. Tener una mención especial para Paloma Barrientos, quien se ha prestado a prologar esta obra. A todos ellos, grandes profesionales, a quienes no agradeceré nunca su paciencia conmigo por estar siempre ocupadísimos en su trabajo y tener un hueco para mí.

Los que me rodean a diario, han sufrido conmigo y se han alegrado también de ver llegar hasta el público a “Reinos de Cristal” siendo los primeros en poder leerla, y a quienes doy gracias por su comprensión. A mis padres, Encarna, como yo y Eladio, a mi hija, María Eugenia y a mi hijo, Marcos.

Mi agradecimiento especial a Juan José Segovia, que ha vivido mis “atascos” y en infinidad de veces, ha sabido hacerme encontrar el hilo conductor con su claridad de ver siempre las cosas, tal y como acostumbra a hacer en nuestro día a día.

Mi agradecimiento a Ediciones Alféizar por confiar en el proyecto y en mí.

Me ha llenado de satisfacción saber que les ha emocionado esta novela y que han sufrido y sido felices con los derroteros de sus protagonistas, como también espero que los lectores que sientan curiosidad por “Reinos de Cristal”, puedan hacer con cada una de sus páginas y disfruten al máximo de su lectura.

Encarna Abad

índice

[Prólogo](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[PERSONAJES HISTÓRICOS](#)

[PERSONAJES NOVELADOS](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

APÉNDICE TRAJES DE LA ÉPOCA

Prólogo

Escribir sobre una obra literaria donde el autor ha puesto toda su ilusión siempre me ha resultado una tarea compleja y admirable. O te pasas o no llegas y es igual de malo lo uno que lo otro. Sé lo difícil que es ponerse ante una pantalla vacía (qué lejos queda lo del folio en blanco) y que no lleguen las ideas. Dar vueltas y más vueltas por la casa, buscar documentación, entretenerse con los esquemas para justificar que la inspiración no llega. O mejor dicho no como esperas. En mi trabajo periodístico la inmediatez informativa es más importante que los adornos literarios y por eso reconozco que “Reinos de Cristal” es una novela repleta de inspiración y con un recorrido histórico que engancha desde el primer momento en que Manuel Acosta, protagonista e hilo conductor aparece en escena. A partir de ese momento es poco probable que el lector distinga entre realidad histórica, novelada e imaginada tal es la capacidad de la autora para llevarnos por caminos inesperados con una narración absolutamente creativa y llena de recursos.

Cuando hay que buscar adjetivos lo mejor es escribir lo primero que te viene a la cabeza porque las musas y las florituras requieren tiempo, tranquilidad de mente y no escribir bajo la presión que obliga publicar la noticia —previamente contrastada— y conseguir que el medio para el que trabajas sea el primero. En el mundo periodístico en el que me muevo la sintaxis es fundamental en forma de sujeto, verbo y predicado. Pero todo esto cambia con la literatura. El mundo literario es otra cosa y tiene ese punto de genialidad del que carece la información pronta. Y por eso mi admiración absoluta y total a personas como Encarna Abad que encuentran en la escritura la manera de expresar sentimientos que al fin y al cabo no son otra cosa que la esencia de la vida.

Saber hacerlo como lo hace ella es una cualidad que aparece en cada línea de esta novela histórica que es también tan cinematográfica. Creo que si este libro llegara a manos de cualquier productor de series televisivas sería una apuesta segura de audiencia. Y no digamos como estreno en salas comerciales. El futuro no está escrito pero ya adelanto que las posibilidades de que se convierta en realidad no es una fantasía en este imprevisible “Reinos de Cristal” donde los perfiles de algunos de los personajes son poliédricos. Muestran valores como pueda ser el honor, la fuerza, el tesón, el valor o el sacrificio para conseguir sus metas. Es importante destacar cómo la autora presenta a las protagonistas femeninas con un perfil valiente capaz de romper con todo para conseguir lo que ansían.

Cuando conocí a Encarna me maravillaba la capacidad que tenía para ilustrar anécdotas cotidianas que con su narración las convertía en pequeñas historias que enganchaban a quien las escuchara. En este caso a mí. Años después nos encontramos en Málaga, una ciudad que me fascina y a la que había viajado en muchas ocasiones. Unas veces por placer y más por motivos profesionales. Reconozco que siempre me ha parecido mágica, igual que Córdoba y Granada, lugares en los que discurre parte de la novela, junto a Castilla y Portugal.

En ese Al-Ándalus de amores, desamores, traiciones, luchas dramáticas, poder absoluto, tragedias sin retorno es donde los personajes ideados por Encarna adquieren vida casi real y te envuelven con su evolución desde el primer momento. Esa capacidad descriptiva de lugares, situaciones y momentos históricos que requieren una documentación tan precisa y trabajada resulta impresionante. Y aseguro que Google para esto sirve de muy poco porque es esencial tener una

capacidad global y un dominio de la historia importante como es el caso de la autora de esta novela.

Hace cuatro años en un paseo nocturno por las calles de Málaga, Encarna Abad me fue esbozando lo que iba a ser este “Reinos de Cristal” que en aquel momento la novela aún no tenía nombre. Reconozco que escucharla era casi como revivir las historias de mediados del siglo XV, de las costumbres y vivencias de aquellos hombres y mujeres, de sus amores, de las luchas por el poder y la violencia que eso acarreaba...

En fin, querida Encarna, has conseguido emocionarme con tu “Reinos de Cristal”, que es el reino de las ilusiones, de la magia, del trabajo bien hecho en un mundo donde demasiadas veces se olvidan palabras como honor, amor y generosidad.

Paloma Barrientos

(Periodista)

Primera parte

Capítulo 1

Primavera 1.453

Lisboa, reino de Portugal

Las aves revoloteaban sobre el cielo despejado de Lisboa. El silencio se rasgó por los diversos graznidos y piales que parecían presagiar algún suceso.

Aquella era la cerería más famosa de Lisboa, el negocio que su padre y su tío habían heredado de su abuelo, la mejor, aunque no daba para abastecer a las dos familias.

Situada en una calle del tortuoso entramado del barrio de la Alfama, que los árabes, bautizaron así porque allí había muchos manantiales naturales con aguas que tenían propiedades beneficiosas. Lo coronaba el Castillo de los Moros, con sus impresionantes torres y almenadas murallas defensivas, que protegían una de las residencias reales de la corona portuguesa. Lugar que ofrecía las vistas más hermosas sobre la ciudad de Lisboa y sobre el Tajo, dominando la colina de San Jorge.

El barrio se dividía en dos, la parte alta, donde vivía la clase más favorecida y el barrio bajo hoy poblado por comerciantes y artesanos, lugar donde estaba la cerería de los Acosta.

Comenzó a sonar un vocerío que poco a poco se hizo dueño de aquel tranquilo atardecer.

—Siempre serás un don nadie.

—¿Dime qué don tienes tú, primo?

En el interior de la cerería, dos muchachos hablaban a voces mientras se aprestaban en las faenas. La cerería era un lugar donde el orden había de prevalecer pues el trabajo de hacer velas requería de varias zonas donde los materiales se apilaban en barriles, otros en canastos y había anaqueles donde se colocaban las herramientas y algunos enseres para la labor diaria. Un hogar central estaba presto para el trabajo de fundido desde el alba, momento en que se empezaba la faena.

—¿Quieres provocarme, eh? Pues no lo conseguirás.

—¿Por qué la tomas conmigo?

—Anda con ojo porque pienso ir a por ti... ¡Voy a echarte!

—¿Por qué la tomas conmigo?

Apenas un crío, sin madre, Manuel se encontró en el seno de una familia que solo lo veía como una carga, a pesar de que ayudaba con su trabajo, cuando su padre tuvo que abandonarlo allí para ir a buscar fortuna.

—Aquí nadie te quiere ya, ni se te necesita. Mi hermano y yo, ya somos hombres y tú estás de más.

—Carlos, si tu padre te oyera...

—Si mi padre me oyera, te lo diría él mismo. Eres solo una carga.

Manuel bajó la vista y retrocedió un paso pensando en dejarlo correr una vez más. Desde que vivía con sus tíos había vivido momentos amargos, la convivencia había sido difícil y había trabajado hasta caer exhausto. Pero sabía que debía agradecer a sus tíos hacerse cargo de él desde que su padre lo abandonó.

—¡No me des la espalda, me oyes!

Carlos hablaba a gritos mientras lo empujaba fuertemente con ambas manos en la espalda. Para su sorpresa, cayó estrepitosamente sobre unos barriles de sebo derretido que se derramaron por el suelo y al intentar levantarse, sólo conseguía resbalar y perder el equilibrio.

A un lado estaban los batidores y los cabos y, al otro, docenas de cestos y canastos con velas ya terminadas para el reparto semanal que se agolpaban unas junto a otras.

Carlos reía viendo cómo Manuel caía una y otra vez, mientras se intentaba poner en pie.

—¡Te está bien merecido!

—¡Ayúdame, por favor!

Los anaqueles de madera también estaban llenos de barriles, manojos para cabos, cuerdas y tarros con cera al lado de redomas para batir. Aquella tarde, cuando marchó su tío, les había dejado al cuidado de preparar los pedidos para el día siguiente, recoger todo después y cerrar la tienda. Cosa que aprovechaba bien Carlos para tratarlo a su antojo y burlarse. Pero esta vez había ido demasiado lejos.

—Ja, ja, ja, ja...

Las risotadas crueles de Carlos llenaban la estancia, pero a nadie le importaba porque estaban solos. Su primo menor, Joao, se fue con su padre para regresar a la casa y preparar los arreos y alforjas de las mulas para el reparto.

—¡Dame la mano!

Parecía inevitable. Un fatídico conjuro cayó en aquel preciso instante sobre Manuel. Los barriles en su rodar movieron y arrastraron cajones y canastos que se volcaban irremediadamente y derramaban sus contenidos. En uno de esos envites, un barril rodó y chocó contra el fogón de la chimenea tan bruscamente que se fue a reventar con tal furia que salpicó de sebo las brasas que prendieron tan rápidamente que produjeron un reguero de llamas casi instantáneo haciendo que los cabos, la cera y la madera fueran pasto del fuego.

—¡Dios!

Los dos muchachos con los ojos como platos por el horror se habían quedado paralizados ante la escena. Manuel intentó arrastrarse hacia la entrada donde había un barril con agua donde se mojaban las velas para enfriarlas con idea de volcarlo y parar las llamas. Carlos le siguió, pero en lugar de ayudarlo, fue hacia la puerta y empujándole a un lado, aun sabiendo que también él se podría quemar si no hacía algo pronto, saliendo vertiginosamente, consiguió gritarle desde la calle.

—Prepárate Manuel porque esto va a ser tu perdición... Todos sabrán que fuiste tú.

Carlos se lanzó a correr calle abajo y se perdió tras la esquina mientras seguía oyéndole gritar.

—¡Padre! ¡Padre!

Manuel quedó paralizado e instintivamente salió fuera de la tienda, mientras seguía escuchando los alaridos que su primo profería sin cesar tratando de atraer la atención de curiosos y de los que se cruzaran en su camino, hasta que pudiera toparse con su padre y ponerle al tanto de lo acaecido.

Sabía que aquello le supondría el mayor castigo de su vida o que, tal vez, le echarían para siempre y no sabría a dónde acudir.

De forma mecánica se adentró cubriéndose los ojos y la cara con un brazo y, tirando a tientas de su cordel consiguió sacar del interior uno de los canastos para el reparto que estaba al lado de la entrada.

Saliendo de nuevo respiró con ansia el aire tosiendo convulsamente y dejó que sus pulmones se recrearan con el frescor y la humedad reinantes. Su cabeza no paraba de dar vueltas ante lo ocurrido, sin saber todavía que aquel suceso inesperado iba a cambiar su vida.

Unas voces lejanas le hicieron volver la vista hacia el final de la calle. No se veía nada pero se adivinaba movimiento de gentes que se acercaban con un gran griterío.

Un vistazo a la tienda, le hizo volver a la realidad. Todo estaba perdido. Las llamas se habían adueñado del interior y el fuego amenazaba el edificio colindante, la casa del señor Seoane, vecino de su tío y con tan malas pulgas que, estaba seguro perseguiría a quien fuera hasta restablecer el dinero que supusiera reparar los daños de su vivienda, si es que conseguía salvarse algo del terrible incendio.

Ya se avistaban los primeros vecinos que iban en cabeza, con los brazos en alto en señal de alarma por el susto. Estaba claro que buscarían al culpable para darle su merecido, especialmente su tío, a quien su primo habría hostigado sin duda alguna.

Sin saber bien qué hacía, se echó sobre la espalda el canasto asegurándolo con las correas y salió corriendo cuesta abajo tratando de alejarse de aquel lugar donde había vivido los últimos siete años, sabiendo que no podría volver allí en mucho tiempo... tal vez nunca.

Sus ojos se anegaron de lágrimas y su corazón latía rápidamente mientras corría sin mirar atrás con un nudo en la garganta. Sin duda el humo le había dejado así los ojos...nunca admitiría que estaba llorando por otra causa, al menos no por una que no había provocado, pero eso sólo lo sabía él.

Apretó los puños con fuerza en torno a las correas de su pesada carga y corrió con toda la velocidad que pudo, hasta que dejó de oír aquellas voces que le acusaban sin piedad, la tarde comenzó a declinar bajo el cielo de Lisboa.

Dos siluetas se recortaban sobre la muralla. Aquella fortificación era un alcázar de tiempos de la dominación árabe situada sobre un pico escarpado que desafiaba el viento y parecía sostenerse sobre las nubes en los días poco despejados.

Tenía un recorrido extenso que dominaba la vista de las tierras que a sus pies se encontraban, siendo un lugar estratégico para la defensa. Era un entramado de muros y torres de piedra que

zigzagueaban laberínticamente sobre el monte que corría irregularmente ladera abajo.

Era un lugar que los vientos azotaban con violencia desde donde se divisaba el mar y donde nada parecía tener fin pues todo se diluía sin contornos ni límites.

Las dos siluetas permanecían contemplando aquella magnífica panorámica que sus ojos apenas podían abarcar. Sin moverse, la mirada al infinito y las manos unidas, como conectadas entre sí por una emoción compartida. Algunos arbustos se desplegaban y se adherían a las piedras, azotados por el viento racheado de aquella tarde.

—Qué paz tan grande...

—Sé lo que significa para vos contemplar estas aguas. A menudo no sé si estáis más aquí o allá...

—A veces, quisiera estar allá lejos. ¿Te imaginas poder partir en pos de nuevos lugares? Pisar tierras que nadie aún pisó. Ver flores y aves y sobre todo, conocer otras gentes.

—Todo eso se llama querer aprender, señora.

—Tienes razón Anabela. Cuando recibo una misiva de mi tío Enrique, relatándome detalles de sus expediciones, siento que podría subirme a un navío y unirme a aquellos que van en pos de un sueño.

—Señora, ¿por qué vuestro tío no viaja también? No comprendo. Por algo le llamarán el Navegante.

—Es curioso, Anabela, los dos amamos la mar, pero nos quedamos en tierra soñando.

—Soñadores, pues.

—Sabes que mi tío disfruta con sus libros y con las charlas de los marineros que le envenenan los oídos con sus historias de aventuras, más o menos ciertas, con las que se anima a preparar nuevos viajes.

—Eso, también tiene que hacerlo alguien, mi señora.

—Es muy inteligente y ama la soledad en la que suele planear sus sueños.

—¿Puedo preguntaros algo?

—Si no puedes tú, quién ha de poder si no.

—¿Añorareis la mar en Castilla?

—Estoy segura. Pero mi tío don Enrique no se olvidará de enviarme sus misivas. Él alimentará mi sed aventurera.

—Habréis de embarcaros en una difícil aventura en Castilla, aunque no haya mar. Me refiero a la boda con vuestro primo.

—No te parece bien, pues.

—No soy yo quién para opinar. Sólo temo que no seáis feliz allí.

—Yo espero saber obrar como una reina y cumplir con lo que se espera de mí.

—Pero, ¿jamás a vuestro primo Enrique Trastámara?

—¿Cómo podría saberlo? ¿Acaso las princesas se casan enamoradas?

—Entonces yo tampoco lo sabré nunca...

—No te debe preocupar eso ahora. Además, no eres ninguna princesa.

—Eso no me preocupa. Pero creo que pocas mujeres lo hacen.

—Vámonos ya, anda. Ahora hemos de atender a nuestros... invitados.

Volviéndose con elegancia y frescura juvenil, pero resistiéndose a quitar la vista del océano, Juana de Avis comenzó a desandar aquel camino recreándose en sus detalles para cuando llegado el momento no pudiera sino añorarlo.

El alcázar distaba del castillo de Sintra una pequeña caminata que, para sus ágiles piernas, suponía apenas un paseo debido a la frecuencia con que buscaban aquel retiro donde solían fantasear y donde hablaban sin ser molestadas.

El descenso lo hicieron en silencio, no necesitaban de las palabras para entenderse pero Anabela sabía que Juana no estaba ilusionada con aquella boda. Aquel matrimonio se había acordado a instancias del príncipe castellano, pero los intereses de su reino también estaban buscando una alianza matrimonial.

Pensaba en su hermano Afonso de Avis, quien ahora era el rey de Portugal, y que a pesar de sus veintidós años, siempre tenía en cuenta el futuro. En esos planes estaba la expansión de los límites de su reino y no era tan soñador como su tío, el duque de Viseu, llamado El Navegante, aunque participaba activamente en sus proyectos.

Sabía que su matrimonio con el príncipe de Castilla, era una expectativa más de la política del reino, que garantizaba la paz y que podía albergar expectativas futuras, según como ella supiera dirigir sus intereses e influencias sobre el rey.

Mientras entraban en el recinto del castillo de Sintra adivinaban la elegante traza del edificio, sus chimeneas árabes destacaban en el conjunto y al acercarse vieron la gran actividad que se veía desplegada entre las gentes de servicio. Todos se afanaban en salir y entrar de las cocinas a las cuadras, de los graneros al interior, mientras unos acarreaban leña y otros dirigían carretas hacia su lugar de descarga.

Desde que había llegado la comitiva con los emisarios castellanos, la vida en el castillo de Sintra transcurría con una velocidad un poco más forzada, más rápida. Todo tenía que estar en su lugar, nada debía faltar ni estar fuera del acomodo de los huéspedes del rey Afonso de Avis.

Cumplida ya su misión, partirían al día siguiente de vuelta a Castilla con la confirmación de buenas noticias para el príncipe Enrique; el matrimonio proyectado sería un hecho en pocos meses. Se había fijado una posible fecha en que la futura reina castellana partiría hacia su destino y todos los preparativos se empezarían a poner en marcha a su llegada a la corte castellana.

Ambas chiquillas entraron en el patio para dirigirse a sus aposentos y prepararse para el festejo de despedida en honor de la embajada y, ante tanto movimiento, se asieron de las manos dirigiéndose hacia el edificio principal, evitando así inmiscuirse en tal barullo.

—Vamos, date prisa.

—No me soltéis la mano...

Juana la apretaba firmemente e iba abriéndose camino viendo el alboroto reinante. Parecía mentira que todo aquello fuera consecuencia de su futuro matrimonio.

Las alianzas de Portugal y Castilla no eran asunto nuevo. Hartas veces le había contado su madre, doña Leonor de Aragón, en las interminables tardes de invierno en Castilla, la importancia que tuvo el matrimonio con su señor padre, don Duarte I.

Le había hablado de lo grandes que fueron las fastos por su matrimonio y cómo fue el camino de vuelta a Portugal, pues que iban en comitiva los hermanos y tíos maternos, don Juan y don Enrique, el arzobispo de Lisboa, don Pedro, hijo del conde Alfonso de Castilla, llevando consigo una gran escolta de soldados.

Juana la había oído más de cien veces contar cómo hubieron de detenerse para visitar la corte, por aquel entonces en Valladolid, a finales del mes de abril, momento en que todo fueron festejos y se celebraron torneos y los caballeros midieron sus lanzas, todo en honor de aquella real boda y allí quedaron hasta que volvieron a reanudar viaje, ya en los últimos días de julio.

Eran otros tiempos, pero todo volvía a revivirse a causa de su futuro enlace, prueba de ello era aquel sinvivir que reinaba en el castillo de Sintra. Tenía en sus manos mucho en juego, aunque ella bien no lo sabía.

Capítulo 2

Casi sin respiración Manuel avistó la entrada del castillo de Sintra y se detuvo un momento bajo un árbol, dejando su carga junto al tronco y separando la empapada camisa de su cuerpo. Sin poderlo evitar se sentó para recobrar el aliento, pues había caminado toda la noche sin descanso y buena parte del día desde Lisboa. Su carga había hecho más duro el camino y había dificultado su marcha.

Pensando en lo que había sucedido se angustió pues su situación era ciertamente desesperada y no sabía qué hacer.

Había arruinado la vida de su familia. Era un desagradecido y un sentimiento de culpa lo envolvía. Las lágrimas empezaron a surcar su rostro aún tiznado por el humo y reseco por el polvo del camino, quizá por eso no terminaban de rodar y las enjugó con rabia con el dorso de su mano.

Poniéndose en pie pensó que debería lavarse un poco antes de presentarse en el castillo o llamaría la atención por su aspecto. Le dolía la espalda terriblemente y los pies y las manos estaban agarrotados por el esfuerzo y el peso de la carga.

Recordó que había un arroyuelo en la arboleda y arrastrando el canasto se dirigió hacia aquel lugar. Dejando bien sujetas las velas para que no pudieran caerse, Manuel se acercó al arroyo que aunque llevaba poca agua, era suficiente para poder lavarse. Se sacó la camisa y la extendió en el suelo para que secase el sudor, aunque tampoco estaba muy limpia. Lavó la cara, echando agua abundante sobre la cabeza que deslizaba rápidamente por el pelo hacia abajo. Repitió la operación varias veces hasta que se sintió limpio. Aquello le sirvió de descanso, lamentando no haberse podido bañar por la escasez de agua.

Esperó a secarse y se cubrió con la camisa rápidamente, recogió la carga y retomó el camino hacia el recinto del castillo.

La entrada fue algo sorprendente para él. Nunca había visto tanto movimiento allí. Había varios carros que estaban descargando géneros y otros, que ya lo habían hecho salían por el portón central conducidos por los carreteros que gritaban a las bestias para apartarse cuanto antes del camino y de la entrada.

Le llamó la atención que hubiera tantos criados llevando y trayendo distintas cosas de un sitio para otro, leña, sacos, incluso hoces y otros aperos que llevaban a los almacenes, los corrales o la cocina.

Debía haber algún acontecimiento allí pero de los importantes. Tal vez fuera sólo algún transporte. Sin dejar de seguir con la vista los movimientos entró por fin y se dirigió hacia el edificio. Una figura que podría reconocer en cualquier parte se paró frente a sus ojos y sintió en su estómago una opresión que lo desazonó por completo.

—Manuelinho, ¿tú por aquí a estas horas?

Manuel bajó la cabeza con respeto al oír la voz de Anabela que sonó en sus oídos como un regalo. Vergonzoso de por sí, se turbó más aún ante la mirada atenta de doña Juana que estaba junto a ella.

—Sí, señora, vengo a dejar el pedido, como siempre...

—¿Ves que esto esté como siempre? ¡Hasta tú estás hoy cambiado de hora!

—¿Pues, qué pasa?

Doña Juana, discretamente soltó la mano de Anabela y se adelantó unos pasos hacia el castillo mientras ella se acercaba hasta donde estaba Manuel.

—Todo lo que pasa es bueno, Manuel. Se cerró el acuerdo de esponsales de mi señora con el príncipe de Castilla, esta noche el rey despide a la comitiva real con un gran banquete.

Manuel quedó asombrado y quiso saber más.

—¿Se irá a Castilla para siempre, pues?

—Muy pronto. El príncipe está impaciente por desposarla.

—Y vos, señora... ¿Partiréis también?

—No puedo permitir que vaya sola...

—Pero hay muchas damas... ¿Por qué vos?

—Soy además su amiga.

Doña Juana llamó a Anabela para que se acercara y ésta volvió a la entrada rápidamente mientras despedía a Manuel.

—Espero verte antes que partamos.

—Yo también me iré...

Pero su voz se ahogó entre el trajín de los mozos y sirvientes y su respuesta no llegó hasta Anabela que sonreía desde el umbral del portón mientras le saludaba con la mano. Ya no se veía a doña Juana.

Manuel quedó apesadumbrado y se apoderó de él una sensación de impotencia y vacío que le desoló por completo. Si Anabela se iba a Castilla, ya nada le quedaría en Portugal.

Continuó mirando hacia el suelo y se dirigió hacia la entrada de las cocinas y almacenes, donde había un montón de gente y un gran volumen de objetos por todas partes, las mesas con alimentos y viandas, bandejas y cacerolas. Vio barricas abiertas de donde se sacaban con rapidez cantidades de género para realizar los platos que estaban cocinándose a toda prisa.

Las voces de los criados y las de los jefes de cocina, se mezclaban en un sinfín de órdenes que iban y venían de uno a otro extremo.

Se veían las chimeneas árabes, enormes, de las cocinas, llenas a rebosar de animales asándose, entre ellos varios bueyes, tal era su gran capacidad y su increíble altura que sobrepasaba la del tejado proyectándose hacia el exterior.

Buscó con la vista al jefe de abastos que, en aquel momento bregaba con una cuadrilla de mozos que estaban montando un tonel sobre su armazón para poder escanciar las jarras de vino para la cena.

Se acercó hacia el lugar con timidez, mientras valoraba con la vista su recibimiento, pues no era usual que llegara a aquella hora y menos aún que se atreviera a interrumpir la actividad de

manera tan inoportuna. Aun así, Mateo lo llamó con la mano para que se acercara.

—Manuelinho, ven aquí y echa una mano, ¡anda!

Manuel, apretó el paso y descargando en la entrada, dejó la canasta junto a la pared, acercándose donde le llamaban.

Se unió al grupo de mozos y consiguieron por fin colocar la barrica en el trípode. Todos quedaron mirándolo como si fuera una obra maestra.

—Ay Manuelinho, por qué no le dices a tu tío que te deje venir aquí, necesito mozos como tú, pero seguro que él dirá lo mismo, claro. Mejor le diremos que te cambio por uno de estos que tengo aquí, aunque no sé si lo aceptará.

Aproximándose a él, retomó la palabra sin dejarle responder.

—Pero, dime, ¿qué haces por aquí? Te esperaba mañana, no hoy.

—He venido a traer el pedido, señor.

—No has venido en buen momento, mira qué lío tenemos...

—No lo sabía...Es que mañana tengo muchas entregas y así...

—Bueno, haremos una cosa...Déjalas donde siempre, no te voy a mandar de vuelta con ellas...

—Muy bien señor, os lo agradezco. Para no molestaros más, pagadme y me iré nada más dejar la carga donde costumbre.

—Manuel, no puedo pagarte ahora. Mandaré el dinero a tu tío mañana, dale el recado de mi parte y no habrá problema.

—Lo sé señor, pero es que, ya sabe que debo cobrar cada encargo. No son buenos tiempos...

—Somos vuestros mejores clientes, no creo que tu tío tenga nada que decir al respecto.

—Claro que no señor, pero contaba con el dinero hoy...

—Te digo que no puede ser, no llevo nada encima y ahora no puedo ver al administrador. Comprende en qué momento viniste, no te esperaba.

Manuel que había contado con recibir el dinero de las velas, trató de disimular su desolación mientras iba a por la carga. Cuando regresó, Mateo le volvió a hablar.

—Como es tarde, quédate, compartirás las sobras con los mozos. Hoy hay un gran banquete. Podrás dormir con ellos y mañana trataré de solucionar el pago lo antes que pueda.

Manuel comprendió que no tenía muchas alternativas, con lo cual, dócilmente hizo lo que le pedían sin volver a replicar, ni decir palabra.

Cabizbajo, se puso a mirar al suelo como si quisiera pasar lo más desapercibido posible. Un mocetón de aspecto robusto y cara colorada le saludó desde la otra punta y se acercaba seguido de otros cuantos.

—Vente a los corrales, Manuel... Si te quedas podrás echarnos una mano. Ven y alegra esa cara.

Manuel, con media sonrisa acertó a seguirlos sin saber bien lo que hacía. No tenía dónde ir.

Con paso vacilante una oscura silueta se dirigía hacia el exterior por la entrada principal del castillo. La atmósfera saturada entre el vapor de los asados, las chimeneas, el humo de antorchas combinado con los buenos caldos y viandas que se habían servido durante el banquete que parecía no tener fin, habían hecho que su bien nutrido cuerpo pidiera un poco de aire fresco o no podría resistir más.

La silueta se dirigió hacia la parte trasera del edificio, una vez en el exterior, con idea de quedar fuera del alcance de miradas inoportunas. El aire que aunque débil se dejaba sentir con frescura en aquel atardecer calmo de primavera consiguió empezar a despejar su embotada cabeza y su respiración se fue calmando según iba recobrando el bienestar.

Se enjugó el sudor, que le corría frente abajo con su pañuelo de fino hilo, provocado por el sofoco que sentía bajo los pesados ropajes eclesiásticos ceremoniales con que se vestía. Siguió caminando un poco más y dobló la esquina hacia la parte de los corrales deteniéndose con precaución pues se escuchaban murmullos. Tras asegurarse de que estaba solo, se acercó a la zona descubierta y más despejada huyendo del lugar donde se guardaban los animales, evitando así los malos olores que solían despedir.

Continuó respirando cada vez más reposadamente y se enjugó de nuevo el sudor mientras recobraba la compostura de cuerpo y templaba la desazón del espíritu, provocada por los excesos de comida y bebida. Pensó en aliviar su vejiga aprovechando su salida al exterior y se adentró un poco en los corrales.

En ello estaba cuando al volverse tropezó con unas balas de heno allí apiladas y trastabilló con ellas, por lo que rodaron algunos baldes y otros aperos con gran estrépito, lo que provocó que las bestias percibieran su presencia y en medio de la inesperada algarabía, un trotón que allí se encontraba cabeceó y comenzó a caracolear con las patas delanteras presentándose de este modo ante el obispo, quien indefenso y sorprendido solo acertó a cubrirse la cara con ambos brazos.

Sintió un empujón y se vio rodando junto a otro cuerpo por el suelo, cubierto de heno y paja del interior de los corrales. Curioso buscó en la semioscuridad quien había sido su benefactor que oportunamente había intervenido y le había sacado de aquel lance.

Atentando con las manos notó que se trataba de un cuerpo joven y antes de que ninguno mediara palabra, pensó que se trataría de algún mozo de cuadras, por lo fornido que parecía.

Manuel, que se vio envuelto en aquel amasijo de telas rodando por el suelo debido al empujón que había propinado a quien vio peligrando bajo la amenaza de unos cascos de caballo; no podía sospechar que se trataba nada menos que de uno de los miembros de la embajada castellana. De un salto, se puso en pie y le ofreció ayuda al obispo para que se levantara.

—Señor, con cuidado.

—Debo agradecer tu rápida intervención, muchacho. Me salvaste de una buena.

—Señor...no es nada.

De pie, el obispo se recomponía las ropas y se sacudía el heno de las mismas ante la mirada del muchacho que permanecía con las manos juntas ante sí como en señal de respeto, sin saber bien qué hacer. No comprendía bien lo que le estaba diciendo, pero, sin duda le agradecía su

ayuda.

Debido al alboroto, se habían acercado otros mozos con antorchas y los porteros, con lo que, finalmente algunos invitados a causa del ruido salieron al exterior, y los castellanos echando en falta al obispo salieron alarmados.

—¡Don Alfonso! ¡Don Alfonso!

Llamaban varias voces castellanas. Pedro Arias y Miguel Lucas fueron los primeros en llegar hasta el centro de la escena que ahora aparecía alumbrada por varias antorchas viendo que allí se encontraba don Alfonso Vázquez de Acuña, preceptor del príncipe Enrique, junto a un muchacho, ambos estaban cubiertos de heno y con las ropas desordenadas.

—¿Qué ha pasado aquí?

Pedro Arias fue el primero en acercarse con decisión mirando la encendida cara del obispo.

—¿Os ha atacado este miserable?

Se acercó amenazante a Manuel quien, con los ojos como platos, estaba asustado notando que algo no iba bien.

—No temáis, don Pedro. Este muchacho me ha salvado de una buena coceada. Fue muy oportuno y debo agradeceréselo, pero creo que no me comprende.

Mientras hablaba, hacía ademanes a Manuel para que se tranquilizara y le observaba con curiosidad.

Miguel Lucas se acercó a don Alfonso y le susurró muy cerca del oído.

—Señor, tenéis un aspecto lamentable. Mirad vuestro estado. ¡Por el amor de Dios, somos huéspedes del rey!

El clérigo fulminó a Miguel Lucas con la mirada mientras se dirigió a Pedro Arias.

—Don Pedro disculpadme ante el rey, don Miguel me acompañará a mis aposentos y os aconsejo que hagáis lo propio, mañana partiremos temprano. Decid a este muchacho que quisiera agradecer su ayuda, aunque no sé bien cómo.

En el interior del cuarto de don Alfonso, Miguel Lucas ante el silencio de aquél volvió a tomar la palabra.

—Señor, debisteis ser más prudente. No debéis quedar en mal lugar.

—Por ir a aliviar mi vejiga...

—No, señor. Debéis guardar las formas. Vuestro aspecto no era decoroso.

—Estáis equivocado, os digo que salí para aliviarme y el muchacho me libró de un trotón descontrolado...

—Aunque así sea, señor, vuestra compostura era la de parecer haberos estado revolcando por el heno.

—No debe preocuparos tanto mi compostura. Soy un hombre de Dios y debéis respetar mi dignidad.

—¿Acaso no os respeto? Lo importante es que estáis bien. Era una broma, sin duda...Un malentendido. Una situación cuando menos, pintoresca. Entendedme, monseñor, quiero que todo salga a la perfección.

—¡Qué admirable! Sois el responsable de esta embajada, señor, no de mi persona. Ahora retiraos, por favor. Deseo estar a solas para rezar.

—Como gustéis. Mañana os avisaré temprano. Quedad con Dios, señor.

—Id con él... don Miguel.

Miguel Lucas de Iranzo estaba al servicio del príncipe Enrique de Castilla como su instructor y consejero y se sentía algo confundido a causa del suceso acontecido con el obispo.

Pedro Arias salía de su cuarto cuando se cruzó con don Alfonso Vázquez de Acuña quien portaba un breviario entre sus manos. Parecía distraído, sin duda, quería evitar el encuentro.

—Buenos días, padre. Casi está todo preparado.

—Iré un momento a la capilla a orar antes de nuestra partida.

—Bien, os avisaremos.

—Por cierto, he de hablar con el muchacho que anoche me ayudó...Pero os necesito, no entiendo bien su lengua.

—Comprendo. ¿Qué queréis que haga?

—Búscalo y llévalo a la capilla, será un momento.

Pedro Arias se dirigió hacia la escalera para bajar al patio mientras don Alfonso Vázquez de Acuña caminaba parsimoniosamente hacia la capilla.

Pedro Arias era un hombre de armas, aunque acababa de recibir por una provisión del príncipe Enrique, el nombramiento de los cargos que su padre, don Diego Arias de Ávila acababa de dejar vacantes. Como Regidor de Estado de Caballeros y Escuderos su misión en la embajada era la de coordinar a los hombres que la escoltaban para velar por su seguridad durante el camino.

Ya en el patio, Pedro Arias buscó al encargado de abastos para preguntar por el mozo. Vio al hombre que organizaba a los muchachos de servicio y se dirigió a él. Entre ellos no estaba el que buscaba.

—¿Mateo? Busco al muchacho que ayudó anoche a don Alfonso, nuestro obispo.

—Buen día, señor... Está por allá ayudando a cargar los carros. ¿Queréis que lo mande a buscar?

—No, yo mismo me acercaré. Quiero ver cómo va todo.

Pedro Arias conocía la lengua portuguesa al igual que otras, por su contacto con soldados, mercaderes y artesanos, estaba habituado desde pequeño a escucharlas. Su familia hubo de residir en distintos lugares y tener contacto con muchas culturas, debido a que su padre, don Diego, por sus obligaciones hacia la corona castellana así lo había dispuesto. Caminó hasta donde estaban cargando el último carro y allí estaba el chico.

—¡Eh, muchacho!

Manuel se llevó la mano derecha sobre los ojos para hacer sombra y ver quién le llamaba. Dejó su carga en el interior y se volvió de nuevo.

—Señor...

—Debes venir conmigo, el padre Alfonso quiere darte las gracias personalmente.

—Pero señor, no tiene importancia...

—Oye, muchacho...Habría alguna cosa que podamos hacer por ti. Veo que tienes trabajo aquí y...

Diciendo esto, Pedro inició el camino hacia el edificio y Manuel le siguió pensando rápidamente que quizá podría ser ésta una oportunidad imprevista.

—No, señor, no trabajo aquí. Soy cerero, procuro las velas a palacio. Sólo estoy ayudando hoy por...casualidad.

—Dime qué puedo hacer por ti.

—Nada, señor...no merece la pena.

—Creo que sabes que somos los embajadores de la corte de Castilla. ¿Vives aquí con tu familia?

Manuel buscaba rápidamente hilar una historia pero no conseguía pensar nada coherente.

—Mi familia no está aquí, señor.

Manuel bajó la cabeza escondiendo la mirada mientras llegaron al portón principal. Levantó la cara y se quedó mirando al soldado que quería leer en los ojos del chaval sin comprender bien qué le pasaba.

Se encaminaron hasta la capilla del castillo y al llegar a la puerta, Pedro Arias tocó con los nudillos discretamente. Abriendo la puerta se asomó e hizo una indicación hacia el lugar donde estaba Manuel. Tras breves momentos don Alfonso Vázquez de Acuña salió por la puerta entreabierta.

—Muchacho...

—Padre.

Se inclinó para besar la mano que le tendía el obispo.

—Levanta, hijo. ¿Cómo puedo mostrarte mi agradecimiento? Explícale, Pedro.

Pedro Arias iba a proceder cuando le interrumpió Manuel.

—Os comprendo, señor. Pero no hablo muy bien vuestra lengua. Mi madre era castellana, aunque murió hace unos años.

Pedro Arias intervino tratando de encauzar la situación.

—Don Alfonso, el muchacho ha venido para hablar con vos.

—Si está en mi mano, puedo darte algunas monedas...

—No, señor...No me debéis nada.

—¡Hummm! Qué asunto más extraño. Pareces un mozo honesto y bien educado... ¿Estás en algún lío? Puedes confiar en nos, hijo.

—No, padre.

—¿A qué te dedicas?

—Soy cerero. Traigo al castillo las velas que elaboramos.

Algo dubitativo, el obispo analizaba rápidamente aquellas palabras. Pensó que no debía precipitarse y trató de ganar algo de tiempo. Hizo una seña a Pedro Arias y le habló aparte.

—Dile al muchacho que se marche y veremos cómo resolver este asunto. Dile también que si quiere que le oiga en confesión, estoy dispuesto.

Manuel se dio la vuelta discretamente dejando que aquellos extranjeros hablaran y comenzó a dirigirse hacia la salida, para regresar a su faena. Tenía que cobrar el pedido y saldría de allí tan pronto como pudiera.

Estaba desolado viendo que podía haber sacado provecho de aquella oportunidad y no lo había conseguido. Su mala suerte seguía.

Capítulo 3

El Consejo Real había terminado. De regreso a su gabinete, Juan II de Castilla despidió a sus consejeros y tan solo quedó a su lado el Condestable, don Álvaro de Luna. Siempre acostumbraban a departir largamente tras finalizar las sesiones del gobierno, pues entre ambos entendían de sobra el proceder de los consejeros y con la inteligencia de uno y el buen hacer del otro aseguraban la marcha de las cosas en el sentido apropiado, encontrando siempre el modo de orientar su rumbo. Aún si había zozobra.

Álvaro de Luna compartía el gobierno junto al rey Juan II de Castilla y vivía en itinerancia con la Corte acompañado de su esposa, Juana Pimentel, con quien había casado en segundas nupcias, y de sus hijos.

Cuando estuvieron a solas, Álvaro de Luna sirvió a su señor una copa de vino de una jarra que estaba dispuesta sobre la mesa a la que se sentaban ambos.

—¿Estáis satisfecho?

—Tengo otras preocupaciones en la cabeza, Álvaro.

—Se podrán ir despachando. Dejad ahora un tiempo para el descanso.

El rey bebió un sorbo largamente, paladeándolo. El rostro preocupado, tenso, no dejaba entrever más que su propia inquietud.

—No finjas, conmigo.

—¿Fingir?

—¿Crees que las cosas siguen como siempre?

—Nada es como siempre. Pero sabéis que estoy a vuestro lado.

—Por Dios. No hay vuelta atrás. Todo se está complicando y...ya no sé cómo acallar a la reina.

—De manera que es eso. Pues no he de ser yo quien diga cómo gobernar vuestro matrimonio. Mi deber es servir a Castilla.

—¿Te burlas?

—No. Solo digo que debéis saber cómo controlar a la reina.

—Tiene sus razones y no puedo sino discutirse las.

—Hablad de una vez...

—Bien sabes a lo que me refiero. Nunca debiste aceptar aquel trato.

—¿Eso lo decís ahora? ¿Acaso no recordáis lo que había en juego?

—Fue un precio demasiado alto.

—Ella estaba ya fuera de lugar. Cualquiera podía haberla quitado de en medio.

—¿No has pensado que quizá te equivocaste al pactar?

—Gané tiempo para afianzar el reino cuando estabais preso en manos de vuestro primo.

—Pero a costa de una vida. A costa de la familia.

—Creo que habéis olvidado el lugar que ocupáis...

—Y yo creo que has olvidado todo lo que has sacado por ello. Riquezas, títulos, poder, lo tienes todo. Tú y tu familia.

—Y vos sois el rey... Habéis librado grandes batallas para ello...y os recuerdo que eran contra vuestra propia familia.

El rey Juan callaba y le miraba de hito en hito, sabía que harta razón tenía en lo que decía. También sabía que había conseguido acallar a los infantes de Aragón y había consolidado la economía con las alianzas establecidas con los judíos.

—Tienes razón. Pero hay que ser cauto. Además, la reina me está presionando demasiado. Creo que te teme.

—No sé bien por qué. Habéis de saber cómo controlarla a estas alturas.

—Llegará el momento Álvaro, en que no podré mirar por ti...

—Sé muy bien lo que queréis decir. Pero confío en vos. Hemos pasado por muchos momentos, malos...pero también buenos. Sabéis que estaré a vuestro lado hasta el final.

Juan se levantó y dejó sobre la mesa la jarra de vino de aquellas tierras, con cuerpo y aroma densos, que estaban bebiendo. Álvaro de Luna fue a levantarse y en el movimiento hizo tintinear las jarras de la mesa, de tal suerte que cayó la suya, vertiendo el contenido sobre ella y empapando el lienzo que la cubría de grana mientras se escurría cayendo al suelo.

Ambos quedaron con la vista fija en aquel líquido rojo y espeso que manchaba todo lo que a su paso tocaba. Sus ojos se encontraron cuando se apercebieron de lo ocurrido.

—¡No tiene importancia! A veces pasan...estas cosas.

—¿Te ha recordado algo no?

—Solo es vino, señor...

—No deseo más derramamientos de sangre, Álvaro. Esto es...una señal.

—No hay tal, señor. No habrá más sangre.

—Espero que, si llega el caso, sepas aceptarlo como un accidente.

Juan se dirigió hacia la puerta de su cámara y abriéndola se adentró en ella dejando al de Luna en la reflexión de sus palabras.

Manuel caminaba todo lo rápido que le permitía marchar a través del campo, oculto entre matojos y árboles, corría, se arañaba con las ramas y se tropezaba con las piedras, pero nada le importaba.

Había decidido huir muy lejos de sus problemas y para ello pensó en seguir a la comitiva castellana. Creyó que eso no sería difícil. Tras la conversación con el clérigo y el soldado, corrió

a las cocinas y en un paño que allí había juntó las pocas sobras del banquete de despedida que aún quedaban, atándolo con fuerza y cogió también un paño grande de los fogones que le serviría muy bien para resguardarse. Si perdía más tiempo se quedaría muy atrás.

Calculó que, aunque iban a caballo, los carros llevarían un paso más lento y algunos de los mozos llevaban sus bestias muy cargadas, por lo que la comitiva llevaría un paso que podría seguir de lejos, aunque tuviera que dormir menos horas o, aunque no pudiera hacerlo.

El polvo que levantaban las caballerías le servía de guía. El cansancio lo invadía y las piernas se resistían a caminar más rápido, pero su empeño era mayor y se esforzaba para seguir adelante.

La tarde declinaba y pudo divisar como la comitiva se desviaba adentrándose en el campo, apartándose del camino para pasar la noche. Se aproximó con cautela y se agazapó para poder vigilar sus movimientos desde la distancia. Mientras montaban el campamento empezaron a hacer fogatas para mitigar el rocío de la noche y compartir la cena.

Se sentó junto al árbol que tenía más próximo y echándose por los hombros el paño para arrojarse, puso sobre sus piernas el hato y lo abrió para comer algo, estaba tan extenuado que apenas si le apetecía probar bocado, pero pensó solo en conservar las fuerzas.

Oía en la lejanía las chanzas de los mozos que bregaban entre los grupos que preparaban todo lo necesario para pasar la noche. La jornada no había sido demasiado pesada por lo que tenían poca gana de descanso. Los personajes destacados de la comitiva ocupaban sus tiendas y departían en privado mientras descansaban al resguardo de la intemperie.

En aquella oscuridad que se cernía cada vez más sobre sí, se sintió inmensamente solo, pero escuchaba aquellos murmullos y también veía de lejos el resplandor de las fogatas por lo que mirando al cielo estrellado sintió un destello de esperanza que le hizo serenarse mientras terminaba de tragar con dificultad el bocado que se había propuesto comer. Volvió a cerrar el hato y se abrigó con el paño de los fogones, dispuesto a cerrar los ojos para reparar fuerzas. Tenía que levantarse antes del amanecer y estar dispuesto para la marcha, antes que ellos terminaran de aprestar las cosas para continuar el camino. El sueño le venció irremisiblemente.

Sin saber cuánto tiempo habría transcurrido, un ruido le despertó. Quizá fuera el crujido de una rama. Guardó silencio y quedó inmóvil, alerta. Se agazapó y se apartó del árbol gateando hasta unos arbustos.

Aguzó la vista y no distinguía nada debido a la oscuridad reinante. Esperó con los ojos y oídos bien pendientes algún nuevo ruido u otra señal que le diera pista sobre lo que había creído oír entre sueños. Pero no escuchó nada más, tal vez había sido su imaginación.

Volvió a dirigirse hacia el árbol y pensó en orinar antes de volver al sueño. Se apartó un poco y de pronto volvió a escuchar ruidos, esta vez más cerca y seguidos. Retrocedió y se agachó instintivamente. Permaneció sin moverse mientras los ruidos continuaban, eran pisadas, no había duda. De pronto volvió el silencio.

Trató de estarse quieto pero la inquietud lo estaba matando. Por eso fue a por sus cosas y se echó al camino acercándose al campamento caminando agachado y de puntillas, lenta muy lentamente. Se detuvo en seco cuando entre las ramas divisó un mozo agachado igualmente. Se protegió tras unos matorrales y trató de avistarle por ver si lo identificaba.

Había sido un completo idiota. No eran más que los hombres del campamento que se apartaban

para aliviar sus intestinos. Retrocedió con cautela para no ser sorprendido y volvió sobre sus pasos.

La marcha se había reanudado sin novedad y la comitiva continuaba la segunda jornada que les acercaría a Castilla. A la cabeza marchaba Pedro Arias y a su lado Miguel Lucas, tras ellos cuatro hombres de armas, y después de ellos, Francisco Valdés, escribiente y Juan de Valenzuela, secretario de don Alfonso Vázquez de Acuña. Más atrás marchaban los carros, donde viajaba el obispo don Alfonso con dos clérigos que le asistían y a la cola los mozos de servicio. Cerrando la comitiva iba el escuadrón que protegía la zaga.

—El tiempo nos acompaña, don Miguel. Malo sería viajar con lluvia, pues tendríamos que hacer noche a cubierto o parar hasta que mejorara la inclemencia.

—No os preocupéis don Pedro, habremos de parar pronto en suelo seco pues los clérigos, aunque están acostumbrados a dormir en lecho duro, no quieren soportar otras privanzas.

—¿Qué pensáis hacer, pues? ¿Habéis previsto alguna parada?

—Me gustaría hacer las noches de campamento que podamos. Así iremos más rápidos. Pero también por protocolo hemos de hacer alguna parada de conveniencia.

—Veo que lo tenéis todo bien pensado.

—Presentar respetos a los nobles que nos son favorables o a los hombres poderosos de la Iglesia siempre ayudarán a que nuestro viaje sea un éxito.

—Comprendo. Instrucciones del príncipe.

—Bueno, también fueron sugerencias mías...Una embajada tampoco es conveniente que pase precisamente desapercibida.

—Tenéis buena cabeza para la política. Yo sólo sé imponerla o mandarla ejecutar por la fuerza.

—Por eso cada uno ocupamos un lugar, Pedro Arias. Creo que el vuestro es muy importante.

Mientras ambos continuaban la marcha charlando amigablemente, en el carro donde viajaban los clérigos imperaba el silencio, los dos asistentes estaban revisando documentos que portaban en un cofre mientras don Alfonso les hablaba, pues requería de sus servicios.

—Hermanos, debemos dejar constancia de todo el recorrido y los hechos de esta embajada, me gustaría que ahora que estamos con tiempo por delante me leyeráis qué habéis redactado de la jornada pasada y así podré ir dándoos notas para recoger los de la presente.

—Sí, padre.

—Quiere vuestra paternidad que lea ya.

Alfonso Vázquez de Acuña, saboreó el sonido de aquellas palabras que le recordaban su preeminencia y esperó unos instantes antes de responder.

—Esperad, hermano, quiero meditar un momento para serenar mi espíritu mientras atravesamos estos parajes tan tranquilos. El amanecer apunta ya y el sol pronto nos acompañará. Así podrás leer hermano, sin necesidad de prender candela.

—Como gustéis, padre.

En aquel mismo momento, Manuel abrió los ojos y levantó la cabeza, que había caído sobre su pecho, vencido por el sueño, hacia adelante. Todavía las sombras envolvían el cielo y se tranquilizó al pensar que no se había dormido, era uno de sus temores, pues significaría que tendría que seguir sólo el viaje, cosa que le angustiaba.

Fue a levantarse y miles de agujas asaetearon sus músculos a la vez. Era la prenda que tenía que pagar por la caminata de la jornada anterior. Entumecido y dolorido, buscó en la lejanía la luz de las fogatas y no distinguió nada. Sólo veía humo, pero pensó que se habrían apagado si no las habían reavivado durante la noche.

Algo no encajaba. Si las dejaron apagar, ¿cómo pensaban hacer la colación matinal...? A no ser que, ya la hubieran hecho.

Le entró el pánico y fue a por sus cosas, saliendo al camino para ir más rápido, aunque sin erguirse completamente por miedo a ser descubierto. Avanzó hasta las cercanías del campamento. Podría ser que aún durmieran y las fogatas simplemente hubieran ido apagándose durante la noche.

Casi a la altura del campamento no podía distinguir las tiendas ni los carros. No se veían sombras grandes, pero a medida que la luz iba abriendo, pudo ver el sitio donde las fogatas habían ardido la noche anterior. Estaban apagadas y lo peor, no había campamento. Debían haberlo levantado antes del amanecer. Estaba perdido.

La desolación se apoderó de él igual que cuando su padre lo dejó al cuidado de sus tíos para ir a buscar fortuna años atrás. A sus recién estrenados dieciséis años, se veía solo y forzado a buscar su suerte.

Sin pensar más, echó a andar rápidamente por el camino y apretaba el paso sin reparar siquiera en si lo podían ver o no, sólo quería encontrarlos, necesitaba ver aquellos carros, aquellos jinetes, para poder seguirlos. No pensaba en sus doloridos miembros ni en el hambre que atenazaba su estómago, ni tampoco en su hinchada vejiga que necesitaba vaciarse con urgencia. No pensaba detenerse por nada, ni por nadie.

El día comenzaba a abrir y podía ver además de los lindes del camino y las arboledas lejanas, el horizonte que aún estaba despejado. No se veía ni rastro de la comitiva castellana. Su desesperación crecía. Apenas le parecía que avanzase, le pesaba el hato y también el paño de cocina que portaba en su hombro. Apretó el paso y anduvo durante mucho rato mientras veía como el sol iba subiendo y el día podía verse ya con claridad. No se detendría para tomar bocado ni tampoco pararía para descansar, aunque le doliera el alma.

En un momento de desesperación echó a correr en pos del horizonte, sin rumbo ni destino, sólo en busca de un rastro que no conseguía encontrar ¿Y si hubieran tomado algún desvío? Tarde o temprano tenía que encontrarse con ellos. Sin aliento, se fue frenando hasta detenerse en seco, los había perdido.

No pudo evitar gritar con todas sus fuerzas desgarrando el aire tibio que se mezclaba entre las aves que asustadas levantaban el vuelo.

—¡Os encontraréééééééé!

Alrededor de un confortable fuego estaban reunidos los miembros de la comitiva. De una parte los tres clérigos, con don Alfonso en el centro y enfrente don Pedro Arias y don Miguel Lucas con el escribiente, Francisco Valdés y Juan de Valenzuela, el secretario de don Alfonso. Algo más alejados se encontraban los soldados alrededor de otra fogata, mientras los sirvientes preparaban la colación afanándose entre perolas y marmitas, portando escudillas o repartiendo con el cazo las raciones.

Un par de mozos estaban juntando en haces pequeñas ramas y atándolas, mientras otros doblaban lienzos o sacaban viandas del carro de aprovisionamiento.

En tanto que esperaban a ser servidos, don Alfonso tomó la palabra como si estuviera en su parroquia y se dispusiera a practicar la homilía.

—Bueno, hermanos, como sabéis, apenas hemos tenido tiempo de hacer gestiones que, por el bien de nuestros reinos tienen un valor moral y espiritual enriquecedor. Es más, debido a las conversaciones mantenidas con nuestra orden en el reino de Portugal y, en especial, siguiendo las recomendaciones del propio vicario del obispo de Lisboa, don Luis Anes, no podemos dejar este suelo sin visitar la Iglesia de San Esteban en Santarém.

Haciendo una pausa tomó un jarro y se lo llevó a los labios dando un largo trago que saboreó con los ojos cerrados disfrutando de un momento que parecía haber estado esperando desde hacía tiempo. Sabía que los demás se preguntaban por qué decía tal cosa. Fue Miguel Lucas quien tomó la palabra.

—Bien, señor y nos queréis explicar a qué se debe el que nos detengamos en Santarém. Me temo que han de tratarse de asuntos de Iglesia y sabéis que soy buen cristiano y devoto, por lo que es un tema que me interesa y creo que a todos nos gustará saberlo.

—Tenemos ahora tiempo de hablar del asunto que me reveló el padre Anes, hermanos. Ha muchos años se produjo un milagro en Santarém a consecuencia de la mala conciencia de una vecina del lugar, quien por su egoísmo, no tuvo escrúpulos en robar de la Misa una hostia consagrada para pagar a una hechicera la prenda que le pidió por hacerle un encantamiento de amor.

—¿Cómo pudo...?

—Fue bien sencillo, cuando fue a tomar el cuerpo de Cristo, en lugar de tragarlo lo reservó en su boca y lo sacó con disimulo ocultándolo en un pañuelo entre los pliegues de su toca.

—¿Consiguió su propósito entonces, padre?

—Ahí es donde podemos ver la mano de Dios en su infinita magnitud. Aquella mujer cuando iba de regreso a su casa fue alertada por varias personas con las que se cruzó de que manaba sangre de su toca y, alarmada, en cuanto llegó se quitó los velos y pudo ver que la hostia estaba impregnada de sangre, sin duda, de nuestro señor Jesucristo.

—¡Pero eso fue un milagro!

—No cabe duda, hermanos. Pero la historia no acaba ahí...

—Cuenta, padre, cuenta...

Los presentes escuchaban con interés al clérigo y él se deleitaba al verlos pendientes de sus

palabras. Continuó con el relato satisfecho.

—Sin saber qué hacer con la hostia robada, decidió ocultar aquel delito que manchaba su conciencia y lo cubrió con un pañuelo metiéndolo en el fondo del baúl de su cámara, pues no pensó en devolverlo ante el temor del castigo ante tamaña acción.

—¿Y...entonces?

—Pues, cuando su marido regresó y se acostaron, unos destellos comenzaron a salir del interior del baúl y un coro de ángeles acompañaba tal escena. Los esposos sobresaltados ante tal muestra de esplendor cayeron de rodillas y la mujer confesó al marido su vileza, quedando postrados ambos toda la noche orando.

—¿Qué hicieron después?

—Temprano, al día siguiente, avisaron al párroco quien lo llevó a la Iglesia de San Esteban seguido por cuantos se fueron sumando a la comitiva.

—Pero, padre, ¿qué pasó cuando llegaron a la iglesia?

—Pues, creo que la preocupación fue cómo guardar aquel tesoro divino en que Dios había puesto su mano, para que lo pudieran contemplar los feligreses...Celebraron una misa y quedó guardado en una capilla para su veneración...según creo, como hasta ahora se conserva.

—Curiosa historia. ¿Ahora qué es lo que puede verse? ¿Aquella sagrada hostia sigue manchada?

—Así es, pero la mancha sigue...como si acabara de derramarse la sangre de Cristo.

—¡Dios, bendito! ¿Es eso cierto?

—¿Os lo han asegurado, padre?

—Si eso fuera cierto...

Estas y otras preguntas se escapaban con impaciencia de las bocas de los presentes. El silencio planeó sobre las cabezas de aquellos hombres mientras digerían aquel relato, pero la fe había hecho que sus corazones anhelaran comprobar con sus propios ojos aquella maravilla que no era sino milagro.

De nuevo, Alfonso Vázquez de Acuña, tomando la palabra, sacó el rosario y comenzó a orar en voz alta. Todos respondieron al unísono y juntaron las manos en señal de devoción. Los mozos que esperaban con las viandas en pie, las dejaron en el suelo y por respeto, se unieron al rezo con recogimiento.

Cuando la reina Isabel de Portugal, miembro de la casa de Braganza, llegó a la corte en su plena juventud para casarse también en segundas nupcias con el rey Juan de Castilla, el segundo de su nombre, era ya un hombre maduro. Para que se sintiera más segura en el proceso de incorporación a una corte extranjera, se confió a Juana Pimentel la tarea de hacer que no se sintiera sola, que conociera a los miembros de la corte y supiera cómo actuar de acuerdo a su condición real.

—Sois muy hermosa, señora.

—No seas adúladora, Juana.

La Pimentel guardaba silencio pues sabía que la reina gustaba de digerir los elogios.

—No había visto nunca cabellos tan hermosos como los vuestros.

—¿Qué dices? Son tus cuidados.

—No es verdad. Son hermosos de naturaleza.

Así las cosas, Isabel de Braganza había estado algo intranquila por las circunstancias por las que atravesaba el reino y únicamente era reconfortada por la compañía de Juana Pimentel quien siempre le infundía serenidad y conseguía generar el clima propicio para cada momento.

Esta circunstancia le permitió intimar con la reina, que se vio abrumada por aquella mujer que sabía siempre lo que había de hacerse y que, además, la atendía de un modo tan gentil que conquistó su ánimo desde el primer momento.

—Os he preparado unos afeites nuevos. Dicen que aclaran la tez.

—¿Podré probarlos hoy, Juana?

—Creo que sí.

—Presto, pues.

Cierto que Isabel de Braganza obligaba a Juana Pimentel a estar casi a tiempo completo con ella, de tal suerte que, en ocasiones, había de pedir que la dispensara de alguna de sus tareas para poder atender sus propios asuntos.

—He de partir, señora.

—¿Pues?

—Mis obligaciones me reclaman.

—¿Acaso no tienes obligaciones para con tu reina?

—Serán solo unas jornadas y pronto me tendréis aquí.

—Sea. Pero espero no tener que mandar a buscarte.

Así pues, en los momentos que compartían la aconsejaba en el vestir, en su proceder y en el comportamiento hacia el resto del personal de la corte y, de ahí, en todo lo que a sus obligaciones concernía.

—Os he traído un brial recamado. Mirad que prestancia.

La reina veía aquel vestido como un tesoro en manos de la Pimentel.

—¿A qué esperas? Vamos a ponérmelo.

De tal suerte tornaron las cosas que la reina Isabel de Braganza nada sabía hacer si no era con la Pimentel.

Su presencia, convertida en obsesión hacia ella le había creado una dependencia total que no se vio interrumpida ni siquiera por la llegada de su primera hija, la infanta Isabel, acontecimiento que vio colmados los sentimientos del rey Juan de Castilla al ver en su nueva hija discurrir la vida

que aún fluía por sus venas.

Capítulo 4

En el palacio la reina de Portugal, Isabel de Coímbra, estaba tomando un baño. Lo habían preparado todo a su gusto, el agua tibia y con esencias de naranja, jara y aceite de romero. Suavizaba su piel con estas sustancias y a todos sorprendía la lozanía de su rostro y su tersura. En plena juventud como estaba, parecía más una niña que una mujer casada, además de reina.

Habían prendido velas en la estancia debido al declinar de la luz de la tarde, momento en que ella gustaba de solazarse de tal modo. Aquella noche esperaban invitados para cenar. Iban a recibir al duque de Braganza acompañado de su hijo Alfonso, el que sería heredero de su dignidad.

A Isabel no le placía la presencia de tales personajes en su casa, eran siempre defendidos por Afonso, su esposo, como parientes suyos que eran. Él lo olvidaba todo. Todo lo perdonaba. Pero ella no lo haría. Nunca.

Se revolvió molesta en el agua al recordar los hechos y se juró a sí misma que debía serenarse. No pudo evitar una exclamación velada.

—Dios...

No entendía muy bien el apego que tenía su esposo a tal parentela, pues el duque de Braganza, era tan solo un hijo bastardo que fue criado junto a su hermana Beatriz por la reina Felipa, su abuela, como si propio fuera.

Había sido un traidor a su familia pues supo prometer su apoyo a la madre de Afonso, Leonor de Aragón, cuando falleció el rey don Duarte. Afonso era solo un niño de seis años que no podía gobernar y a ella le había encomendado antes de morir el cuidado del reino.

El duque de Braganza era por cierto el hombre más poderoso de Portugal porque siempre le sonrió la fortuna y supo obrar con astucia, algo que venía desde el buen matrimonio que hizo al casar con la única hija del Condestable de Portugal y heredar toda su inmensa riqueza, a su fallecimiento.

Cuando fue el momento de posicionarse, el duque de Braganza no llegó a dar tal apoyo a la regente doña Leonor de Aragón, quien se vio desprotegida y rechazada por las Cortes portuguesas que apoyaron a su propio padre, don Pedro de Coímbra, que no era sino su cuñado, viéndose aquella obligada a buscar otras alianzas que terminaron por costarle la vida según se sospechaba.

—¡Maldito!

Isabel sabía que aquello había favorecido a su padre, don Pedro de Coímbra, que fue nombrado regente cuando ella era aún una niña.

Fue el comienzo de la tragedia. Isabel se agitaba de nuevo en el agua involuntariamente mientras los recuerdos acudían a su cabeza como un torbellino.

—¿Por qué...? ¿Por qué?

Su padre, don Pedro de Coímbra tomó las riendas del reino y hasta que Afonso fue capaz de subir al trono, gobernó con certeza. Pero el duque de Braganza, entonces solo conde de Barcelos, supo hacerse con el ánimo de los nobles y engatusar a Afonso, de tal suerte que puso a todos en su

contra.

Isabel sobresaltada se tapó el rostro afligida con ambas manos, absorta como estaba en sus pensamientos. Un sollozo se ahogó en sus labios.

—Ohhh...

El desenlace tenía un nombre, Alfarrobeira, batalla en la que don Pedro perdió la vida, cuatro años atrás, y sus hermanos cayeron presos. Ellos pudieron ser rescatados y ella, casada como estaba con el rey, tuvo que seguir adelante con su pena y tener que soportar la presencia de aquel infame que llegó a convertirse en un hombre aún más poderoso obteniendo el ducado de Braganza, creado para él, por el ahora rey Afonso, ante su fidelidad y apoyo, aún a costa del dolor de su propia familia.

Vivía con el miedo de aquellos recuerdos y temía por su vida y la de los suyos, pues sabía que el rencor y el ansia de poder tenían brazos muy largos. Un suspiro salió de sus labios.

Sumida en estos pensamientos como estaba, no percibió la presencia de alguien más en la estancia. Una figura se acercaba con sigilo, aprovechando la penumbra del cuarto. Cuando llegó junto a la bañera, tras la reina, para no ser descubierta su acción, la tomó por los hombros con firmeza y la empujó dentro del agua sujetándola dentro de ella unos instantes desesperados en que Isabel comenzó a revolverse y patear para poder respirar. Era el fin.

Tras decidir continuar solo el camino, pensando que la comitiva castellana seguiría su marcha Manuel, se detuvo en las cercanías de Santarém y se dirigió a la ribera del río para refrescarse y quitarse el polvo del viaje. Mientras iba bajando, sonrió al pensar que tal vez tuviera suerte y podría pescar algo para la cena. Su ánimo se había fortalecido en la esperanza de poder alcanzar a los castellanos costara lo que costase. No podía volver atrás.

El río Tajo le traía recuerdos de su infancia, cuando muy niño mientras su madre lavaba en sus aguas, su padre jugaba con él en la orilla.

—Vamos, Manuelinho. Tengo algo para ti.

Su curiosidad infantil le despertaba el interés como a todos los críos. Pero su padre sabía que además él observaba todo con gran atención.

—Mira lo que te hice.

Aquellos ojos límpidos le miraban con tal nitidez que a veces se sentía atrapado en ellos.

Había fabricado para él una caña de pescar y como tenía cinco años, el anzuelo era una rama elástica cortada en la que pinchaban migas de pan que producían gran revuelo entre los peces cuando salían a comerlas ante la algazara que Manuel montaba y las carcajadas que junto con su padre lanzaba alegrando el corazón de su querida madre.

—Mira mamaaa...

Sonreía mostrando a su madre algún pececillo que las más de las veces escapaba de sus manos y volvía al río para su desconcierto.

—Ja ja ja. No desesperes Manuel. Hay muchos peces ahí esperándote. Volverás a pescar.

En este punto, Manuel se puso triste recordándola...todavía no había superado su pérdida. Apenas conseguía recordar su rostro que se desdibujaba en la memoria a través de la mirada de un niño que la imaginaba bajo unos cabellos castaño claro, siempre una dulce sonrisa y unos ojos serenos y limpios que daban confianza por cómo miraban. Los ojos de una castellana que habían prendado a su padre.

Ya en la orilla, se aproximó a unos arbustos y se descalzó, librándose también de la camisa, se acercó al agua comenzando a refrescarse el rostro y mojando también los cabellos. El agua fresca de aquella hora de la tarde sabía a gloria y consiguió hacerle olvidar el esfuerzo de la jornada en el camino, mientras seguía sumido en sus recuerdos.

Don Alfonso Vázquez de Acuña era un aliado fiel del príncipe Enrique. Desde que empezó a tenerlo a su cuidado como maestro, le había instruido en diversas materias, una de las cuales fue la Teología...aunque tuvo a bien incluir en su formación charlas en las que se abordaban temas de todo tipo, pues como hombre, el príncipe tenía muchas cosas que aprender, sin olvidar que este hombre sería algún día rey y que había sido además esposo...sin demasiado éxito en el asunto, como era bien sabido. Pero él había sabido aconsejarle y mostrarle fortaleza y recursos para afrontar tan enjundioso asunto.

—Señor, os casasteis tan joven...

Le había aconsejado, una y otra vez. Por ese motivo el príncipe había recobrado la confianza en sí mismo, había rechazado su fracaso y estaba convencido de que su señora esposa, doña Blanca de Navarra era la única culpable.

Desde que contrajeron nupcias en 1.440 cuando el príncipe contaba quince años, todo fueron sin sabores. Ahí comenzó una pesadilla que acababa de resolver la Santa Madre Iglesia de la mano del Santo Padre Nicolás V que había instruido la anulación de tal matrimonio “per impotentia perpetua”.

—Al fin se ha resuelto todo. Demos gracias a Dios.

No había sido fácil llegar a tal solución pues hubo que buscar testigos que afirmasen la virilidad del príncipe y aun así comprobar que su esposa estaba intacta. Los informes de los clérigos que habían llevado a cabo la investigación de aquel delicado “asunto” llevaron al convencimiento de que una suerte de encantamiento hacía que don Enrique no pudiera cohabitar con su esposa, por lo que se decidió la nulidad.

No en vano, don Alfonso y otros hombres de la Iglesia habían apoyado tales versiones y se habían hecho eco de las tribulaciones de don Enrique de Castilla por el problema que lo abrumaba.

—Todo va a cambiar a partir de ahora.

Tampoco fue fácil convencerle de que podría disfrutar, aunque el matrimonio requiriera de algunas obligaciones para con el reino, pues entre los deberes de un rey está el de asegurar su descendencia y, por ello comenzó a ilusionarse ante una vida distinta en la que el deber conyugal estaría de un lado y el disfrute carnal nada tendría que ver con ello. Cosa que le hizo tener una perspectiva nueva ante tal posibilidad de libertad. Aun así habría de tener una bonita esposa, la cual sería madre de sus hijos y le procuraría placer solo con contemplarla.

—Tenéis deberes como futuro rey y también la obligación de cumplirlos.

De ahí la puesta en marcha de esta embajada que había terminado felizmente en el acuerdo de esponsales con la infanta Juana de Avis, jovencita de catorce años entonces, que don Enrique, a sus veintisiete cumplidos, consideraba más acorde para su matrimonio. Era perfecta para el trono, joven, bella, educada en la cultura cristiana y además era su prima.

—Buena elección, hijo mío.

Tal fue su empeño en conseguir este matrimonio que apenas supo de la posibilidad de anulación del de doña Blanca preparó la embajada confiándola a sus más allegados colaboradores y hombres de confianza, con el fin de ir preparando cuanto antes los esponsales.

Habían llegado a Santarém, lugar que estaba a cuatro jornadas de Lisboa. El obispo había sembrado la curiosidad y haciendo hincapié en la fe, todos ansiaban visitar aquel santo lugar, aunque en su cabeza otros propósitos se estaban fraguando.

Tras bajar del carro, don Alfonso Vázquez de Acuña, se dirigió hacia las murallas, el lugar estaba fuertemente protegido y lo rodeaba un paraje magnífico con abundante vegetación en los alrededores, gracias al río Tajo que discurría generosamente hacia su desembocadura.

El obispo se acercó a la Puerta de Atamarma, uno de los pasos al recinto amurallado de la población, donde se encontraba la Fonte das Figueiras, pegada al muro, con idea de refrescarse y aliviarse del rigor del camino. Disfrutó del agua mojándose las manos y el rostro y bebiendo lentamente paladeando su sabor.

Quiso asomarse para ver el río pues, desde donde estaba sentía el correr del agua. Era el Tajo, su curso en aquel tramo era pleno, cargado del agua de sus múltiples afluentes que arrastraba hacia el mar el flujo de vida que traspasaba fronteras y que también llevaría un pedazo de Castilla disuelto entre sus fondos limosos, procedente de las rocas de sus orillas y que, molidas por el viento, llegaban a depositarse en las aguas cayendo sin remedio y formando un todo indisoluble que se tragaría la mar oceana.

Disfrutando de aquel remanso y descansando la vista en la belleza del paisaje a la luz de un día que declinaba poco a poco, descubrió algo que se movía abajo, una figura entre los matorrales que llamó su atención. Era un muchacho, bien parecido, fornido y que al igual que él parecía estar refrescándose. No pudo evitar ponerse de puntillas para verlo mejor.

Regalándose la vista con sus formas, le pareció alto y acostumbrado a algún trabajo en que se empleara la fuerza, esbelto, pero no flaco. Su piel morena estaba curtida al aire y al sol, la espalda ancha y los miembros rotundos. El cabello luengo, castaño oscuro, algo crespo y desordenado caía en mechones, ahora mojados. Sin poder evitarlo, se turbó ante aquella visión que no podía dejar de contemplar.

Mirando su hechura, le resultó familiar. Se inquietó.

—No puede ser...

Volvió a sus mientes el mozo portugués.

—¿Será él?

No le cabía duda alguna. Pero eso...era imposible.

A las puertas del Convento de San Francisco se detuvo la comitiva castellana y quedaron un momento cautivados por la sobriedad del conjunto. El edificio del propio convento, así como la capilla anexa, formaban un claro ejemplo del espíritu de la orden franciscana. Cuando ésta se asentó en Santarém se inició la construcción por orden del rey don Sancho II, su fundador, quien impulsó el proyecto y ayudó a sufragar las obras. De hecho, era el lugar de descanso de dicho monarca y otros miembros de la realeza.

Ayudados por los mozos, los viajeros fueron descendiendo de monturas y carros para dirigirse al edificio principal. Considerándose protagonista del momento por ser un hombre de iglesia, Alfonso Vázquez de Acuña, seguido por sus asistentes, encabezaba la comitiva. Tras ellos Pedro Arias y Miguel Lucas seguidos de los suyos. Los hombres de armas y los mozos quedaron junto a los carros y caballerías aguardando órdenes.

Se acercó a la puerta uno de los asistentes de don Alfonso Vázquez de Acuña y tiró de la campanilla de la entrada mientras, haciéndose discretamente a un lado, aguardaba la respuesta que no se hizo esperar. La puerta se abrió y asomó un hermano vestido con el atuendo de la orden, hábito de color pardo con capucha del mismo color, un cordón con gruesos nudos en la cintura y un escapulario sobre el pecho que recogía toda la simbología franciscana.

—Hermanos, sed bienvenidos a esta casa de oración.

Mientras pronunciaba estas palabras se hacía a un lado para poder dejar paso hacia el interior al que fueron entrando todos mientras el fraile seguía hablando.

Alfonso Vázquez de Acuña hizo una leve inclinación de cabeza asintiendo antes de entrar, mientras seguía escuchando a aquel fraile.

—Enviaré a unos hermanos para que guíen a vuestros hombres hasta los corrales donde podréis dar descanso a las monturas.

Dentro del amplio vestíbulo de muros desnudos se podía ver únicamente el escudo de la orden presidiendo aquella estancia: Una cruz en forma de “tau” representando los brazos de Jesucristo y de San Francisco cruzados. Sobriedad y quietud se respiraban en aquellos lugares.

—Nuestro padre prior os espera señores. Seguidme.

Les condujo a través del edificio y fueron atravesando estancias hasta llegar a un corredor donde se veían a ambos lados puertas que no eran sino las celdas de los frailes. Al llegar frente a la que quedaba a media altura del recorrido se detuvo y ceremoniosamente hizo que se colocaran a un lado sus seguidores antes de tocar con los nudillos la puerta. Esperó unos instantes y procedió a abrir.

Un hombre de mediana edad, con el mismo hábito que el que les acompañaba, sólo que con un porte que denotaba su condición jerárquicamente superior, estaba sentado ante una mesa desnuda y otro monje frente a él anotaba sobre un pergamino en la misma cuanto le dictaba el padre prior.

—¡Alabado sea Dios, hermanos! Sed bienvenidos.

Había pronunciado su saludo en latín y comprendiendo que sería la lengua que los hombres de iglesia entenderían, pensó que el resto, si eran hombres cultivados igualmente la entenderían, si no era así, no valdría la pena que lo comprendiesen.

Les invitó a pasar levantándose a su vez para dirigirse al grupo y hacer los saludos. Mientras

señalaba un banco fijo, hecho de obra, adosado a la pared, hizo indicación de que se sentaran y a su vez regresó ante el escritorio.

Fue el padre Alfonso Vázquez de Acuña quien tomó la palabra y le contestó igualmente en latín.

—La gracia de Dios sea contigo, hermano. Soy el hermano Alfonso, pero eso ya lo sabréis por nuestra misiva. Como sabéis esta legación castellana regresa con la satisfacción del deber cumplido y el propósito logrado de hermanar nuestros reinos.

—Tuve noticias de Don Luis Anes, vicario de nuestro nuevo obispo don Jaime. Esperábamos que acudieseis a honrarnos con esta visita.

Don Alfonso Vázquez de Acuña había sabido que don Jaime de Avis, era el nuevo obispo, a pesar de no contar con la edad para ejercer tal dignidad. Cuando supo la noticia, su envidia se había disparado al saber que ello se debía a que el papa Nicolás V quiso recompensar de algún modo en él las vicisitudes que le habían rodeado tras la muerte de su padre, don Pedro, duque de Coímbra.

Sabía que el obispo don Jaime de Avis había estado al cuidado de su tía Isabel, duquesa de Borgoña y fue nombrado obispo de Arras, consiguiendo ver cumplido sus deseos de ir a Roma donde el Papa lo llenó de dignidades y nombramientos acogiéndole de buen grado.

Satisfecho de poder tener la oportunidad de relacionarse con tal protegido de su Santidad el Papa, le había enviado una misiva amistosa para mostrarle su afabilidad, esperando correspondencia a la misma, ya que, como gobernaba desde Roma los protocolos se habían hecho por medio de su vicario, don Luis de Anes.

Muy complacido don Alfonso de que hubiera tenido repercusión la presencia de la legación castellana por tierras portuguesas, especialmente en los círculos más representativos del poder eclesial, creyó oportuno mostrarse amable con su anfitrión.

—Quiero presentaros a don Miguel Lucas de Iranzo, consejero y maestro de nuestro príncipe Enrique.

—Señor.

—También aquí presente don Pedro Arias, regidor del estado de caballeros y armas.

—Señor.

El prior examinó con la vista detenidamente a los asistentes mientras se sentía a su vez escrutado por los visitantes.

—Don Francisco Valdés, escribiente personal del príncipe y don Juan de Valenzuela, mi secretario personal.

—Me alegra que estén entre nosotros. Mi nombre, para hacer honor a la orden es, padre Francisco.

—Tan sólo pasaremos aquí la noche, hermano. Pero nos gustaría oír misa mañana en la Iglesia de San Esteban. Quisiéramos orar ante el Milagro.

—Pensé que no conoceríais la historia, aunque debí imaginar que nuestro obispo os lo habría

recomendado. No podéis dejar Portugal sin orar allí, lo comprendo.

Un silencio incómodo surgió entre los contertulios. Todos callaban y fue el prior quien acabó con tal situación.

—Os acompañarán a vuestras dependencias, podréis refrescaros y os avisarán para bajar al refectorio.

Así pues, los recién llegados se levantaron del duro asiento compartido y se dispusieron a dejar aquella pieza. Pedro Arias abrió la puerta, fuera esperaban unos hermanos quienes a una seña del padre prior se pusieron a ambos lados para dirigir a los visitantes.

—¡Vos no, padre Alfonso! Quedaos un momento y charlaremos de temas de la Iglesia. Si os parece bien.

—Esperaba poder hablar con vos en algún momento, padre. Pero no me atreví a interrumpir vuestro trabajo.

Se detuvo y cerró la puerta satisfecho, mientras miraba de soslayo a sus compañeros que ya salían al corredor.

Capítulo 5

Cuando finalmente sacó la cabeza y se apartó el pelo chorreando de su rostro, descubrió ante sí a su esposo, Afonso, el rey de Portugal, que reía de buena gana al verla de aquella guisa.

Isabel de Coímbra no pudo sino mostrar su enfado por lo que había hecho. Además del susto que le había dado.

—¿Eres tonto? ¡Mira lo que has hecho con mi pelo!

—¿Eso es lo que te preocupa?

—No quería que se mojara.

—Qué bonita te pones...

—¿Qué hago yo ahora?

—Seguro que tus damas encuentran como arreglarlo. Anda, dame un beso...

Después de mirarlo largamente, Isabel no pudo resistirse a tal petición. Era una mujer enamorada. Llevaba conviviendo con Afonso desde que recordaba. Cuando su padre, don Pedro, la dio en matrimonio al futuro rey, fue solo consolidar una relación que se venía fraguando desde siempre. Ambos descubrieron juntos el amor y lo disfrutaban.

Afonso se acercó al borde de la bañera mientras ella se incorporaba para besarle. Mientras unían sus labios, Isabel lo abrazó contra sí y lo atrajo hacia ella. Afonso perdió el equilibrio y cayó en la bañera provocando que el agua se desparramara por el suelo de la estancia. Ambos rieron de buena gana durante unos instantes.

Ante tales ruidos, entraron las damas en la estancia apresuradamente.

—Señora ¿Estáis bien?

Al acercarse vieron a los dos jóvenes abrazados, empapados y todo el suelo cubierto de agua.

—¡Madre Deus!

Comprendieron y salieron lo más discretamente posible, pensando en el desaguisado que habrían de reparar cuando tuvieran que recomponer no sólo la estancia, sino a su señora.

Al cabo de unos instantes, fue Afonso quien habló primero.

—¿Por qué te preocupa tanto esta cena?

—Sabes que no me place la presencia del señor de Braganza.

—Dejemos estar las cosas, Isabel.

—¡Nunca me escuchas!

—No puedes tomar partido en este bando ¿es eso, no?

—¡No digas tonterías! Mi padre fue víctima de una conspiración. Y tú también.

—Pero te place más la presencia del futuro duque, ¿no?

—¿Acaso no te parece lo bastante mayor para que ni siquiera lo mire de tal modo?

Afonso se había compuesto las ropas, pero empezaba a sentir frío. Aprovechando que había de vestirse para la cena, se fue despojando de ellas. Cuando estuvo desnudo se volvió ante ella dejando que lo mirara.

—Pero qué presumido eres...

—Sal ya del agua, mujer.

Tomó un lienzo junto al arcón que habían dejado allí para la reina y se acercó. Isabel salió y la envolvió amorosamente en el lienzo, aprovechando tal momento para estrecharla entre sus brazos, mientras la secaba. Se besaron largamente y pronto el lienzo cayó al suelo entre ambos.

En el refectorio todos guardaban silencio escuchando al hermano que leía retazos de la vida de San Francisco mientras los demás compartían una comida sencilla a base de pan, un guiso a base de anguilas y un poco de vino caliente como excepción por la visita. Todos estaban sentados en bancos corridos alrededor de mesas largas teniendo en el centro de la que quedaba en la cabecera de la sala al padre prior y, sentado a su derecha, don Alfonso Vázquez de Acuña. El resto de la legación española se había sentado frente a ellos junto al resto de los hermanos.

Aquellos muros de piedra sin pulir daban idea de fuerza y de austeridad y marcaban el espíritu de la orden, la sencillez y la pobreza. Los monjes iban vestidos con hábitos pardos con su capucha y cordones bastos con tres nudos, para recordar los tres fundamentos de la vida franciscana que el santo de Asís había adoptado para la orden: obediencia, castidad y pobreza. Algunos hermanos llevaban las cintas de los escapularios blancas, pues aún estaban formándose, a diferencia de los que ya eran veteranos, que las llevaban marrones.

Pedro Arias se había sentado al lado de Miguel Lucas y a pesar de la actitud y silencio de los presentes bajo la voz de aquel hermano que no cesaba de leer mientras ellos comían, de vez en cuando y de forma disimulada mantenían retazos de conversación.

—Gracias que no soy hombre de Dios. Cuando me tocara leer y no comiera no sé qué podría hacer...

—A todo se acostumbra el cuerpo.

—No el mío. Si no lleno el estómago tengo muy difícil poder hacer algo a derechas.

—Por eso no sois fraile.

—Dicen que se alimentan a través del espíritu...

—Pero ése se queja menos... ¿Os habéis fijado? Parece que el padre prior y don Alfonso se conocieran de antes...

—Vos también lo habéis observado... No creo que sea eso...pero hemos de estar atentos. Sé que mantuvo una larga reunión con el vicario del obispo de Lisboa.

—¿Pensáis que le hiciera algún encargo?

—No lo creo. Pero por lo que parece algo se trae entre manos.

—¿Don Alfonso?

—Sí.

—Pero estamos en suelo extranjero...

—¿Habéis olvidado que la Iglesia es universal?

La voz del padre prior terminó con la lectura y también con la cena, interrumpiendo la conversación de Miguel y Pedro que volvieron la cabeza en dirección a la mesa central.

—¡Hermanos! Tras haber compartido esta comida quisiera que eleváramos nuestra oración a Dios y agradeciéramos poder ser testigos de lo que representa esta visita de nuestros hermanos castellanos: la unión de ambos reinos. Oremos pues todos juntos y dejemos que nuestros hermanos puedan retirarse a descansar de los rigores del viaje.

Una oración que él mismo inició y fue seguida por todos los presentes se entonó en aquel refectorio y pareció sonar a música celestial. Semejó que tomara cuerpo y consistencia y flotara por encima de sus cabezas elevándose hacia las alturas. Tal era el recogimiento y la fe que en ese momento experimentaban.

Una pequeña fogata a orillas del Tajo servía de asador para un pequeño pescado que Manuel sujetó en unas ramas y consiguió preparar para la cena. Sentado ante ella y viendo que el pescado estaba listo, se aprestó a echar tierra sobre el fuego para evitar llamar la atención más de lo necesario.

Cuando estuvo apagado, esperó a que se disipase la humareda y se separó de aquel lugar llevando consigo el pescado sobre una rama de hojas verdes que le serviría de plato. Se dirigió a la orilla y se sentó al lado del río dispuesto a saborear su cena y pasar la noche en aquel paraje tranquilo. Adentrarse a aquella hora tras las murallas podría resultar sospechoso. Cuando abrieran las puertas, trataría de entrar para averiguar si la comitiva estaba en el recinto.

Mientras degustaba su pescado no pudo evitar recordar la pelea con su primo Carlos en Lisboa y el incendio. Podría haber ardido todo el barrio o ¿quién sabe? Podría haberse quemado Lisboa entera. Lamentaba que hubiera ocurrido aquella desgracia, seguramente habría sido la ruina de su familia y se sentía culpable. Ahora era un proscrito y eso no podía cambiarlo. No podría volver nunca a menos que se arriesgara a ir a prisión y quién sabe qué pena le impondrían por ello. Mirando al cielo, cerró sus puños con fuerza y se postró de rodillas.

—Dios mío...

Cerró los ojos con fuerza y en su desolación cayó sobre un lado sentado, como un títere desmadrado.

—Anabela...

Pensar que ya no la vería más...era un tormento insoportable. Mientras se limpiaba las manos en unos brotes de salvia, recordó la última conversación que había tenido con ella. Ahora los recuerdos se ordenaban.

Le había hablado de que irían a Castilla, doña Juana se había comprometido con el príncipe don Enrique y ella la acompañaría. Quizá allá se encontrarían. Sueña Manuel, sueña.

Se tendió bajo un árbol rodeado de arbustos bajos donde parecía un lugar tranquilo para pasar la noche. Ante sus ojos el cielo estrellado.

Antes de cerrarlos por el sueño, dirigió la mirada hacia arriba. Muchas lucecitas suspendidas sobre él y el mundo.

Capítulo 6

Anabela era la hija menor de una familia noble portuguesa. Tenía dos hermanos varones que vivían entregados a las armas, siendo el mayor el heredero. Su padre había recibido el título de barón en honor a su ascendencia de familia y poseía varias tierras que gobernaba de acuerdo a los intereses de la corona, teniendo por ello distintas prebendas y privilegios que recaerían en su hijo mayor en el futuro.

Se la educó igual que a sus hermanos pues, eran de edades muy seguidas. Cuando los varones se comenzaron a instruir en el arte de las armas y ella pasó entonces a una formación más adecuada a su sexo pudo adquirir conocimientos de danza, de música y otras delicadas labores manuales que, eran propias de las damas. Su futuro estaba destinado a servir en la corte y debía prepararse.

Así fue hasta que comenzó a ser dama de la infanta Juana. Ambas se conocían desde niñas por la ligazón de su familia en la corte portuguesa, aunque apenas se habían tratado pero, la decisión de su padre de acercarla al entorno real, dio un vuelco a su vida al instalarse en la corte. Aquello le pareció una tiranía, ya no podría leer a su antojo, ni tampoco escribir, quizá aquella infanta sólo la quisiera para juegos o para sentarse a bordar juntas frente al fuego en el invierno y pasear por los jardines en verano.

Desde el momento en que se encontraron se cayeron bien. Empezaron a hablar y ya no pararon nunca. Lo compartían todo, hablaban de cualquier cosa y confiaban plenamente la una en la otra. Anabela leía para la infanta, le hablaba de aquellas cosas que había aprendido con sus preceptores y también en los libros. Paseaban en verano y bordaban en invierno, pero nada de eso les importaba porque mientras tanto hablaban y hablaban de lecturas, de hazañas y aventuras que en ellas encontraban, con lo que ambas se sentían tan a gusto que rara vez se las veía separadas.

Juana recibía formación de muchas cosas, debido a su preparación como futura reina consorte y, además su tío, que siempre contaba tantos misterios y aventuras de naves que partían hacia tierras desconocidas y que regresaban con frutos nunca degustados y otras cosas extrañas, cuyo nombre era difícil recordar, le contaba que al otro lado del océano vivían gentes con la piel muy oscura y que eran extraordinariamente fuertes para el trabajo.

Claro que don Enrique, duque de Viseu, dicho el Navegante, a pesar de que no viajaba, salvo lo imprescindible, solía estar poco tiempo en la corte. Aquellos que buscaban formarse como pilotos, acudían de todas partes para aprender a su lado. Como hombre soltero, estaba entregado a su trabajo y conseguía así lograr casi siempre lo que emprendía.

—¿Recuerdas la última carta? Mandó una pluma de un pájaro de tantos colores, que cuando la guardé, estuve anotando de dónde venía, pero no acertaba a poner todos.

—¿Cómo olvidarlo? Pero a mí me gustan más las flores. Aunque secas son muy hermosas. Si pudiéramos verlas al natural sería maravilloso.

—La verdad es que hemos visto cosas que pocos han podido ver.

—Visto y tocado.

—Hemos de seguir, Anabela.

—Lo primero es lo primero.

—Ay, Anabela...

—No penséis...creo que podíais haber ido a casar a un reino lejano.

—Tienes razón.

—A fin de cuentas, vuestro primo es hombre apuesto, según dicen y os ha elegido.

—Solo debo pensar en el bien del reino, Anabela. Lo demás... no importa.

—Lo sé, es vuestro deber. Pero... aún queda tiempo y hay mucho que preparar.

—También tendréis que tomar lecciones de castellano.

—Mi hermano lo ha previsto. Hablaba castellano con mi madre, pero ahora, he de volver a practicarlo. ¡Lo haremos las dos!

Anabela no pudo evitar un gesto de sorpresa en su rostro, pero en el fondo estaba encantada por sentirse parte de aquello.

Mientras, hacían los preparativos discutían acerca de qué prendas llevaría con ella a Castilla.

—No tenemos mucho tiempo, Anabela. No quiero parecer caprichosa por querer llevar tantos vestidos.

—Lo sé. Tenéis que parecer lo que sois, una princesa y para ello habréis de llevar cuantos vestidos sean necesarios.

—Está bien, pero no crees que allí podré hacerme más trajes y, quizá más al gusto de aquella corte.

—Aunque los tiréis, mi señora. Además, es muy probable que en pocos meses tengáis que renovar el vestuario. Vuestro vientre concebirá pronto y habréis de vestir adecuadamente.

—Eso espero. Será mi deber como consorte. Dar pronto un heredero a mi esposo.

—Se espera más que eso. Uno tras otro, no importará cuántos, para asegurar la descendencia.

—Entonces... ¿no te parece una locura tanto traje?

—Quizá lo sea, pero antes de que sucedan todas estas cosas, habréis de estar bonita para que el príncipe descubra lo hermosa que sois y se rinda enamorado a vuestros pies.

—Espero agradarle...

—Estoy segura. Acaso pensáis que todas esas damas castellanas, que según nos aseguran, muchas tienen hasta mostacho, pueden acaparar la atención del príncipe. No os habéis preguntado, por qué mandó a pedirnos en matrimonio.

—No lo pensé.

—Porque os ama. Ha sido desgraciado en su anterior matrimonio y desea encontrar la felicidad con vos.

—No sé. Creo que en cuestiones de política, el amor poco importa...

—Estoy segura de que encontraréis el amor Juana. Sois una mujer bella y conseguiréis satisfacer a vuestro esposo.

—Y surgirá el amor... ¡Qué poco cuesta soñar, Anabela!

—¿Acaso no somos libres de ello? Pues, soñemos.

—Eso y...ya te procuraremos un buen matrimonio una vez allí.

Siguieron fantaseando con el futuro como las dos niñas que eran.

—Yo casaré con un conde o...un duque tal vez y nunca me apartaré de vuestro lado.

—Eso nunca.

—Espero que los nobles castellanos sean tan apuestos como don...

Un silencio hizo temblar los labios de Anabela que se detuvo en seco y reanudó su tarea deambulando por la estancia, doblando telas y guardando joyas en la pequeña arca, sin saber bien qué hacer.

—¿Por qué callas? Sigue hablando.

—Nada tengo que decir, Juana...

—Me parece que ya has echado el ojo a algún castellano, noble o no, pero cercano al príncipe, ¿me equivoco?

—No me hagáis esto...por favor.

—Anabela, soy yo... ¿Quién mejor para ser tu confidente?

—Si no es nada, Juana. Sólo me pareció gallardo...

—Gallardo y tal vez ¿apuesto?

—Muy apuesto... sí.

—Elegante y bien educado.

—Lo es.

—Bien parecido, con educación y además galante. Me dejas pocas dudas.

—¿Vos también os habéis fijado en él?

—No, Anabela. Estamos haciendo un juego de adivinanzas, ¿no es eso?

—Claro... sí. ¿Te fijaste en sus ojos?

—¿Marrones?

—Casi negros. ¿Y en su cabello?

—Luengo, oscuro...

—Negro como la noche. ¿Su boca?

—Pues... no.

—Sonriente.

—Es guapo, ¿no?

—El hombre más apuesto que nunca he visto.

—Pues tengo la respuesta... Ya sé quién es.

—Mantengámoslo en secreto, por favor. Esto no tiene ni pies ni cabeza. Vos sabréis bien, quien ha de ser mi esposo allá en Castilla.

—Lo mantendremos. Pero prefiero saberlo, además, sólo estábamos jugando...

—Gracias...

—Hay que ver lo confundida que yo estaba. Pensaba que te gustaba Manuelinho...

—Manuelinho... es otra cosa. Es como un amigo... No sé.

—El no parece mirarte con los mismos ojos.

—¿Por qué decís eso?

—Porque te mira de un modo...distinto.

—Distinto cómo...

—Como cuando ves un rico manjar y sólo piensas en comerlo... Así.

—¡Vaya comparación, Juana!

—Para él eres ese manjar.

—Un manjar que no comerá nunca.

—Mereces otra cosa y... no pienses que creo que no es un buen muchacho.

—Yo sé que es bueno, pero...por qué decís... no os entiendo. ¿Habéis pensado ya en alguien para mí? Es eso...

—Lo ves, no te gusta como el castellano...por citar uno.

—Es otra cosa. Con Manuel puedo hablar sin cuidado. Con los nobles castellanos es distinto... He de comportarme como una verdadera dama.

—Cuando estemos en Castilla lo habrás olvidado.

—No quiero olvidarle. Es atento. No me hace mal recordarle.

—Le dijiste que partirías conmigo.

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Pareció quedar algo pensativo, no sé... No volvió a decir palabra.

—Creo que está enamorado.

—Tal vez debería despedirme de él cuando nos vayamos.

—Le verás más veces. Todavía no hemos de partir...

—Es verdad. Pero es que se quedó con la palabra en la boca.

Anabela se dirigió hacia el ventanal mirando algún punto en la lejanía.

La comitiva se detuvo frente a la Iglesia de San Esteban. Los mozos amarraron las bestias mientras los embajadores se dirigieron al interior donde el párroco, el padre Joao, los esperaba en la sacristía. Hechos los saludó les dio la bienvenida y se encaminaron a la capilla donde se alojaba aquel milagro tan famoso que tantos peregrinos visitaban y al que muchos veneraban aún fuera del reino. De hecho, habían madrugado para que antes de la hora en que la iglesia se abría pudieran hacer la visita más tranquilamente, sin la presencia de otros fieles. Una deferencia que se les concedía por su condición de miembros de la corte de Castilla.

Ante aquella Sagrada Forma que, oscurecida parecía, más sucia que embebida de sangre, aunque fuera de Cristo, se postraron todos de rodillas para orar con recogimiento. A poco, en un aparte, don Alfonso Vázquez de Acuña se dirigió al párroco.

—Padre Joao, no sé cómo mantenéis conservado el Milagro. Me refiero que, cómo se preserva del aire y otras cosas impúdicas. Sé que no haría falta nada, los milagros son obra de Dios...pero veo que está dentro de algo que...no acierto a distinguir bien.

—Sí, señor obispo, cuando se encontró el Milagro, el padre que regentaba esta parroquia entonces tuvo la idea de protegerlo dentro de una cápsula hecha de cera, tan fina que transluce.

—Y así se ha conservado todo este tiempo...Conque cera, ¿eh? Qué buena idea. Cera.

—Cera, sí. Bueno, se ha cambiado varias veces debido a que la cera se oscurece e impide que pueda verse bien el interior. Pero creedme, está intacta y está húmeda...

—La pregunta es obvia... ¿Es auténtica?

—¿Cómo osáis? Me ofendéis, padre, y también ofendéis a Nuestro Señor ¡Es un milagro!

—No estoy cuestionando el milagro, hermano. Pregunto si la habéis reemplazado y guardado el original. Es sencillo.

—Es la auténtica. Os dais cuenta de que dudáis de esta Iglesia y dudáis también de mí. Pero lo cierto es que no hay ninguna duda, desde que el milagro se produjo se encuentra tal y como se manifestó y así ha sido venerada todos estos años.

El padre Alfonso se puso de pie haciendo una seña y en voz muy queda le susurró a Pedro Arias.

—Esperad todos aquí o mejor, fuera, he de despachar un asunto con el párroco...Y, necesito al mozo portugués aquí de inmediato.

La cara de asombro de Pedro Arias hizo que le diera una rápida explicación.

—Le vi ayer junto al río. Buscadle presto y decidle a Juan que espere en la capilla porque le necesito.

Pedro Arias, aunque sorprendido por las palabras y la urgencia del obispo, asintió y salió discretamente. Preguntó a sus hombres por el mozo portugués y le dijeron que lo habían avistado al alba en la entrada al recinto de la ciudad, entre otros que por allí pasaban.

—Traedlo enseguida.

Fue a buscar a Juan de Valenzuela para darle el recado del obispo.

Dentro de la iglesia, el obispo Alfonso Vázquez de Acuña y el párroco de San Esteban, don Joao, se dirigieron de nuevo a la sacristía y se sentaron a ambos lados de una mesa. El obispo tenía que convencer al párroco para que accediera a sus intereses en favor de la corona castellana, algo que parecía poco factible, dado el cariz que había tomado su anterior conversación.

—Este asunto es un asunto de la Iglesia, hermano y, como tal hemos de despacharlo entre nosotros. Como ya os he dicho, ahora Portugal y Castilla serán dos reinos con intereses comunes...y...

El padre Joao, interrumpió a don Alfonso, algo nervioso por aquellas palabras que no sabía dónde irían a parar.

—Todos queremos colaborar. Queremos que todo vaya bien, pero no os comprendo...

—Y también esperamos que no haya problema en la cuestión sucesoria.

—Queréis que se asegure...

—Claro, hermano. No dudo que la naturaleza pondrá de su parte todos los medios, pero como seguramente sabréis, nuestro señor don Enrique, tuvo problemas con su primera esposa.

—No veo donde puedo entrar yo, modestamente, señor obispo.

—Podéis hermano, podéis. Quizá ese Milagro podría hacer que mi señor tuviera más digamos, fuerza de su parte. Que el Señor le ayude a...ya me entendéis.

—Bien, pero... ¿de qué modo?

—Pues creo que ese bendito Milagro... podría compartirse... ¿Comprendéis?

—Eso, hermano es sacrilegio. Tan sólo pensarlo lo es.

—Y no pensáis que más bien, sería como que la infanta se llevaría un seguro a Castilla... Para que Dios la ayude y acompañe en su misión de futura reina y madre.

—Eso no soy yo quién para decidirlo, señor obispo. Debisteis hablar con nuestro arzobispo, don Jaime.

—Pero él no está aquí.

—Sí está su vicario y, hablasteis con él. ¿Por qué no se lo pedisteis?

—Él me dijo que viniera... Tal vez pensó que colaboraríais, hermano.

—Pues pensó... precipitadamente y vos...también. Más aún. Son cosas que no se pueden decidir en un momento.

—Lo siento, hermano pero, hemos de proseguir viaje. Entended mi premura.

—Si al menos pudiera orar un momento... Sólo para ver qué me inspira Nuestro Señor...

—Si es sólo un momento... Además, seríais bien recompensado, no lo dudéis. Vuestra iglesia podrá hacer algunos arreglos y ayudar a vuestros pobres.

—Permitid que me retire un momento, señor obispo.

—Yo también rezaré por vos. Ojalá vuestra respuesta sea satisfactoria. Nuestro Señor ha bendecido ya esta unión que además el Papa Nicolás ha visto con buenos ojos.

El párroco salió discretamente y antes de cerrar la puerta se volvió.

—¿Dónde me esperará vuestra paternidad?

—Si os parece bien, fuera. Necesito aire fresco...mi secretario aguardará y a él podréis dar aviso.

Diciendo esto, se aproximó a la puerta y salió también. Se dirigió a la Capilla del Milagro donde le aguardaba ya Juan de Valenzuela. Se acercó y le habló quedamente en el silencio del recinto.

—Juan, necesito vuestra ayuda. El párroco no ha entrado en razón. Ya os explicaré luego, pero mientras está fuera de aquí orando, habréis de aprovechar y forzar la cápsula para hacernos partícipes del Milagro.

—Pero señor yo... ¿Cómo queréis que?

—¿Tenéis una daga?

—Desde luego... pero...

—Sin peros, Juan. Tomad esta hostia que os entrego, rajad la cápsula e impregnadla de la sangre. Luego juntadla bien para que no se vea la rotura y guardadla en este lienzo. Esperaré fuera, el padre Joao tardará unos minutos en volver y te dirá que me avises.

Sin darle tiempo a mediar palabra, el obispo se dio media vuelta y se dirigió a la salida.

Quedó así Juan de Valenzuela petrificado frente a la capilla del Milagro y sus piernas temblaban imperceptiblemente mientras miraba la reliquia expuesta.

Juan, sin pensar nada más se encaramó al altar de la capilla y viendo que la cápsula era de cera pensó en cómo proceder. Había poco tiempo, un corte lateral sería limpio y no se vería desde abajo. Echó mano de su daga y procedió a rajar la cápsula cuando de pronto se hirió en su propia mano.

—¡Dios!

En su azoramiento, Valenzuela no había oído entrar de nuevo al obispo quien, a unos pasos de distancia se estaba despidiendo del padre Joao, el párroco de San Esteban, sin poder escuchar nada de lo que decían.

—Hermano, hemos de partir sin dilación. Dejaremos para otro momento nuestro asunto. Como ya lo conocéis podréis tener tiempo de meditar o de consultarlo con quien creáis oportuno.

—Yo había pensado lo mismo, no debemos precipitarnos para no ofender a Dios.

—Rezad mucho padre.

—Os tendré presente en mis oraciones, señor obispo.

—También yo guardaré para vos un momento en las mías.

—Idos en paz.

—Quedad con Dios.

Tras los saludos de rigor, el obispo se dirigía hacia la salida e hizo una seña a Valenzuela para que lo siguiese.

Cuando regresaron al exterior, Manuel estaba con el resto de los hombres. El obispo lo llamó para que acudiese, cosa que el muchacho hizo tímidamente.

—Juan, esperad aquí.

El obispo hablaba a Manuel muy quedamente mientras dirigía su mirada hacia el interior de la iglesia.

—Debes fijarte muy bien en el Milagro, especialmente en todos los detalles de la cápsula que lo encierra. Después hablaremos.

Manuel asintió con la cabeza y partió al punto. El párroco desde la puerta sonreía al grupo.

En el interior de la carreta Manuel estaba enfrascado en observar los utensilios y otros objetos que allí había. Todavía no se había recuperado de la emoción que le supuso que aquellos hombres lo llevaran ante el obispo castellano. Al principio temió que le fueran a amonestar, pero pronto supo que lo que requerían eran sus servicios como cerero. Cuando llegó ante el obispo se inclinó respetuosamente, pero obviando las formalidades, éste comenzó a hablarle.

—Espero que te fijaras bien.

Manuel, antes de contestar, ordenó sus ideas en la cabeza.

—¿Os referís al Milagro?

—¿Acaso crees que te hice entrar para otra cosa?

—Sí que me fijé.

—Eso espero, pues como la cápsula que lo encierra quiero que me hagas una.

—Pero señor, debo disponer de una muestra para hacerla a su medida.

—Óyeme bien, si te fijaste has de saber la medida.

—Vi la forma, cómo está hecho y...

—Con eso basta. He de guardar en ella una reliquia que me han dado para el príncipe don Enrique de Castilla y no quiero que se deteriore.

—Muy bien, traedla y calcularé las medidas.

—La harás semeja a la que viste.

—Bueno, si hay que hacer algún ajuste... en fin trataré de hacerlo lo mejor posible.

—Eso espero si sabes lo que te conviene.

Sin más palabras, el obispo salió y Manuel quiso ponerse manos a la obra. Su primer encargo y no podía fallar. Le dijeron que allí tendría lo necesario para el trabajo y que los clérigos podrían ayudarle si necesitaba de su asistencia. Por ello, se dirigió a uno que andaba allí preparando el

recado de escribir.

—Hermano, necesitare fuego para poder fundir la cera.

—Bien, muchacho. Aquí tienes unos cabos. Prepara todo y procede.

—Tendré todo listo para cuando paremos.

—El señor obispo ha puesto en ti su confianza. Te aconsejo que no lo defraudes.

—Haré todo lo posible, hermano.

—Padre José, para ti.

—Sí padre... José. Habréis de tener la reliquia preparada para cuando termine, la pondré en el interior y al fundir con el calor la cera quedará sellada.

—Haz tu trabajo y en cuanto a la reliquia, eso no es asunto que deba preocuparte.

—Muy bien. Voy a empezar.

Viendo como el clérigo volvía a sus asuntos empezó a cortar los cabos para fundir la cera y batirla convenientemente. Nunca había trabajado en un carro en movimiento.

La marcha continuaba sin mayores riesgos que las inclemencias del tiempo que, de calmo que estaba, parecía hartamente difícil que fuera a haber alguna. Todo era tranquilidad pero el obispo sentía un hormigueo en el lado izquierdo de su pecho donde llevaba la hostia ensangrentada.

Juan de Valenzuela le dio disimuladamente el lienzo con su contenido antes de reanudar el viaje y lo había deslizado entre los pliegues de su sotana para que fuera allí segura. El resto de la comitiva nada sabía de aquel asunto y mejor sería que continuara siendo de ese modo.

Cuando el sol comenzó a declinar y la luz bajaba de intensidad Pedro Arias dio la señal con la mano para que todos se desviarán a la derecha internándose en el bosque, un paraje rodeado de árboles y a orillas del río donde tendrían agua abundante para poder refrescarse, al igual que las bestias y donde poder descansar algo apartados del camino.

El paraje era realmente impresionante, rodeado de robles blancos, madroños, laureles y alcornoques. Hacia la parte más alta, donde comenzaban las zonas elevadas a buen seguro que habría lobos, y en el bajo monte jabalíes, pues era una zona de caza abundante pues aquellas tierras eran bien semejantes a las de sus vecinas de Castilla.

Al detenerse carros y monturas hicieron un semicírculo protector y justo enfrente, comenzaron a apilar ramas y hojarasca para encender varias fogatas. Manuel estuvo ayudando al igual que el resto de mozos que estaban al servicio.

Recogieron agua del río cercano y la echaron en varios baldes desde donde poder sacarla para cualquier necesidad. Algunos estuvieron buscando bayas, otros pescando y los más decididos, trataron de cobrar alguna pieza pequeña para la cena.

No fueron malos los resultados, para el poco tiempo que en ello echaron, un par de liebres, alguna perdiz y varios pescados. Sería una cena realmente opípara.

Mientras los mozos se afanaban en sus quehaceres y se montaban las tiendas, aprovecharon los demás para estirar las piernas y los hombres de armas para atender a los caballos dejando a buen

recaudo sus pertrechos. Los asistentes preparaban tableros sobre piedras improvisando mesas y sobre ellos dispusieron cuanto era propio para escribir, tinteros, plumas, secantes, pliegos, lacre y guitas de cáñamo.

Los clérigos habilitaron un tablón con un paño blanco encima, apoyado sobre un tocón de madera y una peña elevada del terreno disponiendo sobre él un crucifijo, al lado unos cirios medianos para prender, pues iban a celebrar misa y orar juntos para dar gracias a Dios.

Manuel, siguiendo las instrucciones que le había dado el padre Alfonso, se aprestó entonces para finalizar su encargo. Frente a una de las fogatas colocó el pequeño recipiente donde tenía la cera que le había proporcionado el clérigo, pura y fina como pudo ver muy pronto. Tras batirla, según tenía aprendido, lo dejó estabilizar durante unos minutos y comenzó a fraguarla en el molde que previamente había preparado dejando una abertura por donde se podría introducir la reliquia y después la sellaría volviendo a cubrirlo con cera líquida de tal modo que quedaría encapsulado.

Había podido terminarlo en poco tiempo por lo que se acercó a buscar al obispo que estaba dejando un breviario sobre el altar de campaña improvisado.

—Padre, tengo la cápsula.

—Muchacho, eres rápido. Espero que además esté bien. Sube al carro que ahora subiré yo. Allí me la mostrarás.

Manuel obedeció y se dirigió hacia el carro algo sorprendido. Pero acordándose de los misterios que rodeaban a la reliquia, no quiso importunarle con más preguntas.

El obispo miró en derredor y comprobó que todos andaban atareados realizando distintas faenas. Hasta los que no debían hacerlas estaban distraídos recorriendo el lugar o simplemente charlando como hacían Pedro Arias, Miguel Lucas y Francisco Valdés. Juan de Valenzuela estaba un poco separado del grupo pero notó que estaba observándole y quiso desviar su atención haciendo como que estaba preparando todo para la misa. Para su disgusto se encaminó hacia él.

—¿Desea algo vuestra paternidad?

—Ahora no. Descansad.

—No estoy cansado, padre. Pero si vos deseáis retiraros, os acompañaré...

—He dicho que ahora no. Estoy preparando todo para la misa.

—Parece que el muchacho portugués os está esperando en el carro. Queréis que vaya a ver qué ocurre.

—No os parece que si quisiera algo de vos, os habría llamado. Yo le atenderé.

—¿Está enfermo?

—Le encargué un recado, eso es todo.

—¿Por qué no me lo habéis encargado a mí? Soy vuestro secretario.

—Vos no podéis resolver todas las cosas, Juan.

—Probadlo...

—Os digo que en esta ocasión es algo de oficio artesanal. Cada uno hemos sido preparados para uno.

—No olvidéis que mi trabajo es serviros, padre.

—No lo olvido y me habéis servido muy bien hoy. Por ello, descansad.

—Me alegra oíros decir eso, mi señor. Gracias.

—Ahora idos, hijo.

Cuando por fin se marchó Juan de Valenzuela, el obispo Alfonso se sintió aliviado, como quien se quitara un peso de encima. Se dirigió discretamente al carro y subió. Dentro estaba Manuel.

En la oscuridad y recogimiento de su lecho improvisado de campaña, el obispo estaba satisfecho. Había conseguido su propósito al poner la reliquia protegida con su cápsula de cera. En un principio temió que todo se echara a perder cuando Manuel viera de la clase de reliquia de la que estaban hablando. Pensaría que había cometido sacrilegio y tal vez se negara a hacerlo.

Sin embargo, había cumplido con su trabajo. Se llevó la mano al pecho donde portaba la reliquia que había disimulado bajo sus hábitos prendiéndola de un cordel para que no pudiera caerse. Así la llevaría con él durante el camino de vuelta. Ahora en la paz del campamento se alegraba de haber tomado la decisión adecuada. Cerró los ojos para serenar su espíritu y comenzó a orar para sí mientras intentaba conciliar el sueño. Sin saber por qué los ruidos nocturnos del bosque le mantenían alerta e insomne.

Nada se escuchaba salvo el silencio, alterado únicamente por algún ave nocturna que lo rasgaba, pero todo parecía tranquilo. Unos metros más allá los mozos descansaban sobre sus mantas o alguna estera improvisada con ramas.

Manuel se removía sobre el duro suelo del bosque y se tapaba con su rebozo para entrar en calor, la noche estaba fresca y se notaba el ambiente húmedo. Se sentía bien por haber cumplido el encargo que le hizo el obispo. Pareció muy satisfecho cuando le presentó la cápsula y después con mucho misterio le vio introducir la reliquia en ella. Después tuvo que sellarla, le dijo que lo hiciera con gran cuidado porque era un objeto santo. A él no le pareció sino algo manchado, pero tampoco era un beato y sabía pocas cosas de la Iglesia, a la que acudía cuando no tenía más remedio.

A sus dieciséis años entendía bien a los que acudían a rezar a la Iglesia. Él no había encontrado aún la señal divina que reconfortara su espíritu o el alma, como decían los clérigos. Pero había observado que cuando entraba en las iglesias y veía a los fieles orando, el olor a cera ardiendo y también a incienso le hacían sentirse en paz.

Don Alfonso le había dado las gracias por su trabajo, por supuesto nada le pagó. A pesar de ello, le había dicho que contase con él para aquello que fuera menester, que tenía además de un oficio dos brazos y que los ponía a su disposición para trabajar.

Aquello le pareció bien a don Alfonso quien le dio su bendición después de comprobar la fuerza de sus músculos atentando sus brazos como quien va a comprar una mula o un caballo. Manuel se sintió como si de un momento a otro fuera a mirarle los dientes.

Recordaba las palabras que había dicho a continuación como si las estuviera oyendo de nuevo.

—Hijo mío, estás bien dotado para el trabajo y tienes buena disposición. Contaré contigo... estate tranquilo. Y ahora, vete, ayudarás a los mozos en los quehaceres que se te encomienden y recuerda, a nadie digas nada de este asunto. A nadie. Son asuntos de la Iglesia que a nadie importan.

Aunque no había entendido el porqué de tales advertencias, asintió con la cabeza que dejó inclinada en señal de respeto. Dispuesto a agradar y a no crear problemas, nada diría del asunto. Ante lo incierto de su suerte ahora estaba en manos de Dios.

Capítulo 7

Tras varias jornadas de viaje se estaban aproximando a Guarda para pernoctar en el Palacio del Obispo.

La comitiva estaba atravesando la Serra de Estrela un lugar con elevaciones de tipo meseta que tenían alturas muy diversas, un lugar propio para que allí viviesen los animales. Por ello pensaron en la caza, así se entrenarían los hombres de armas y se distraerían todos en general.

Sería un buen motivo para enriquecer el almuerzo y recuperar las fuerzas. Partiría un destacamento de jinetes y los carros saldrían más tarde, una vez que hubieran recogido el campamento, justo para llegar a la hora de la cena.

Todos permanecieron absortos en la contemplación del paisaje que era realmente bello y las conversaciones fueron cesando hasta reinar un silencio total. Sólo se escuchaban las aves piando, el rodar de los carros y el pisar de las caballerías por el suelo, alguna roca que caía y ramas de arbustos que se quebraban irremediabilmente bajo el peso de las mismas.

Se dirigían hacia una zona de mayor vegetación, la mañana estaba bastante mediada y, sin hacer calor excesivo, todos agradecieron la sombra. Condujeron los carros hacia el lugar elegido y los colocaron protegiendo el entorno del campamento. Los hombres de armas comenzaron a descabalgar para asegurar a los caballos junto a los carros.

Los mozos comenzaron a descargar los carros y delimitaron con piedras los lugares para las fogatas. Mientras, los hombres del clero descendían del carro en el que viajaban sacando algunos bártulos donde acomodarse y poder trabajar, ya que, para ellos, la caza no significaba sino descanso.

Mientras, los hombres de armas se proveían de palos largos, afilando uno de sus extremos y los apilaban en un lateral junto a sus armas, preparando la montería. La caza había despertado su espíritu competitivo y ansiaban el momento de sentir la acción de nuevo. Llegado el momento se dispusieron, junto con don Miguel Lucas, don Pedro Arias, don Juan de Valenzuela y Francisco Valdés para salir a batir las piezas. Entonces, Pedro Arias, se dirigió hacia el campamento volviendo su caballo.

—Don Alfonso, ¿no os apetece venir?

—Hermano, mis huesos ya no están para licencias. No me tentéis pues sabéis que me gusta la caza, pero... lo prudente será que me quede.

—Vamos, no seáis así. Hasta don Juan y don Francisco se han sumado a la partida. Ellos tampoco son hombres de armas. Venid, pues. No os hagáis de rogar.

Tras unos instantes de vacilación fingida, incorporándose trabajosamente, el obispo se decidió.

—¡Sea pues! Sólo os acompañaré pero... no participaré.

—De acuerdo. Haced lo que gustéis.

Pidiendo un caballo a los mozos, el obispo se aprestó a ir. En el fondo le apasionaban aquellas partidas en la que el hombre y las bestias se mezclaban en desigual combate. Sudores, carreras, escaramuzas, tretas y lances. Le apasionaba. Pero por su condición de hombre de la Iglesia, eran

pocas las ocasiones en que podía disfrutar de la caza. No obstante, en la corte se sabía de sus aficiones.

Dirigiéndose hacia el grupo ya montado a caballo su expresión había cambiado. Pedro Arias le acogió en el conjunto de la partida.

—Me alegra que vengáis. Nadie nos importunará.

—No estéis tan seguro de eso, amigo Pedrarias. Todos saben de la vuelta de la legación castellana. Es fácil identificarnos.

—Quizá tengáis razón, mas a mí este momento me sabe a libertad.

—Tal vez Pedrarias, tal vez...

Cabalgaban a un ritmo tranquilo adentrándose en el bosque y dirigiéndose a la zona más escarpada. Ascendieron a las estribaciones de la serranía y el aire se percibía más puro, el día estaba despejado y los hombres prestos para la acción.

Decidieron llevar las monturas hasta un grupo de árboles y descendieron después asegurándolas a los troncos para organizar el seguimiento de las piezas.

Tres hombres en otras tantas direcciones comenzaron el ojeo mientras unos preparaban los pertrechos para la caza y otros montaban algunas trampas.

Cuando regresaron los ojeadores dieron noticia de cuanto avistaron. Pedro Arias les instó a seguir una estrategia.

—Señores, hemos de estar cerca de una vereda de paso de jabalíes. Quizá habríamos de centrarnos en estos animales y, si de paso conseguimos aligerar algunas madrigueras, seguro es que llenaremos nuestros estómagos con carne fresca hoy.

Así pues, hicieron dos grupos en pos de los jabalíes. Los hombres portaban las estacas afiladas, además de sus propias armas. Todos caminaban en silencio, apenas se sentía un siseo de plantas holladas. El obispo iba en uno de los grupos, donde iban Pedrarias y Juan de Valenzuela.

—Adelante...

Según avanzaban iban descubriendo las pisadas inequívocas de los jabalíes y todos se miraban entre sí con complicidad mientras los ánimos se crecían e incluso las armas parecían más ligeras en la medida en que la marcha se hacía más rápida.

Se oyeron unos gruñidos y se vieron entre los hombres varios signos de alerta a los demás, se detuvieron con sigilo y se mantuvieron a la espera de que se repitieran para orientarse hacia el lugar de donde provenían. Los gruñidos no se hicieron esperar, de hecho, se escucharon más cercanos y abundantes.

—¡Shhhhh!

Debían apartarse a los lados de la vereda y aguardar a que pasaran las bestias para poder tratar de alcanzarlas y abatirlas. Avanzaron unos metros más y los gruñidos eran cada vez más cercanos y numerosos. Pedrarias levantó una mano y señaló las orillas de la vereda. Fue la señal convenida para colocarse en un lateral del camino.

Se agazaparon para evitar que los animales pudieran verlos a simple vista, los olerían y

aquello les alertaría de su presencia. En dicho momento de confusión caerían sobre ellos y podrían cobrarse varias piezas. El roce de las pisadas de los animales se sentía ya muy cercano y todos echaron mano de las armas.

Surgió de entre la maleza una pareja de jabatos ya muy crecidos y tras ellos iban otros más pequeños seguidos de una hembra enorme. Los animales pasaban confiados, pero la hembra percibiendo el olor de los hombres, empezó a gruñir de un modo distinto, lo que hizo que los pequeños se apresuraran a correr mientras los hombres caían sobre ellos, la hembra plantó cara a cuantos pudo para defender su prole y entre varios hombres la redujeron, tras una dura refriega y varios revolcones que la lucha de la valerosa madre provocó. Tal fue la resistencia que había presentado aquella hembra de jabalí.

Entretanto, el obispo, tras unos árboles se protegía, observando solamente. No había portado armas y tampoco tenía intención de participar en la cacería. Había ido por el puro placer de contemplarla. Estaba como hechizado por cada escena, ora un hombre caía, ora se levantaba otro cargando contra una de las bestias. Los ruidos que proferían los animales y el bregar de la refriega, eran sonidos que lo tenían cautivado.

Pero, entretanto le pareció oír más gruñidos y quebrar de ramas de forma violenta. Cuando estos sonidos se acrecentaron estuvo seguro. Había más bestias que se acercaban. Todo estaba ocurriendo en breves instantes, pero parecieron eternos. Comenzó a vocear para alertar a los hombres saliendo de su escondite.

—¡Ehhhhh! ¡Aquííí!

No tuvo tiempo de más. Cuando quiso darse cuenta se vio volteado por los aires y su cuerpo rodó entre los matorrales yendo a dar contra el tronco de un árbol cercano que detuvo su fugaz carrera. Todo dolorido, tras el terrible volteo giró la cabeza en dirección a donde estaban los hombres por si lo habían visto, pero lo único que consiguió distinguir es que la cacería seguía de un modo frenético y todo se volvió negro de pronto.

—Don Alfonso, ¿me oís?

Pedrarias y Francisco Valdés estaban a ambos lados del obispo, mientras los hombres exhaustos recogían armas y colgaban las piezas sobre las monturas. Otros estaban improvisando unas parihuelas para arrastrar la pieza más grande, la hembra de jabalí. Juan de Valenzuela trajo de su propia montura un pellejo con agua para tratar de reanimar al obispo mientras Miguel Lucas paseaba inquieto de un lado para otro.

El agua fue vertida sobre el rostro del obispo quien empezó a pestañear rápidamente y a moverse inquieto, parándose de golpe debido al dolor. Abrió los ojos y se quedó mirando a los que estaban agachados junto a él, que permanecía tendido en el suelo.

—Padre, ¿estáis bien?

—¿Dónde...? ¿Qué... ha pasado? ¡Cuidado con las bestias!

—Estad tranquilo, padre. Las bestias están ya fuera de combate. Nos hemos cobrado varias y, hoy prepararemos un buen festín para cenar. De hecho, tendremos carne para varios días.

—Pero, no entiendo ¿qué me ha pasado?

—Vinieron dos machos a ayudar a su prole.

—Sí. Recuerdo que quise alertaros y...

—Cuando os oímos tan sólo pudimos ver que se nos venían encima los animales, pero no nos dejaron ver dónde estabais vos. Pensamos que os habíais ocultado.

—No tuve tiempo... me vi volando por los aires y vine a dar con mis huesos contra unos árboles.

—Cuando todo pasó os descubrimos... Parece que perdisteis el sentido por el golpe.

—Me duele todo.

—Si no fuerais un hombre de Dios hubierais dicho que os duele hasta el alma.

—El alma sólo duele ante la blasfemia y la desgracia ajena, hijo mío.

—Padre, ahora no estamos en una iglesia... Reconvaleceos. ¿Podéis levantaros? Os llevaremos al campamento y allí podréis descansar.

—¿Estáis seguro de que no tengo algún hueso roto?

—No lo tenéis. Si no estaríais en un ay, padre.

Don Alfonso comenzó a incorporarse y le sujetaron hasta que estuvo de pie.

—¡Gracias a Dios! Está claro que Él me ha protegido.

Mientras le sacudían los ropajes y le conducían hasta los caballos, instintivamente se echó mano al pecho y buscó bajo sus vestiduras la reliquia santa para darse ánimos y agradecer a Dios su ayuda. Buscó el cordón y no lo halló. Pensando que se había soltado bajó la mano hacia su cintura por si estaba suelta y entre la ropa.

—¡Esperad!

Los hombres se detuvieron y el padre Alfonso se registró tranquilamente bajo los hábitos mientras la cara se le iba demudando y se iba tornando de una palidez tan patente que los presentes temieron que se volviera a caer. De hecho le flaquearon las piernas y trastabilló. Se apresuraron a sujetarle para evitar que cayera al suelo, pero se quedó muy quieto y su mirada se perdió en un punto invisible para todos menos para él. Cayó de rodillas en tierra y elevó los ojos al cielo con las manos unidas junto a su pecho, sin quitar la vista del punto elevado. Todos pensaron que se trataba de un milagro o una visión y se alarmaron buscando a su vez aquel punto hacia las alturas.

—¿Qué tenéis, padre? ¿Qué ocurre?

Ante la falta de respuesta todos se descubrieron la cabeza y guardaron silencio en señal de recogimiento esperando a que aquella visión acabara para que el sacerdote les contara lo que había podido observar. No había duda de que estaban ante un suceso sobrenatural. Todos estaban en silencio, unos oraban, otros simplemente estaban absortos y otros por respeto, callaban. Tan sólo uno de ellos sabía lo que realmente ocurría. La reliquia había desaparecido.

La estancia se hallaba inundada por la luz del mediodía. En una esquina sentada en un bello sillón se encontraba la infanta Juana de Avis con la mirada perdida en alguna parte, mientras,

Anabela leía un códice en voz alta que narraba hazañas de las Cruzadas. Aunque no era una lectura apropiada para damas a ambas les complacía.

Absorta en la lectura y también en el paisaje de su querida tierra a la que pronto dejaría de ver, pensando en cómo abarcar con sus ojos aquellos árboles, aquel cielo y aquellas nubes que se movían al antojo del viento que les imprimía su fuerza y las deshacía en caprichosas formas que sus ojos y su ingenio se complacían en identificar. Unos golpecitos sonaron en la puerta de la cámara.

—Adelante.

Un paje asomó su cabeza a través de la puerta medio abierta.

—¿Dais vuestro permiso, señora?

—Entrad.

El muchacho, casi un niño, se dirigió respetuosamente hacia donde estaba la infanta portando una pequeña bandeja de plata.

—Señora, una misiva para vos.

Anabela señaló la página del códice colocado sobre un facistol de madera de roble bellamente labrado y se levantó para recogerla. El muchacho se quedó de pie esperando, por si necesitaba enviar respuesta.

Anabela entregó el sobre a Juana emocionada.

—Es de vuestro tío Enrique.

—¿No estás también nerviosa?

—Siempre me agradan sus cartas, ya lo sabéis. En el fondo es como si también fueran para mí.

—Lo son, Anabela. Él sabe que las dos estamos siempre juntas, y quiera Dios que siga siendo así por muchos años.

—¿Vais a leerla ahora?

—Me gustaría pero, me temo que deben estar esperándome para almorzar. ¿Por qué no me ayudas? La leeremos luego, más tranquilas.

—¡Vamos pues al tocador!

Se levantaron ambas y la carta volvió a la mano de Anabela que la dejó junto al libro de lectura para después del almuerzo.

Frente al tocador sentada, Juana dejó hacer a Anabela quien, atusaba su cabello y recogía aquellos mechones que, rebeldes, escapaban del lugar que debían mantener en el peinado.

—¿Estáis triste, Juana?

—No. Sólo estoy pensando en mi destino...

—¿Lo encontraréis triste?

—Espero que no lo sea. Además, creo que mi matrimonio no será inmediato. Mi primo aún

tiene esposa.

—Por poco tiempo. Vuestro hermano os dijo que el Papa iba a dar su visto bueno al fin de esa unión.

—Si te digo la verdad tampoco estoy impaciente por casarme. Mucho menos por irme.

—¿Qué esperáis del amor, Juana?

—Espero solo ser amada... ¿Y tú?

—Espero también amar.

—Me gustaría vivir el amor como veo a mi hermano Afonso disfrutar del suyo.

—¿Cómo?

—¿Acaso no ves con qué ojos mira a Isabel?

—La ama con solo mirarla, ¿no?

—Es un buen modo de sentir el amor.

—También han vivido momentos muy difíciles.

—Lo sé. Perder un hijo es...algo que no quiero ni pensar. Pero si hay amor puede superarse todo.

—Hay más cosas, Juana.

—Pero mi hermano es feliz y yo también quisiera serlo. Su amor se ha bendecido de nuevo con la llegada de su hijita.

—Bendita sea la infantita Juana. También seréis feliz vos.

—¡Lo seremos! Tengo catorce años y tú la semana que viene cumples quince. Haremos una fiesta con baile para celebrarlo.

—Pues sabéis qué, yo sí tengo ganas de que partamos. Quizá un cambio de aires nos venga bien.

—No, Anabela. Tú estás ilusionada...para ti el viaje significa que te casarás, aún no sabes con quién, pero... te quedaste prendada de un castellano y...

Anabela bajó la cabeza turbada, mientras a Juana se le escapaba una risita nerviosa.

—Juana, por favor...

—No pasa nada. Me gusta verte ilusionada. Te envidio.

—Quisiera que para vos también fuera todo esto una ilusión.

—Espero encontrar motivos para tenerla yo también.

Anabela dio por finalizado el arreglo y Juana se levantó de su asiento para cruzar la habitación y salir. Comprendía bien el significado para Juana de aquellos afectos que observaba en el matrimonio de su hermano y que por desgracia no pudo conocer en el de sus padres. Ni siquiera en las de sus abuelos paternos. Juana los había perdido demasiado pronto, pues la muerte había

segado sus vidas debido a uno de los más temidos enemigos del hombre: La peste negra.

Anabela se aprestó a recoger el tocador comenzando a colocar dentro los objetos que habían utilizado. Sobre la mesa había esparcidos varios perfumeros, pomos con distintos afeites, pinzas y plumas, peines y espejuelos. Un bote con azúcar de cebada fundido y otro con goma adragante. Tijeras y limas para las uñas completaban el conjunto.

La infanta gustaba de arreglarse conforme a la moda, pero ella tenía la potestad de hacerlo de tal modo que fuera diferente a como lo hacían las demás. Pronto, cuando fuera reina, serían las demás quienes la copiaran.

Cuando estuvieron aposentados en Guarda procuraron asearse como mejor pudieron, no solo de los rigores propios del viaje, sino de los que la caza les había regalado. Llenos de polvo, los trajes sucios, cuando no raídos e incluso hubieron de reemplazar alguna de las vestiduras que habían perdido.

Habían llegado poco presentables al castillo episcopal y cuando fueron atendidos pidieron permiso para poder asearse antes de ser recibidos. Los estaban esperando pero, no podían dar tan mala imagen, siendo además, una falta de tacto para con su anfitrión.

Fueron acomodados en distintas estancias, los mozos se alojaron junto a los criados, los hombres de armas en los establos y las caballerizas, así como los del clero, los secretarios y los demás, en celdas muy sobrias, pero que contaban con lo necesario para poder tener un merecido descanso y, lo mejor de todo, unos catres donde podrían reposar sus ya doloridos huesos de tanto dormir en el suelo durante las acampadas.

Cuando el obispo don Alfonso estuvo ya aseado en su celda, tras pedir a sus asistentes que recogieran los aguamaniles y las palanganas en las que se había lavado y tras haberse cambiado los ropajes que se habían roto debido al incidente de la caza, mandó llamar a Juan de Valenzuela. Preparó su breviario y su rosario dejándolos sobre una mesita y se disponía a sentarse cuando unos discretos golpecitos en la puerta llamaron su atención.

—¡Entre!

La puerta se abrió y apareció Juan de Valenzuela presentándose para ver qué requería de él. Cerró la puerta con suavidad y avanzó hacia el interior del cuarto.

—Juan, necesito que llames al mozo portugués.

—Pero señor está ayudando a aprestar los carros y los animales. Tiene trabajo para rato.

—Pues lo siento, yo tengo un recado para él.

—Y ¿no podría ayudaros yo mismo?

—Pues no, Juan, no podéis.

—Para algo soy vuestro asistente y secretario, señor.

—Ve pues a buscarle y no se hable más.

Juan de Valenzuela conocía bien al obispo y sabía que no debía contradecirle. Él era el superior. Así pues y, muy a su pesar se dispuso a acatar la orden dada.

—Como gustéis, señor obispo. Iré a buscarle.

Cuando Juan salió de la estancia se dirigió de nuevo hacia la mesa y se puso a ojear su breviario mientras tomaba entre sus manos el rosario acariciándolo amorosamente. Pero no estaba concentrado en su lectura, ni tampoco podía rezar. Su mente estaba atribulada y no conseguía conservar la templanza necesaria desde que la reliquia había desaparecido.

Inexplicablemente, durante el incidente que había sufrido en la cacería, la reliquia se había perdido. No supo cómo, pero aquellos momentos de confusión, en los que incluso había perdido el sentido, fueron suficientes para que ocurriera. Nada podía decir al respecto del asunto. El hecho de llevar aquella reliquia para el príncipe Enrique suponía para él un éxito personal que no quería compartir.

Tan sólo confiaba en el muchacho portugués. Había pensado en hablar con él, pero sabía que tenía que guardar cautamente el secreto y tenía que urdir algún plan para solucionar tal situación.

Un ruido de pisadas en el pasillo le hizo salir de su cavilar.

—¡Entra!

El rostro de Manuel asomó tímidamente tras la puerta. El ánimo del padre Alfonso recobró su aplomo y al mismo tiempo se sintió turbado por su presencia inexplicablemente. Le hizo un ademán para que se acercara.

—Cierra la puerta.

—¿Me habéis mandado llamar, padre?

—Sí, muchacho, pasa, pasa.

Respetuosamente, Manuel entró en el cuarto y se acercó hacia donde se encontraba don Alfonso.

—Decidme, padre.

—Muchacho, estaba recordando que desde que el Señor te puso en mi camino para mi bien, no has hecho nada salvo mirar por mi persona y servir bien a los encargos que te he mandado. Por no hablar de tu servicio durante este viaje. Has trabajado como uno más, bueno...bastante más que algunos, pero eso no viene ahora al caso.

—Gracias, señor. Creo que cumplo con mi obligación y de buen grado. Me habéis acogido y os estoy muy agradecido.

—No sólo a mi muchacho. En esta legación representamos a la corona de Castilla, como ya sabes. Tu agradecimiento debe ser hacia la misma. Pero, hablando de otros asuntos, debo hacerte otro encargo.

—Decidme, pues.

—Necesito que me hagas otra cápsula como la que me hiciste para la reliquia.

—Igual o mayor, señor.

—Exactamente igual.

—Para otra reliquia, queréis decir...

—La quiero igual.

—Bien, en ese caso podríais facilitarme la anterior que os hice para sacar las medidas exactas.

—Pues... verás...

—Sólo para el molde. Después os la devolveré.

—Lo sé, muchacho, pero es que... no puede ser.

—No voy a estropearla. Es más, si queréis, podéis sacar la reliquia y dejadme sólo la cápsula. Es todo lo que necesito.

—Pues no, no es posible, muchacho. Todo lo que está en contacto con una reliquia... es como si se volviera... también sagrado... ¿comprendes?

—No le voy a dar mal uso, señor.

—No es eso. Es que si... sacamos la reliquia que ya es sagrada, podríamos alterar esa santidad. Que no se puede, no.

—No lo entiendo.

—Es así. Son cosas de la Iglesia. No tenemos que entender todo cuanto se hace dentro de ella.

—Entonces, ¿por qué no me la dejáis, aquí mismo para que tome las medidas?

La mente del obispo trabajaba a tal velocidad que apenas se concentraba.

—No puedo. Está en los cofres con los objetos de culto y por seguridad no los abriremos esta noche. ¿Lo comprendes, verdad?

—¿Qué hago pues, señor?

—Creo que conque las medidas sean aproximadas bastará. Me da la impresión de que tienes cabeza para esas cosas.

—Sí, recuerdo cómo la hice y su tamaño pero quería que quedarais satisfecho con el trabajo.

—Lo sé, hijo mío. Pero puedes estar seguro de que quedaré satisfecho con el que hagas. Ahora ve y provéete de lo necesario. Si buscas buena cera, los hermanos pueden ayudarte.

—Yo me proveeré, no os preocupéis.

—Cuando esté lista, la traes presto. No quiero que ande por ahí rodando. ¡Ah! Y...no comentes esto con nadie. Cuantos menos estén al tanto mejor.

—Sólo lo sabré yo, señor obispo... Y vos mismo...

—Gracias, otra vez... Ahora ve con Dios.

—Quedad con él, padre.

El talante que percibía en el muchacho le daba tranquilidad. En aquellos momentos era su única salvación para poder volver a disponer de la reliquia. Tendría la funda, pero no tenía nada que poner dentro. Era imposible volver a Santarém... ¿con qué excusa lo harían? Además, nadie sabía nada acerca de aquel asunto. Y aunque volvieran, seguramente no conseguirían que el párroco de San Esteban se atuviera a razones... Bueno, quizá se pudiera hacer algo. Puede que hubiera una

posibilidad para que se resolviera todo este pequeño inconveniente...

Capítulo 8

Los esposos se habían reunido en la cámara aquella noche tras la cena. Habían departido con el Condestable, don Álvaro de Luna y su esposa, Juana Pimentel, tras el Consejo. Se hallaba Juan en camisa, el cabello revuelto y sentado sobre el lecho con las piernas colgando hacia el suelo. Isabel estaba desnuda y apenas se cubría con las sábanas tratando de recuperar la atención de su esposo quien, momentos antes la estrechaba entre sus brazos.

Isabel gustaba de aquellos cuidados que Juan, siendo hombre ya maduro, se prodigaba, pues le hacían parecer elegante y atractivo. Su pelo oscuro tildado apenas con algunas canas, en media melena, siempre iba cuidado y se tocaba con la corona en las ceremonias o con los sombreros de fieltro que mandaba comprar fuera de Castilla, a la moda italiana. Ella, joven como era, no necesitaba de tantos cuidados, pero gustaba de engalanarse y ponerse siempre sus mejores vestidos para estar a la altura de las damas de la corte. Especialmente deseaba destacar ante una de ellas, la más principal y a la que todos admiraban, aunque no solo por su apariencia, Juana Pimentel, esposa de Álvaro de Luna.

Aquella misma noche, para su exasperación, había lucido un traje precioso, bordado y guarnecido con los adornos más delicados en verde oliva y oro. Sin embargo, cuando apareció la Pimentel, todos se deshicieron en murmullos. A pesar de llevar una simple saya negra, guarnecida con cuellos y puños blancos, lucía en el pecho un broche de oro recamado y su dignidad era tal que, aunque hubiera ido desnuda, la hubieran igualmente alabado.

Ella hervía por dentro al sentirse insegura por su inexperiencia y se dejaba aconsejar en todo por la Pimentel que, además de aconsejarle, la mimaba en exceso y le hacía lucir sus encantos para conseguir hacer palidecer de envidia a todas las damas de la corte, pero a Isabel nunca le parecía suficiente. Tardes enteras las dedicaba cepillando sus cabellos y adornando después el conjunto con joyas o flores de un modo natural. Otras probando en su cabeza tocados exquisitos.

Isabel sabía que Juana Pimentel era una mujer de mucho carácter y gran temple, instruida, que había casado con Álvaro de Luna, siendo para él su segunda esposa. No sabía el porqué a pesar de estar en la cuarentena, su elegancia hacía que nadie reparara en su edad sino en su porte, y en justicia debía admitir que era bien parecida.

Había podido comprobar que la Pimentel se regía por el principio de “orden y mando” y que sabía llevar su hacienda como el mejor de los estrategas. Pero Isabel cada vez la exigía más y quería manejarla a su antojo, cosa que, poco cuadraba a la Pimentel. A pesar de ello, siempre se mostraba prudente y trataba de eludir con diplomacia tales manipulaciones, obrando en consecuencia.

Isabel, poco tiempo llevaba embarazada del que sería su segundo hijo, cosa que satisfizo en gran manera a su esposo, lo que la hacía sentirse orgullosa, pero el rey Juan estaba atribulado debido a sus continuas quejas acerca de Álvaro de Luna, por lo que quería evitarla en muchas ocasiones. Isabel se mantenía firme en sus presiones advirtiéndole que, si no ponía fin a aquella situación, el de Luna siendo hacedor de tantas intrigas, terminaría volviéndose en su contra y perdería ya no el poder, sino la vida.

Aquella noche, Isabel sabía que tras el Consejo, Juan y Álvaro habían estado juntos. También recelaba de aquellos encuentros, pues bien sabía que su amistad iba mucho más allá de la

camaradería desde su juventud. Por ello exigía a su esposo la atención de sus deberes maritales especialmente en dichas ocasiones. Pero el rey cumplía y nada podía reprocharle.

La insistencia en que Juan pusiera fin a la situación insostenible del máximo poder del Condestable, obedecía a su intención de amenazar a la Pimentel por sus desaires y no repararía en nada hasta conseguirlo. Había planeado utilizar tales cuestiones como moneda de cambio para llamarla al orden, por lo que volvió a hablarle de ello.

—No sé qué te ha dado con Álvaro, mujer... Sabes todo lo que le debo.

—También él te debe a ti todo lo que tiene. ¡Tú eres el poder!

—Vive para servir a la corona. Toda su familia. Y su mujer. No puedes negar el afecto que te profesa.

—¿Quieres decir que esa... mujer...? No me la mientes, Juan.

—Pues, ¿qué te ocurre con ella?

—¡¡¡Ella!!! No cumple sus obligaciones para conmigo. Me da de lado y me desatiende. ¿Quieres todavía que mire por ella?

—Siempre está a tu lado para aconsejarte. ¿Qué quieres de ella?

—Quiero que haga lo que yo diga.

—Pues si eres la reina... ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Tienes razón. Soy la reina y voy a ordenar todo lo que ha de hacer.

—Pero has de olvidar tus celos para con Álvaro. De seguir así las cosas...

—Has de ponerte en tu sitio y decirle quién manda.

—Eso ya lo sabe...

—Yo creo que no. Además, ¿no te das cuenta del malestar de los nobles? Qué ciego estás.

—No me provoques, mujer.

—Si tú quisieras...

—¡Qué!

—Bastaría una orden tuya para apresarlo.

—No te inmiscuyas en los asuntos del reino...

—Hay que acabar con Álvaro de Luna o él acabará contigo.

Juan salió de la estancia sumido en la desesperación. Álvaro de Luna no sabía nada acerca de la intención de la reina. Aquello no se trataba de una simple reprimenda a una esposa. El temor se apoderó de su cuerpo y un escalofrío recorrió su espalda. Otra vez los fantasmas lo estaban cercando.

El motivo de pasar por Guarda era más que una necesidad, una mera cortesía, aunque al final terminó por hacerse imprescindible debido al accidente de caza que sufrió el grupo dicha jornada. El obispo de Guarda era D. Juan Manuel de Portugal y Villena, hombre de edad ya madura, a

quien habían querido cumplimentar como representante del clero en aquella diócesis. Eso además significaba que pernoctarían cómodamente.

Así pues, desde el principio del viaje se había fijado Guarda como objetivo de parada previo a la entrada al territorio castellano que distaba de dicho lugar algo menos de una jornada de viaje para la comitiva. El obispo se reunió con ellos en el salón para compartir un potaje de verduras que, en mesa aparte al fondo de la habitación, compartieron los hombres de armas y letras, mientras que los clérigos con el obispo don Alfonso a la cabeza, Miguel Lucas y Pedro Arias, sentados a la del obispo de Guarda, pudieron saborear la que tenían ya dispuesta a su llegada, a base de perdices y otras aves de caza asadas con ciruelas, piñones y manzanas.

Ni que decir tiene que el resto de sirvientes y mozos compartieron sobras con los propios de la casa, con buena sintonía, música y algunas chanzas que bien vinieron a rematar un día bastante movido.

Entretanto, el obispo castellano, don Alfonso, tomó la palabra para introducir una conversación formal, aunque distendida, en la que pudieran participar todos los sentados a la mesa.

—Señor obispo, nos agrada mucho poder cumplimentaros con ocasión de nuestra humilde visita para haceros partícipe de la alegría que representa para nosotros haber realizado el acuerdo de esponsales entre doña Juana de Avis, infanta de Portugal y el príncipe don Enrique de Castilla.

—Es un honor recibirlos y, aunque sabía algo del asunto, os agradezco me confirméis la nueva del acuerdo, que no conocía.

—Tal vez aún no hayan llegado las noticias por escrito.

—No tratéis de disimular, no tenemos en este lugar demasiada comunicación con la corte. Aquí bastante trabajo hay con seguir manteniendo las labores propias del obispado.

De sobra sabía el obispo don Alfonso, que don Juan Manuel, hermanastro del rey Afonso de Portugal, por ser fruto del primer matrimonio de su padre, don Duarte, con doña Juana Manuel de Villena; no tenía más conexión con la familia real que la de regentar su dignidad y algunas formalidades estrictamente requeridas por el protocolo, pero aun así, era un personaje respetado y con poder en el entorno de la Iglesia.

—Pensé que quizá el rey os habría escrito acerca del futuro enlace.

—Pues no. Seguramente el arzobispo don Jaime lo haga, su vicario, don Luis de Anes se cuidará bien de ello. Como os digo el trabajo nos quita el tiempo de tratar otros asuntos más terrenales. Pero debéis perdonarme porque estaba en la creencia de que vuestro príncipe aún estaba casado.

—Ese asunto está ya resuelto. Un mal recuerdo que ha atormentado al príncipe durante más años de los debidos.

—Espero que este matrimonio lo tome con otro entusiasmo.

—Creedme que está deseando que se lleve a cabo muy pronto.

—¿Estáis seguro de ello?

—Completamente. Además, no sois ajeno a la buena relación entre nuestra monarquía y la vuestra. Nuestro rey don Juan también casó en segundas nupcias con la Infanta Isabel de Braganza,

ahora nuestra reina y señora.

—Sí, eso es bien cierto. ¿Son felices?

—Mucho, de la unión nació una hija, como sabréis, la infanta Isabel y me temo que aún han de ser bendecidos con más hijos, si así lo quiere nuestro Señor.

Voluntariamente y para dar más teatralidad a su frase, don Alfonso Vázquez de Acuña, elevó los ojos al cielo mientras terminaba la frase.

—Eso espero, a pesar de que vuestro monarca ya es un hombre de edad provecta.

—Pero la reina posee juventud por ambos. Es fuerte y rebosa salud.

—Espero que el príncipe esté a la altura de su señor padre en estos esponsales.

—Estamos convencidos de ello.

—¿Hay fecha?

—Aún no, pero como os he dicho, don Enrique está impaciente. Hay que ultimar los detalles de la ceremonia y se fijará, en cuanto la Casa Real conozca las buenas nuevas de las que somos portadores.

—Así lo espero, hermano. ¿Cuándo partís?

—Mañana mismo. No queremos hacer esperar en vano al príncipe.

—¿No habéis enviado un correo por delante?

—Pues... hemos querido informar directamente. No.

—Me gustaría tener noticias de la fecha del enlace. Os agradecería que me las hagáis llegar.

—No lo dudéis. ¿Pensáis asistir a la ceremonia?

—Bueno, no puedo aseguraros nada. Dependerá de mis obligaciones.

—Sería un gran honor contar con vuestra presencia.

—Espero corresponder. Pero aún es precipitado comprometerse, ¿no creéis?

—Confío en que os sea posible.

—Así lo espero.

La cena transcurrió en un tono cordial, don Alfonso veía al resto de los comensales que se abstuvieron de abrir la boca, aparte de para comer, para asentir o emitir algún sonido de aquiescencia. En el salón apenas se escuchaban los murmullos suaves que emitían los comensales de la otra mesa que se encontraba dispuesta para el resto de la comitiva, pero don Alfonso veía que al menos ellos estaban hablando distendidamente, cosa que no ocurría en la principal.

Sin más, tras los postres, el obispo don Juan Manuel de Portugal, se levantó de la mesa dando por finalizada la cena, para retirarse, excusándose debido a que al día siguiente había de partir muy temprano.

—Hijos míos, mis deberes me requieren para asistir a unas ceremonias en otra freguesía vecina de las de mi jurisdicción. Quizá debiera decir, otra parroquia o, bueno supongo que me entendéis.

Se escucharon algunos murmullos entre los presentes ante sus palabras. Pero fue don Alfonso quien le respondió.

—Desde luego. Tenéis vuestros quehaceres.

—Celebran las fiestas patronales, no puedo faltar. Pero quiero excusarme porque no estaré presente para despediros convenientemente.

De nuevo fue don Alfonso, el obispo castellano, quien tomó la iniciativa.

—No os preocupéis por nada. Os doy las gracias por vuestra hospitalidad en nombre de nuestro rey don Juan.

Con la inclinación de cabeza del obispo portugués, hicieron las correspondientes despedidas, bastante pomposas dadas las circunstancias y se retiraron a sus respectivos aposentos precedidos del obispo de Guarda, don Juan Manuel.

Ya en su celda, don Alfonso se dispuso a realizar sus oraciones y se sentó al borde del catre. Las lucernarias estaban encendidas y el ambiente en el cuarto, aunque sobrio, era acogedor. Cuando se dirigió hacia su mesa para tomar su breviario y ponerse a orar, unos golpes en la puerta le hicieron volver a la realidad.

—¡Entrad!

Abriendo la puerta, Juan de Valenzuela entró cerrando tras de sí de inmediato.

—¿Qué deseas a estas horas, Juan?

—Venía a preguntaros si... me necesitabais... padre.

—No ves que estoy ocupado. Dispón todo para nuestra partida de mañana y avísame con tiempo para prepararme.

—Vendré temprano, padre...

—Ahora, vete, he de hacer mis oraciones y estoy muy cansado.

—Bien, como gustéis.

Mientras se despedían, unos golpecitos en la puerta hicieron que ambos miraran en dirección de la misma.

—¡Entrad!

La puerta se abrió y asomó la cabeza el mozo portugués.

—¿Dais vuestro permiso, padre?

—Pasa, pasa, hijo mío.

Manuel entró con cautela portando en sus manos algo envuelto en un paño. Cuestión que no pasó por alto Juan de Valenzuela que lo miraba inquisitivamente y con disgusto. Se fijó bien en el mozo, pues aunque vestía ropa corriente, apenas una camisa basta y un jubón muy desgastado de paño de lana cardada tintada en marrón que cerraba con unos cordones a los lados para ceñirla, tenía prestancia en el porte.

—Pues veréis, quería...

El obispo tomó la palabra interrumpiendo la frase del mozo portugués, pues se dio cuenta de cómo le miraba Valenzuela y de cómo se iba tiñendo de grana el rostro del joven.

—Confesarte, sí. Bueno, ya te dije que debía ser en la Iglesia, pero podemos tener una charla sobre lo que te abruma.

Mientras hablaba, don Alfonso veía los gestos de extrañeza, en el rostro de Manuel, e intentaba mostrarle señas de complicidad para que le siguiera la corriente. Sin embargo, se percibió del gesto de fastidio que tenía Valenzuela, por lo que trató de hacerse con la situación rápidamente. Pero el mozo portugués empezó a hablar.

—Yo no... sólo quería... espero no interrumpir.

Tratando de reconducir la frase se apresuró contestándole.

—Pues claro, hijo. Las almas atribuladas son dignas de recibir siempre la atención de un hombre de Dios.

Manuel tímidamente avanzó hacia el obispo ante la atenta mirada de Valenzuela que no dejaba de vigilar las manos del muchacho, sujetando el envoltorio. Debía seguir la corriente ante aquella situación.

—Como vos digáis, padre.

Sonriendo y con total serenidad, el obispo dirigió la mirada hacia Juan de Valenzuela que seguía allí presente.

—Juan, id a cumplir mis encargos.

Con asombro, Juan dirigió su mirada al cura, sin entender nada. Era evidente que quería deshacerse de él. Lo cual le hizo sentirse bastante molesto, pero tenía que obedecer. Lo último que quería era disgustarlo y que descargara sobre él sus iras.

—Como digáis, padre. Con las primeras luces vendré a avisaros.

—Mejor ven...un poco antes. Bueno, si has finalizado con los preparativos.

Algo en su interior le dijo que todavía era importante para el obispo. Se dirigió hacia la salida y dio las buenas noches antes de salir. Discretamente cerró la puerta.

Volviendo a encontrarse a salvo en la intimidad de aquel cuarto, el obispo dirigió su mirada a Manuel y se quedó así observando un rato. Tal fue así que Manuel comenzó a sonrojarse sintiéndose observado.

—¿Me traes algo?

—Claro, padre.

—Veo que has sabido ser discreto con el encargo. Eres muy considerado y te lo agradezco.

—Vos me lo pedisteis, padre. Me he limitado a obedeceros.

—¿Terminaste la cápsula?

—Pues, sí. Creo que ha quedado como la anterior. ¿Tenéis la reliquia?

—¡No! Sí... Es decir que ha aparecido. La encontré...

—No sabía que la hubierais perdido.

—Bueno, olvidemos eso... ¿Puedo verla?

La impaciencia se reflejaba en el rostro del obispo.

—Sí. Aquí está.

Mientras mostraba el contenido del envoltorio sobre la mesa, no dejaba de sentir la mirada del obispo sobre sí. Le resultaba un tanto inquietante.

—¿Por qué no lo abres tú mismo?

—Si así lo deseáis, lo abriré.

Se dispuso a abrirlo con sumo cuidado y una vez retiradas las telas que la cubrían quedó al descubierto aquella cápsula de cera.

—Veo que has podido hacerla exactamente igual a la otra.

—He recordado todas las medidas. Bueno, las pautas que tuve en cuenta cuando hice la primera. No ha sido difícil.

—Eres un buen trabajador.

—¿Queréis que os ayude a introducir la reliquia?

—No, ya la pondré yo.

—Pero si queréis que la selle, como hicimos con la anterior, puedo ayudaros.

—Haremos una cosa, cuando tenga la reliquia dentro de la cápsula te avisaré para hacer el sellado.

—Muy bien, entonces ¿puedo retirarme?

—Sí, hijo. Ve con Dios.

—Que él os guarde, padre.

Capítulo 9

De camino hacia la frontera con Castilla los viajeros iban ya acusando las consecuencias del viaje. El cansancio acumulado, a pesar de que la noche anterior habían descansado bajo techo, se marcaba en sus rostros. Eran ya varias jornadas de viaje a sus espaldas y la proximidad de sus hogares hacía que la impaciencia fuera cada vez mayor. Añoraban llegar a la corte y poder dar con sus huesos en la rutina cotidiana de sus quehaceres.

Manuel estaba contento pues se había integrado en la comitiva como uno más. Había aprendido el modo de atender en el servicio y como arreglar y limpiar los bártulos diarios. Pero lo más importante era que los otros mozos le habían animado a que podría encontrar trabajo al llegar a Castilla.

Tras haber compartido un frugal almuerzo en el campo, los viajeros reanudaron la jornada pues la previsión era hacer noche en Ciudad Rodrigo, ya en suelo de Castilla. Manuel había preguntado a don Alfonso a lo largo de la jornada acerca del sellado de la cápsula, pero éste no le había dado sino largas. Por ello decidió que esperaría a que fuera él quien le diera razón sobre el asunto.

Al declinar del sol, la comitiva estaba a las puertas de Ciudad Rodrigo. Se dirigieron hacia el castillo, construido el siglo anterior, por orden de Enrique II Trastámara, del que ya se divisaba la torre del homenaje, el edificio principal que sobresalía por encima del recinto amurallado que constaba de dos cuerpos superpuestos y dominaba el puente sobre el río Águeda. Un lugar pensado para la defensa de la ciudad a causa de su situación fronteriza por lo que había sido clave escenario de estrategias militares en diversas confrontaciones entre ambos reinos.

A las puertas de la muralla que, aún estaba abierta, había unos hombres apostados que contaban con instrucciones para la llegada de la comitiva. A su entrada les indicaron donde debían dejar los mozos carruajes y cabalgaduras, mientras los demás se dirigían hacia la entrada principal acompañados por uno de los guardas. Allí fueron recibidos por el mayordomo general.

—Bienvenidos seáis, señores.

—Bien hallado.

Había contestado Miguel Lucas en nombre de todos.

—¿Me permiten acompañarlos a sus aposentos?

—Será un placer para estos viajeros.

—Bien, os acomodaremos y podréis asearos y descansar. Os avisaremos para la cena.

—A todos nos vendrá bien.

—Espero que sea de vuestro agrado la estancia en el castillo. Seguidme.

Se dirigieron por un corredor que se comunicaba con unas escaleras en piedra, al igual que los muros, para ascender al cuerpo superior donde les habían preparado las estancias.

Los mozos quedaron con los sirvientes del castillo y estuvieron preparando los carruajes para el día siguiente, cargando agua y otros víveres, así como atendiendo a las bestias para su descanso. Manuel se encontraba con ellos y se sentía como uno más. Se le acercó uno de los

mozos castellanos, un tal Pero, muchacho que, debía tener la misma edad que él.

—Ya queda poco para llegar a casa.

—Eso quien la tenga...

—Acaso tu no la tienes o ¿qué?

—Algo así. Mi familia marchó y yo... intento buscarla.

—¿No sabes dónde están?

—La verdad, no.

—Y ¿qué piensas hacer cuando lleguemos?

—Es que no lo he pensado...

—Debes hacerlo. ¿De qué vas a vivir?

—Buscaré trabajo.

—Sí, y ¿de qué? Si puede saberse.

—¡Soy cerero!

—Si no conoces a nadie que necesite uno de qué te sirve.

—¡Ay! Eso no lo pensé...

—Pues tendrás que pensarlo. Si no, al menos podrías servir de mozo.

—Pero, ¿dónde?

—En las grandes casas siempre hacen falta.

—No sé cuáles son, pero las buscaré.

—Yo podría ayudarte.

—Te lo agradecería.

—En ese caso, no se hable más. Cuando lleguemos te diré cómo tienes que hacer para buscar un trabajo.

—Pero, me gustaría seguir el oficio de cerero.

—Bueno, también lo intentaremos, pero si al principio tienes que trabajar en otros menesteres... Creo que lo primero es tener un techo y llenar la panza. Hablando de eso, ya hemos terminado. ¿Por qué no vamos a ver cómo va la pitanza por aquí?

—Tienes razón. Vamos, pues...

Los mozos se dirigieron al lugar donde estaban los demás sirvientes. Un cuarto cerca de las cocinas, donde había un movimiento continuo de cocineros y pinches preparando una buena cena. Iban para ver la perspectiva que había de calentar sus estómagos, pero de poco les sirvió, pues nada más entrar, una potente voz les reclamó para que ayudaran a los criados del castillo. Era el mayordomo quien les empezó a dar tantas tareas, que pronto se vieron unos bajando toneles y otros escanciando vinos. Manuel y Pero fueron destinados a descuartizar bestias, después

hubieron de pelar verduras y patatas, mientras los cocineros no dejaban de batear salsas, los pinches acarreaban agua o encendían chimeneas.

Cuando Manuel y Pero habían terminado en la cocina, hubieron de rellenar calderos y prepararon utensilios para las mesas. Todos estuvieron ocupados y aquello acabó haciéndoles olvidar su propia hambre, que sin duda habría de esperar.

Manuel caminaba por los pasillos ya cansado. Los mozos se habían retirado para descansar tras haber llenado la panza y haber acabado de recoger toda la impedimenta de la cena y el resto de los huéspedes, también se habían retirado a sus aposentos. Le había mandado llamar don Alfonso Vázquez de Acuña a su cámara y pensando en el sellado del relicario se alegró pues pensó que era una tarea que le llevaría poco tiempo. Hubiera preferido que le hubiera llamado por la mañana pues estaba poco fino para trabajos artesanales. Sin embargo, no tenía más remedio que obedecer.

Cuando estaba junto a las dependencias del obispo todavía iba pensando en tales asuntos y trató de no hacer ruido para no molestar a ninguno de los que, a buen seguro estaban durmiendo en las otras cámaras. Con suma suavidad golpeó la puerta con los nudillos. Una templada voz en el interior le invitó a pasar. Abriendo la puerta miró el cuarto que estaba en penumbra a excepción de dos candelabros sobre la mesa que alumbraban a un don Alfonso orante de rodillas. Al darse cuenta de su presencia comenzó a levantarse.

—Ven aquí y ayúdame, por favor.

Manuel se apresuró a tender sus brazos para que el clérigo se apoyara en él. Don Alfonso se aferró a ellos e hizo fuerza para impulsarse empujando al muchacho hacia abajo.

—Gracias, hijo. Se ve que eres fuerte. A mí ya me fallan las piernas... Es la edad. ¡Vaya por Dios!

—No deberíais arrodillaros sobre el suelo.

—Sí, hijo. Dios merece mi esfuerzo y también el sufrimiento de mi cuerpo. Qué ofrendas puedo hacer sino mi trabajo y mi esfuerzo. Ahí, en las pequeñas cosas es donde demostramos nuestro amor hacia Él.

—Cierto, padre.

—¿Tú no ofreces sacrificios al Señor?

—Intento honrarle y orar, procurando no ofender su nombre.

—No me has contestado. Pero también veo que intentas ser un buen cristiano.

—¿Me llamó para sellar la cápsula?

—Sí... Bueno. He introducido la reliquia. ¿Puedes hacerlo?

—¿Aquí, señor?

—¿Qué necesitas? ¿Hemos de pedir algo?

—Sólo una fuente de calor.

—No me gustaría que se armase revuelo por algo tan simple. ¿Puedes usar la llama de las

velas?

—No quiero manchar nada.

—Trabaja sobre el suelo. Sólo serán unas gotas de cera.

—Tenéis razón. Si a vos no os importa que lo haga aquí, no tardaré mucho.

—Ponte a ello y trabaja tranquilo.

Se separó del lugar y Manuel se dirigió hacia la mesa. El obispo fue a tomar algo que estaba sobre la cama. Volvió hacia la mesa y dejó el envoltorio al alcance de Manuel.

—Aquí está, tócala con mucho cuidado sujetándola con el lienzo y no la toques. La Santa Reliquia no debe contaminarse.

—Abridlo vos mejor, señor. No quiero ponerla en peligro. Mientras tomaré una de estas velas y si tenéis un trapo que no sirva...

—Puedes usar el lienzo que cubre la reliquia.

Desenvolvió el relicario y extrajo la cápsula donde se encontraba la Reliquia. La depositó con sumo cuidado sobre la mesa y tendió el lienzo a Manuel.

—Haremos una cosa, padre. Sólo tomaré un trozo del lienzo, así podréis volver a cubrirla como antes.

—¿Te molesta que te mire cuando trabajas?

—¿Por qué habría de molestarme?

—No sé. Hay artesanos que no quieren que nadie les mire.

—Eso quiere decir dos cosas: O no quieren que les miren porque no conocen bien el oficio o, porque lo conocen demasiado bien y, lo que no quieren es que les copien sus trucos.

—Buena razón tienes. Y tú ¿en qué grupo estás?

—Eso lo dije para los que no quieren que les miren.

—¿Entonces te gusta?

—¿Qué me miren...? Y ¿quién querría mirarme a mí?

—Bueno, imagino que habrá tal vez muchachas que suspiren cuando te vean.

—Me parece que no, padre.

—Igual no te diste cuenta cuando te miraban.

—Lo que pasa es que quien quisiera uno que lo mirara no lo hace.

—¡Eso es verdad!

Mientras, Manuel iba calentando la cera de la cápsula que comenzó a ponerse maleable y con el trapo iba juntando las partes dándole la forma adecuada para que quedara totalmente alisada, limpiando las huellas de humo y fijando las uniones para que no quedaran irregulares.

—Pero no, no me importa que me miren.

—Ya veo. Es más, has hecho tu trabajo convenientemente.

—Espero que os complazca.

—No sé cómo podría mostrarte mi agradecimiento.

Mientras hablaba se movía en torno a Manuel quien evitaba mirarle y mantenía la mirada baja, fija en el trabajo que estaba haciendo.

—Estoy muy, muy agradecido. Eres muy complaciente...

—Gracias, señor.

—Me placería mucho que me mostraras lo complaciente que puedes llegar a ser conmigo...

Se situó tras Manuel y puso una mano sobre su hombro derecho, mientras con la otra recorría su espalda despacio pero ansiosamente como tratando de encontrar algo.

—Yo... señor. No sé... pedid lo que deseéis. Intentaré complacerlos como hasta ahora.

—El hombre necesita también de otras complacencias, hijo mío.

Manuel comenzó a sentirse incómodo.

—Estoy a vuestras órdenes.

El obispo seguía acariciando espalda y hombros y mantenía una distancia prudencial entre ambos pero decidió avanzar en su acoso.

Manuel cada vez más tenso, no sabía cómo reaccionar. Cuando empezó a notar que su brazo bajaba hacia el pecho se puso nervioso, pero cuando empezó a estrecharlo contra sí comprendió sus intenciones.

En su desasosiego su mente recordaba que había oído decir que algunos hombres se refocilaban igual que hombre y mujer, pero siempre había oído tales comentarios entre burlas y risas, por lo que deducía que no debía ser sino algo grosero y burlesco.

Sin embargo, notaba el contacto de aquel cuerpo que le buscaba de forma insistente. Su mente voló a Portugal y se llenó de Anabela, la imaginó junto a él y sintió su calor, lo cual le hizo desear esas caricias, que no eran suyas, y quería saborear sus besos, que no le pertenecían y un torbellino de necesidades primarias lo envolvió.

Mientras, sentía que unas manos le despojaban de sus ropas con urgencia y le dejaban el torso desnudo. Entreabriendo los ojos vio al obispo sobre él con los hábitos abiertos y no pudo sino volver a cerrarlos para evitar ver aquella desagradable escena.

Se trató de zafar de aquel abrazo lascivo, primero casi sin fuerzas y luego con más resistencia, lo cual hizo que se volviera más agobiante y más difícil poderse soltar. La batalla estaba a punto de perderse.

Capítulo 10

Cuando el secretario de la reina Isabel de Coímbra, Sebastiao Silveira, se encontraba despachando los últimos correos que le habían encargado en la jornada, recibió una nota muy escueta en que se solicitaba audiencia para ver a la reina por parte de una mujer que decía llamarse viuda de Figueiras.

Al despachar con la reina al día siguiente informó de aquella misiva que esperaba su respuesta. Para su sorpresa, la reina conocía a la señora, por lo que se fijó fecha y se despachó el recado para poder darle cuenta.

Pocos días después vio llegar a una dama discretamente vestida de negro que se presentó ante él pues venía a visitar a la reina doña Isabel. Cuando supo quién era le indicó un lugar para sentarse donde podría esperar a que la anunciaran. La mujer se retiró y tomó asiento donde le habían indicado.

No pasaron más que unos instantes cuando volvió el secretario Silveira a buscarla para decir que la reina estaba esperándola.

—Señora, por aquí.

La mujer inclinó la cabeza y le siguió en silencio. Parecía algo nerviosa y apresurada en sus movimientos. Cuando entraron en el gabinete, Silveira se hizo a un lado e hizo una reverencia a la reina dejando a la viuda que hiciera los saludos de protocolo.

Cuando se retiró el secretario, la reina Isabel, que había aprovechado aquellos instantes para examinarla, habló.

—¿Deseabais verme, señora?

—Majestad, os agradezco que hayáis tenido a bien recibirme. No merezco vuestra atención.

—Cuando recibí vuestra nota, parecía urgente.

—Lo es. Vos conocíais bien a mi esposo que sirvió a vuestro padre largo tiempo hasta... que... Perdonadme.

La mujer empezó a sollozar y la reina la miró perpleja.

—Veo, señora que ambas hemos perdido a las personas que más nos querían en este mundo.

—Así es. Pero es preciso que conozcáis toda la verdad. Mi esposo no era un traidor.

—¡Harto disimulo hizo pues! Habéis de saber que estuve a punto de no recibirlos.

—Os agradezco que lo hayáis hecho, majestad. Quisiera contaros toda la verdad.

—Hablad pronto... No veo qué habréis de contarme que me convenza de lo contrario.

—Habréis de saber que mi esposo fue víctima de una intriga que finalmente nos envolvió a todos.

—No os atreváis a afirmar cosas que no podáis demostrar. Mi padre murió a consecuencia de tales desmanes, señora.

—Por eso debéis saber cómo sucedieron las cosas, majestad.

La reina midió con la mirada a la mujer que, nerviosa como estaba por encontrarse ante su presencia, apenas sabía cómo colocarse, pues la mantuvo en pie mientras hablaban.

—¡Traed una silla! ¡Traed mi copa!

Al punto un criado trajo el servicio de agua de la reina, una bandeja de plata con una jarrita y una copa de plata. Después acercó una silla frente a la reina para que tomara asiento la invitada. La reina Isabel señaló la silla con la mano indicando que se sentara en ella, cosa que la mujer agradeció con una inclinación antes de tomar asiento.

La reina bebió de su copa y el criado volvió a dejar su servicio de agua sobre una mesita esperando órdenes.

—Y bien... ¿Deseáis beber?

—Os lo agradezco, señora...

—Traed agua para la señora. En esta estancia solo queda mi copa, pero os la traerán presto desde las cocinas.

El criado salió y mientras, la viuda del capitán Figueiras continuó con su relato.

—Mi esposo ha sido víctima de sus vicios. Especialmente del peor de todos y que, a más de disgustos, le ha llevado a cometer la mayor de las vilezas, como fue la traición a su señor.

—¿Es eso lo que teníais que contarme? Pues hartos bien que lo sabía, señora.

—No he empezado aún... Mi esposo tenía el vicio del juego. Siempre perdía más que ganaba y hemos sufrido mucho por esta causa, siempre con la amenaza de la ruina y del desamparo ante quienes reclamaban sus deudas de juego.

—No veo qué relación tiene esto con la muerte de mi padre.

—Veréis... Una mala noche... la más nefasta diría yo, el capitán Figueiras, mi esposo, hizo la apuesta más descabellada ante la desesperación de sus continuas pérdidas al haberse quedado sin dineros.

—¡Esto no disculpará a vuestro esposo de un crimen!

—Tened paciencia, por favor...

—Continuad...

—Esa nefanda noche, algunos de los presentes en la partida, le instigaron para que se jugara la casa con su hacienda y la honra de su mujer, ya que nada le quedaba para seguir en el juego.

La reina abrió los ojos como platos al oír a la viuda relatando aquella historia tan descabellada que más bien le parecía una farsa que otra cosa. En aquel momento entró el criado con una jarra de agua y una copa de loza. Sirvió una copa para la mujer, que bebió agradecida, para proseguir con su relato. El criado volvió a salir con el servicio.

—No achantándose como era su costumbre, hizo lo propio y, siguiendo la tónica de la noche, lo perdió todo. Desesperado, mesándose los cabellos y rasgándose las ropas del uniforme que había manchado, le sacaron de la estancia y fue conducido a un aparte.

—¿Y qué pasó?

—Aquellos que le habían empujado a jugárselo todo, ahora le ofrecían una salvación.

—¿Cómo es posible?

—Ante la ruina de su familia y su vergüenza, mi esposo oyó lo que aquellos hombres tenían que ofrecerle para restituirle lo que había perdido.

—¿Pero cómo podían ellos devolverlo?

—Sencillo. Todo había sido un ardid. Le empujaron a jugarse todo para ponerlo al límite. Bien sabían que si lo perdía todo lo tendrían en sus manos.

—Hombres poderosos pues...

—¡Y tanto! Le restituirían todo lo perdido si se aprestaba a fingir una conjura contra el rey en nombre de vuestro señor padre.

—¿Quién?, y ¿cómo?

—El quien, vos lo sabéis bien. El cómo, os lo explicaré ahora mismo. Mi esposo había de fingir traición a su rey, aparentando que, vuestro padre el infante don Pedro, cargaba en contra del rey Afonso, vuestro esposo, para eliminarlo.

—Pero eso es absurdo. El capitán Figueiras siempre se mantuvo fiel al servicio del duque de Coímbra, mi señor padre.

—Cierto es, por eso debía ser una traición hacia el rey a vista de todos ordenada por vuestro padre. La vergüenza caería sobre él. Pero en realidad, muy lejos de querer traicionar al rey por la mano y orden del duque de Coímbra, habría de servir a su más feroz oponente, llevando a cabo una conjura.

—No comprendo entonces cómo...

—Si me permitís, os lo terminaré de contar. Nunca habría de saberse la verdad de lo ocurrido. La conjura había de quedar en eso, en la instigación de un traidor que es mandado para ejecutar un crimen por orden de su señor.

—No puedo creerlo.

—A cambio recibiría su casa y su esposa, quedando su familia a salvo. Pero...

—¿Aún hay más?

—No debían quedar testigos de lo ocurrido.

—¿Queréis decir que...? ¡Dios mío!

—Así ganó su hacienda y perdió su vida como un vil traidor, manchando el nombre de vuestro padre.

—¿Tuvo que quitarse la vida?

—No. Muerto fue por sus instigadores. Yo..., señora, quiero pedir os perdón por todo el sufrimiento que haya podido causaros.

La reina observaba a aquella mujer que había acudido ante ella a abrirlle su corazón y a asumir su carga. El corazón de la reina Isabel se enterneció.

—Creo que vos sabéis también de sufrimiento, sin tener culpa alguna y...vuestro esposo ha pagado cara su vileza.

—Pero yo... no tenía la conciencia limpia, señora.

—Lo comprendo. Son cosas ya pasadas. Por desgracia mi señor padre no está aquí para saberlo y comprender lo que vuestro marido se vio obligado a llevar a cabo.

—Creo que si se enterasen de que he venido a contároslo... Me va la vida en ello, señora.

—Esto ha de quedar entre nosotras. No debemos revelar esta conversación y las cosas no las podemos cambiar. Será lo mejor.

—Os lo agradezco, majestad. En ese caso, no os molestaré más y será mejor que no vuelva por aquí jamás.

—Si es lo que deseáis...

—Así me siento mejor, os he contado algo que era de justicia para los muertos poner en su sitio.

—Los muertos, muertos están, señora. Nada los va a volver a la vida. Es la conciencia de los vivos la que se alivia al poner las cosas en su sitio. Pero de nada sirve ya.

La viuda se puso en pie y se inclinó para honrar a la reina Isabel. Al levantarse, sus ojos estaban bañados en lágrimas.

—Os doy las gracias, majestad.

—Y yo a vos, nunca os las daré bastante. Mis sospechas se han confirmado. Ahora, idos en paz, señora.

Inclinándose de nuevo y caminando hacia atrás, salió de la estancia y se dirigió hacia el lugar donde había estado esperando antes de entrar. Tras la mesa que allí había, estaba sentado Sebastiao Silveira, el secretario de la reina quien, sonrió maliciosamente cuando sus miradas se cruzaron. Algo que le dio un sentimiento de intranquilidad a la mujer que apretó el paso tras inclinar su cabeza ligeramente ante aquel hombre, como única despedida. Salió apresuradamente y no paró hasta verse fuera de los muros de aquel castillo.

En aquel momento de agitación ninguno oyó unos discretos golpes en la puerta que al fin terminó por abrirse. La escena descubrió a dos hombres apoyados sobre la mesa escritorio, con las ropas revueltas y forcejeando. Pero el visitante que había irrumpido en la estancia, ante aquel desmán no pudo contenerse.

—Don Alfonso, venía a...

El obispo se volvió de espaldas intentando recuperar la compostura y ocultar entre los ropajes su vergüenza. Manuel, apenas sin poder reaccionar, tal como estaba se separó de la mesa y con el rostro enrojecido por la ira y los ojos llenos de lágrimas contenidas se dirigió hacia la puerta y salió en silencio ante la estupefacción del recién llegado.

—¿Señor? ¿Me dais la espalda?

Miguel Lucas avanzaba hacia el centro de la estancia. Don Alfonso se fue dando la vuelta mientras su mente buscaba febrilmente una excusa. Pero pensó que a nadie debía dar explicaciones.

—¿No os parece que va siendo hora de recogerse?

—Mi deber me obliga a acordar con vos la ruta y el momento de la partida. No creáis que os hago una visita de cortesía a esta hora.

—¿Pues qué os ha movido a visitarme entonces? Podéis disponerlo todo libremente. Lo hacéis muy bien.

—Os agradecería que no os burlaseis de mí, señor obispo.

—No lo pretendo. Sabéis que os tengo gran estima.

—Bien... No tengo por qué pedir os explicaciones pero, espero que todo esté en orden.

—No os preocupéis. No denunciaré al muchacho.

—¿Denunciarlo decís?

—Es un vulgar ladronzuelo. Un raterillo...

—Un ladrón, pues ¿qué pretendía?

—¿No es evidente? Todos saben que tengo crucifijos y otros objetos de valor. Como sabéis, llevo un crucifijo de oro bajo mis ropajes, y lo tengo en gran estima pues está bendecido por el Santo Padre.

—No vi nada que pareciera un robo.

—Pues lo habría sido, de no haberme defendido. ¿Visteis como forcejeábamos?

—¿Y qué intentaba robaros?

—¿Cómo os atrevéis...? Os lo acabo de decir.

Guardando silencio, Miguel analizó la situación y prefirió callar. Considerando las posibilidades vio que el pobre muchacho tendría todas las de perder. Pero aquellas explicaciones no le convencieron.

—Bien. ¿Queréis tomar medidas?

—No...es un pobre muchacho, solo y desvalido. Creo que lo que necesita es alguien que lo proteja. Es muy joven. Cuando lleguemos a la corte, veré qué puedo hacer por él.

—Entonces, según vuestros deseos, dejaremos el asunto como está y, por mi parte, nadie más ha de saber nada del...incidente ocurrido.

—¿Os parece bien, así? Pues en ese caso, todo resuelto. Decidme, ¿a qué hora partiremos pues?

—Al alba tomaremos una colación y saldremos cuanto antes. Ya he dado instrucciones, solo vine a convenir con vos.

Miguel Lucas salió de la estancia con el corazón acelerado. Tenía que obrar con precaución para evitar que a la mínima ocasión que tuviera, el clérigo la tomara con aquel muchacho. Algo le había alertado. Recorrió los pasillos con paso tan ligero que llegó al otro ala de la torre en un santiamén. Sin pensarlo dos veces se coló en el cuarto de Pedro Arias, contiguo al suyo. Sabía que era el único con el que podía contar y le ayudaría a resolver aquella situación.

La estancia estaba a oscuras y adivinó un bulto en el lecho. Estaba dormido sin duda y pensó que debía dejarle descansar. Se volvió para salir cuando una voz le llamó.

—¿Sois vos, Miguel?

—Soy.

—Acabo de acostarme... Ya di instrucciones a todos para mañana. ¿Ocurre algo?

—Ya os contaré.

—¿Pasa algo?

—Si pudiéramos dejarle en alguna ciudad antes de llegar a la corte...

—¿A quién?

—Al muchacho portugués. Hemos de librarlo del cuervo.

—Ahhh... Bueno, nuestra próxima parada es Salamanca. Podemos intentar hacer algo, aunque lo veo muy difícil.

—Algo se nos tiene que ocurrir.

—Es un lugar donde encontrar un medio de vida. ¿Qué más puede querer?

—Pues encontrar a su familia. Eso deberíamos intentar.

—¿Estáis seguro de eso?

—Puede que tengáis razón, tal vez con darle una oportunidad, será suficiente. Pensad bien en ello, Pedrarias.

Salió de la estancia y se detuvo frente a la puerta unos instantes, antes de entrar en la suya.

En las cocinas, junto a los fogones, dormían los mozos sobre el suelo y la paja que estaba esparcida sobre él. Pero uno de ellos mantenía los ojos apretados, aunque no estaba dormido. Estaba hecho un ovillo, no por el frío sino por la desazón que lo envolvía.

Ahora el miedo a verse arrojado a la soledad del camino y la intemperie le atenazaba. Su temor por las consecuencias que pudiera traer el haber sido sorprendido ante el responsable del rey en aquellas turbias circunstancias, le hacía sentirse aterrado. Después de su arriesgada huida de Portugal por el incendio de la Alfama, parecía que su sino no era más que labrar su propia desgracia a pesar de tener limpia su conciencia. Temía volver a ser objeto de aquellos oscuros manejos que él no deseaba.

Capítulo 11

Desde que salieron del castillo Manuel trató de no separarse de los otros mozos hablando y haciendo chanzas para tratar de olvidar. Aquel episodio le había quitado el sueño y durante la noche había estado angustiado y temía por su suerte, ahora que ya estaba en tierra extraña.

Por ello, sólo quería pasar desapercibido y que nadie reparara en él. Del obispo don Alfonso tenía miedo pues cumplidos los encargos ya no lo necesitaba. Ante don Miguel sentía miedo porque el obispo quizá le hubiera acusado de algo para explicar aquel incidente y podría castigarlo y dejarle sin contemplaciones en el camino.

Sólo el mozo Pero, el camarada que le daba consejos, se atrevió a preguntarle.

—Amigo portugués, hoy te veo raro.

—Estoy cansado, eso es todo.

—Después del último recado de anoche, no te oí regresar y, a fe mía que intenté hacerlo, pues no podía dormir y quería hablar contigo.

—Tarde en bajar... sí.

—¿Pues qué clase de encargos te traes con el obispo?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, todo el mundo sabe que es amigo de arrumacos con los mozos...

—No sé de qué hablas. Pero me podías haber advertido.

—¡Mala víbora! Sabía que algo no iba bien. Y dime, ¿te hizo algo?

—Pues qué habría de hacerme.

—Acabas de reprocharme que no te hubiera dicho nada y ahora quieres disimular conmigo... ¡Mírate!

—Bueno, no dormí. Es cierto. Tuve que hacer un encargo para don Alfonso, sí. Pero no es lo que te imaginas.

—Y ¿qué habría yo de imaginarme?

—Cosas, como lo que me dijiste antes...

—No he querido asustarte Manuel, pero debes tener cuidado con él.

—No sé... yo apenas le veo.

—Parece que él sí está pendiente de ti. Ves, ahora te está mirando.

Mientras terminaba de decir la frase señaló hacia el carro donde viajaban los clérigos y Manuel no se atrevía a dirigir la mirada hacia allí. Cuando giró la cabeza, antes de encontrarse con la mirada del obispo, un jinete le tapó la visión. Era don Miguel quien se aproximaba hacia ellos. Manuel se temió lo peor. Al llegar a su altura aflojó la marcha y se dirigió a él.

—Haremos una parada pronto. Búscame, entonces, hemos de hablar.

Igual que se había acercado sin detener la montura, siguió adelante como si estuviera revisando la comitiva.

Pedro Arias al cabo de un rato dio la voz para girar hacia un claro del camino. Allí se dirigieron y pararon los jinetes, descendiendo de sus monturas y las aseguraron atándolas a los árboles. Los carros fueron tras ellos para colocarse al lado más resguardado y los mozos comenzaron por despejar el lugar de piedras grandes que molestaran la acampada.

Entretanto, los clérigos estaban estirando las piernas al igual que el resto de los viajeros que, en grupos, charlaban y pasaban el rato esperando la hora del almuerzo que se estaba disponiendo. Algunos soldados se habían sentado apoyando sus espaldas contra los árboles en un grupo bastante frondoso mientras lanzaban chascarrillos al aire levantando sus voces para regocijo de todos.

Tratando de ganar tiempo, mientras que el obispo deambulaba entre el grupo que se movía en derredor de las vituallas, donde se encontraba también Pedro Arias con algunos de sus hombres conversando, Miguel Lucas de Iranzo se adentró entre los arbustos donde vio que se encontraban los mozos entregados a sus tareas. Buscó con la mirada al portugués, pero no estaba allí. Preguntando a dos que estaban recogiendo bayas silvestres le dijeron, señalando la dirección, que había bajado al riachuelo en busca de agua.

Según se acercaba escuchó el vocerío de los muchachos y el chapoteo en el agua, comprendió que se estaban divirtiendo. Siguió aproximándose sin hacer ruido y se ocultó entre las ramas. La escena ante sus ojos le hizo recordar. Eran apenas unos niños que jugaban en el agua. El mozo portugués junto a otros dos estaban metidos en el agua y se la arrojaban unos a otros. Para evitar empaparse se despojaron de las camisas, que fueron a parar al montón que había en la orilla con los jubones y calzas. Desnudos se introdujeron en el agua y nadaron jocosamente mientras con las manos buscaban a tientas los peces.

—Casi... Allí detrás de ti.

—Oh, otra vez, no...

—Este sí que ya es mío. Y ya van... perdí la cuenta.

—No presumas tanto.

Iban arrojando a la orilla los peces que iban atrapando entre risas, dando rienda suelta a los juegos propios de muchachos.

Salieron y ya de pie en la orilla y, provistos de largos palos, intentaban atraparlos de aquella guisa. Sus movimientos atraparon a Miguel que no podía despegar sus ojos de aquellos cuerpos mojados. Por fin, uno ensartó un pez y fue celebrado por los demás que no cejaron en su empeño, hasta que consiguieron cobrar varias piezas más. La alegría fue total cuando reunieron un sabroso botín en una canasta que tenían junto a los baldes de agua que ya estaban llenos.

Sin más que disfrutar del momento y exhaustos por la brega de la pesca y el baño, se tendieron en la orilla para secarse al sol, ojos cerrados, músculos distendidos, bocas entreabiertas, la placidez. Sintió deseos de unirse a ellos, sentir esa sensación que, ya desde sus tiempos más mozos no conseguía recordar, en otro río, con otros muchachos, otros esfuerzos y el descubrimiento de los cuerpos. Cerró los ojos en un momento de ensoñación y volvió a los cuerpos desnudos de los muchachos que ya comenzaban a vestirse. Esperó discretamente a que

tuvieran camisa y calzas puestas para salir de su escondite y hacerse ver para acercarse.

—¡Eh, muchachos!

Los tres levantaron la cabeza y le vieron, apresurándose por terminar de vestirse y esperando la reprimenda por la tardanza. Manuel, Pero y Roque, que era el tercer muchacho del grupo lo miraban sin atreverse a articular palabra.

Ya vestidos, fueron a por baldes y canasta para llevarlos hasta el campamento.

Asintieron con la cabeza los tres y comenzaron a caminar. Don Miguel Lucas detuvo al portugués con la mano en el hombro y éste se paró sujetando a pulso el balde lleno de agua.

—¿Señor?

—Salamanca es nuestra próxima parada, creo que lo mejor sería que te quedarás allí.

—¡Os juro señor que soy inocente!

—Prefiero que no me lo expliques.

—Pero señor...

Manuel dejó en el suelo el balde y se postró a los pies de Miguel Lucas. Las palabras no acudían a sus labios y se temió lo peor.

—Levanta, muchacho. No te estoy dando una reprimenda.

Se levantó despacio y no pudo borrar la desesperación que se había fijado en su rostro.

—Toma esta carta y preséntate en la dirección escrita, allí la entregarás a su destinatario.

Manuel, sin comprender, se apartó el pelo mojado que se pegaba a su rostro, prestando atención.

—¿Es un encargo pues, señor?

—Es gente que te podrá ayudar.

El rostro de Manuel lo decía todo, su desesperación y la sorpresa por aquel gesto inesperado.

—Es mejor así, ¿comprendes?

—¿Por qué me ayudáis?

—Las dificultades son muchas en la vida. Creo que... y Pedro Arias pensó que... En fin, él es el responsable de la comitiva.

—Pero señor, ¿qué haré?

—Esta carta puede procurarte un comienzo.

Manuel cogió la carta y la guardó entre sus ropas, dentro de una bolsita de cuero que llevaba cosida a la camisa.

Miguel Lucas asintió satisfecho.

—No digas nada a nadie de todo esto, ni te despidas de nadie.

—Ni de mi amigo Pero.

—No, no deben relacionarte con ningún sitio. Para cuando se note tu ausencia, diremos que huiste.

—Señor, gracias...Qué puedo decir.

Miguel Lucas le dio una palmada en la espalda asintiendo.

—Y ahora, volvamos de una vez.

—Esperad, yo...

No obtuvo respuesta. Miguel Lucas ya se alejaba en dirección al campamento. Aunque pronto estuvo a su altura, hicieron el camino de vuelta en silencio uno, al lado del otro.

El conde se encontraba en el largo de Apoio, la principal vía de la ciudad de Barcelos. Iba al paso con su caballo por aquella vía rodeada de las principales casas donde vivían los habitantes más destacados miembros de las mejores familias de la nobleza portuguesa.

—Buen día señor conde.

Asintió con la cabeza devolviendo el saludo. Gustaba de pasear recorriendo tales lugares para ver el grado de prosperidad que allí había desde que se encargaba de su gobierno.

Don Alfonso, el conde de Barcelos, había casado con Beatriz, la única hija del condestable de Portugal, Nunho Álvarez Pereira y de Leonor de Alvim, quien al ser su heredera, transmitió a su esposo la dignidad del linaje, el más opulento de Portugal y bien que lo había aprovechado, pues administraba el señorío y lo había hecho prosperar significativamente.

Había tenido con ella tres hijos, Alfonso, Fernando e Isabel quien casó con su tío Juan, ellos eran padres de Isabel, ahora casada con Juan II Trastámara, con lo que se había convertido en reina de Castilla.

Tras la temprana muerte de su esposa había casado con doña Constanza de Noronha, hija de Alfonso Enríquez de Castilla, que fue hijo natural de Enrique II de Castilla. No tuvieron más hijos.

Vivía pues en Barcelos lugar que, por su situación, estaba próxima al Camino de Santiago, había allí un Hospital para los peregrinos que eran atendidos caritativamente por los clérigos, anejo como estaba a la capilla principal de la Iglesia que ellos regentaban.

—Señor conde...

Llevando graciosamente una mano hacia su bonete, el conde saludó al párroco que iba acompañado de dos frailes que portaban sendos canastos tras él.

El conde de Barcelos se había mandado construir una casa palaciega, a modo de castillo a la entrada de la villa sobre un promontorio que dominaba gran extensión de terreno, nada más pasar el antiguo puente romano sobre el río Cávado. Iba camino hacia la fortaleza y se detuvo ante una de las cuatro torres vigía que la cercaban, donde se apostaba la guardia.

—Sin novedad, señor.

Tras oír la consigna de sus hombres, siguió adelante adentrándose en el recinto amurallado.

Desde que fue nombrado duque de Braganza, por su medio sobrino Afonso, el actual rey de Portugal, había reafirmado su patrimonio, ampliándolo y aquello le había hecho aún más fuerte. Pero no tenía bastante. Para ello había buscado aliados.

Había reunido a los nobles en su castillo para argumentar el modo de reclamar el poder que cada uno de ellos había de ostentar. Desde que su medio hermano, el infante don Pedro obtuvo la regencia durante la minoría de edad de Afonso, les fue retirando cada vez más parte de sus preeminencias en favor del poder regio. Los nobles habían terminado por permanecer en sus señoríos y salir del campo de la política prácticamente sin pena ni gloria. El rey era el máximo poder.

A pesar de que Afonso, a su mayoría de edad, había derogado todas las leyes y los pactos que realizó su tío el infante don Pedro durante su regencia, nunca fue lo mismo. Los nobles ansiaban formar parte del gobierno y querían posicionarse a cualquier precio. Él lo conseguiría convenciendo a su sobrino de que los nobles debían ser su apoyo y que para ello habría de devolverles sus privilegios.

—Bienvenido señor.

Mientras desmontaba iba pensando en cómo habría de solicitar a su sobrino aquellos favores. Iba a desplazarse a la corte con las conclusiones de la reunión, sabiendo los apoyos con que contaba y entrevistarse con el rey para hacerle sus peticiones.

—Atención, señores, el duque de Braganza, don Alfonso.

Cuando hizo su entrada en la gran sala donde se encontraba una gran estufa cubierta de azulejos vidriados que estaba encendida, los nobles se encontraban en pie, reunidos en pequeños grupos que charlaban distendidamente.

Todos callaron y se alinearon a ambos lados cuando hizo su entrada, mientras los miraba a su paso e inclinaba levemente la cabeza saludando. Algunos estaban acompañados de ricos hombres, comerciantes la mayoría de ellos, que estaban a su servicio, algunos extranjeros, judíos principalmente que financiaban sus propósitos y se enriquecían también con sus negocios.

El duque de Braganza se situó en el centro de la estancia, antes de hablarles, para que todos pudieran oírle.

—Señores... Me alegra que hayan podido acudir a esta reunión. Sentémonos, no perdamos tiempo.

El duque de Braganza se dirigió a su sitial y se vio rodeado de representantes de las familias portuguesas de mayor potestad. Satisfecho por lo que veía, se sintió como un rey en aquel pequeño reino que reunía a todos los grandes, las mayores haciendas y los más destacados linajes. Eso era lo que importaba.

—Llegado es el momento de recuperar lo que es nuestro y, es más, ampliar nuestras miras hacia los nuevos horizontes que nos abre la mar.

Un murmullo creciente entre los presentes, afirmaciones con la cabeza y algunos brazos que se elevaban hacia el duque, hicieron eco del efecto que sus palabras había tenido sobre ellos.

—Con vuestro apoyo me presentaré ante el rey y reclamaré lo que es nuestro. Recuperaré el poder de nuestros predios y vuestras señorías me habrán de guardar lealtad.

Muchos de los presentes alzaron los brazos y otros se levantaron de sus asientos afirmando cuanto decía y lanzando exclamaciones de ánimo para el duque de Braganza.

—Viendo vuestro parecer, emprendo esta embajada. A buen seguro pronto habremos recuperado lo que nos pertenece y a buen seguro nuestras tierras prosperarán.

Todos vitorearon al duque de Braganza y se pusieron en pie mientras le animaban y aplaudían.

—Creo que sobrado es decir que hemos de sellar este propósito con un buen vino estufagem. ¡Pasemos al salón!

Los vítores crecieron mientras los presentes se fueron acercando al salón contiguo y se fueron sentando en torno a una larga mesa dispuesta frente a otra idéntica, bien servida con copas de plata y escudillas de loza decorada con vivos colores. Bandejas con las viandas y jarros repletos del buen vino que había prometido el duque de Braganza, tal como se fabricaba en la isla de Madeira, cocido al horno y con un sabor tostado que paliaba el ácido característico de aquel caldo.

Hasta altas horas estuvieron a la mesa los presentes y se fueron retirando mucho más tarde que se hubieran prendido velas y antorchas en la fortaleza del duque. La luna señoreaba sobre el lecho del río y se reflejaba nítida sobre sus calmas aguas.

Afonso estaba sentado en el trono tras haber despachado con sus consejeros y después de haber dictado las órdenes a su secretario. Pensaba almorzar con sus primos Alfonso y Fernando y con su tío Alfonso, duque de Braganza, quienes habían anunciado su visita a la corte para pasar unos días de descanso en el entorno familiar. Gustaba de recibir a los de su familia, especialmente a su tío Alfonso quien, siempre le fue muy cercano y había apoyado a su madre.

Lamentaría siempre aquella triste época de separaciones y enfrentamientos familiares, algo que solo había cosechado muerte y desolación.

Para su pesar, habría de vivir con ese peso que había llevado a su amada esposa a quedar huérfana de padre, estando casada con quien había causado su muerte, algo que la destrozó y, aunque no pudo con su amor, hacía que a veces Isabel, se derrumbara y le transmitiese los temores que le infundía la familia de los Braganza.

El sueño africano seguía vivo y, desde que tenía uso de razón conoció los sinsabores y también las victorias que había proporcionado. Las factorías de la corona portuguesa estaban situadas en las principales costas africanas y reportaban hartos beneficios y no eran pocos los hombres que trabajaban allí para labrarse una fortuna y formar una familia allende los mares.

La sal, las especias, las frutas y por qué no soñar con el oro. Oyó de niño tantas leyendas de ríos que aparecían refulgiendo bajo el sol al tener sus aguas llenas de pepitas. Minas que brillaban en la oscuridad sin necesidad de usar antorchas para alumbrar en su interior. Pero muchos hombres habían perdido la vida en su búsqueda y otros se la seguían dejando en el intento. Debido a ello, muchos se animaban a embarcarse rumbo a aquellas tierras. Corrían tiempos difíciles y África suponía un horizonte prometedor. Para la mayoría, era una luz en el horizonte.

Afonso sentía cariño por su tío y, ahora que era hombre de proveya edad, superados ya los setenta años, consideraba que no era momento para disgustarse con él.

Salió a recibirlos pues le esperaban en un gabinete. Al entrar se saludaron y se fundieron en un cariñoso abrazo. Iban a celebrar un almuerzo privado en sus aposentos donde hablarían sin ser molestados. La reina se había excusado por indisposición, pero ambos sabían del desapego de Isabel hacia la figura de los Braganza, especialmente de don Alfonso de Portugal.

Cuando hubieron dado buena cuenta de la comida, llegó el momento de las conversaciones más serias.

—Mis peticiones son claras, hijo. He venido representando a los nobles de este reino. Todos convenimos el grave desdoro a que nos hemos visto relegados en la preeminencia de nuestro poder, siempre tenido en cuenta por vuestro señor padre, mi hermano Duarte y antes que por él, por el mío, vuestro abuelo don Juan.

—Te escucho.

—Pues es deseo sabido por todos que necesitamos participar del poder en nuestros señoríos y también en el gobierno a vuestro servicio, hijo mío.

—Lo que decís es cierto. Pero el rey debe respetar las leyes y no obrar a la ligera. Debido a tales cuestiones, no ha mucho tuvimos grandes sinsabores sufridos en nuestra propia familia.

—No debes olvidar quién fue el culpable de todo aquello. ¿Lo has olvidado?

Bebió un sorbo de su copa y el rey hizo lo propio con la suya, bien sabían ambos que la conversación no había acabado.

—No deseo rememorar asuntos que todavía me conturban. Lo pasado debe quedar en eso. Ahora las cosas están como están. Y así bien quedan. Soy el rey y las casas nobiliarias están al servicio de la corona. No veo qué problema hay en ello

El duque de Braganza se puso tenso en su asiento y trató de desviar el tema de conversación pues no quería que se zanjara en su contra como ocurriría de seguir por esa vía.

—Bueno, quizá sea algo que debes meditar, hijo mío. Bien has dicho que las casas nobiliarias estamos a tu servicio. Has de corresponder tú también reconociendo los señoríos y sus preeminencias.

Afonso miraba a sus primos que tan solo afirmaban silenciosamente mientras su padre hablaba. Comprendió que venían bien aleccionados y que no conseguiría contravenir la petición de su tío. No era momento de mostrar decisiones apresuradas ni de crear desavenencias.

—Consideraremos el asunto y habréis de demostrar hartamente el servicio y apoyo a la corona para ratificar lo que estáis demandando. Eso será lo que habréis de transmitir a los señores de Portugal.

El duque de Braganza asintió con la cabeza ceremoniosamente mientras para sus adentros sabía que terminaría por allanarse el camino. Era cuestión de tiempo.

—Bien. Quisiera informarte de que pienso ir a visitar a mi señor hermano don Enrique. Deseo que me informe bien de los negocios traídos allá en África. Me gustaría entrar en el negocio de la explotación de las factorías salinas y ver si puedo sacar provecho de tales mercadeos. ¿Es pedir mucho?

—Es pedir algo que pertenece a la corona.

—¿Y yo no soy... parte de ella?

—¡Otra vez vas a volver con eso! Pero yo no puedo disponer libremente de las cosas. Estudiaré el modo de que puedas formar parte de tales beneficios de un modo directo. ¡No será fácil!

—¿Por qué no? He pensado en ir a ver a mi hermano Enrique. Si no tienes inconveniente.

—¡Con los años que tienes! Habla con él. Te informará del asunto.

—¡Aún estoy vivo, sobrino! He de mirar por mi hacienda y mi familia.

—¡Ya lo creo! Pero si tienes más tierras y más poder que todos los señores de Portugal juntos. ¿Qué es lo que pretendes?

—Pretendo ser respetado y vivir tranquilo.

—Veré qué puedo hacer. Imagino que os quedaréis unos días con nosotros.

—No serán muchos.

Afonso volvió a beber un sorbo de vino. Su tío le miraba de un modo escrutador y sabía que estaría dando vueltas a los asuntos que habían tratado. A pesar de ello sonrió con su infantil mirada, esa que tanto recordaba su tío de cuando aún era un crío, un tierno infante que había sido sentado en un trono demasiado pronto vacío, sin saber qué había de hacer en él.

—Bueno, te dejo que empieces a pensar en las respuestas que has de dar a tu viejo tío para que se vaya contento. Con que más vale que las resuelvas convenientemente y podamos zanjar todos estos asuntos.

—Haré lo que pueda. Pediré que os acompañen a las dependencias de costumbre.

—Te lo agradezco. Mis huesos ya no son lo que eran.

—Vendrá bien un descanso.

Había sido su primo Alfonso quien habló y Fernando le secundó con una sonrisa inclinando la cabeza en señal de aquiescencia.

Afonso tocó una campanilla y un paje de cámara se aproximó para recibir órdenes. Cuando el duque de Braganza abandonó la pieza junto a sus hijos se abrió la puerta de su cámara privada. La cabeza de Isabel asomó prestamente.

—¿Es increíble? ¡Nunca tendrá bastante!

—¿Qué voy a hacer con él?

—Eso has de saberlo tú, esposo.

—Tengo que pensar muy bien qué decirle. No quiero más enfrentamientos.

—Pero debes temer más cosas que un simple enfrentamiento. Quizá el peligro aceche sin que lo sepamos.

—¡No empieces, Isabel!

—Por favor, ten cuidado con él. Ten mucho cuidado.

Diciendo esto, Isabel se volvió y se dirigió de nuevo hacia la puerta por la que había salido.

—¿Te vas ya?

—¿Tú no vienes a descansar?

—Estas en mi cámara descansando... ¿Por qué?

—¿Vienes o no? Aún está caliente el lecho...

Isabel le tendió la mano y Afonso la siguió hasta la cámara. Cerraron la puerta y se perdieron en el cuarto en penumbra.

En el pasillo, hacia sus dependencias caminaba el duque de Braganza junto a sus hijos. Esta vez fue Fernando quien tomó la palabra.

—¿Está todo perdido, padre?

El duque de Braganza, antes de responder, miró a su otro hijo, Alfonso, significativamente.

—¿Tu qué crees?

—Que no lo dais por tal, padre.

—Pues eso digo yo también, Fernando. Habré de obrar como siempre, con cautela. Será cuestión de paciencia. Habéis de aprender los manejos de la corte. Las cosas no van como uno quiere, al menos no llegan rápidas.

—Conque, paciencia decís, no.

—Una cuestión de paciencia, sí. El tiempo pone las cosas en su sitio.

Fernando no acertaba a ver el alcance de las palabras de su padre. Su rostro reflejaba la duda.

—¿Pues qué les diréis a los nobles?

—No debes preocuparte por eso. Yo sabré qué decirles. Habré de tener mucha paciencia para conseguir lo que quiero. Pero al final, lo conseguiré.

Los tres, que se habían detenido en el corredor, continuaron su camino hacia las estancias.

—Así ha sido siempre, hijos.

Segunda parte

Capítulo 12

Salamanca

Todo estaba dispuesto para la partida y los viajeros prestos a iniciar la jornada. Su camino cada vez más próximo a la corte, todo anunciaba que el hogar quedaba cercano. La vida cotidiana tornaría y los sucesos cortesanos llenarían el espacio y tiempo de sus mentes. Con la premura y la impaciencia propias de las últimas etapas de un viaje todos arrancaron y la comitiva emprendió una vez más su andadura. Todos con el pensamiento en la meta, todos anhelando la llegada, todos con la vista hacia delante. Todos menos uno.

Manuel se había ocultado en un saliente del muro de la iglesia de Santa María de los Caballeros desde donde había partido la comitiva en el centro de Salamanca. Acurrucado junto a la pared esperando que se perdieran de vista jinetes y carros para asegurarse de que nadie había reparado en él. Nada había dicho a nadie de que se iba a quedar en Salamanca, ni siquiera a Pero, que se había ofrecido a ayudarlo cuando llegasen a la corte.

Como la mañana era muy fresca se arrebujó en su jubón y buscó en su hato algo con lo que cubrirse. Estaba desolado. Al menos sabía a dónde ir y contaba con un par de monedas que le habían entregado junto con la misiva. Aquello era lo único que tenía. En aquella comitiva se iban las únicas personas que estimaba, su amigo Pero y don Miguel Lucas. No volvería a verlos jamás.

Arrebujado en su manta se sentó apoyado en el muro y allí cobijado dio buena cuenta de un trozo de pan y queso que había guardado de la cena y que le supo a gloria. Con la barriga llena y ya el sol más templado comenzó a andar hacia la plaza con idea de preguntar por el barrio judío.

Caminando vio las calles, las casas y también las gentes de la ciudad que comenzaba su actividad diurna. Carros cargados de mercancías que iban por la calle hacia la salida de la ciudad o camino del mercado. Voceadores anunciando no sabía qué mercaderías. Mujeres baldeando las entradas y niños gritando y corriendo junto a él. Como en cualquier otro lugar ocurriría a aquella hora. Se sintió solo pero, trató de aferrarse a una brizna de esperanza en el futuro, aquello le hizo reaccionar y apretó el paso. Sólo era el comienzo de una nueva etapa.

Cuando llegó a un cruce entre varias calles encontró unas mujeres con hatos unas y otras portando cántaras que se habían detenido para charlar. Se dirigió a ellas para preguntar por el barrio judío.

—¡Buen día, señoras!

Sorprendidas las mujeres por la presencia de aquel extraño, se miraron unas a otras antes de responder al zagal.

—¡Buen día!

—Pueden decirme donde está el barrio judío.

Las mujeres volvieron a mirarse, esta vez una de ellas torció el gesto e hizo ademán de continuar su camino, lo cual hicieron dos más. Una tercera bajó la cabeza y siguió a las otras. Ante el pasmado Manuel, que se sentía ignorado, todas iban desapareciendo. La última, sujetando su

hato y apoyándolo contra su cadera le habló.

—Sigue esta calle hacia abajo y no la dejes, antes que termine tuerce a la izquierda y habrás llegado. Notarás que las casas son distintas.

—Agradezco de verdad su ayuda, señora.

—No me des las gracias. Pero ten cuidado, los judíos no son de fiar.

Diciendo esto, continuó con su camino y echó a correr para alcanzar a las otras mujeres que ya se habían perdido de vista en la calle. Manuel tomó la dirección que le había dado la mujer, algo asustado por su advertencia, pero con la seguridad de que si le habían enviado allí, no habría de ser para nada malo. Allí le esperaba su destino y fue a buscarlo calle abajo.

Tras torcer, como le dijo aquella mujer, se encaminó por una calle de menor rango donde se veía al fondo un conjunto de casas distintas de las del resto, aisladas. Estaban junto a otros edificios pero, su forma e incluso el color de sus muros les daban un aire diferente que anunciaba su particularidad. Aquel debía de ser el Barrio Judío.

Caminó por la calle y divisó al fondo una reja que daba paso a unas casas, parejas en su aspecto, que se alineaban a ambos lados. Aquella calle estaba totalmente despejada, no se divisaba a nadie caminando ni mercader alguno vendiendo como podía esperarse. Quizá era aún muy temprano, pero le resultaba inquietante que estuviera todo desierto.

Al llegar cerca del final de la calle había un recodo que terminaba en una plazuela donde unos muchachos se divertían jugando al corro, uno estaba en el centro y otros le rodeaban mientras gritaban algo que no comprendía bien. Siguió caminando mientras miraba a los zagales, cuando notó que el que estaba en el centro no se divertía, sino que trataba de defenderse y que los que le rodeaban, no estaban cantando o lanzando chanzas sino profiriendo insultos y burlándose de él. Al darse cuenta apretó el paso y se dirigió hacia el grupo que, muy lejos de notar su presencia seguía molestando al chico y mofándose de él para divertirse a su costa.

—¡Maldito judío!

—¡No eres más que escoria!

—¡Anda, ve a buscar ahora ayuda!

—¡Fuera!

—¡Lárgate con los tuyos!

—¡Aquí no te queremos!

Manuel decidió mediar pues veía que las cosas iban a peor pues empezaron a zarandear al chico y le tiraban de las ropas que se rompían en jirones. De pronto uno le dio un golpe y otros se atrevieron a darle más. Cuando vio a uno coger una piedra para lanzarla, no se contuvo.

—¡Quietos!

Su voz había sonado con fuerza y determinación. Todos se detuvieron y quedaron en silencio, mientras el chico del centro del corro estaba en el suelo y se llevaba las manos a la cabeza. La piedra le había alcanzado.

—¿Pero, qué clase de juego es este?

Todos le miraban asombrados, nadie salía en defensa de un judío y aquel mozo no era alguien conocido en el barrio. El muchacho de la piedra fue el primero en salir corriendo y otros siguieron sus pasos calle arriba. Los demás, sin correr, se fueron disgregando y desaparecieron. Quedó el chico tirado en el suelo y se acercó a él.

—¿Estás bien, chico?

El muchacho no se levantaba. Lo miró y vio que la piedra le había alcanzado en la cabeza produciéndole un impacto que le había hecho sangrar y, tal vez la tensión del momento le había hecho quedar inmóvil. Parecía dormido y algo le decía que debía despertarlo.

—¡Vuelve en ti, niño!

Le zarandó y el muchacho empezó a moverse. Lo sostuvo en sus brazos, incorporado para que le diera el aire y fuera componiendo su estado normal. Sintió que se acercaba gente.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces? ¡Deja al chico!

—Yo solo estaba...

—¡Fuera de aquí! Ya me encargo yo.

—Señor, sólo intentaba ayudarlo.

—No necesita de tu ayuda.

Manuel se levantó y retrocedió algo confuso. Se oyó la voz de alguien que gritaba mientras se acercaba corriendo. Era una mujer.

—¡Yo lo vi!

¿Qué viste, mujer? Preguntó el hombre que había recogido al muchacho.

—Lo vi todo... Él lo ayudó. Hizo que se fueran. Lo vi.

Dirigiéndose a Manuel, el hombre que había cogido en sus brazos al muchacho, le preguntó sin reparos.

—Eso fue lo que hiciste, ¿eh?

—Sí señor. Unos niños le estaban haciendo burlas y cuando empezaron a pegarle, yo...traté de impedirlo.

—No es la primera vez. Gracias. Ahora, debo llevarme al niño.

—¿Estará bien?

—Claro que sí, su padre lo atenderá. ¿Qué andas haciendo por aquí? No te conozco.

—Acabo de llegar, señor. Vengo en busca de Elías Hakim.

—De Elías dices, ¿eh? Tiene gracia...

—Yo no veo ninguna. ¿Por qué lo decís?

—No conoces a Elías. ¿Estoy en lo cierto?

—No lo conozco. Me envían unos amigos.

—Entonces queda claro. Este es su hijo pequeño, Natán.

—¡Vaya!

Manuel había quedado sorprendido ante la casualidad. Conocería a Elías y además, lo más seguro es que le recibiera bien por haber ayudado a su hijo. Esto ayudaría.

—Vamos, aquella es su casa. Por cierto, me llamo Efraím. ¿Y tú?

—Me llamo Manuel.

—Manuel ¿Eres cristiano?

—Sí, señor. Pero no soy un beato, respeto la religión.

—¿Sólo la tuya?

—No, claro que no. Respeto lo que está por encima del ser humano.

—Me alegra saberlo. Ya sabes que somos una comunidad judía.

—Sabía a quien venía a ver si es a lo que te refieres, Efraím.

—Dijiste que no lo conocías.

—Pero tenemos amigos en común, también dije eso.

—Bueno, espero que sepas comportarte.

Habían llegado a la casa. El pequeño Natán estaba bien pero sus vestiduras estaban rasgadas y la herida que le provocó la pedrada aún sangraba un poco aunque era una herida superficial. Llamaron a la puerta y les abrió una mujer entrada en años.

—¿Qué ha ocurrido?

La mujer parecía alarmada. Llamó dando voces dentro de la casa para que acudiesen otros ante su alerta.

—¡Otra vez, Señor! Pasad dentro, vamos.

Otros sirvientes acudieron y la mujer les dio órdenes para preparar agua, vendas y avisar a su señor Elías. Llevaron al muchacho a una habitación silenciosa, recogida y limpia donde había un lecho. Allí le acostaron.

Mientras tanto Manuel fue invitado a esperar en una sala junto con el hombre que le había traído con el muchacho herido. Ambos permanecían en silencio y apenas levantaban la vista del suelo.

El hombre parecía impaciente y no cesaba de mirar por una ventana hacia el patio. Su inquietud parecía deberse a que tuviera prisa o estuviera muy ocupado. Sin poder evitarlo, se levantó de su asiento y comenzó a caminar hacia todos lados por la habitación tratando de calmar su nerviosismo.

—Parece que tardan...

—Espero que no sea porque el chico esté peor.

—No, por eso no hay cuidado. Está en buenas manos.

—Elías Hakim es el mejor apotecario que conozco. Vive en Salamanca desde que era un niño. Su familia vive en Castilla desde hace más de tres generaciones. Pero debes saber que han vivido en distintos lugares debido a su profesión.

—¿Se dedicaron siempre a sanar?

—Bueno, al menos hasta lo que yo sé. Sus padres se establecieron en Salamanca cuando él apenas contaba tres años.

—¡Vaya!

—En Salamanca aprendió su oficio, se casó con Dana, que era hija del rabino de la comunidad y aquí han nacido sus tres hijas, Ada, la mayor, Dina, su preferida por querer aprender con él el oficio y Abigail, la pequeña. Natán es el pequeño, un varón que ha sido un regalo de Dios sin duda.

—Ojalá sane pronto, señor.

—Lo hará.

Se abrió la puerta y la mujer que les había recibido en la casa entró en la habitación.

—El susto ha pasado. Natán está tranquilo y ahora está tomando un remedio. Mi señor Elías quiere verles para agradecerles la atención para con su hijo. Vengan conmigo.

Manuel y Efraím siguieron a la mujer y salieron de nuevo al patio, lo cruzaron y pasaron a una estancia muy luminosa donde se encontraban Natán, Elías, su esposa Dana y la pequeña Abigail. Al verles llegar, Elías se levantó y se acercó a la entrada para recibirles.

Sobre una mesa había diversos objetos. Todo en un orden desordenado aparecía sobre aquella mesa alargada que se encontraba en la parte central del cuarto, junto a distintas canastas y balas pequeñas de plantas y otras sustancias naturales para hacer remedios. En los anaqueles muchos tarros con rótulos escritos con el nombre del contenido de los ingredientes que contenían las sustancias ya elaboradas.

Aquello hizo recordar a Manuel la cerería de Lisboa. El olor de las plantas y de los bálsamos elaborados, le cautivaron desde que entró en el cuarto. Sin embargo, cuando Elías comenzó a hablar, captó toda su atención.

—Me alegro que el Señor os cruzara en el camino de mi hijo. Amigo Efraím.

Dio la mano y lo estrechó contra sí en un abrazo fraternal. Separándose ambos, miró con detenimiento a Manuel quien, prudentemente permanecía en el umbral de la puerta sin atreverse a hablar.

—¿Y tú, joven? No te conozco.

En ese punto Efraím intervino para aclarar a su amigo la situación y explicar cómo Manuel había defendido al zagal que se vio rodeado de otros muchachos que le estaban acorralando.

—Elías, este joven no dudó en defender a tu hijo cuando se vio en peligro. Creo que se ha portado como un hombre de bien.

—Pues, sea como fuere, estoy muy contento. Mi hijo está bien y sólo puedo darte las gracias. Pero tú no eres de por aquí... ¿Acaso eres un viajero?

—Sí, señor. Permitidme que me presente. Mi nombre es Manuel Acosta y lo cierto es que venía a veros.

—¿Cómo has sabido de mí?

—Eso lo aclarará la misiva que traigo para vos, señor.

Manuel buscó entre sus ropas la carta y la entregó a Elías ante la atenta mirada de los presentes.

Antes de abrirla, miró a los demás y se dirigió a Manuel.

—Creo que debemos ir a mi despacho. Allí estaremos más tranquilos.

Salieron ambos al pasillo y volvieron a cruzar el patio hacia el ala opuesta de la casa. Llegaron ante una puerta que, ante la premura del episodio que había vivido la familia, había quedado entreabierta. Tras entrar en el cuarto, Elías cerró la puerta y se dirigió ante una mesa escritorio que tenía varios pliegos encima y una pluma de ave sobre uno de ellos que, había quedado manchado por un borrón de tinta ante la urgencia de su salida.

—Perdona este desastre. Ahora tendré que rehacer este escrito. No importa, pero, siéntate muchacho.

Mientras terminaba sus palabras le señalaba el asiento frente a la mesa para que se pusiera cómodo. Una vez sentados abrió el escrito y lo leyó en silencio con gran atención. El tiempo que transcurrió no fue mucho pero, a Manuel le pareció una eternidad, tal era su impaciencia por saber la reacción del judío ante el contenido de la misiva que, por otro lado desconocía.

Levantó la vista de la carta y se cruzó con la mirada de Manuel en la cual pareció adivinar cierta angustia. Pasaron unos instantes antes de que Elías tomara la palabra.

—Bueno, todo son sorpresas en la vida. Esta carta te puso en el camino hacia mi casa y pudiste llegar a tiempo para asistir a mi pequeño. Los tiempos no son fáciles para los míos.

—Me ha alegrado mucho poder haber servido de ayuda.

—Por otro lado, son noticias de amigos las que recibo, lo cual también es grato.

—También me alegro por ello, señor.

—Sin embargo, me piden algo que no está en mi mano...

Manuel sintió que le faltaba la tierra bajo los pies y pensó que estaba al borde del abismo. Era el fin.

—Pero, señor...

Si Elías no podía ayudarlo, ¿quién lo haría? Ya imposible era reunirse con la comitiva española a no ser que volviera a viajar solo y sin saber muy bien a donde ir.

—Quisiera darte otras esperanzas pero, he de serte franco. Verás, mis amigos, que por lo que veo te quieren bien, me piden que me encargue de ti y, no puedo hacerlo. Sabes que los judíos no tenemos permitido acoger a cristianos. No podemos vivir bajo el mismo techo. Tendríamos todos problemas y muy pronto, créeme.

—¿Qué puedo hacer, señor?

Manuel parecía totalmente abatido y Elías sintió conmiseración hacia él.

—He dicho que no puedo hacerlo... Tendré que ver si se me ocurre algo.

—Entonces ¿Me ayudaréis?

—Bueno, depende de cosas que no están en mi mano.

—Si de mi depende, señor. Estoy a vuestra disposición... mi vida es vuestra.

—Manuel, tranquilízate. Estoy pensando en cómo solucionar esta situación pero creo que tendré que darle muchas vueltas al asunto para intentarlo. Es muy difícil.

Elías buscó en su escritorio algunos papeles y miró dentro de uno de los estantes moviendo unos rollos de papiro. Por fin volvió a mirar a Manuel quien, expectante no apartaba la vista de sus movimientos.

—Bueno, por lo pronto hoy almorzarás en mi casa y dormirás aquí, es lo menos que puedo hacer por ti. Después del almuerzo nos volveremos a reunir y trataré de buscar una solución.

—Os lo agradezco de corazón. ¿Puedo ayudaros?

—De momento quiero que vengas a mi laboratorio. Me gustaría mostrarte mi trabajo y mientras, podremos seguir charlando, al menos hasta la hora del almuerzo. ¿Te parece bien?

—Me gustaría mucho ver vuestro modo de trabajar.

—Pues, en ese caso, vamos.

Se levantó y Manuel hizo lo mismo. Ya al lado de la puerta, Elías se detuvo para formular una pregunta más.

—¿Eres trabajador?

—Creo que sí, señor. Al menos es lo que he hecho desde que recuerdo.

—Bueno, pues en ese caso, me contarás en qué has trabajado y cuáles son tus conocimientos. Eso ayudará a buscar un acomodo para ti en Salamanca.

Salieron al corredor y tomaron el camino hacia el laboratorio.

Al entrar Manuel se quedó absorto observando aquel universo. Tal cantidad de cachivaches y plantas secándose colgadas en distintas hileras de guitas, sujetas en cáncamos, que iban de un extremo al otro de las paredes. En el suelo había balas y fardos de lo que serían materiales que imaginó serían para la fabricación de los artículos que Elías elaboraba, quien le estaba observando, dándose cuenta de que aquel muchacho estaba fascinado por el laboratorio.

Decidió romper el hechizo del momento para continuar su conversación con el muchacho.

—Veo que te sorprende mi laboratorio.

—No, señor Elías, no me sorprende... Bueno, sí que me sorprende, pero sobre todo me gusta. Me gusta mucho.

—Bien, eso me gusta ¿Has trabajado alguna vez en un laboratorio de botica?

—¡Oh, no! Pero he trabajado con mi familia durante algunos años. Tenían un taller y tienda de

cerería. La más antigua de Lisboa. Allí aprendí todo lo que sé del oficio y, creo que lo sé todo. Perdonad, no quiero ser...

—¿Cuánto tiempo estuviste como aprendiz?

—He estado toda mi vida.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, aunque muy pronto cumpliré los diecisiete. Yo no iba para cerero y no es que menosprecie la profesión. Pero, ahora que conozco el oficio, me gustaría aprender más cosas.

—Eso siempre puede hacerse. Aquí en Castilla hay muchos cereros que estudian para boticarios y aprenden esa ciencia. Otros quedan como mereceros.

—Creo que el oficio de boticario es apasionante.

—¿Sabes algo de las plantas?

—Bueno, algunas cosas. Los remedios más comunes para las bestias y también para los humanos. Pero nunca los preparé, sólo busqué las plantas, y por ello aprendí para qué se podían aplicar y también llevé los remedios a los enfermos.

—Vaya. Eso es mucho.

—Estas cosas también las sabía mi tío, lo aprendió de mi abuelo, aunque no las practicaba. Sólo para familia y vecinos. Pero he de decir que sus velas son las mejores de Lisboa.

—¿Puedo saber por qué has interrumpido tu formación?

—Fueron las circunstancias, señor.

—Conque las circunstancias... Y puedo saber qué haces por estas tierras.

Por la cabeza de Manuel pasaron muchas cosas pero pensó que sería lo mejor decir la “verdad” que conocían los castellanos. Siendo como eran amigos de Elías, no podía saber qué le habían escrito en la carta pero no quería arriesgarse.

—Un muchacho solo, en tierra extranjera y sin recursos... Pero con una buena carta de presentación. Algo habremos de intentar hacer por ti.

—Os lo ruego, señor Elías. Puedo adaptarme. El trabajo no me asusta y, podría aprender el oficio con vos.

—Eso sería bueno, casi seguro que para los dos. Pero ya te he dicho que no es posible. He de pensar en algo, como ya te dije.

—Espero que encontréis la manera, señor Elías.

En ese momento se abrió la puerta y asomó por ella una mujer joven, muy bella, según le pareció a Manuel, aunque vestida con un atuendo modesto.

—Señor Elías, el almuerzo está preparado.

—Bien, iremos en seguida.

Mientras atravesaban el patio, Elías le contó que en las jornadas veraniegas la familia solía

realizar sus comidas allí, entre las plantas y flores que cuidaba su esposa, Dana y que estaban atendidas con gran diligencia pues se veían sanas, con gran verdor y apuntando las flores que muy pronto estarían en todo su esplendor.

Manuel admiraba aquella casa mientras escuchaba a Elías que le seguía hablando.

Aquel era un día bonito, luminoso y con cielos despejados. Nada parecía anunciar ningún tipo de alteración, pero según la costumbre de la casa, se tomaría el almuerzo en el comedor.

Cuando entraron, los sirvientes tenían todo dispuesto y estaban ultimando detalles de la mesa mientras se reunían los comensales. Elías tomó asiento en la cabecera y le indicó a Manuel que se sentara a su lado. Antes que pudiera articular palabra admirando la bien surtida mesa, con alimentos preparados en fuentes, verduras y otras viandas, frutas y jarros con zumos y agua fresca, hicieron su entrada en el salón la señora de la casa, y sus tres hijas. Natán había quedado descansando. Hechas las presentaciones, Manuel estuvo admirando la belleza de las hijas de Elías y de su esposa.

Hubo saludos cordiales y el silencio reinó en la sala durante las ceremonias previas al almuerzo y que Manuel siguió con curiosidad. Todo aquello era nuevo para él. Fue Elías quien comenzó a hablar.

—Desde ahora querida esposa e hijas, consideraremos a Manuel como amigo de esta casa y será bienvenido siempre que así lo desee.

—Gracias.

Manuel pudo articular solo una palabra, abrumado por aquella deferencia, bajó los ojos a su plato y comenzó como todos los demás a comer. Habían servido una buena ración en su escudilla, pero constantemente le ofrecían nuevas viandas. Se dejó seducir por la comida pero, tras la frugalidad de la alimentación de campaña durante el viaje, su estómago no estaba acostumbrado a tales regalos, por lo que la dejó a un lado aunque todavía contenía algunos alimentos.

—¿Pero, cómo? ¿No piensas comer más?

—No puede mi estómago, aunque mis ojos desearían llenarse de estos magníficos manjares con los que me habéis honrado.

—Pues, en ese caso, daremos la comida por finalizada y tomaremos el té en la salita. Las damas descansarán en sus habitaciones y, nosotros continuaremos nuestra conversación, a menos que quieras descansar, claro.

—No, señor Elías. No habrá mejor descanso para mí que vuestra compañía.

—Gracias, Manuel. Es un cumplido que te honra.

—No es un cumplido. Me siento a gusto.

—En ese caso, vamos.

Las mujeres se levantaron y esperaron a que salieran Elías y Manuel. Cuando llegaron a la sala, el servicio se hallaba dispuesto en una mesa junto con frutos confitados y otros dulces. De nuevo Manuel fue invitado a sentarse a la mesa y después lo hizo Elías. Un sirviente acercó otras bandejas, que estaban en una alacena contigua, ya preparadas. Eran frutos secos, tarros con melaza y compota de frutas.

De nuevo Manuel quedó boquiabierto al ver la magnificencia que parecía reinar en el hogar de Elías. Le recordó al bienestar que tenía su propia familia, antes de que su madre faltara y su padre desapareciera de la noche a la mañana.

—Durante estos momentos puedo ver que eres un muchacho educado y que tienes decisión y voluntad. Por ello, creo que serás un hombre de provecho pero, has de saber que tendrás que aprender mucho y también trabajar con ahínco y ganas.

—Las tengo, creedme. Habladme de vuestro oficio.

—Mi oficio, dices. Bueno, desde que tengo recuerdos en mi familia han existido siempre miembros de la misma que se han dedicado a procurar la salud de las gentes que les han rodeado en su comunidad. Aprendí el oficio transmitido de una a otra generación y he leído mucho, créeme, los grandes libros que han sido traducidos a las lenguas principales. Dioscórides y los maestros árabes. Todos me han aportado cosas. Pero lo que más me ha ayudado es la experiencia.

—¿Cómo habéis conseguido leer libros en diferentes lenguas?

—A veces con traducciones y otras usando mis conocimientos. Puedo comprender las lenguas clásicas.

—Me gustaría decir lo mismo.

—Una buena forma de aprender es tener la necesidad de hacerlo y creo que, en estos momentos, tienes buenas razones para aprender.

—¿Cómo podré empezar?

—Lo primero es que te familiarices bien con la lengua castellana, también para escribirla y, con el tiempo irás aprendiendo otras lenguas. Las que necesitarás, además del griego y el latín, será el árabe. Los grandes maestros están traducidos a esa lengua, con lo que si la dominas, no necesitarás conocer las otras dos.

—Bien, ¿cómo aprenderé? He de ganarme la vida y aprender el oficio también.

—Verás. Hay una mujer que necesita ayuda, al igual que tú, aunque ella no la pida, pero es así.

—¿Y creéis que yo podría ayudarla?

—Sí. Es una viuda. Se quedó con el negocio de su marido, una botica, pero, aunque conoce bastantes cosas acerca del oficio, puede tan solo mantener la tienda abierta y vender remedios.

—¿Entonces?

—Bien, si quieres seguir siendo cerero, sea. Pero también podrías, en lugar de quedarte en merecerero, buscar ampliar tus miras, haciendo además de velas, algunos remedios poco a poco. No sé si lo que te interesa es eso o aprender la botica en profundidad. Aquí en Castilla está establecido así. Los apotecarios pueden hacer velas en su tiempo libre si lo desean y venderlas en la misma tienda. Los cereros en su oficio como merecereros, han de afanarse en hacer las velas y surtir de ellas, guardando las distancias con las aphotecarias que están prescritas, nunca a menos de veinte casas en el municipio.

—Mi oficio de cerero, señor, no puedo olvidarlo. Pero la botica sería para mí un sueño inalcanzable. ¿Podría empezar aprendiendo y ayudando a esa señora?

—Yo mismo llevo ayudándola un tiempo. La conocí por casualidad y, me compadecí de su situación. Tampoco podemos hacer pública nuestra colaboración, pues nuestros pueblos no se pueden mezclar, aunque sí relacionarse. Ya te he dicho que no son tiempos fáciles. Yo preparo los remedios y ella puede atender a más clientes.

—Entonces no creo que me necesite.

—No vayas a creer que lo hago desinteresadamente. Para mí también es un negocio, gano dinero sanando a los cristianos...pero ellos no lo saben. ¡Tiene gracia!

—¿Queréis decir que es algo ilegal?

—Quiero decir que es algo que hay que llevar con discreción.

—Bien y esta mujer de la que me habláis, ¿tendrá a bien hacerse cargo de mí?

—No lo sé. Tiene un mozo que la ayuda, Nuño, es muy buen chico, pero es aún muy joven y, apenas le hace los recados. Si aceptara, podrías ser su principal ayudante. Ella buscará tu acomodo y yo sería tu maestro tras la jornada.

—¡Pero eso es maravilloso, señor Elías! Una oportunidad única para mí. Aunque no sabemos si estará de acuerdo.

—Mañana iremos a verla y hablaremos con ella. Manuel, ésta es una nueva etapa para ti. Si acepta, tendrás que trabajar duro y habrá momentos difíciles. Tendrás que tener mucha fuerza de voluntad.

—Por mí no quedará señor.

—Yo soy muy exigente y te haré trabajar de verdad no solo con el cuerpo, sino con la mente. Vas a estudiar mucho.

—Lo haré, señor. No os defraudaré.

—Dependerá de nuestra conversación con la señora Catalina mañana. No depende de mí, pero si ella no acepta, no podré hacer nada más.

—Gracias a vos.

—Gracias a nuestros amigos comunes. No sé qué clase de amistad te une a ellos pero, parece que te quieren bien.

Mientras tomaron los dulces, Manuel relató a Elías lo vivido en el viaje y también algo de su vida en Portugal, creyó que debía corresponder su hospitalidad haciéndole partícipe de su historia, aunque fuera de un modo bastante superficial. Pensó que tendrían tiempo de ir conociéndose mejor en el futuro.

Así transcurrió la tarde y, llegada la hora de la cena, los Hakim volvieron a compartir su mesa con Manuel. Tras ello se retiró a dormir junto a los criados de la casa. Le entregaron ropa limpia y pudo asearse. En mucho tiempo se había sentido de nuevo como en su propia casa, con la ilusión de tener una vida por la que luchar.

Sus pensamientos volaron a Portugal, recordando a Anabela, junto a su señora y sintió en el estómago la impaciencia por volver a verla, a compartir unos minutos robados de charla. Siempre le hacía reír. Pero ahora, en la soledad y la oscuridad de la noche, en el silencio del sueño de los

trabajadores de la casa y en su propia inquietud, comprendió que no volvería a verla nunca. El pesimismo y la desazón le envolvieron y se sintió exánime. La esperanza brilló en su corazón y le dio confianza pensar que además ella pronto estaría en Castilla acompañando a su señora. El destino los acercaría de nuevo y se durmió soñando con esa posibilidad.

Capítulo 13

Se hallaban frente a la puerta de la tienda de la señora Catalina, habían tirado de una arandela de hierro que pendía de una sogá trezada junto a la puerta y, al poco, un muchachito les abrió la puerta haciéndose a un lado para invitarles a pasar.

—¡Buenos días, señor Elías...! y la compañía. Pasen, mi señora está en la trastienda, voy a avisarla.

El muchachito miraba a Manuel de soslayo. No lo conocía y su curiosidad era evidente.

—Nuño, ¿cómo estás? Dile a tu señora que no se alarme. Sé que no espera mi visita.

—Muy bien, señor.

Diciendo esto el muchachito desapareció tras un murete que acababa en una abertura sin puerta a través de la que se adivinaba ruido y también luz tenue.

Manuel trató de dar un recorrido con la vista a la tienda, sin duda era bastante más modesta que el lugar donde trabajaba el señor Elías, pero aun así se veía limpia, aunque algo descuidada. Se fijó en unos anaqueles y estanterías que contenían tarros y pequeñas cajas con los remedios para su venta.

Más parecía un local venido a menos, si en su corta experiencia podía compararlo, con la tienda de su tío en Portugal. Carecía de muchas cosas, se veía poca cantidad de mercaderías, pocas materias primas y las paredes y el suelo desprovistos de reparación en mucho tiempo. Pensó que aquella tienda ya formaba parte de sus preocupaciones y supo que dejaría allí muchas horas de trabajo. Lo primero que haría sería enlucir paredes y techos y daría al suelo un aspecto menos árido con algún material que fuera fácil de limpiar.

De pronto pensó en que la señora Catalina tal vez no estaría de acuerdo en la propuesta y podría no aceptar el trato. En estos pensamientos estaba cuando por el vano entró de nuevo el muchachito y detrás la señora Catalina.

Manuel no había reparado en que la belleza puede permanecer en una mujer a lo largo de su vida. Él siempre había mirado a las más jóvenes, pero aquella mujer parecía estar en el mejor momento de su vida, como cuando un fruto llega a la sazón. Le pareció hermosa y por su modo de mirar, altiva, lo que le atemorizó.

—Señor, Elías... ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

Catalina se aproximó, pasó sus ojos rápidamente sobre Manuel ignorando su presencia y los centró en Elías que, tras inclinarse en señal de respeto, tomó la palabra.

—Mi querida señora, es un grato honor estar en vuestra casa, aunque no vengo de visita de cortesía. Antes de proseguir, quiero presentaros a este joven, Manuel Acosta.

Manuel sintió que según los ojos de ella se posaban sobre él su rostro tornó de color y le quemaban las mejillas. Apenas acertó a inclinarse y musitar algo ininteligible en voz muy queda.

—No te he entendido... muchacho.

Bajando los ojos para ocultar su turbación, Manuel trató de volver a hablar.

—Señora...

Catalina se dio por cumplimentada y volvió sus ojos al judío quien, notando el azoramiento de Manuel, sonrió antes de tomar la palabra.

—Si tenéis un momento, me gustaría que hablásemos y, me disculpo por no haber podido anunciar mi visita con anticipación, dadas las circunstancias.

—Me complace vuestra compañía, señor Elías, pero tengo poco tiempo. ¿Podremos despachar antes de que acabe el mercado? He de hacer encargos y este chiquillo no puede despacharlos. Dirigió una fulminante mirada hacia el mozo que tomó un escobón de detrás de la puerta de la entrada y se puso a barrer el trozo de calle ante la botica.

—Desde luego.

Adentrándose por el corredor atravesaron un pequeño patio con pocas plantas y algo descuidadas. Manuel lo comparó con el hermoso patio de la casa del señor Elías y se extrañó de que aquella mujer no dedicase tiempo, al igual que la esposa del maestro, a su cuidado. Se amontonaban allí pequeños toneles y sacos en derredor, donde probablemente se guardaban mercancías para la tienda. A los lados algunas puertas cerradas y otras abiertas. Cruzaron el patio y se dirigieron hacia una que estaba cerrada y abriendo Catalina les invitó a entrar, volviendo a cerrarla.

Dentro había una muchacha doblando lienzos sobre un arca mediana. Cuando entraron se detuvo y, al ver al maestro Elías le sonrió.

La moza era espigada, quizá más de lo que correspondía a su edad, su rostro redondo y agraciado y sus cabellos de color castaño que caía sobre los hombros en cascada. Elías la miró y comprendió la curiosidad de la moza. No eran corrientes las visitas en aquella casa.

—Buenos días, María. Este es Manuel.

María le dedicó una sonrisa que hizo trabucar su saludo a Manuel.

—Bu...buen día.

Catalina suspiró rezongando y se dirigió hacia el centro del cuarto donde estaba la mesa.

—Sentémonos. No puedo ofreceros más que un poco de leche, si os apetece.

—Hemos desayunado antes de salir, gracias.

—Empecemos cuando queráis.

—Bien...

—¿Qué nos puede concernir a ambos?

—Veréis, este muchacho ha salvado a mi pequeño Natán de un gran aprieto. Pero ahí no acaba la cosa, resulta que tenemos amigos comunes.

—¡Qué coincidencia!

—Si ya fue bueno que apareciera, resulta que venía buscando mi casa, pues traía una misiva de personas a las que debo mi respeto y que me son más que gratas. Vos no los conocéis pero, están muy bien relacionados.

—Muy bien, amigo Elías, pero no sé dónde encajo yo en esta historia.

—Pues es bien sencillo. Estos amigos lo encomiendan a mi cuidado. Debe ser que los ha servido bien.

—Y ¿qué esperáis que haga yo?

—Vos sois la clave, Catalina. Habréis de ayudarme en esta empresa.

—No os entiendo. Sabéis que agradezco todo cuanto hasta ahora habéis hecho por mí y, aún seguís haciendo. Os debo más de lo que pueda nunca corresponder, pero sabéis que no tengo posibles... ¿Qué me pedís, pues?

—Escuchadme, Catalina. He pensado que, podríamos ambos acometer este asunto, sin menoscabo alguno. Mi idea es que Manuel se forme oficialmente con vos, en vuestra botica. El conoce ya el oficio de cerero y puede dar sopas con honda a más de un profesional, creedme. Sacaréis partido de ello vendiendo velas.

—Yo...

—Si vos lo tomáis como aprendiz, os ayudará en todo y, os garantizo que seré yo quien le enseñe.

—No comprendo. Yo he de correr con los gastos de todo y vos os llevaréis los méritos, ¿es eso?

Manuel, ajeno a la conversación, miraba a uno y a otro, tratando de comprender el significado de aquellas palabras que estaban decidiendo su destino.

—No me agrada que saquéis esa conclusión. Quiero que lo acojais, os hagáis cargo de su manutención y le tengáis como aprendiz. Por lo que sé, con su trabajo no sólo recuperaréis el gasto, sino que permitirá que vuestro negocio tome otro cariz bien distinto, siendo de verdad una botica, consiguiendo lo que vos y yo no hemos sido capaces.

—¿Qué trato más ventajoso!

—Creedme que lo será y, si os pido esto es por la única razón que ya sabéis. Yo no puedo acogerlo en mi casa, si no, no lo dudaría...

—No sé cómo no empiezo a dar saltos de alegría.

María, desde el fondo del cuarto, observaba a su madre y no pudo evitar cerrar los ojos y lanzar un leve suspiro.

—Si él está de acuerdo, al acabar su jornada, acudirá a mi casa y allí aprenderá todo lo necesario de la profesión.

—¿Pero qué gano yo?

Por fin tendréis una ayuda de verdad. El pobre Nuño hace lo que puede pero, no es más que un niño todavía.

—Parece que lo habéis pensado bien. Pero se os ha olvidado contar conmigo, Elías. Sabéis que os estoy agradecida por todo, pero no me pidáis esto. No quiero ni puedo mantener a nadie más en mi casa ¿Os olvidáis de María? ¿Qué voy a poder ofrecerle?

—Catalina, creedme. Es una oportunidad para todos, incluso para este joven que, no llevará la mejor parte, os lo aseguro, va a tener que trabajar más que en toda su vida.

Sin poder aguantar la tensión del momento, Manuel intervino para poder expresar su opinión.

—Señor Elías, señora Catalina. No conocía la propuesta que se formularía a vuestra persona, pero estoy totalmente de acuerdo en aceptar lo que el señor Elías ha dicho, no me importa trabajar y os aseguro que no os arrepentiréis porque os aseguro que pagaré cada miga de pan que pueda comerme a vuestro servicio.

—Parece que labia no le falta al infante... ¿Podéis al menos dejar que lo piense?

—No tenemos tiempo. Sabéis que peligra si está en mi casa. Si pudiera alojarlo, no tendría el menor inconveniente.

Catalina guardaba silencio y parecía ajena a Elías y la creciente impaciencia de Manuel, que se temía lo peor.

—¿Y bien? Catalina, ¿qué decís?

Manuel sentía los pulsos acelerados. Nada podía hacer para convencer a la señora Catalina, pero de ella dependía su suerte. Elías guardó silencio unos instantes, para dejar que ella meditara su decisión.

—No puedo aceptar.

—Pero... si no os estoy proponiendo nada que no vaya a reportar beneficio. ¿Deseáis pensarlo con tranquilidad? Comprendo que es algo serio.

—Lo siento. Tengo ya muchos problemas.

Catalina se levantó dando por zanjada la conversación. El maestro Elías tardó unos instantes en reaccionar y se levantó descorazonado.

—En ese caso... Lo siento de verdad porque tengo las manos atadas. Vayámonos Manuel.

Sin poder articular palabra, Manuel obedeció y siguió al maestro Elías que ya alcanzaba la salida.

Catalina no les acompañó, llamó a Nuño para que lo hiciera, excusándose. El muchacho que había acudido en seguida, les miraba con curiosidad.

—Señor Elías, esta tarde iré a recoger los encargos.

Sin poder contestar al muchacho, le puso una mano en el hombro y le sonrió a duras penas. El abatimiento pesaba en ambos. Manuel apenas podía apartar la vista del suelo. Se sentía hundido. Ahora no tenía nada a lo que agarrarse. Tendría que echarse al camino sin saber dónde dirigirse.

Ya en la calle, Elías aspiró el aire fresco de aquel día soleado, quizá para coger fuerzas, quizá para ganar tiempo y pensar qué decir. Su voluntad estaba en contra de lo que podía hacer. Miraba de reojo a Manuel, quien tampoco se atrevía a hablar. Sus miradas se encontraron.

—¿Se acabó, no?

—No digas eso, muchacho... Es cierto que esta posibilidad era la mejor.

—Me ha sorprendido esta señora... Viuda, me la imaginé vieja...

—Otra sorpresa, entonces. En fin.

—Entonces, nada podéis hacer.

—Bueno, he de pensar. Tal vez podamos encontrar otro camino.

Elías le sonrió abiertamente y aquello hizo que Manuel comprendiera que no estaba todo perdido. Siguieron caminando por las calles de Salamanca en pos de la esperanza.

Catalina miró a su hija que se había puesto junto al hogar trajinando entre los cacharros. Sabía que cuando su hija estaba tan afanada algo le rondaba por la cabeza.

—María... ¿Qué andas haciendo?

La moza seguía trasteando y moviendo escudillas en las alacenas. Seguía sin volverse para hablar a su madre.

—¿Hemos de hacer todo ahora, hija?

La chica se volvió y se puso frente a ella para hablarle.

—Madre... creo que te equivocas.

—¿Qué rumias?

—Necesitamos esa ayuda.

—¿Le llamas ayuda a una boca más?

—Es que no lo ves. Sabe hacer velas. Venderías algo más y ganarías un extra.

—Sí, claro. ¡Caras velas!

—Otra vez, madre... Otra vez. Nunca aprenderás.

Catalina se dio la vuelta con un mohín de enfado y salió del cuarto sin contestar.

Sabía que tenía que agradecer mucho al maestro Elías, de no haber sido por su ayuda habría caído en la miseria, fue él, un extraño el que un día se dio cuenta de que existía y que necesitaba ayuda.

Al igual que ahora Manuel necesitaba algo de esperanza para afrontar su situación

—Debes comprender a Catalina. Nunca se ha sentido capaz de proteger a los suyos desde que enviudó cinco años atrás.

—No ha debido ser fácil para ella.

—Su esposo falleció tras padecer una larga enfermedad y el patrimonio familiar quedó gravemente mermado. Tiene además de la tienda y la casa, que como has visto está muy bien situada junto a la iglesia de San Esteban, otra pequeña vivienda junto a la catedral de Santa María, la que está en obras. Esa la tiene rentada, pero a bajo precio.

—¿Entonces puede vivir bien?

—Catalina se casó muy joven con el hijo único de un boticario muy conocido en Salamanca,

maese Martín, que había heredado el negocio con treinta años. Al poco tiempo tuvieron a su hija, María, y ella, iba ayudando a su esposo en el negocio.

—¿Pudo aprender entonces algo?

—Algo sí. Sin embargo, el marido enfermó y padeció durante varios años una dolencia que terminó acabando con su vida dejándola sola con una niña pequeña.

—Eso debió de cambiarle la vida.

—No ha sido una vida como la que podría haber tenido. Catalina tenía dotadas desde su boda unas tierras en La Fuente de San Esteban, que también tenía arrendadas y debido a la distancia, se juntaban unos años con otros, antes de cobrar las rentas por no perder las ventas en la botica.

—Era demasiado para ella ¿no?

—Es muy difícil para una mujer luchar sola.

—¿Pero no tenía nadie de su familia que la ayudara?

—Debes saber también cómo creció. Aquellas tierras habían pertenecido a su familia, los Diez, pues fue el lugar donde sus padres se establecieron y habían nacido allí sus tres hermanos, dos varones Pablo y Antón y una hermana pequeña Ana, que se llamaba como su madre. Les daban rentas para vivir pero Aniceto, el padre de Catalina, murió dejando viuda a su mujer cuando sus hijos eran pequeños y crecieron ayudando a la madre en las faenas del campo. Si la buena cosecha lo permitía, podían contar con la ayuda de algún bracero, pero aquello era algo extraordinario.

—Tampoco su infancia fue fácil.

—La verdad es que no. Así vivió hasta que su madre la casó con Damián, y quedó al cuidado de sus hermanos, el mayor, Pablo murió al poco a consecuencia de una herida mal curada en un pie hecha con una azada y su hermana pequeña, Ana, falleció de fiebres a muy corta edad.

—Madre Deus...

—Catalina fue una madre para sus hermanos, pero su hermano menor no quería quedarse al cargo de la hacienda y prefirió buscar fortuna y se enroló como marinero en Portugal en uno de aquellos barcos que traían la sal y el marfil de África. Dejó las tierras en manos de Catalina que las rentó y empezaron dando algunos beneficios que no venían mal para permitirse criar a su hija con un ama que empezó a enseñarle las letras.

—Entonces las cosas mejoraron.

—No del todo. Al poco supo de la muerte de su único hermano en un naufragio sufrido viajando hacia las costas africanas. Otra desgracia que no hacía sino dejarla más sola.

—Esa mujer ha sufrido mucho.

Como no podía ser de otro modo, Juana Pimentel accedió a acudir a la llamada de la reina. Sabía que había de intentar congraciarse con ella pues muchas veces se había culpado a sí misma por no haberle bailado el agua más o por no haber sucumbido a sus caprichos y a su tiránica conducta.

Cuando recibió la nota convocando su presencia pensó que sería la ocasión propicia para tratar de paliar los rigores que estaban cayendo sobre su esposo, Álvaro de Luna, propiciados por las continuas quejas que la reina daba al rey don Juan, a quien había pedido, no solo que le cortase las alas, sino que lo echara de la corte sin tardanza. Del modo que fuera.

Conociendo el entorno de la corte, había dispuesto además de un arcón con las pocas pertenencias que pensaba llevar consigo, su carta de últimas voluntades. Dejaba todo escrito para salvaguardar a los suyos y para que supieran el origen de todas sus desdichas y a quién recurrir en caso de necesidad para que les protegieran.

La Pimentel durante el viaje hacia la corte iba meditando acerca del modo en que podría poner fin a dichas asperezas y tratar de cambiar el rumbo de las cosas, cuando recibió el triste recado por el que conoció que su esposo había sido apresado. Aquello hizo que se hundieran sus esperanzas y a punto estuvo de volverse hacia su hacienda temiendo aún más por su vida, las de sus hijos y por la de su esposo.

Mandó que la anunciaran sin tardanza a su llegada a la corte. Pidió audiencia con la reina, aduciendo que la había mandado llamar y que corría prisa que acudiera a su presencia.

La reina Isabel recibió la noticia cuando acababa de terminar su arreglo personal. A pesar de no saber exactamente el día de la llegada de Juana Pimentel, había forzado a sus damas para que preparasen sus mejores galas y también que sus joyas más preciadas fueran aprestadas para conseguir eclipsarla, al menos por una vez.

Aquel día se había adornado especialmente como venía haciendo desde hacía tres. Se levantaba al alba y se bañaba, después mandaba que la ungieran con esencias y perfumes y se preparaba para vestirse con camisas recién hechas y sayas recamadas con bordados de oro. Aquel día se había puesto una camisa con cintas trenzadas, la saya carmesí y oro, con la toca a juego. Los chapines eran de fino cordobán tintado en carmesí, a juego con la saya.

Su tez clara había sido maquillada como a ella le gustaba destacando sus labios suavemente y realizando el contorno de sus ojos. De ello se encargaba personalmente una sirvienta mora que tenía a su servicio y que conocía los secretos y los productos que usaban las mujeres orientales para cautivar a sus hombres. Era el secreto mejor guardado por la reina de Castilla.

Cuando le anunciaron la llegada de Juana Pimentel se le aceleraron los pulsos. Las órdenes a sus criadas y damas corrieron por las cuatro esquinas de su cámara y, a pesar de estar ataviada y lista para la audiencia, exigió que la revisaran hasta el último detalle y lo hizo ella misma mirándose largamente en el espejo de su cuarto.

No quiso tomar ningún bocado a pesar de llevar levantada varias horas. Se dirigió a su sala de recepción y se sentó en el trono. Ordenó que no la ofrecieran asiento ni tampoco nada para beber o comer. Mientras tanto se devanaba los sesos para saber en qué modo podría dominar su ánimo y vencer el miedo que la embargaba. Aquella mujer acataría cuanto ella la dijera y permanecería exactamente donde ella quisiera. Para eso la había llamado a su presencia.

Juana Pimentel estuvo durante dos horas en pie esperando a la reina Isabel, algo indigno hacia su persona. Su desesperación iba en aumento y caminaba de un lado al otro para entretener su espera y descargar su enfado que iba en aumento. Pero no había de desesperar se había propuesto templar el ánimo y cuando estuviera ante ella, sabría como contentarla.

Cuando la reina, al borde de un ataque de ansiedad, dio la orden para que entrase la Pimentel, apenas podía mantenerse en el trono. La impaciencia le había mudado el rostro y el sudor corría por todo su cuerpo, de tal suerte que temía perder la compostura ante su presencia. Pero cuando la tuvo ante sí, volvió a sentirse cautivada por completo. La vio y a pesar de tener las huellas del cansancio del viaje y de la espera en el rostro, toda vestida de negro y con las ropas cubiertas del polvo del camino, había inundado aquella estancia con la luz propia con que siempre brillaba.

Al ponerse frente a ella se inclinó para presentarle sus respetos y no se levantó mientras ella no pronunció palabra. Estaba dispuesta a conseguir sus propósitos.

—¡Alzaos!

La voz de Isabel había sonado más brusca de lo que deseaba. Se había prometido aparentar lo más dulce posible para conseguir su voluntad.

—Majestad... Aquí me tenéis... a vuestros pies.

—¡Por favor, Juana! Ven a mi lado.

Le tendió la mano diestra para que la besara mientras la Pimentel se levantaba y la tomaba entre las suyas.

—He acudido tan pronto como recibí vuestro recado. ¿Qué tenéis?

La reina dio una palmada y un criado apareció enseguida postrándose ante ella con respeto.

—¡Traed un asiento para la dama! ¡Presto!

Había mandado retirar todos los muebles salvo el asiento propio con el sitial. De ese modo Juana Pimentel solo podría sentarse cuando ella lo dispusiera.

Cuando los criados trajeron la silla y la situaron a su lado, Juana Pimentel se sentó y hubo de cerrar los ojos para dar ánimo a su espíritu abatido y demasiado gastado para prestarse a los juegos a que la reina la sometería.

—Decid señora, como puedo servirlos.

—¿Me lo preguntas?

Juana Pimentel se puso en pie y al punto volvió a sentarse recobrando la compostura.

—Humildemente...

—¡Te necesito a mi lado! Nadie sabe hacer las cosas como tú. Ni nadie sabe hablarme como tú.

—Pero, sois la reina, mi señora. No necesitáis a nadie.

—Te equivocas. Si te digo que te necesito así es. No eres quien para contravenir mis órdenes.

—Si es vuestro deseo, lo haré... como gustéis.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Isabel. El rostro surcado por el sudor había desdibujado su maquillaje. Sus ojos ennegrecidos alrededor de las cuencas y los labios indefinidos en un borrón carmesí.

Sin embargo, el rostro de Isabel, tan solo una mueca que miraba a Juana Pimentel, sonrió

triunfante y se levantó señalándola con su índice. Sabía que ahora tenía las riendas y disfrutaba con ello.

—Si tal haces tendrás mi gracia. Si así lo quieres haré que el rey libere a tu esposo.

—Pues ¿qué mal os ha hecho, señora?

—Estás aquí para responder por ti misma. Has faltado a tus obligaciones para conmigo.

—No lo pretendía, ¡creedme!

—¿Acaso dudas de mi palabra?

Juana Pimentel miraba a aquella mujer, de envenenada alma y enaltecida por el poder del trono, que se abstraía en la locura de dominar a quien su capricho le placiera...

—¡Nunca! Teneos pues ahora y vayamos a arreglaros para el almuerzo... Os cepillaré el cabello para que estéis perfecta. ¿Os espera el rey?

—Sí. Pero tienes que prepararme tú, Juana.

—Lo haremos juntas.

La Pimentel se dirigió hacia el sitial y ayudó a la reina a ponerse en pie. Mientras caminaban hacia sus aposentos no pudo por menos que intentar conmoverla.

—Os ruego que mandéis liberar a mi esposo... Yo permaneceré a vuestro lado, pero él debe seguir ayudando al rey.

—¿Y qué puedo hacer yo? El rey ha decidido mandarlo a prisión.

—Podéis tratar de convencerlo.

—Vamos a prepararnos para el almuerzo. Quiero que estés conmigo... sentada a mi mesa, Juana. Tienes que contarme muchas cosas.

—Sí, majestad... Pero pensad en mi petición, os lo ruego.

—Pórtate bien y trataré de hablar con el rey en cuanto me sea posible.

Ambas se encaminaron hacia el gabinete privado de Isabel. Cuando entraron mandó salir a todas las damas y los sirvientes que allí trabajaban ordenando los enseres. Dio órdenes para servir allí mismo el almuerzo en el gabinete y de avisar al rey para que la dispensara. Ahora Juana Pimentel estaba a su lado.

Isabel se sentó ante el tocador y se deshizo de la toca dejando su cabello al descubierto. Juana Pimentel tomó el cepillo para el pelo del mueble tocador para comenzar con su tarea una vez que liberó el cabello, empapado en sudor como estaba.

—¡Date prisa! Será maravilloso. Es estupendo tenerte conmigo de nuevo.

Juana comenzó a cepillar sus cabellos, aquellos hermosos cabellos castaños, ahora pajizos y apelmazados por el sudor. La reina solo quería mirarse en el espejo impaciente para ver el resultado. Su cabello iba acomodándose graciosamente en torno a su rostro que aparecía emborronado como una máscara.

Mientras tanto, Juana Pimentel comenzó a rezar para sí musitando una oración que empezó a ser

audible poco a poco. Oración que esperaba fuera escuchada en las alturas. Isabel se unió a ella y pronto estaban rezando juntas. Sus miradas convergieron en el espejo por un instante.

Catalina rumiaba su reconcome como podía. Desde que había recibido la visita no había vuelto a hablar. Nuño casi ni se atrevía a mirarla porque sabía que cuando el ama cavilaba, podía recibir leña o un bufido cuando menos. La conocía bien. Por ello había obedecido a rajatabla y no había dejado de trabajar ni para beber agua. Cuando entró a la cocina la vio removiendo una marmita y se dio media vuelta, antes que se percatara de su presencia, en lugar de hablarle. Sabía que estaba de mal humor.

Nuño no había oído sino retazos de la conversación, pues haciéndose el distraído había estado cercano al cuarto y a lo poco que comprendió, se trataba de que el mozo que acompañaba al maestro, entrara al servicio de su ama.

No comprendía bien lo que ocurría, pero el maestro se fue cariacontecido. Como siempre el ama Catalina se empeñaba en algo y no cedía. Pero era verdad que debía corresponder al maestro, al menos a su juicio, así debía ser pues gracias a la ayuda de Elías, que cada semana hacía un pedido que para él era muy importante, la mayor parte de las ganancias se debían a eso.

Las cosas habían mejorado desde que el señor Elías había entrado en sus vidas. Se conocieron por casualidad en el mercado, mientras compraban género en el mismo puesto. Sin saber cómo se encontró ayudándola con las compras y acompañándola hasta la puerta de su casa. Por el camino hablaron y él, a pesar de ser un judío, se ofreció a ayudarla. Pero eso nadie lo sabía...

También el señor Elías se había arriesgado por ella. Cuando su mujer, Dana, supo del asunto se enfadó mucho y le dijo que si se había vuelto loco. Que cómo podía ponerse en relación de negocios con cristianos y mil cosas más. Tenía razón. Él sabía que aquello bien podía traer problemas a ambos. Sin embargo, el señor Elías había ayudado al ama Catalina sin pensarlo.

Todos ganaban con ello, el ama y el maestro que estaba vendiendo sus productos para curar llagas, para calmar fiebres o dolores y cortar diarreas, y ellos lo sabían y además se ganaban el pan con ello.

Nuño desde que recordaba, trabajaban de aquel modo. El ama le había puesto como aprendiz por tal causa, para llevar los mandados y recogerlos de la botica del señor Elías.

Después de dos años el maestro también habría conseguido un buen dinerillo a costa de lo que vendía Catalina en su botica. Repartían las ganancias y ella había podido así mantener el negocio. A fin de cuentas, todo había salido bien y todos estaban contentos. Pero todo se mantenía en secreto y así debería seguir siendo para bien de todos. Nuño lo respetaba y bien que había de esforzarse, pues los secretos no eran para él fáciles de conservar. Tenía la lengua muy...suelta como decía el ama.

Sabía que la señora Catalina no podía defenderse con el único muchacho que pudo permitirse acoger como ayudante, que aunque ahora contaba con trece años y aunque ponía mucho empeño, no tenía los conocimientos aún para poco más que hacerle los mandados. Quizá otro mozo podría venir bien para la botica.

Su vida era sencilla, a veces dura, pero...también estaba María. Era la hija del ama, tenía doce años, y era más buena que el pan. Siempre le ayudaba a recoger los bártulos de la tienda. Su madre no tenía que preocuparse de ordenar la casa y tampoco de la cocina. Si no fuera por María,

qué sería de él. Cuando el ama se enfadaba, solía echarle más de un capote y evitarle más de un coscorrón.

Mientras terminaba de barrer, Nuño se quedó parado en seco, nada parecía moverse a su alrededor salvo las partículas de polvo removidas que caían despacio como copos de nieve. ¿Y si aquel mozo se quedaba?

Sabía que su ama no admitiría una boca más. Su suerte había cambiado.

Capítulo 14

Elías cerró la puerta y, sin decirle nada, se puso a trastear tras la mesa de trabajo, mirando entre los tarros y las banastas. Cogió un mortero y luego fue buscando distintas plantas que fue depositando en ramos sobre la mesa. Después se dirigió hacia una de las barricas y tomó con un cucharón de madera un poco de su contenido, algo que parecía untuoso y de textura consistente.

Sin mediar palabra comenzó a mondar las plantas y a trocearlas en el mortero, apartando los tallos que, sin tirarlos, guardó en un saco que tenía a los pies de la mesa. Machacaba dando unos giros muy decididos en ambas direcciones y, cuando consideró que estaban lo suficientemente molidas, fue a buscar un recipiente de cristal donde vertió agua de una jarra de barro que tenía cerca de una cántara.

Una vez hecho esto, vertió el contenido del mortero para ponerlo a macerar. Tomó sobre una pequeña batea la porción del contenido untuoso que sacó de la barrica y empezó a verter gotas de distintos frascos de una repisa que tenía tras de sí, que contenían diversas destilaciones y los removió con la ayuda de una varilla de vidrio, con suma delicadeza. Los vapores que desprendía la mezcla no tardaron en hacerse notar. La habitación se vio inundada de un agradable olor que Manuel no era capaz de identificar.

—No creas que va a ser fácil. Tengo confianza en ti Manuel, trabaja, obedece y trabaja más, siempre trabaja y no rechistes...ni llesves la contraria. La señora Catalina es una mujer que...en el fondo está muy sola, ¿comprendes?

—Claro, maestro Elías...

—Su hija, María, es más joven que tú, deberás tenerle respeto y mirar por ella como si fuera tu propia hermana.

—Yo, señor Elías...

—Con la señora Catalina serás respetuoso y obedecerás sus órdenes, no tratarás de imponer tu voluntad. Eso no va con ella.

—Yo no pretendo...

—Las relaciones diarias no son fáciles, Manuel y, esto lo deberás tener siempre presente.

—Lo tendré... pero ¿de qué manera pensáis que debo vivir? ¿Trabajaré en la tienda de la señora Catalina primero y después con vos o no lo comprendí bien...?

—Manuel, Manuel... Trabajarás con ambos. De puertas para afuera vivirás y trabajarás de aprendiz en la tienda de la señora Catalina. Pero, al acabar tu jornada y en los tiempos que podamos rescatar, vendrás para aprender conmigo.

—No temo el trabajo ¿Habré de regresar a dormir a casa de la señora Catalina?

—Sabes que no puedes quedarte en la mía...Todo hubiera sido tan diferente de no ser por nuestra condición...

—Ya veo... maestro.

Desde que la señora Catalina le había mandado el recado aceptando la tutela de Manuel como

aprendiz, las cosas habían mudado para orientarse tal y como el maestro Elías había pensado desde el principio. Después de que la tarde anterior regresaron con la respuesta negativa, Manuel no había conseguido serenarse a pesar de los ánimos que el maestro le había intentado infundir. También le empezó a hablar de asuntos relacionados con la profesión, pero él parecía sumido en sus propios pensamientos. Todo fue en vano. Ni siquiera había conseguido conciliar el sueño hasta muy entrada la luz del día en que fueron los sirvientes de la casa a despertarlo.

Cuando acudió al gabinete del maestro Elías y le dio la buena noticia, por unos instantes pensó que se lo decía por animarle, pero al ver que comenzó a enseñarle muchas cosas, comprendió que había empezado su aprendizaje de apotecario.

—Bien, maestro Elías.

—Tenemos mucho que hacer, muchacho.

En estas cábalas andaban cuando una cabeza pequeña asomó por el hueco de la puerta. Era Nuño, el aprendiz de la señora Catalina.

—¡Señor Elías! ¡Señor Elías! Soy yo.

—Pasa muchacho, pasa

Nuño entró con mucha cautela y se acercó hacia donde se encontraba el maestro Elías que seguía trajinando entre sus cachivaches.

—Nuño tendrás que echarme una mano. Ando un poco atrasado con el trabajo esta semana.

—Claro, señor. ¿Qué puedo hacer?

—Tráeme un manojito de hierbabuena. Está detrás de aquellos canastos a tu izquierda.

—Ahora mismo.

Nuño se dirigió a coger las plantas y volvió con el manojito para dejarlo sobre la mesa de trabajo de Elías.

—¿Por qué no vas desgranando estas hojas, Nuño? Mientras voy a mezclar esta hierbabuena.

—¿De verdad le sirvo de ayuda, señor Elías?

—Claro, hijo.

—Aquí al menos aprendo cosas. Mi ama, la señora Catalina, anda tan atareada aquí y allá que sólo me tiene de recadero.

—Eso también es ayudar, Nuño.

—Ven vamos a preparar un bálsamo para el pecho.

Manuel terminó de preparar lo que el maestro Elías le había encargado y haciéndole una seña le hizo aproximarse hasta donde se encontraba.

—Ven, en este cuarto guardo algunas cosas que no utilizo.

Ambos se encaminaron a un cuarto trasero que no tenía más ventilación que un pequeño respiradero en la parte alta. El maestro Elías tomó una lámpara y la encendió para alumbrar en el interior que contenía diversos enseres entre los que destacaban un arcón y varias arcas. Las

paredes tenían anaqueles donde se encontraban objetos de diversa naturaleza. El maestro Elías entró y dejó la lámpara sobre uno de los anaqueles. La habitación parecía algo siniestra envuelta en las sombras que producía la luz de la lámpara sobre los objetos.

—Entra, Manuel. En este arca hay algunas cosas que pertenecieron a un ayudante hace algún tiempo. Quiero que tomes lo que necesites.

—No sé qué decir, maestro.

—Necesitas algo de ropa para poder mudarte. Aquí tienes una camisa, unas calzas, un capote, un camisón, un jubón, un par de botas y unas alpargatas.

—Pero estoy abrumado, maestro Elías. Nunca he tenido tantas cosas... Lo tomaré prestado...

—Aquel ayudante tenía más años que tú, pero tú eres más alto y fornido que lo que corresponde a los tuyos.

—No os preocupéis. Estará bien.

—Claro que estará bien, pero pronto te quedará pequeño. No olvides esto nunca, hijo. Es importante que los demás aprecien un aspecto digno. Te abrirá muchas puertas.

—Gracias... lo cuidaré bien.

—Lo guardaba para una ocasión como ésta.

—Pero vos dijisteis que pertenece a un ayudante vuestro...

—Hoy día será ya un hombre y no volverá a por sus cosas.

—Os lo agradezco mucho.

—Bien y, ahora, será mejor que vayamos a comer algo. Después debes marcharte pero, mañana y todos los días vendrás a completar tu aprendizaje.

—Gracias maestro Elías, espero estar a la altura de lo que me decís.

—Quiero que olvides palabras como esas, nunca, no podré, no sabré...No. Está bien que seas humilde y, sobre todo agradecido, pero, eres capaz de hacer todo lo que te propongas y debes siempre intentar conseguirlo.

—Lo haré.

—Debes aprender además todo lo que puedas de otras lenguas, no sólo a hablarlas bien, sino a escribirlas. Empezaremos por el castellano. Es posible que necesites aprender otras para estudiar, los tratados están escritos en las lenguas clásicas. ¿Has estudiado alguno?

—No, señor. Solo se el castellano por mi madre, aunque desde que murió no he vuelto a hablarlo. El portugués es la lengua que me ha ayudado a entenderme allá, con los míos. Pero estoy dispuesto a aprender.

—Bien, a partir de mañana irás aprendiendo muchas cosas.

—¿Por qué no empezar hoy?

—Sabía que podrías decir eso mismo, pero estoy seguro de que no acabará el día sin que aprendas algo nuevo. A veces aprenderás cosas que no te guste saber. Pero es importante que las

aprendas también.

—Estoy algo asustado...

—Lo sé, hijo. Pero las cosas son así. Ahora, vamos, mi familia nos está esperando.

—Maestro Elías. ¿Puedo irme ya? Ya dejé todo listo.

—Nuño, me había olvidado de ti. Claro, vete si no quieres que la señora Catalina te eche en falta en la mesa.

—Adiós.

Mirando a Manuel, el muchacho salió rápidamente. No quería sin duda perderse la cena. El maestro Elías sonreía mientras iba caminando al lado de Manuel hacia la sala donde se encontraba su familia.

—Es un buen muchacho. Ya lo conocerás.

Manuel vio como aquel chico escuálido se marchaba y se dio cuenta de que sería ahora parte de su mundo.

Los reyes descansaban tras el almuerzo en el gabinete de la reina. Llevaba varios días intranquila a pesar de los cuidados de Juana Pimentel quien llevaba pegada a la reina varias semanas. Se cuidaba de ella como si una hija fuera, una pequeña, algo que Isabel disfrutaba y que procuraba ocultar entre las paredes de su cuarto tratando de que todos los sirvientes la dejaran tranquila.

Se sentía una reina entre las cuatro paredes de aquella sobria estancia. Obligaba a la Pimentel a quedarse velando su sueño por las noches. Solo la dejaba tranquila las noches que el rey la requería en el lecho. Aquel mediodía habían almorzado solos a petición de su esposo, el rey Juan.

—Debes aflojar un poco el trabajo de Juana.

—Está a mi servicio... ¡Por el amor de Dios!

—También Álvaro estaba al mío y me obligaste a mandarlo a prisión.

—¡Se lo merece! Te manipula siempre, aunque tú no lo veas.

—No he debido tratarlo así. Sé que me arrepentiré de esta decisión.

—Pues pon fin a esto de una vez.

—¿Cómo? Lo liberamos sin más... ¡Qué buen proceder!

—No he dicho tal... Consulta con tus consejeros. Debes acabar con esto definitivamente.

Isabel con los ojos desorbitados miraba a su esposo. Juan se quedó helado. La vista de su esposa en tal estado le hacía difícil reconocerla.

—¿No estarás hablando en serio?

—¿Crees eso? No me conoces bien, entonces.

—No sé qué te ha dado con ellos, mujer. Tratas a la Pimentel como una esclava y has

conseguido que meta a Álvaro entre rejas como a un vulgar ladrón.

—¡Soy la reina! Tú mismo dijiste que habría de obedecerme, ¿no? Si tengo a su marido a buen recaudo, la tendré bajo mi voluntad.

—¿Cuánto crees que durará esta situación?

—Lo que yo quiera...

—No sé qué hacer con Álvaro. Me he dejado llevar por las envidias de quienes no le quieren bien y...por tu propio deseo. ¡Maldita sea! Ahora puede ser tarde para su restitución.

—No te atreverás. Crees que he olvidado que envenené a mi tía Leonor? ¡¡Nunca!!

Fuera de sí la reina se movía a grandes zancadas por el cuarto. Mientras hablaba gesticulaba y amenazaba a su esposo señalándole con el dedo acusadoramente.

—¡No te atrevas a desafiarme!... ¿Me has entendido?

—¿Qué suerte de alunamiento te ha dado mujer? Debes pensar en las consecuencias.

Exaltada y con el rostro crispado por la ira, Juan veía a Isabel gritarle aquellas palabras que le sumían en la desesperación de ver la causa de Álvaro de Luna perdida y a un tiempo la razón de su esposa. Algo que él no podía soportar.

Además, la despreocupación del príncipe Enrique por los asuntos del reino tras conocer que había conseguido fraguar su nuevo enlace matrimonial, le habían hecho sumirse en una vorágine de despropósitos que le tenían muy disgustado.

Mientras Isabel seguía gritando y escupiendo las palabras que sentenciaban a Álvaro de Luna irremisiblemente, el rey Juan se sintió al borde del abismo, uno negro y profundo que lo absorbería y conseguiría hacerle perder el sueño durante largas noches de vigilia que habría de afrontar él solo.

Día de mercado en Castilla. La plaza mayor de Salamanca estaba cubierta de tenderetes con toldos de colores donde los comerciantes exponían su mercancía ordenadamente. Unos tenían comida y bebida, otros tejidos y afeites y los más hacían servicios, rapaban el pelo o sacaban una muela al infeliz que acudía retorciéndose de dolor con urgencia.

Otros personajes menos dignos, aunque también presentes en la plaza acompañaban a los demás en los días de mercado. Ganapanes, putas y ladronzuelos por los alrededores se buscaban la vida con mejores o peores artes. Hechiceros, adivinos y aguadores; carboneros, panaderos y algunos hombres de armas, mercenarios de la guerra, venidos de otros reinos, a veces lejanos, merodeaban por la plaza en aquellos días de mercado.

Todos aprovechaban para pasar unas horas de diversión mientras veían los géneros, las gentes y también disfrutaban probando un buen vino o quizá una cerveza que les servían allí mismo. Pronto correría por el suelo, junto con los desperdicios de las mercancías y los orines que se iban escurriendo desde las esquinas para confundirse en una maloliente mezcolanza, junto con las boñigas de las cabalgaduras y otras bestias de acarreo, que todos terminaban por pisar y arrastrar en su camino pegándose al borde de sayas y mantos, sin remedio.

Los muchachos, las matronas, las damas con su séquito, los sirvientes, las doncellas, todos se daban cita en aquella plaza en día de mercado. Traía la vida a la ciudad y, a veces, también se la llevaba. Las riñas no eran poco frecuentes, las disputas por un precio o por algún tipo de género a veces daban con los huesos de más de uno en la mazmorra y otras les daban sepultura al no haberse podido hacer nada por impedir la tragedia, a pesar de que los soldados siempre terminaban por controlar la situación.

Aquella mañana, como tantas otras de mercado, se encontraba la plaza bastante concurrida. Entre los corrillos de gente alrededor de los puestos, dos muchachos iban de un lado para otro curioseando entre las mercancías Iban enfrascados en su charla ajenos a lo que les rodeaba, prestos a cumplir con los encargos que habían de hacer.

María y Nuño, tras haber terminado con los repartos habían quedado a la entrada de la plaza del mercado donde solían pasar el rato mientras hablaban de sus cosas.

—¿Te acuerdas Nuño del hijo mayor del cestero?

—¿El que murió el año pasado?

—Ese. Está a cargo del negocio porque sus hermanos son muy pequeños.

—¿Y la madre?

—Con los pequeños. Pero le echa todas las manos que puede.

—¿Qué va a hacer si no?

—Pues te contaré lo que le oí no ha mucho aquí mismo hablando con otro mozo que es hijo de un soldado.

—¿Le conozco?

—Es uno que vive al otro lado de la plaza. Su padre trae buenos dineros de las mesnadas en que siempre anda metido.

—¡Eso sí que es un buen porvenir!

—La cuestión, Nuño, es que el hijo del soldado, quería entrar al servicio de la corte.

—Pues no veo nada malo en ello.

—Creo que a su padre no le hacía gracia el modo en que quería hacerlo.

—¿Pues cuál era su plan?

—Tenía un amigo dentro de la corte. Había empezado allí como muchos donceles lo hacen, entrando al servicio de un noble y gracias a su donosura y viveza pueden prosperar.

—¿Y ya está? Pues vaya oficio.

—Lo es. Se llaman continos. Muchos matarían por entrar así en la corte.

—Si fuera el padre de ese chico, tampoco me gustaría. Estoy seguro. No parece ningún trabajo.

—Por eso no quería ir solo. En el fondo quería que su amigo le acompañase por temor a lo que fuera a encontrarse allá en la corte.

—El otro me parece más cabal.

—Encima le dijo que aquello no era para él. Que siguiera los pasos de su padre.

—Y él eligió ayudar a su madre.

—Sí. La familia es lo primero.

—No lo suficiente para el otro.

—Ese oficio de los continos no me suena muy bien.

María se fijó en la cara que había puesto Nuño. No pudo por menos que preguntarle su opinión.

—¿Quién crees tú que tiene la opinión más acertada?

El muchacho cabizbajo parecía meditar sobre el asunto. Tardó unos instantes en responder.

—Cada uno sus razones tiene... ¿Cuál acertará con su suerte?

—No lo sé. ¿Qué suerte buscas tú, Nuñico?

Se sonrojó y bajó la cabeza al sentir que le ardían las mejillas para que María no lo viera.

—No me veo aún en oficio alguno.

—Pues, ¿con qué sueñas?

En aquel momento, a Nuño le hubiera bastado con tomarla de la mano y correr juntos calle arriba hasta llegar a la botica. No había pensado en tales asuntos, pero se dejó llevar por su ensoñación.

—Quisiera ser un hombre de armas... Irme lejos y conocer otras tierras. Eso me gustaría.

—¡Madre mía! ¿Tú?

—¿No te parece bien? ¿Acaso imaginas cómo sería la vida en la corte? ¡Eso no es para mí!

María calló de pronto. El hecho de pensar en el futuro le hizo recordar el suyo. Un matrimonio de conveniencia. También ella hubiera querido huir de allí.

—Dejemos eso ahora y volvamos. Si se nos hace tarde, madre nos mata.

Se tomaron de la mano y echaron a correr, ambos estaban huyendo de allí en aras de aquella carrera. Olvidaron el futuro pues era algo que habría de venir solo.

Capítulo 15

El día le sorprendió dormido en un jergón en aquel cuarto que carecía de ventilación propia a no ser por la abertura de la entrada. Estaba justo al lado de la gran chimenea que servía de hogar y que también daba calor a la estancia, especialmente en invierno, separada por un medio murete de lo que era un establo medio caído y que en tiempos debió contener a buenas bestias, no como ahora que albergaba tan sólo a un rucio flaco, dos gallinas, un gallo y tres cabras. El pequeño carro que usaban para transportar mercancías, se guardaba también allí dentro.

En el cuarto también dormía Nuño, por lo que habrían de compartir el lugar y también la convivencia de ahora en adelante. Al otro lado de la chimenea existía una habitación idéntica que servía de dormitorio a la señora Catalina y a su hija María en la que disfrutaban de calor en las estaciones frías.

En verano, solían dormir en la planta alta, donde guardaban sus ropas y otros enseres en arcas y arcones. Había pocos muebles en la casa, lo cual daba un aire de austeridad a la misma comparada con la del maestro Elías pero Manuel estaba acostumbrado a vivir sin lujos.

En aquel momento en la intimidad de su lecho pensaba en Catalina. Era una mujer hermosa, que aún no llegaba a la treintena y se mantenía, a pesar de las desgracias que había vivido, lozana y bien construida. Debido a su condición de viuda, no hacía alarde de ello y se vestía de forma muy decorosa y austera. Tampoco hacía uso de afeites y su cabello aparecía recogido con cuidado, ocultando su color y brillo naturales que apenas dejaba entrever.

Manuel estaba convencido de que su carácter había quedado marcado por la amargura y de que a buen seguro tenía que sacar fuerzas de flaqueza para poder seguir adelante, por su hija y luchar para poder subsistir.

Hacía ya tres meses desde la llegada de Manuel a la casa y las cosas habían cambiado. Él era la mano que faltaba para tener la casa y la tienda a punto y siempre limpias. Para ello trabajaba incansable desde que salía el sol hasta que, rendido caía sobre el jergón tras volver de casa del maestro Elías, imbuido del aprendizaje diario y del trabajo hecho.

En este tiempo Manuel hacía encargos, traía materia prima y había aprendido a preparar los remedios básicos con el maestro Elías. Nuño le ayudaba y así empezó a conocer las distintas plantas que se usaban en botica, ya distinguía muchas en el campo y era capaz de recolectarlas correctamente, con lo que la señora Catalina ahorra sus buenos dineros al no tener que comprarlas en el mercado.

Desde su llegada había sentido el calor de un hogar que cada día era un poco más el suyo. A los pocos días de estar en la botica, cuando terminó todas sus tareas, fue hacia la cocina y al entrar, le enterneció ver a la señora Catalina con su hija y el zagal ayudante, uno a cada lado. Les estaba enseñando a leer. Ella, debido a su matrimonio, había tenido la oportunidad de conocer la cultura. Escuchando a su marido y viéndole trabajar, además aprendió lo más básico del oficio. Cada noche, tras las tareas, les hacía juntar las letras y aprendían así a leer. Manuel quedó quieto por unos instantes y en silencio hasta que ella se fijó en su presencia y le preguntó qué quería. Le había invitado a sentarse y desde aquella noche, juntos compartían el aprendizaje. Su castellano empezó así a mejorar y aquello le hacía formar parte de la casa.

También a él le había enseñado su madre y aquello le traía gratos recuerdos, que fue saboreando poco a poco.

Cada día, cuando la jornada tocaba a su fin continuaba estudiando en el laboratorio con el maestro Elías. Allí pudo conocer muchas de las plantas que se utilizaban para usos curativos y estudió los manuscritos y tratados que éste poseía que, aunque no eran muchos, a él de mucho le sirvieron para descubrir gran parte de los secretos de la botánica y sus aplicaciones medicinales.

Manuel estaba fascinado con su aprendizaje, los tratados clásicos, de los que el maestro Elías tenía copias, le valieron para poder observar plantas que por aquellos lugares no se conocían. Él no podía leer los textos, que el maestro le explicaba, pero mirando los dibujos, los estudiaba una y otra vez hasta conocerlos a la perfección.

El maestro Elías le había hablado de los principales tratados que debería conocer, teniendo en cuenta que sólo podría encontrarlos en lugares donde la cultura tenía una presencia importante, universidades, monasterios y algunos libreros que podían tener alguna copia, pero esto solo sería posible si fueran de gran prestigio y posiblemente extranjeros. Además, otras dificultades entrañaba el acceso a estos tratados, estaban escritos en lenguas clásicas o a las que la cultura había florecido con mayor fuerza, tales como el árabe. Algo que cada día le repetía, incluso aquella misma tarde.

—Debes empezar a estudiar otras lenguas.

—¿Acaso es tarea fácil aprender bien castellano?

—Lo sé. Pero tienes que esforzarte.

—Lo intentaré, maestro Elías. Tampoco mi castellano es bueno.

—Hoy te hablaré de un tratado muy importante.

Manuel, mientras trabajaba, estaba pendiente de cuanto le refería. Por ello, para Elías era una satisfacción explicarle cualquier tema.

—Dioscórides fue un gran estudioso en la materia. Escribió un tratado que debes conocer. “De Materia Medica”, en él se habla de muchos remedios hechos a base de plantas y cómo aplicarlos en el cuidado de distintas enfermedades.

—Vaya, me gustaría mucho poder estudiarlo, maestro.

—Lo harás, sin duda, fue redactado en el siglo I en lengua griega y ha sido difundido en los grandes centros del saber. Los monasterios y otros lugares de conocimiento lo han custodiado.

—¿Y nadie volvió a escribir más sobre el asunto?

—Sin lugar a duda, otros tratados más modernos, como el Circa Instans, fue escrito por Mateo Platearius, de gran importancia al compilar cerca de quinientas plantas, su aplicación, localización y conservación, aunque sin duda tiene sus orígenes en el tratado de Dioscórides.

—Puede decirse que él lo amplió.

—Aún hay más, el Herbarius de Apuleyo Platónico. En fin... muchos.

Todas estas cosas hacían que a Manuel se le quedara pequeña la tienda de la señora Catalina, el laboratorio del maestro Elías y Salamanca misma, pues sus ansias de saber, ver y conocer todo

aquello que sirviera para completar su formación, eran tan fuertes que dejaban en un segundo plano la labor tan importante que hacían gentes como ellos, al llevar hasta los enfermos estos remedios, a mejorarlos y descubrir nuevas virtudes para paliar la penuria humana.

Soñaba con poder viajar y consultar aquellos tratados y libros donde encontraría todos los secretos que le fascinaban. Pero, aun así, sabía que tenía que aprender muchas cosas, quizá demasiadas.

Aquella mañana, como cualquier otra, Manuel se levantaba para afrontar un nuevo día y se lavaba torpemente en una barrica llena de agua en la misma habitación, que también servía de abrevadero para las bestias. Así, desnudo de cintura para arriba, sentía el frío del agua resbalándole por el torso. Apareció Nuño, restregándose los ojos, con el sueño aún enredado en sus pestañas.

—Hoy te has adelantado...

—¡Venga, perezoso! Ven a lavarte...

Manuel empezó a mojar al muchacho que, con el calor de la cama, notaba el agua sobre su cuerpo como cuchillos. Pero Manuel no dejó por eso de seguir echándose la por encima.

—¡Qué fría! Ya estoy bien limpio, ¡déjame!

—Vamos, quejica. Sécate y ve a terminar de vestirte.

Manuel había congeniado con el muchachito. Sólo necesitaba un poco de cariño y, era obvio que Catalina no se lo daba. María hablaba a veces con Nuño pero, su madre le impedía hacerlo y ella no lo comprendía, aunque la obedecía sin rechistar. Por ello, Nuño había encontrado en Manuel una suerte de hermano mayor que le hablaba con afecto y que también le regañaba si llegaba el caso. Por eso le respetaba.

Se dirigió al cuarto para vestirse después de limpiar el establo y en la puerta vio a la señora Catalina que le observaba. Sus miradas se cruzaron y él se apresuró a vestirse rápidamente para ir a trabajar.

—Buenos días, señora Catalina.

Algo violenta bajó la vista quitando importancia a su azoramiento. Trató de cambiar el tercio hablando.

—Tomemos algo antes de empezar la jornada.

La siguió hasta la cocina donde un gran fuego estaba preparado y había un perol cociendo sobre él. María removía unas gachas que había preparado Catalina y que ésta empezó a servir en unos cuencos de madera mientras María acercaba unas cucharas también de madera a la mesa. Nuño miró relamiéndose y acercándose al fuego para husmear en el perol.

—Buen despertador tienes, ¡eh! El olor de las gachas te hace salir del catre, ¡dormilón! Cuando termines tienes que ir a buscar ramas secas para encender el fuego y has de barrer la tienda y el patio, así que date prisa.

—Sí, mi señora Catalina. Vengan esas gachas...

Ahogando un suspiro de resignación, Catalina se dirigió a Manuel para darle las órdenes de la

jornada.

—Primero iremos al zoco, quiero que me ayudes con algunas compras y después habremos de colocar y seleccionar todas las hierbas que traigamos.

—Desde luego, señora Catalina.

—¿Puedo ir yo, madre?

—No, María...te quedarás con Nuño y buena tarea tienes en la cocina con preparar el almuerzo.

—¿Por qué no puedo ir nunca?

—Cuando tengas que ir por obligación, no querrás. Guárdate para entonces tus ganas.

María torció el gesto y bajó los ojos por lo que Catalina siguió hablando.

—Otra vez vendrás, hija.

—Prefieres ir con Manuel... ¿Es eso?

—Manuel me ayuda con las compras. No me seas caprichosa. Él es fuerte y trabaja para mí. Tú eres una señorita y tus tareas son otras.

—Pero tú vas a comprar.

—Algún día habrás de hacerlo tú también.

Compartieron las gachas y la conversación entre madre e hija siguió en el tono de queja de María y los consejos de Catalina hacia ella, que no quería entender, pero que sabía tenía que acatar.

Nuño repitió la ración y engulló las gachas con tal fruición que parecía que las sorbiese. Dándose por satisfecho, mientras se relamía, aunque mirando el perol a hurtadillas, pues sabía que a la señora Catalina no le gustaban los glotonos y era de esa catadura el que repetía más de una vez, según ella decía siempre. Se limpió con el revés de la mano y dio un salto al suelo desde el taburete en que estaba sentado. Con su cuenco en la mano fue a lavarlo en una suerte de palangana grande que estaba en el suelo para tal fin. La puso a escurrir en un poyo al lado de la chimenea y se dirigió hacia la puerta.

—Me voy al tajo.

No miró atrás, no dijo más y fue en busca de las ramas que le encargó su señora. María fue a buscar una camisola holgada para poner sobre la saya e ir a recoger las verduras para hacer el potaje que serviría de almuerzo.

Catalina y Manuel se fueron al mercado en la plaza, donde puestos, tiendas y voceadores ofrecían su carga en carros de mano o en mulos u otras bestias e incluso algunos la llevaban a sus espaldas. Todos querían vender sus mercaderías. Se observaban gentes de toda procedencia, muchos de fuera de la ciudad, otros musulmanes, judíos o gentes difíciles de reconocer por sus extrañas vestiduras. También estaban apostados en lugares estratégicos distintos hombres uniformados que no eran sino soldados que, vigilantes observaban el buen orden y a él podían llamar a los que intentasen perturbarlo.

No faltaban quienes no eran sino buscavidas, golfillos y también listillos que buscaban la

ocasión de aflojar alguna bolsa, fuera por el método que fuera. Otros tahúres, otros adivinos y no faltaban magos, charlatanes, barberos y otros que buscaban clientes. Los que vendían bebidas o comidas de manera ambulante también hacían su agosto y tenían montados sus puestos para repartir tortas, pasteles de carne, amén de jarras de cerveza o vino caliente.

Los buscavidas y pícaros merodeaban alrededor de los puestos a la espera de un descuido que permitiera llenar sus panzas o hacerse con alguna mercancía que pudieran vender de nuevo para sacarse algunas monedas, siempre a un precio muy distinto del que se ofertaba.

Caso aparte eran los descuideros que buscaban la ocasión de meter la mano en alguna alforja, canasta o costal para aligerar su carga, aprovechando el ensimismamiento de sus propietarios mientras hacían sus transacciones. También esperaban aflojar bolsas, apuñalarlas para hacer que perdieran su contenido o, cortar las guitas que las sujetaban para que cayeran limpiamente recogíéndolas al vuelo y escapando sin miramiento alguno.

Manuel ya estaba familiarizado con los mercaderes y también con algunos de los mercachifles que pululaban por la plaza. Conocía lo que ofrecían, los precios y también, el modo de conseguir los mejores. Había trabado amistad con algunos y otros, simplemente por simpatía, lo saludaban. Nadie le tenía por extranjero, todos le habían aceptado en el entorno de la ciudad. Así, cuando llegaba al mercado acompañado por la señora Catalina, le iban saludando abiertamente ofreciéndole algunos productos que podían interesarles.

—Hay que ver, eres más popular que yo que llevo aquí toda la vida.

—No creo que sea cierto, señora. Sólo trato de agradar.

—¿No serás un hipócrita?

—No... me gusta hablar con la gente.

—Eso es cierto. Podríamos sacar provecho de tu simpatía, ¿no te parece? Debieras decir a tus amigos que se compadezcan de una pobre viuda...

—Ya trato que me den buenos precios, señora Catalina. Pero, muchos de ellos, para vender deben ponerlos muy bajos, si no, no los venden.

—En fin, afina lo que puedas, tampoco para mí son tiempos buenos y tú lo sabes. Si a mí me va bien, a ti también, si no...

—Lo sé, señora Catalina.

—En ese caso, hemos de procurarlo. Bien, tenemos que comprar algunas cosas, necesito tela de saco, algunos torzales para mechas y tachuelas. Hemos de repasar algunos toneles.

—Creo que podrá proveernos de los textiles aquel hombre que veis enfrente, el del toldo pardo. Es leonés, pero tiene buenos géneros y a precio también bueno.

—¿Te hará algo de rebaja?

—Puedo intentarlo, pero será mejor que vaya solo.

—Pues ve. Iré mientras a mirar en el puesto de los afeites.

—¿Vais a dejar el luto?

—¿Eso es lo que crees?

—No sé...pienso que sois muy bella y...

—¿Y?

Manuel se sonrojó y sintió que le invadía una desazón. Buscando desesperadamente las palabras que no acudían, empezó a balbucir más que a otra cosa.

—No he querido ser grosero ni descortés, señora Catalina...

Catalina se sintió halagada, notó como la sangre fluía con mayor fuerza, palpitándole las sienas y el corazón se le desbocaba mientras estaban parados junto al puesto de los tejidos.

—No lo has sido. No estoy acostumbrada a cumplidos, ni tampoco a que los hombres se fijen en mí. Pero bueno... Al fin y al cabo tú eres solo un muchacho.

—Ya tengo edad de ser hombre, pues como hombre trabajo.

—En ese caso, guarda tus palabras para quien pueda escucharlas.

—¿Vos no podéis? Veo que parecéis sorda y también ciega. ¿O tal vez ya no recordáis vuestro rostro?

—No sé qué quieres decir. Pero da igual... hemos de hacer las compras... Ve pues... ¡Ah! y no creas que voy a ver los afeites, sino para ver los que vienen de muy lejos. Tal vez consiga alguna novedad que podamos fabricar.

—¡Qué buena idea! Me gustaría verlos a mí también. Pero...

—Pero... bueno. Ve a comprar los tejidos y recógeme en el puesto central.

Manuel fue raudo hacia el puesto para hacer los encargos y Catalina iba dando vueltas en su cabeza a aquellas palabras que habían cruzado dejando que su coquetería tomara cuerpo y se regalase el oído con la voz sincera y cándida de aquel muchacho extranjero.

Como una de tantas tardes, tal vez queriendo saborear sus últimos días en Portugal, Juana y Anabela habían salido a pasear y estaban en el recinto amurallado de la alcazaba, que era conocida por el nombre de Castelo dos Mouros. Lugar que habían construido los moros para defensa de la ciudad en tiempos de su dominación.

Se sentaron bajo unos árboles y estaban como siempre conversando y dejando volar su imaginación mucho más allá de aquellos muros. La tarde declinaba y fijaron la vista en el ocaso. El sol comenzaba a descender y pronto estaría oculto. La luz se fue tornando rojiza poco a poco y el cielo estaba despejado.

—Debemos regresar.

—Espera un poco más. ¿No es hermoso?

—Lo es. No más que otros días. Vamos.

—Está bien. Pareces el aya. Vayamos.

Ambas se levantaron y comenzaron el descenso. Un rozar en las ramas les turbó el ánimo y ambas apretaron el paso. Iban pegadas al muro por encontrarlo más seguro pero aquel rozar de

ramas no cesaba.

Se miraron por un instante y se tomaron de la mano. Siguieron andando a paso rápido. La luz declinaba por momentos. Si les sorprendía la oscuridad no podrían ver a su alrededor.

Descendían despacio. No se oía nada. La luz circundante era cada vez más escasa, de tal suerte que solo se adivinaban los contornos de las cosas. Sin soltar la mano de Juana, Anabela iba en cabeza y continuaron descendiendo. No se atrevían a hablar. Volvió a escucharse un ruido tras la maleza que les alertó, un sonido gutural y un crujir de ramas cada vez más intenso. No había duda, alguna alimaña estaba rondando por aquel lugar.

Casi sin poder verla pudo adivinar que Juana tenía el rostro demudado por el miedo. Tiró de ella y siguieron al paso, pero sin poder evitarlo, echaron a correr en alocada carrera gritando y dando grandes voces para intentar que alguien las oyese. Anabela pensó en la guardia, si escuchaban el alboroto no tardarían en acudir. Pero aún estaban muy lejos.

En su carrera sólo oían el trotar de las alimañas que las perseguían y no conseguían ver. De pronto Juana resbaló y cayó rodando por tierra, cuesta abajo. El miedo de Anabela devino en terror. Si le ocurría a Juana algo, sería como si le ocurriera a ella misma. Sin pensarlo dos veces corrió más rápido para ver qué le había sucedido.

Cuando vio el cuerpo de Juana tendido en el suelo, sin moverse, quedó petrificada. El rostro manchado por el polvo y de los rasguños que se había hecho en la caída manaba sangre. La incorporó y la ayudó a levantarse. Juana estaba conmocionada, pero podía tenerse en pie.

Le sacudió la tierra de las ropas y le miró el rostro para ver cómo estaban las heridas. Trató de calmarla.

—No te preocupes. Son apenas unos arañazos. ¿Estás bien?

—Sigamos. Vamos.

Anabela se dio cuenta de que Juana estaba asustada de verdad. Trataba de tranquilizarla cuando un gruñido hizo que se le helara la sangre. Sin tiempo para reaccionar, instintivamente se puso ante Juana y le habló tratando de moverse lo menos bruscamente posible.

—Sube al muro. ¡Vamos! ¡Sube!

Aupó a Juana que se encaramó a un saliente del recinto desde el que quedaría fuera del alcance de aquella fiera. El ataque era inminente. Se oía un trotar a la carrera y pronto aparecería el animal. Anabela rezó por que hubieran oído sus voces y buscó a tientas en el suelo algo con qué defenderse. Pronto apareció un terrible lobo cuyos ojos refulgían en la oscuridad.

A su espalda oyó como Juana ahogaba un grito y notó cómo le temblaba todo el cuerpo y el sudor le corría espalda abajo. Tanteó el suelo con los pies y se agachó lentamente para coger alguna piedra o algo que tirarle al animal que en silencio las estudiaba. Estaba midiendo sus posibilidades de lanzarse sobre ellas y conseguir su presa.

Un nuevo rugido y el ademán de echarse hacia atrás para coger impulso le alertó del ataque. El animal se les echaba encima.

En su carrera, previa al salto, sintió el impacto de una de las piedras que Anabela le estaba arrojando mientras se acercaba. Un aullido de dolor surcó el silencio de la noche. Anabela

temblaba como una hoja y oía a Juana sollozando detrás de ella. Notó a tientas un palo y alargando el brazo lo agarró y enarbolándolo amenazante le gritó con todas sus fuerzas al animal.

—¡Fuera!!

Al mismo tiempo soltó el palo contra la bestia y le acertó de lleno. Unas voces se oyeron en la lejanía. Anabela vio el cielo abierto. Podrían ayudarlas. Llamó desesperadamente.

—¡¡Aquí!! ¡¡Aquí!!

Las voces sonaban cada vez más cerca. Una pareja de soldados aparecieron al punto de ver cómo el animal saltaba sobre su presa. Al ver el resplandor cegador de las antorchas que portaban, el animal se distrajo y vino a dar con su cuerpo contra el muro quedando atontado. Los soldados se acercaron para reducirlo, pero el lobo consiguió escapar.

Ayudaron a la infanta Juana a bajar, viéndola herida como estaba y la llevaron en brazos. Anabela les siguió y apretaron el paso para llegar lo antes posible al castillo.

Cuando llegaron a la puerta principal, la alarma había corrido y el mismo rey Afonso estaba esperando allí con un grupo de hombres prestos para que salieran en apoyo de los guardias que habían acudido para investigar el bullicio que les alertó en su turno de guardia.

Afonso vio llegar a sus hombres y al ver a su hermana Juana maltrecha en aquel estado, no pudo disimular su enfado.

—¡Esto se ha terminado!

Anabela bajó la vista desolada y en aquel momento el llanto acudió por vez primera a sus ojos. Siguió al grupo que llevaba a Juana mientras oía al rey Afonso llamar a voces al físico de la corte. Se dirigió a su cuarto para asearse. Sin remedio la separarían de Juana.

Capítulo 16

Aquel día, cuando Manuel iba camino hacia la casa del maestro Elías, recordaba la charla que había tenido con la señora Catalina en el mercado y rememoró las conversaciones que mantenía allá en su tierra con la dama de doña Juana. Anabela seguía siendo la más hermosa y seguía estando presente en sus sueños, especialmente en aquellos en que se veía como un caballero que tras salvar a la dama en apuros, ésta solía recompensarlo con un tierno beso.

Los arrabales estaban cerca y pronto se encontraría entre las retortas, plantas y toneles con los que disfrutaba tanto. Mientras trabajaban en el laboratorio preparando los pedidos para la señora Catalina, el maestro le iba explicando cualidades de plantas y sus aplicaciones.

—Este es el Aconitum, utilizado para calmar el dolor y alivio de la tos, pero solo se puede tomar aplicado a la piel del paciente, nunca ingerido porque resulta mortal.

—Me llama la atención tal cosa. De un modo es bueno, pero también puede matar.

—Así es. Este es el Ajenjo o Artemisia, conocida por los griegos y llamada como la madre de todas las hierbas. Tiene muchas aplicaciones, se usa como tónico y para bajar las fiebres.

—De pequeño me lo dieron... este olor no lo olvidé. Yo estaba enfermo y gracias a ello sané.

—Mira, la llamada raíz de Santa María, en infusiones se toma para paliar los dolores de cabeza y reducir las fiebres.

—Vaya. Maestro, me pregunto cómo podré ser capaz de recordar todo.

—Se que lo harás. Con la práctica y el tiempo. Mira, el Gordolobo se usa para calmar la tos.

—Qué nombre tan raro.

—El Diente de León sirve para reducir inflamaciones y dolores de las mujeres. ¿Sabes a qué me refiero?

Manuel se sonrojó al oír aquellas palabras, pero atinó a contestar al maestro pues estaba con los cinco sentidos puestos en recordar aquellos nombres y los usos de aquellas plantas.

—Sé, maestro.

—La raíz del Matarique puede tomarse como infusión para mejorar algunas afecciones y en maceración alcohólica se aplica para tratar el reumatismo como tópico.

—Es sorprendente...

—Es sabiduría y estudio de muchos antes que nosotros.

El maestro veía el interés que ponía el muchacho en cuanto le decía y le admiraba el modo en que examinaba aquellas plantas.

—¿Sabes que el alcohol lo conocieron los árabes debido a su destilación del vino?

—No lo sabía.

—Sin embargo, desde el pasado siglo se ha hecho más popular su conocimiento y aplicación para diversos usos medicinales.

—¿Hay algo que no conozcáis, maestro?

—Como ya hemos hablado en muchas ocasiones, Manuel, todo está en los libros.

—Quisiera poder consultarlos, o mejor aún... leerlos y estudiarlos.

—¿Eso te gustaría, eh?

—Desde luego. ¿Cómo puedo hacerlo?

—Todo llegará. Primero debes familiarizarte con las cosas prácticas. Las personas somos como los libros, transmitimos el conocimiento a los demás. Creo que estás aprendiendo cosas...

—Sí, pero...

—Pero... ¿quieres más, no es eso?

—Sí. Necesito saber más cosas. Según voy aprendiendo, siento que tengo más necesidad de saber que antes.

—Entonces vas por buen camino. Trabaja y ten paciencia. Los libros escasean, pero conseguiremos llegar a ellos. Yo te ayudaré.

—Es fácil decir eso...

—¿Estás poco ocupado?

—No, no es eso... Pero estoy seguro de que sacaré tiempo de donde fuera para estudiar.

—Lo sé, muchacho, y así lo tendrás que hacer.

—Entonces tendré que seguir esperando.

—Tú llegarás. Ahora deja de pensar eso y sigamos.

—Tenemos que preparar emplasto para las llagas...

—No me lo encargó tu señora.

—Lo sé, fue un mandado de última hora.

—Parece que las faenas del campo, están siendo duras.

—Según me dice la señora Catalina, los ganados están teniendo problemas de úlceras en su piel.

—¿Por algún motivo?

—No dicen nada los ganaderos, pero cualquier roce con los arcos o cualquier rasguño, se convierte por días en una úlcera que va creciendo.

—Y no hay razón alguna.

—Lo que hay es temor, los campesinos comienzan a sufrir las úlceras.

—Por el contacto con las bestias...

—No se sabe. Pero animales y gentes sufren los mismos padecimientos.

—No sé por qué no me ha llegado ningún caso antes...

—Trabajáis demasiado, maestro Elías.

—Me gustaría saber más del asunto. Si vuestra señora Catalina sabe algo debiera decírmelo.

—Ella tampoco sabe, maestro.

—¿Crees que si pudieras ver las heridas sabrías decir a qué se debe su origen?

—No lo sé. No sé si sería capaz...

Elías permanecía pensativo mientras escuchaba como Manuel seguía trajinando preparando los remedios y machacando plantas, respetando su silencio.

—Estoy pensando que podríamos ir a recorrer las granjas cercanas tú y yo, salvo que nos quiera acompañar tu señora Catalina. Así podremos ver de cerca esas úlceras.

—¿Me llevaréis, maestro Elías?

—Sí, muchacho. Te vendrá bien una lección práctica. Aunque puede que también aprendas que no todo se puede curar.

—En ese caso me demostrará que no todo lo que se aprende sirve.

—No, te enseñaré a aprender que el hombre es tan sólo eso. Puede ayudar, pero no tiene ningún poder especial, salvo su trabajo y su conocimiento y, eso sí que es importante.

—Gracias, maestro. No sé si la señora Catalina creará que es buena la idea. Tal vez piense que haría mejor en quedarme en la tienda.

—Yo le explicaré a tu señora por qué quiero que vengas conmigo. Ahora, vete Manuel, se hace tarde.

—Os ayudaré a recoger todo esto.

—Deja, mañana hemos de continuar. Bajaremos del secadero algunas plantas y prepararemos otros remedios para úlceras distintos. Así que, déjalo estar. Como mañana es día de mercado, nos veremos allí y aprovecharé para hablar con tu señora.

—Como gustéis, maestro.

—Ve pues, hijo.

—Hasta mañana.

Salió y entornó la puerta con cuidado. Conocedor del camino se dirigió hacia la salida y se encontró por el pasillo a la hija mediana del maestro. Le sonrió y salió corriendo apresuradamente con el rostro encendido.

Manuel no comprendía por qué siempre hacía lo mismo, a él le caía bien y le gustaría poder cruzar alguna palabra con ella, pero, al parecer, ella no pensaba así y siempre salía corriendo. Con cierta pesadumbre se dirigió a la puerta de entrada y la abrió despacio, la tarde declinaba lentamente y, atravesando el umbral se sumergió en ella camino a la tienda de la señora Catalina.

Como cada mañana al empezar el día, Catalina preparaba las faenas de cada uno antes de iniciar la jornada y entretanto le volvió a las mientes algo que le llevaba rondando desde que Manuel había quedado a su cargo, como alumno para que pudiera hacer su formación.

Sabía que conocía el oficio de cerero pues habían hablado de ello en varias ocasiones y pensó que sería un buen momento para abrir otra vía de hacer dineros vendiendo velas, hasta su hija se lo había mentado. Por ley, también los boticarios podían hacer y despachar velas, por ello, si no suponía mucho esfuerzo y nada costaba, tenían que ponerse manos a la obra y llevarlo a cabo presto. Cuando se topó con él le hizo una seña para que se acercara.

—Pensando anoche...creo que podríamos hacer velas. ¿Estarías dispuesto?

—Yo sé hacer velas de sebo, que son las de uso corriente. Pero también puedo hacerlas de cera. En Portugal las hacía para las iglesias y también para el castillo real.

—Eso nos vendrá bien. ¿Cómo las haces?

—Pues con molde si los tenéis. Si no, también puedo hacerlo solo con los pabilos y la propia cera.

—Pues no tengo moldes. Pero creo que hay por ahí una cuna de velas de mi marido.

—La arreglaré.

Manuel se alegró al oírlo pues la cuna de velas era una especie de balde donde se sumergían las velas suspendidas de un soporte enrejillado con un asa para poder ir fraguándolas y darles forma.

—Estupendo. Nos vendrá bien algún dinero más.

—También puedo hacer moldes, si queréis.

—Creo que no sé de dónde sacarás tiempo, ni yo los dineros, pero lo haremos.

—Dejadlo de mi cuenta. Procuraré ir preparando las cosas.

—Podrías enseñar a Nuño. Igual aprende a hacer algo útil.

—Me parece bien. Así podrá ayudarme. Voy a enseñarle a preparar velas corrientes y también finas para los castillos y las iglesias.

—Buena idea.

—¿Tenéis buenas relaciones con la Iglesia?

—Mejores las podría tener. Pero, así me va.

—Pues si queréis venderles velas...

Manuel quedó pensativo y le interrogó con los ojos sin atreverse a hacerlo con las palabras.

—Tengo contactos, pero...

—Entonces... ¿Por qué no tirar de ellos?

—Quizá lo haga. Todo sea por el negocio. Conozco al ama del arzobispo de Toledo, nada menos.

—En ese caso, voy a aplicarme a prepararlo todo. Igual no doy abasto.

—Eso sería menester.

Como era día de mercado, acordaron salir temprano para comprar la materia prima para empezar la fabricación de las velas, mientras los zagales quedaron en la botica con los encargos diarios y la tarea de limpiar la cuna de velas para que estuviera dispuesta.

Catalina no estaba acostumbrada a comprar tales cosas y no quería reconocerlo abiertamente ante Manuel. Cuando llegaron al puesto, buscó la manera de evitarlo y dio las órdenes de cómo hacerlas él mismo viendo la cantidad de cosas que allí había.

—Compra una bola de sebo de...

—De las de arroba y media, ¿no?

—Claro... y también pabilos. No los veo...

Manuel señaló hacia el lugar donde estaban las arpilleras apiladas en las que se cosían los pabilos por series de docenas, pudiendo comprarlas según la necesidad.

—¿Cuántas compramos?

—Pues no sé... ¿Cuántas para ese sebo?

—No hace falta comprar todos los pabilos ahora, además deberíamos comprar algo de cera...

—Tienes razón. Bueno, pues compraremos unas cuantas docenas.

Sabía que no podía engañarla pues los precios estaban fijados por la propia ciudad y también por el gremio pero todavía recelaba en algunos aspectos de la actitud de Manuel a pesar de todo. Por eso se sorprendió cuando le advirtió para que no la engañaran.

—Antes de pagar, hemos de mirar los sellos.

—¿Sellos?

Manuel abrió un poco los ojos extrañado de que a Catalina se le pasara por alto algo tan importante. No había materia prima que se vendiera que no fuera supervisada por el gremio correspondiente. Para ello, los veedores la examinaban y comprobaban su calidad y su peso antes de ponerla en el mercado. Una vez comprobadas les ponían un sello y quedaban marcadas a modo de garantía.

Antes de responder de nuevo, Catalina cayó en la cuenta de que Manuel se refería a los que ponían los encargados de visar las mercancías.

—¡Claro! Mira... mira tú que estén puestos.

Se dio cuenta de que actuaba como conocedor del oficio y también de que trataba de cumplir con los preceptos legales del comercio. Ella había pasado por alto explicarle tales cuestiones, teniendo en cuenta que era extranjero y no conocería como se hacían las cosas en Castilla.

—Aquí está todo.

Manuel le entregó los testimonios de visura y reconocimiento y las monedas sobrantes después del pago de la compra.

—Muy bien. Compremos algo de cera.

Caminando entre los tenderetes dieron con el que buscaban. Catalina recordaba haber visto a

su marido trabajar con las velas en los primeros tiempos de su matrimonio, cosa que dejó al enfermar y ella solo se ocupó desde entonces de las tareas de la botica.

—¿Os encontráis bien?

Catalina pensativa se sorprendió de que el joven se diera cuenta de su mudanza de ánimo.

—Es solo que... los recuerdos que me trae todo esto no son muy agradables.

—Lo siento. Yo...

—Tú no tienes la culpa. A ver... ¿aquella?

Manuel miraba el género del puesto con atención antes de preguntarle a Catalina.

—¿Cuál compramos? Ya sabéis que varía su precio y mucho.

—Pues tú dirás.

—¿La compramos en pan, o en grumos?

—No sé...

—También la hay labrada...

—La que creas más adecuada.

—¿Conocéis alguien que pueda solanarla?

—¿Pueda hacer qué?

—Que la podemos comprar amarilla y mandarla luego blanquear. Es cuestión de precios.

—Mira esto lo vas a decidir tú, porque las velas habremos de venderlas. Si te equivocas y no se venden por caras o porque no sean buenas, me traerá una multa. Pero habrás de ser tú quien la pague. Así que piénsalo bien.

Diciendo esto le entregó su bolsa y se quedó con los brazos cruzados mirando desafiante su cara, aunque él no se arredró y confiando en sus conocimientos compró un par de panes de cera y una libra de grumos de cera.

Todo fue ordenado junto a la bola de sebo y los pabilos que ya estaban en el carrillo que llevaba Manuel para portar las mercancías. Cuatro tablas, como decía Catalina, que él había ensamblado sobre cuatro discos de madera ensartados en ejes, con un listón grueso de guía, atado con una guita de cáñamo trenzada que sobresalía en uno de los laterales.

El camino de vuelta hasta la botica estuvo cuajado de proyectos y de esperanza en el contenido de aquel carrillo, que si las manos de Manuel conseguían moldear, aportarían ganancia a Catalina y su familia.

En las jornadas siguientes, Manuel se estuvo dedicando a instruir a Nuño en el arte más general de la manufactura de las velas. Primero aprendió a preparar los pabilos, trenzando los cabos de cáñamo, enseñándole el modo de torcerlos para que tuvieran la consistencia adecuada y quemaran bien y como ir cubriéndolos de cera para prepararlos y poder empezar a trabajar.

Habían habilitado un cuarto en la trastienda para disponer todo lo necesario para llevar a cabo el proceso. Estuvo Manuel los primeros días trabajando en hacer un molde para las velas. Nuño le

ayudó y aprendió así como se hacía. No fue tarea fácil, pero tallando en los ratos libres, consiguió en pocos días tenerlo terminado.

—Nuño, ya está bien. No lo pulas más.

El muchacho le iba dando las tablillas que compondrían el trazado de los moldes consistente en un cajón hueco que contenía los senos de forma que en ellos se pudieran fraguar las velas. Nuño se reía pues más le parecía una jaulilla para aves que otra cosa y siempre bromeaba con ello.

—Aquí tienes otra.

—Busca un tablón fino. Iremos poniendo las piezas encima.

—¡Presto!

Preparar un baño de velas fue algo más sencillo. Dispusieron un par de barricas que contendrían la cera y el sebo caliente. En un balde, agua fría para enfriarlas. Después hicieron la trabazón para el baño de velas, en forma de enrejado sencillo perpendicular, con un asa para poder manejarlo, donde se suspenderían los cabos con la vela en ciernes. Así lo irían metiendo en el “baño”, es decir, en la barrica y lo irían sacando y volviendo a introducir, hasta conseguir el grosor deseado.

—Hay que repasar las barricas. La señora Catalina no puede mandar hacer otras nuevas.

—Pues vamos a ello.

A lo largo de varias jornadas Manuel estuvo enseñando a Nuño como fundir el sebo y batirlo, como engarzar el cabo para que quede centrado y sobre todo cómo ir fraguando la forma de la vela que, dependiendo de la forma y de que fuera más o menos gruesa, había de ir moviéndose invirtiendo su sentido de punta a cabo para que la base o la cabeza de la vela fueran las que destacaran en volumen.

—¡Ahh!

—¿Otra vez, Nuño? Mete la mano en el balde de agua fría. ¡Ya!

—¿Por qué no dijiste que los chorreones también queman?

—¿No viste nunca velas?

—¡Claro! Pero no las toqué.

La forma y volumen de las velas se tenía especialmente en cuenta para las más caras, las de cera, las que se empleaban especialmente en las iglesias.

Manuel enseñó a Nuño, no solo como recolectar la cera de los panales evitando que las abejas le picasen, sino también a cómo fundirla y trabajarla. Terminaron por hacer ambos un soporte para colgar las velas y dejarlas enfriar en los baños para escurrirse de forma regular en los soportes. Era una lámina de hierro forjado, semejante a un aro regular, como los de los toneles, pero más grueso. Como un bastidor de lámpara para las velas de techo en los castillos, con unos soportes donde engarzar las velas por sus cabos y poder así manipularlas libremente suspendidas para que quedaran derechas y sin imperfecciones.

Los primeros días, por sus aspavientos, se llevó Nuño algún aguijonazo, pero más le valía hacer caso de los consejos de Manuel para estar quieto al manipular en los panales.

—¡Como un muerto! No me moveré.

—¡Ja, ja, ja, ja!

Aquellas enseñanzas fueron bien aprovechadas por Nuño quien, a pesar de tener que lidiar con algunos contratiempos propios de los principiantes, gustaba mucho de meterse en faena y trabajaba a veces en preparar todas las cosas para la jornada siguiente, dejando el cuarto recogido y limpio, pues Manuel había insistido tantas veces en ello para que la pureza de las velas fuera siempre intachable, que le hacía empeñarse en ello para asombro de Catalina que se daba cuenta que desde que Manuel le dirigía, entre ambos daban buen rendimiento a la jornada.

—Ahora habréis de venderlas, así que con cada recado que llevemos, bien habréis de decir que tenemos velas. Las de sebo, bien baratas, para que la gente las compre. De las otras iremos probando...

—Mañana os diré el precio. He de pensarlo bien sabiendo lo que valen en el mercado.

Estaba el rey Juan en su gabinete con los hombres del Consejo y el príncipe Enrique también estaba presente cuando un paje pidió permiso y le entregó un recado al rey. Como ya habían terminado de despachar asuntos, solo estaban esperando que el rey los despidiera para volver a sus quehaceres cotidianos.

Juan abrió el rollo y leyó el breve escrito. Enrique notó al punto como le mudaba el rostro a su padre que, de pronto pareció más de cera que de carne humana.

—¿Qué tenéis, padre?

El rey no respondía y algunos de los presentes comenzaron a inquietarse. Juan se puso en pie y con un ademán señaló la puerta.

—Señores, esto ha terminado. Idos.

Enrique fue el único que se quedó sentado como estaba y le volvió a preguntar cuando terminaron de salir todos.

—¿Qué ocurre? Hablad, ahora.

—Álvaro de Luna morirá sin remedio...

Pronunció aquellas palabras como si no quisiera hacerlo. Como si al no decir tal, las cosas pudieran mudar a su conveniencia.

—Pues os habéis quitado una piedra del camino...

—¿Cómo puedes hablar así? ¡Tú también! Creo que es en lo único en que habéis estado de acuerdo alguna vez tú y tu madrastra.

Enrique hizo como que no oía aquel comentario que le hacía partícipe de los deseos de Isabel, la segunda esposa de su padre.

—¿No opinas lo mismo?

Juan se levantó sin mirarle y tomando el rollo que había dejado sobre la mesa, salió de la estancia. Enrique quedó en ella solo y sentado como estaba. Con parsimonia se sirvió una copa

del vino que habían estado compartiendo. Dio un sorbo y luego levantó su copa. La vació de un trago y volvió a llenarla antes de salir.

Cuando llegó al gabinete de la reina Isabel, entró sin contemplaciones y echó a las damas del cuarto, advirtiéndole que entre ellas no estaba Juana Pimentel, la esposa de Álvaro de Luna.

—Puedes estar satisfecha, mujer.

La reina ante tanto alboroto, no pudo por menos de levantarse y habló a su marido inclinada como estaba ante un bastidor vacío. A los pies una canasta con ovillos de colores. Todo preparado para la labor.

—Esposo. ¿Qué tienes?

Desde que había quedado embarazada, un buen día pidió los enseres de bordar y hacía un paño, no le gustaba y empezaba otro. Las damas le ayudaban y terminaban aquellos que ella desechaba. Cuando montaba en cólera, todas recogían ovillos y bastidores y sabían que habrían de guardarlos hasta que los pidiera de nuevo.

—¿Y tú me lo preguntas?

El rey blandió ante sus ojos el rollo donde le habían llegado las tristes noticias del desenlace de aquella conjura que se había cernido sobre Álvaro de Luna.

—¿Qué dice ese rollo?

—Todo se me ha ido de las manos... Tú me obligaste. ¡¡Tú!! Con tus...celos y tus sospechas. Por tu culpa va a morir un hombre.

La reina Isabel se lo quedó mirando de forma inexpresiva, que más bien pareció no diera en entender aquello que su marido la estaba explicando.

—¿De quién habláis, señor?

—De Álvaro. ¿De quién si no?

—¡Álvaro! ¡Álvaro! Siempre Álvaro. ¿Por qué tiene que morir?

—Porque te empeñaste en prevenirme contra él y tuvimos que hacer acusaciones. Algunos de los hombres del consejo eran partidarios. Otros, prefirieron callar y él va a cargar con todas las culpas.

—Yo no quería que muriera.

—¿Entonces?

—Esposo, eres el rey. Deshaz lo que mal hecho consideres.

—Nada puedo hacer ya. La orden está firmada y eso no es fácil.

—¡Exígelo!

La reina se puso en pie y arrojó el bastidor al suelo propinando una patada al canasto que hizo rodar los ovillos por el piso.

—¿Dónde está la Pimentel?

—Orando. Me dijo que tenía mucho por lo que rogar a Dios.

—No lo dijo en vano.

—¿No vas a hacer nada para evitar su muerte, Juan?

El rey bajó los ojos mientras deambulaba por la habitación dando vueltas en la cabeza a todo lo que se había precipitado y las duras consecuencias que tendría la muerte de su mayor hombre de confianza, Álvaro de Luna.

—Esto se me ha ido de las manos y ha sido tu culpa. Ya no hay vuelta atrás. ¡Maldita sea la hora en que te escuché, mujer!

—Y maldita la hora en que me obligaste a tener que decirte lo que tenías que hacer.

La reina rompió a llorar y se fue corriendo hacia el rey parándose contra su pecho y golpeándole mientras gritaba.

—¡No tenía que morir! ¡Lo has matado tú! ¡Tú y solo tú!

—¿He de asumir yo la culpa, mujer? ¡Esta muerte ha de caer también sobre tu conciencia!

La reina Isabel seguía llorando y golpeando al rey en el pecho mientras gritaba.

—¡¡¡No!!! ¡¡¡No!!! ¡¡¡No!!!

Juan, con los brazos laxos a ambos lados de su cuerpo, aguantaba los golpes que le estaba dando la reina. Nada podía hacer. Sabía que habría de soportar golpes más duros.

Capítulo 17

Las granjas se dibujaban en el horizonte como una serie de elevaciones irregulares que se perdían entre el cielo y la tierra. El humo, el polvo del heno y de algunos cereales, incluso el pisar de las bestias que iban y venían a la orden de sus amos, contribuían a conseguir el difuminado del conjunto.

La carreta iba lentamente baqueteando por el sendero y los pasajeros se movían al mismo compás. Se detuvieron junto a una de las granjas al azar para intentar averiguar algo sobre las molestas llagas que estaban comenzando a hacer mella entre los animales y que empezaban a ser frecuentes entre los humanos. Manuel saltó el primero y ayudó a la señora Catalina. Después se acercó al maestro Elías y le tendió la mano para ayudarlo a descender.

A pesar de haber protestado como nadie, Nuño no había conseguido que le dejaran ir en aquel corto viaje, pues le dijeron que debía proteger a María y estar pendiente de la tienda por si había algún encargo. El muchacho se quedó triste y en un rincón de la tienda refunfuñando mientras María lo observaba con ojos protectores. Era una hora muy temprana y aún no habían desayunado, fue hacia la cocina para preparar algo para ambos, pues los demás habían llevado un tentempié para tomarlo en el campo. Para ella Nuño era un medio hermano que probablemente no tendría nunca, pues su madre, viuda como estaba, seguramente no volvería a parir. Al menos estaban solos y podrían pasar el día tranquilos y hablar sin tener que sufrir alguna reprimenda por ello.

—Vamos, Nuñico, ven a desayunar que luego recogeremos la tienda. Hay que ordenar y barrerlo todo.

Nuño, muy despacio comenzó a caminar en dirección a la cocina, pero con el hocico fruncido y los ojos mirando al suelo. Miraba a hurtadillas a María, pues sabía que ella le echaba cuenta y él lo necesitaba, nadie le prodigaba atenciones como ella.

Se sentaron ambos a la mesa y María sirvió los cuencos vertiendo el contenido de una jarra de barro que humeaba. Partió un pedazo de pan y lo tendió al muchacho, que comenzó a desmenuzarlo en el cuenco, mojando a veces un trozo y llevándolo a la boca con fruición. El estómago recibía cálidamente el alimento e iba colmando de satisfacción el cuerpo y la mente de Nuño que, ya apenas recordaba su exclusión de aquella escapada a la rutina diaria.

Mientras, en el campo seguían su curso las indagaciones, aunque poco pudieron sacar en claro de lo que los aldeanos iban confiando a los visitantes. Habían revisado a algunos animales que parecían aquejados de una especie de plaga de llagas que no tenía precedentes en aquella región. Algunos de los granjeros presentaban llagas en sus manos y brazos, pero no en el resto del cuerpo. Manuel había estado observando a los animales, los examinó y también los lugares donde dormían, caballerizas, corrales y patios, mientras Elías hablaba con los granjeros.

Manuel se dirigió al riachuelo para lavarse, tal como le había dicho el maestro, mientras Catalina recogió algunas muestras en tarros que estaba subiendo a la carreta para que pudiera estudiarlos el maestro.

Manuel se había manchado de barro por todos lados y finalmente tuvo que desvestirse y sumergirse en el remanso que hacía el río en aquellos parajes, dejando su ropa junto a unos arbustos que crecían en la orilla. El agua calmaba su piel y le comunicaba bienestar refrescando

su cuerpo y también su mente. No era lo mismo lavarse en las traseras del patio que en la corriente natural del río, ajeno a los ojos que lo miraban desde lejos y, adivinaban los contornos de su piel; se movía plácidamente y chapoteaba en el agua.

Catalina seguía sus movimientos y se complacía con aquella visión, aunque desde detrás de la carreta apenas podía distinguir casi nada, lo cual le hacía sentirse algo culpable y, a la vez, lamentarse de su posición. Tras dar vueltas a la cabeza se decidió y cogiendo algo entre sus manos, se dirigió hacia el río, aunque alejada de aquel punto, un lugar desde el que podría tener una mejor visión del muchacho teniendo una excusa que pudiera justificar su presencia en el río.

Puso un pequeño balde al lado y cogió agua en él, seguidamente comenzó a mojar unos trapos que llevaba dentro del balde. Primero los refregaba en la orilla y los frotaba con unos gujarros.

Estratégicamente Catalina se puso en un recodo que dejaba al descubierto el remanso donde Manuel se bañaba y miraba embobada la imagen.

—¡Qué joven es! —pensó— No es más que un chaval. Es un niño y está disfrutando como tal. No se le puede pedir otra cosa...

Mientras, Manuel había salido del agua y estaba mirando al río de espaldas a la orilla mientras se secaba. Catalina lo seguía mirando y veía lo bien formado que estaba para su edad, pero aun así, sólo podía verlo como a un chiquillo. Llevaba ya mucho tiempo sola y, aunque tenía planes, especialmente desde el último año que Manuel llevaba entre ellos, se sentía inquieta. Los cumplidos y arrumacos que solapadamente la hacía aquel mercader al que apenas veía y al que pensaba desposar, no le bastaban, pero solía regalarle los oídos, aunque no era bastante para ella.

Iba a casarse porque tenía que darle a su hija la protección de un padrastro, una dote y un prestigio que en este momento no tenía. Para ello debía sacrificarse... Pero no le importaba, también había conocido la felicidad con su esposo, quien supo siempre amarla y hacerla sentir como a una reina en su hogar...

Pedro Ayuso, su pretendiente, tenía tres hijos mayores de un matrimonio anterior del que había enviudado, como ella. Dos varones y una hembra que estaban aún solteros. Los hijos seguían el oficio del padre y la hija hacía de ama de la casa para el arzobispo de Toledo. No se le conoció ningún mozo que la pretendiera a pesar de tener ya una edad para haber estado casada. No porque no fuera bien parecida, sino por las pocas oportunidades que tenían las mozas honradas de conocer a otros mozos, no siendo en las ferias, el mercado o las romerías. No habían querido recurrir a las casamenteras, por ser mujeres de malas artes y de poco fiar. Ella estaba dedicada al servicio del señor obispo regentando su casa.

Desde que supo que Pedro Ayuso estaba interesado por ella, algo que sucedió hacía algo más de dos años, un par de meses antes de que Manuel llegase a Salamanca; le dio carrete sin perder la esperanza de encontrar algún candidato mejor, pues consideraba que le llevaba mucha edad, pero eso era algo bueno en un hombre, pues era garantía de que tuviera el porvenir resuelto.

Debido a sus negocios de comerciante, se ausentaba por largas temporadas de Salamanca, lo cual, a ella le venía como anillo al dedo, pues más le gustaban los halagos que recibía puntualmente y tenerlo encandilado, a la espera de mejores expectativas. Por otro lado, no debían aparentar en público ninguna muestra de afecto fuera de lo corriente, dado a que habían de guardar las apariencias del luto.

No obstante, sabía que no era del agrado de los hijos que su padre la pretendiera, tenían sin duda por la herencia familiar, pero ella no hacía caso y pensaba en sí misma y en su hija María. Conseguiría por encima de todo que su hija hiciera una buena boda y que ella pudiera vivir tranquila el resto de sus días, sin miedo a la pobreza.

Tendría que olvidarse del amor para siempre, quizá... Un pensamiento malévolo cruzó su mente y una sensación de cosquilleo y de calor se situó en su bajo vientre, lo que la hizo estremecerse.

Manuel, ajeno a todo lo que pasaba por su cabeza y, sin haberla visto, se dio la vuelta para ir a buscar sus ropas, disfrutando de la naturaleza y, fue entonces cuando se cruzaron sus miradas.

Sin poder evitarlo, Catalina dirigió su mirada hacia aquel cuerpo desnudo y sintió que le flojeaban las piernas. Se dio cuenta de que Manuel no era tan niño como ella pensaba.

Al verse observado, Manuel primero permaneció impávido y luego se agachó a recoger sus ropas volviéndose para vestirse rápidamente.

Catalina volcó el balde y dejó que los trapos se los llevara el río, volviendo rápidamente hacia la carreta, tropezando con los guijarros y sintiendo que los pies volaban más que pisaban el suelo, sin dejar de pensar en aquel cuerpo joven que la había descubierto a la orilla del río.

—Creía que estabais recogiendo algunas plantas, Catalina.

—No... fui a lavar unos trapos...

—¿Aún no volvió Manuel?

—No lo he visto...

—Por allí viene... Debemos irnos, quiero examinar estas muestras, quizá podamos descubrir el origen de este molesto mal que tiene inquietas a estas gentes.

—Cuando queráis, partiremos...

—Está bien, pero creo que deberíamos tomar ese pequeño almuerzo que trajisteis. Si no llegaremos a deshora y hasta la cena, mi estómago se resentirá.

Manuel había llegado hasta donde se encontraban y se acercó a la carreta para comprobar que todo estaba cargado y revisar a las bestias de tiro para la vuelta.

—¿No crees que nos haría bien comer algo, muchacho?

—Sí, maestro... Después del baño, mi estómago se ha resentido y no ha olvidado el desayuno.

—Pues no se hable más. Catalina, venid y sentaros sobre esta manta.

Mientras hablaba había tendido una manta sobre la hierba y ayudaba a Catalina a sentarse.

—Manuel, trae las viandas y siéntate con nosotros.

Evitando los ojos de Catalina, Manuel llevaba en sus brazos una canasta que puso a un lado de la manta y se sentó sobre sus rodillas.

Catalina comenzó a sacar las vituallas y repartió pan y queso a los hombres que empezaron a comer con fruición. Sacó un pequeño pellejo de vino y lo pasó para que se sirvieran sacando

algunas cosas más que había dentro de la cesta.

—Manuel, ¿por qué no traes un poco de agua para beber? He visto que el agua del río está muy fresca.

Se levantó sosteniendo su mirada y recogió un balde para dirigirse al río, mientras daba un último bocado al pan con miel. Caminó la corta distancia sabiendo que ella lo estaría mirando y él mismo en sus adentros supo que las cosas entre ambos no serían iguales. Algo había cambiado.

El camino de vuelta no hizo más que confirmar sus temores al volverse a encontrar con la mirada de la señora Catalina. El temor y el desasosiego comenzaron a anidar en su corazón. El maestro Elías y su señora Catalina iban conversando de cosas triviales y ninguno volvió a hablar del asunto de las llagas. El tampoco pensó en ellas más por lo que se sorprendió cuando llegaron, de las indicaciones que le dio el maestro Elías.

—Cuando vengas esta tarde Manuel examinaremos las muestras. Tenemos mucho que estudiar.

—Como digáis, maestro.

—Espero que hoy no le retengáis por mucho rato, señor Elías, necesito a Manuel en casa. Hemos de preparar la tienda para encalar.

—En ese caso, si queréis puedo hacerlo yo sólo.

—No, sólo digo que no lo retengáis mucho rato. Conque venga pronto a cenar tendremos tiempo para preparar todo.

—Descuidad, señora. Creo que tenemos un interesante caso que estudiar y al que debemos poner remedio. Han muerto ya algunos animales a causa de las heridas y los granjeros aseguran que no han visto roedores que los hayan mordido. Además, las heridas no son grandes como para que hayan sido producidas por otros animales salvajes.

—Seguro que daréis con ello, maestro Elías. Ahora, debemos ponernos en marcha, la mañana se acaba y seguro que Nuño todavía no habrá terminado de limpiar.

Diciendo esto, Catalina bajó del carro y se dirigió hacia la entrada. Manuel, ya en tierra se volvió para despedir al maestro Elías que ya arrancaba para encaminarse a su casa mientras iba pensando en sus asuntos.

Manuel volvió la mirada hacia la calle y entró. Catalina ya había llegado a la cocina y entró en el patio buscando a su hija y a Nuño.

—¡María!

Esperó un momento en silencio pero no obtuvo respuesta.

—¡María!

El silencio fue el único eco que le volvió a sus oídos. Ya más enfadada volvió a llamar.

—¡Nuño!

El chico salió corriendo y atravesó el patio en dirección a la voz de su señora.

—¿Por qué no me contestas?

—Vengo sin aliento señora. Estoy en el granero y he bajado un saco de trigo que me pidió la señorita María. Pero, ella se empeñó en subir detrás de mí. Yo no pude verla, pues le había dicho que me esperara abajo y se... se ha caído...

—¿Pero qué dices, truhan? Como le haya pasado algo, te mato.

Salió corriendo hacia el granero y mientras corría gritó —¡María!

Manuel la siguió temblorosas las piernas y llevaba de un brazo en volandas a Nuño.

—¿Qué has hecho?

—Nada, lo juro.

Llegaron al granero y vio a María que estaba tendida en el suelo sin sentido, inerte. Catalina corrió a su lado y apenas atinaba a retirarle los cabellos del rostro y a incorporar su cabeza, mientras sollozaba.

—¡Hija! ¡Dios mío!

Catalina le dio dos guantadas en la cara a la muchacha para que reaccionara. Sin moverse, su cabeza caída hacia atrás, mientras su madre la sujetaba en los brazos, conmovió a Manuel.

—¿Qué ha pasado, Nuño?

Manuel le inquiría con la mirada mientras preguntaba. El temor de que le hubiera ocurrido algo a María podía ser fatal. Sin pensarlo, salió corriendo hacia la tienda.

—¿Estará muerta?

Catalina había lanzado al aire aquellas palabras y todos se vieron sumidos en el temor de su pérdida.

La partida de caza empezó temprano. El príncipe Enrique seguido de varios hombres de armas como escolta y de unos cuantos incondicionales, consejeros y maestros. Por otro lado iban los halconeros y los mozos encargados de las jaurías y de los aparejos, arcos y cuchillos de caza.

Como una nubecilla rodeaba al príncipe Enrique un grupo de seis mozos que, complacientes reían sus ocurrencias y pugnaban por intervenir en la conversación para destacar del resto. Los continos eran esos muchachos que buscaban un lugar en la corte procurando conseguir así una posición que por sangre no les pertenecía. Habían de tener como cualidades buena ocurrencia, seso despierto y donosura, cosa sin la cual, no eran admitidos de buen grado.

Todo estaba dispuesto para que comenzaran a cobrar piezas los más cercanos al príncipe y él mismo. Los halconeros portaban a las aves con las caperuzas puestas cubriendo su visión, aunque estaban alerta. Los perros iban azuzados por los mozos, tanto los perseguidores como los que cobraban las piezas.

Enrique emocionado daba órdenes innecesarias ya que cada cual sabía muy bien qué había de hacer.

—Preparad el ciervo.

Aquella orden hizo que todo se dispusiera de inmediato. Entre varios mozos acercaron a un

claro del bosque un ciervo que llevaban atado y con una mordaza en el hocico para que no hiciera ruido alguno. Lo sujetaron a uno de los árboles para que no huyera, mientras los cazadores se apostaban en los lugares que habían dispuesto los mozos, donde cómodamente y ayudados por sus pajes, atentos a cualquier demanda que pudieran hacer sus señores.

A una seña del paje del príncipe libraron al ciervo de su mordaza y éste primero cabeceó con fuerza tratando de zafarse, pero al punto empezó a emitir unos bramidos característicos que hicieron eco y pronto fueron contestados al punto desde lejanos puntos del bosque.

—¡Chisttt! ¡Ocultaos!

Con ademanes de impaciencia, pero con autoridad, las señas para que nadie se moviese se prodigaron entre los presentes. Sólo se escuchaban algunas aves cantando apostadas en los árboles y el ruido del croar de sapos o el rozar de las ramas con el suave viento sólo interrumpido por los insectos que pululaban entre las plantas.

—¡Ahí vienen!

Al punto se oyó un ruido y el crujido del follaje hollado cada vez más cerca. Una cierva apareció en el claro acercándose al macho en celo que no cesaba de emitir su bramido para atraer a las hembras. Una segunda, seguida de dos cervatillos entró en escena desde el lado opuesto. Desde los distintos puestos comenzaron a silbar flechas que iban destinados a distintos blancos. Pero los animales alertados por el olor y el silbido de las flechas, nerviosos, comenzaron a moverse en derredor. Cuando cayó la primera pieza, trataron de huir, incluso el macho atado al árbol tironeaba con fuerza para tratar de liberarse. Dos más fueron abatidas a pesar de lanzarse contra los arbustos.

—¡Atentos! ¡Todos a una!

Los cazadores salieron de sus postas y los pajes fueron a recoger los animales abatidos, para rematarlos y subirlos al carro donde iba toda la impedimenta. Volvieron el ciervo al carro atando sus patas. Todos reían alborozados y se felicitaban los unos a los otros mientras los mozos repartían pellejos con vino y disponían los caballos para continuar la marcha. Tras galopar un trecho llegaron a un paraje más elevado y descendieron de nuevo de los caballos. Se volvieron a apostar reconociendo el terreno.

En esta ocasión los pajes habían dispuesto las postas en un lugar de monte más escarpado propio para los conejos y también algunas aves. Para ello se aprestaron a tomar sus animales los halconeros. A una señal de uno de los mozos, soltó uno de ellos la caperuza que cubría la cabeza del animal y este salió disparado en dirección al ave que surcaba el cielo, abatiendo su presa y haciéndola caer al suelo. Así repitieron varias veces la operación hasta que hubieron cobrado las aves y conejos que consideraron suficientes.

Se internaron entre los matojos y ascendieron ladera arriba en busca de los carriles de los animales. Allí, se situaron tras arbustos, rocas y salientes del terreno, a la espera. Se acercaba la hora de cobrar los jabalíes, la caza a cuchillo estaba servida. La oportunidad era llegada para abatir aquellos salvajes y succulentos animales cuando estaban servidos en bandeja de plata, bien regados con salsa y vinos de barrica, rodeados de verduras y frutos secos con miel.

Cuando se cansaron de refriegas, cubiertos de tierra y con las ropas en desorden, dieron por acabada la jornada. Pudieron cobrarse cinco piezas que ataron y dispusieron en asideras hechas

con palos y ramas flexibles de los arbustos para transportarlas hasta el carro.

El príncipe Enrique decidió que era el momento de refrescarse y tomar un descanso. Los donceles dispusieron lienzos de hilo sobre un tablero sobre unas tijeras de madera pareadas y sillas semejas que habían llevado para la ocasión.

Mientras preparaban las viandas y el vino para regarlas, los caballeros decidieron refrescarse en un riachuelo cercano.

—Fuera esas vestimentas. Quedaos todos en camisa.

La voz del príncipe Enrique ordenaba a sus donceles acompañantes mientras él mismo se zafaba de las suyas quedando tan sólo cubierto por la camisa. Algunos más rezagados se quedaron en la orilla donde una pila de jubones y calzas lucían sus esplendores bajo los destellos de un sol propio del verano.

Sobre la hierba y entre los matorrales, los calzados, dejados en desorden, mostraban un despliegue de zapatos rejillados en su mayoría, esos que se habían impuesto en la corte con calados haciendo dibujos en forma de mallas decorativas. Estaban hechos en ricos colores, marfil, negro, marrón y rojo en suaves pieles de becerro o en finos cordobanes, mostrando la exquisitez de la que gustaba rodearse el príncipe Enrique.

—¡Vamos al agua!

El príncipe nervioso y, sabiendo que algunos de sus acompañantes era la primera vez que se unían a una partida de caza, sentía la tensión del acoso a una pieza nueva.

Otros muchachos se introducían en el agua y comenzaban a chapotear entre risas y bromas, pero los más veteranos en aquellas lides del asueto estival, fijaban sus miradas sin disimulo alguno en las formas que el agua al entrar en contacto con los tejidos iban desvelando primero a retazos y poco a poco dejando al descubierto las partes más íntimas de los participantes.

—¡Ea, sin picardías!

El propio príncipe, vestido de la misma guisa, con la camisa, nada podía hacer salvo entrar a formar parte de aquellos corrillos que parecían disfrutar del frescor y el relax tras la cacería. Ora empujaba a uno que terminaba por caer cuan largo era. Ora hundía a otro en el agua, que se resistía inútilmente y volvía a emerger fingiendo un ahogo irreal. Travesura tras travesura, tironeando de camisas para mejor admirar los cuerpos o levantarlas con total descaro descubriendo la desnudez de unos y otros. Unos llevaban las camisas cortas, por encima de la rodilla, a medio muslo y otros las vestían largas hasta la pantorrilla.

Gritos nerviosos, risas inconexas y bromas que parecían planear sobre una inocente escena de travesuras de muchachos. El príncipe andaba a sus anchas entre todos y se mojaba, aunque evitaba que su cuerpo quedara expuesto, dejando desgranar el tiempo en uno de sus juegos preferidos.

Cuando se hubo aburrido, se dirigió a la orilla donde dos mozos le esperaban con lienzos que le cubrieron enteramente. Mientras otros dos pajes sujetaron unas telas a modo de cortinaje, que le rodeaban, para que los primeros le secaran y pusieran una camisa seca, evitando así que nadie viera su cuerpo. Salió y se tumbó sobre una colcha brocada sobre almohadones que le habían dispuesto bajo un lienzo colgando de las ramas, para seguir disfrutando del espectáculo.

—¿A qué esperan señores? ¡Vayan saliendo! Pero de a uno, por favor... ¡Juan!

El mozo salió del agua y se entretuvo con las ropas mojadas ante el príncipe para que pudiera admirarlo convenientemente.

—¡Francisco!

El llamado acudió del mismo modo que el anterior e hizo otro tanto.

¡Alonso!

Inmóvil por unos instantes, agitó los brazos en alto para llamar la atención e hizo lo propio entreteniéndolo su avance maliciosamente.

De esta guisa, los mozos más jóvenes, los más experimentados y también los novatos, fueron desfilando ante sus ojos y, acercándose a uno de los mozos se deshacía de su camisa empapada dirigiéndose a otro en el lado contrario, que le ofrecía un lienzo con el que se secaba. Así, los diez que iban acompañando a Enrique. De esta suerte, unos se secaban, otros se quitaban la camisa y otros se vestían en toda suerte de posturas y cabriolas, bromeando y ocasionando situaciones jocosas a gusto del príncipe.

Así quedaron los jóvenes con sus camisas blancas entre sol y sombra en grupos, charlando en animada conversación y Enrique en el centro, esperando reposar antes de tomar un pequeño refrigerio que ya estaban disponiendo en el claro. Tras el almuerzo emprenderían el regreso a la corte.

—¡Majestad, la mesa está presta!

Anunció el paje que las viandas estaban dispuestas y todos se levantaron alborozados dirigiéndose hacia el lugar elegido. Enrique se sentó en el centro protegido su asiento con un pequeño dosel, bajo los toldos blancos, en torno a una mesa dispuesta con viandas de campaña, pan, aceitunas, queso, chorizo y también algunas carnes en manteca. Tajadas de pan, aceite y buen vino no faltaban en la mesa del príncipe Enrique. Tortas de aceite con ajonjolí, miel, higos y otros frutos secos y algunas frutas frescas, dispuestos en bandejas.

No faltó quien se atreviera a quitar traviesamente alguno de los alimentos del alcance del príncipe, suscitando regañinas en broma y reprimendas que anunciaban algún castigo. Entre bromas y degustar los manjares allí preparados transcurrieron un par de horas, tras las que el príncipe decidió reposar un rato.

—Juan y Alonso, acompañadme...

Se alejaron con él tras la espesura y dos pajes que portaban almohadones y colchas para su acomodo les siguieron. Los demás, unos frustrados y otros relajados pasearon distendidamente o se sentaron bajo algún arbusto compartiendo conversaciones triviales o dando una cabezada tras la comida.

Los mozos, durante el descanso, estuvieron recogiendo la mesa y también disfrutando de los restos que en ella habían quedado para poder reponer fuerzas. Con todo cargado ya en el carro, los mozos y los continos estuvieron prestos hasta que regresó Enrique con los donceles, las vestiduras arrugadas, el cabello desordenado y la sensación de sueño en sus ojos.

Cuando todos estuvieron dispuestos se volvió a reunir la comitiva en formación y la partida se dio por concluida tomando rumbo al castillo. Bien se habían provisto de un buen número de piezas que la cocina real agradecería para deleite de los cortesanos y trabajo de los criados y cocineros.

Había sido una jornada placentera.

El día tomó las luces más atenuadas que anunciaban la llegada del atardecer y tras el camino de retorno la noche requirió que los antorcheros iluminasen la entrada a los recintos reales.

Capítulo 18

Manuel no tardó en regresar con un pequeño pote que acercó con cuidado a la cara de María.

Catalina observaba angustiada pero tenía confianza en lo que Manuel estaba haciendo. Al aspirar los vapores del frasco, María comenzó a toser y volvió en sí. Catalina sonreía con nerviosismo y la acercó contra su pecho acunándola.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias!

—Todo va bien, señora Catalina. Creo que es más el susto que otra cosa. Un momento.

Manuel examinó la cabeza y no apreció ningún tipo de daño en ella, las piernas y brazos a la vista estaban enteros y salvo el espaldarazo, nada parecía haberse dañado. Había seguido los pasos que su maestro le había enseñado para comprobar el estado vital de una persona. El examen fue satisfactorio.

—Todo está bien. Hemos de mantenerla despierta.

—Prepararé una tisana.

Al levantarse, reparó en Nuño que temblaba en un rincón.

—No creas que voy a olvidar esto estúpido, te has ganado quedarte sin cena, así que ya lo sabes, cuando recojas todo, no esperes más que ir a tu jergón y lo que no sé es por qué no te echo a la calle...

—La llevaré a su cama.

Manuel tomó a la muchacha en sus brazos y se dirigió a la habitación, la colocó sobre la cama y la encontró tranquila.

—¿Cómo te encuentras?

—No recuerdo nada.

—Mejor olvidarlo... ¿Por qué subiste, María?

—Quería estar con Nuño allí arriba.

—¿Ayudarle?

—Bueno, seguir hablando, mientras él trabajaba, no sé.

—Debes ser prudente. Así no le ayudas. No ves que puede terminar tirado en la calle.

El rostro de María se contrajo por la sola idea de que Nuño tuviera que marcharse.

—No quiero que se vaya.

Sollozaba despacio y Manuel se dio cuenta de que el cariño que sentía por el muchacho era sincero.

—Ahora no te preocupes, espero que a tu madre se le pase pronto el enfado. Para eso debes recuperarte pronto. Tómate lo que te traiga y ya verás cómo mejoras.

Aquella noche pudo recordar Manuel los momentos difíciles que había pasado, las estrecheces, el hambre y el frío. También la soledad y la falta de cariño. Pensó cómo podía sentirse Nuño y de ese modo le vino el sueño y lo inundó como las aguas de un profundo río de descanso y paz, sintiendo el mismo bienestar como el que el baño aquella mañana había producido su efecto en la piel. Entre sueños recordó sin poderlo evitar la presencia de Catalina y el verse sorprendido en su desnudez no le importó en absoluto.

Pedro Ayuso iba llegando a la ciudad y ansiaba visitar a Catalina. Llevaban algunos meses de relación y ella le mantenía encandilado con un matrimonio que él se había atrevido a proponerle al poco de quedar viudo, a pesar de las negativas y malestares que entre sus hijos había provocado tal iniciativa suya.

Sus hijos varones le instaron a entrar en razón ya que consideraban que un hombre de su edad bien estaba como estaba y no había de tener cuitas por tener una joven esposa como la también viuda boticaria. Más bien era un riesgo para su salud tener que empezar con una familia nueva que, además de menguar su fortuna, le tendría tan ocupado que sus negocios se verían perjudicados. Y si eso pasaba, ellos también tendrían consecuencias. Un comerciante había de ausentarse mucho por los viajes y no había de tener ataduras de mujeres. Ya había de más repartidas por todos sitios. Tal era el estado de soltería en que se encontraban y nunca les faltaba alguna que les bailase el agua cuando les apetecía su disfrute.

Su hija, sin embargo, no le dio sino expectativas para que recapacitara, ante las presiones de sus hermanos. Ella, por su estilo de vida, no podría cuidarle a pesar de que estaba soltera y no tenía intención de casarse. Su dedicación al cuidado de un alto prelado de la Iglesia, le hacía mantener otro tipo de aspiraciones, muy distintas de las que tenían las mujeres de su edad.

Pedro Ayuso se dedicaba al comercio en general, por tierra y por mar. También organizaba caravanas hacia países lejanos en busca de productos exóticos que demandaban los más pudientes y sobre todo la nobleza. Era un trabajo que le procuraba buenos beneficios, lo malo era que debido a la naturaleza y a las distancias entre los mercados, se veía obligado a salir de su hogar en muchas ocasiones y las ausencias eran de larga duración.

La espera hasta reencontrarse con Catalina le parecía interminable y contaba las horas para que llegara tal momento con la esperanza de conseguir que le prodigara sus favores. Catalina en cambio se hacía de rogar y la espera le llevaba hasta su exasperación. Quizá la próxima vez tuviera suerte y pudiera conseguirlo. Llevaba tanto tiempo esperándolo que ya no interesaba tratar con las huries en tierras lejanas, ni a las trotadoras que iban en pos de las caravanas, que por unas pocas monedas dejaban a los hombres más que satisfechos. Catalina era diferente, joven todavía, bien formada, espigada, sus cabellos sedosos y bien fuertes y sus dientes... tentadores. Sus labios, sus senos, todo se adivinaba en ella de un modo que quitaba el aliento, incluso a un hombre de su edad.

Cuando apenas faltaban dos jornadas de viaje y ella aún no le esperaba hasta dos semanas después, pensó que la sorprendería gratamente. Le llevaba varios presentes y también algunas fruslerías para la pequeña María. Algo había en aquella chiquilla que le inspiraba ternura y él no era hombre de carácter meloso, antes bien, era seco, como buen castellano viejo. Pero aquella muchacha, era especial.

A pesar del rigor del viaje le parecía que acababa de montar en su caballo, aun cuando llevaban más de seis horas cabalgando. Prestos a detenerse para reponer fuerzas y dejar descansar las cabalgaduras, se le hacía penoso tener que retrasar la llegada y poder así requebrar a su dama. Habría de convencerla para adelantar la boda, no quería oír más impedimentos.

Pedro Ayuso llevaba en el comercio desde pequeño, su padre ya lo hacía y también su abuelo, había aprendido junto a ellos a comerciar, a intercambiar y también a sacar buen provecho de cualquier negocio que emprendiese. Acababa de cerrar una gran venta de vino y aceite y había podido comprar telas y perfumes a buen precio, sabiendo que las vendería por el triple de su valor de compra. Eso era lo que le mantenía vivo. La satisfacción de ganarse el pan y además, poder acompañarlo, mejor de una buena carne y un buen vino, como se merecen tales viandas.

En esta ocasión no le habían acompañado sus hijos. Ellos habían partido hacia Italia apenas diez días antes para cerrar un trato con navegantes genoveses para llevar cereal principalmente desde puertos levantinos. También pensaban visitar a judíos prestamistas, pues los tiempos corrían escasos en dineros contantes y había que recurrir a buscarlo fuera, aunque a un alto precio. Pero una buena operación con los genoveses podría hacer que mereciera la pena pagarlo.

Así pues no los vería y, dependiendo de lo que tardaran en regresar podría verlos antes de su próxima partida. Su propósito era pasar unos días en Salamanca, descansar y después visitar a su hija, en Toledo, pero poco tiempo, no quería ser una carga para nadie y prefería disfrutar de la compañía de Catalina, quien pronto sería su esposa.

Ya junto al corro de comerciantes que departían libremente mientras tomaban un bocado y descansaban las monturas, parecía absorto y no estaba en modo alguno pendiente de ninguna de las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor. Hasta que vio acercarse a un hombre corpulento, aunque no muy alto que llevaba vestimentas hebreas y portaba un hato de tela colgando de su brazo izquierdo.

—¿David? ¿Tú por aquí?

Había reconocido a aquel hombre al que tiempo atrás tuvo que agradecer su intervención en difíciles circunstancias.

—Me hablaron de ti los últimos mercaderes que se unieron a la caravana. Vine con ellos.

—Creo que no he hablado con ellos más que en el trayecto de ida.

—Pero un hombre como tú es reconocido siempre. ¿Puedo sentarme?

—¿Quieres tomar un bocado? Por favor...

—Hemos comido y tomado té. Sólo quería saludarte.

—Sería un honor para mí si me acompañaras el resto del viaje.

—No quiero estorbar, pero... me agradecería mucho. ¿Me permites que antes vaya a decírselo a ellos? No quiero que se molesten.

—Siempre serás un hombre de honor. Como desees. Aquí te espero.

A su regreso, David se aprestó a cabalgar pues todos estaban ya dispuestos. Durante la marcha empezaron una conversación.

—Me vendrá bien tu compañía Pedro Ayuso. Ando algo perdido en mis problemas.

—¿Qué ha sucedido?

—Mala fortuna. De nuevo me he visto obligado a empezar de cero. He dejado todo atrás y busco labrarme aquí un porvenir...Ahora, tengo la esperanza de que me ayudes a conseguirlo.

—Tú me ayudaste a mí una vez, David, cuando más lo necesitaba. En tierras extrañas, las caravanas son blanco fácil para el pillaje. No pudiste evitar que me robaran ni que malhiriesen a algunos de mis hombres, pero espantaste a los bribones con tu gente y me diste cobijo en tu casa. Nunca lo olvidaré.

—Yavéh nos enseña que debemos amar a nuestro prójimo.

—También lo enseña mi Dios, amigo David... Pero puedo asegurarte que no todos los que lo han aprendido lo ponen en práctica.

Ya juntos frente a una fogata y una evocadora conversación, desgranaron el tiempo hasta irse a descansar pues, la jornada siguiente sería ardua y, siempre había que estar ojo avizor. Los ladrones siempre esperaban el sueño de los vigías de las caravanas y aprovechaban cualquier descuido para medrar. Los dos amigos descansaron junto al fuego y el amanecer les sorprendió con las voces de los guías que avisaban a los comerciantes para que dispusieran todo para la partida.

David tenía apenas veinte años y ya llevaba muchos trabajando. Cuando había perdido a su familia, se vio obligado a empezar de nuevo y buscarse la vida. Había sido bracero en el campo, mozo en las caravanas de comerciantes y hasta talabartero. Tenía aspiraciones de mejorar en la vida y la fortuna le había brindado la oportunidad de volver a encontrarse con Pedro Ayuso quien, cuando le ayudó, gracias a la recompensa que se empeñó en darle entonces, pudo mejorar su futuro y tuvo durante un tiempo un negocio propio de perfumería, donde había descubierto el mágico mundo de los afeites y las esencias, conociendo algunas plantas y comerciando con las fragancias en los bazares. Pero intentando buscar fortuna dejó su tierra para echar raíces en otros lugares más prósperos. Aprovecharía la oportunidad.

La siguiente jornada discurrió entre hablar de sus proyectos y también de inquietudes.

—Debes quedarte en Salamanca.

—Yo...cualquier sitio será bueno para mí.

—La comunidad judía de Salamanca es importante. Te presentaré al rabino y él te buscará una ocupación.

—No podré agradeceros bastante lo que hacéis por mí, Pedro.

—Créeme, será una buena forma de empezar para ti. Serás bien recibido.

David por fin sonreía, pero no mostraron júbilo alguno sus labios, sino que sus ojos negros fueron los que hablaron. Estaba satisfecho.

La travesía estaba siendo tranquila. El mar en calma y el viento suave por lo que el navío llevaba una singladura sin grandes cambios, muy parecida a otras tantas que habían ya recorrido

otras naves portuguesas. Sus velas rectangulares, típicas para las travesías atlánticas se inflaban suavemente. Era una carabela robusta, con su casco de roble, aunque la carpintería interior era más ligera. La clavazón de hierro y cobre. Su castillo de proa y su toldilla a popa donde se encontraban la cámara del capitán y la del contra maestre. Su arboladura de tres palos de popa a proa la mesana, la mayor y el trinquete.

Llevaba aparejo mixto de velas, en los palos mayor y trinquete, velas cuadrangulares, las atlánticas, que aunque poco maniobrables, iban bien para los vientos de popa. En el palo de mesana, velas latinas, como las que usaban los árabes, de forma triangular y en el botolón de proa, la cebadera, otra vela rectangular.

Era una nave robusta, acostumbrada a los embates del océano, habían de llevar una arboladura con gran cantidad de tela que compensaba su masa. Tenía una capacidad de carga de hasta cien toneladas castellanas. Su bodega iba provista con trigo, vino y aceite que era la base de toda la alimentación, no sólo para el viaje, sino también para proveer a las factorías africanas. Además, llevaba carnes y pescados en salazón, legumbres secas, miel, quesos y frutas secas. Junto a los alimentos, los materiales precisos para las reparaciones no faltaban, alquitrán para impermeabilizar, cuerdas y pez, clavos, planchas de madera, herrajes y sebo. También alguna pieza de repuesto, un timón y varias áncoras.

De manera habitual los navíos partían de tierras portuguesas rumbo a las factorías establecidas en las costas africanas del lado del Atlántico. Una vez allí, dejaban los productos que llevaban para intercambiar y vender en tierras africanas, llenando las mismas bodegas con los más anhelados en la península que se daban allá, la sal, algunos minerales, todos menos el misterioso oro que nunca terminaba de llegar. Tantas veces lo había oído contar a su tío abuelo, Enrique el Navegante. Su abuelo Alfonso se lo refería y le contaba siempre historias de las riquezas que había al otro lado del océano.

El capitán Soares iba en cubierta y algunos oficiales estaban atendiendo las comandas que debían transmitir a sus hombres. La marinería se movía de aquí para allá. Unos hombres faenaban con el velamen y otros transportaban bultos desde la bodega o en sentido contrario. Los grumetes fregaban la cubierta y el timonel conversaba con el segundo de abordó, don Fadrique, portugués de nacimiento pero hijo de castellanos, aunque nunca había viajado a la tierra de sus padres. Portaba un cabo al hombro enrollado sobre sí mismo que acababa de cargar para llevarlo a otra parte de la nave. Era un hombre fuerte, que gustaba de la vida marina y de sus hombres. La sabiduría del mar y la vida del marino.

—Mi segundo. Permiso para bajar a las bodegas.

—¡Qué sorpresa, marinero! Lo tienes. Pero vuelve presto. Ayudarás a Joao a estibar la carga.

—Sí, como ordenéis.

—¡Buenos vientos, mi capitán!

Don Fadrique se había acercado al capitán que seguía oteando el horizonte.

—Algo en el aire me hace pensar que pronto se estropeará esta calma.

—Está despejado. Tal vez alguna bruma pueda trocar esta balsa de agua.

Mientras avanzaban, el vigía descubrió una nave por babor.

—¡¡¡Nave a babor!!!

El capitán Soares se aprestó a mirar por el catalejo que le tendió el grumete más cercano.

—No distingo la bandera, don Fadrique.

—No parece muy grande...

—Espero que no nos den problemas.

—¿Será quizá esa la clase de marejada que os rondaba las mientes?

—No quiero pensarlo.

Continuaron con su avance en el mar y todos en sus puestos, tras las órdenes del capitán, siguieron faenando pero prevenidos. La nave avistada se iba haciendo más nítida, siendo aún una silueta borrosa y oscura en la superficie azul ultramar.

—¡Vamos, marineros! ¡Prestos en vuestros sitios! ¡Ningún hombre fuera de su lugar! Es posible que tengamos visita.

El segundo se acercó al capitán Soares con disimulo y le habló quedamente al oído.

—¿Hemos de temer algún ataque, señor?

—Tenemos que preverlo, Fadrique. Sabéis que en esta ruta no es corriente encontrar navíos. Menos en esta época del año.

—Tal vez, estén perdidos...

—O tal vez quieran perdernos. Vigilad a vuestros hombres y apostad dos vigías a babor.

—¡Señor!

La silueta negra se inflaba y flameaba sobre el espejo Atlántico aunque no presagiaba nada bueno. Todos buscaban algún signo que les sirviera de esperanza para evitar pensar en lo peor. Aquel era un navío de carga y no uno de combate pero bien sabían lo que significaba cruzarse en alta mar con otro barco sin saber sus objetivos.

Los hombres estaban nerviosos, algunos limpiaban o preparaban sus armas y separaban las mechas. A pesar de no ser un navío de guerra, si portaban algunas armas para defenderse, sólo por mera seguridad de la tripulación y la carga.

Sobre la cubierta llevaban algunas piezas de artillería ligera, culebrines y falconetes, que disparaban metralla de hierro. Bajo la cubierta, cargaron las bombardas, con proyectiles de piedra y de hierro. La tripulación portaba espingardas y también lanzas, picas y espadas; además de algún arma arrojadiza. los oficiales disponían de armaduras completas y rodela por si era menester.

La vigilancia no se abandonaba y las sospechas del capitán se confirmaron al ver que el barco había ocultado su bandera, violando las leyes del mar. Por ciertas daba sus aviesas intenciones. Se dirigió de nuevo a la tripulación.

—¡Marineros! Mucho temo que esta nave que se acerca, nada bueno nos traiga. Hemos de estar dispuestos si fuera preciso a defendernos y hacernos fuertes. No permitiremos que esos rufianes, que nos ocultan su origen, nos planten cara sin saber lo que les tenemos preparado. ¡A mi orden

abran fuego!

Isabel de Braganza al escuchar la agitación en cubierta, se había acercado para informarse de la situación. Tuvo tiempo de ver aquella nave oscura que avanzaba a todo trapo hacia ellos envuelta en la bruma y que se les venía encima.

Se miraban los unos a los otros y no podían entender la preocupación de su capitán, sobre todo los más jóvenes, ya que aquella nave nada había hecho para hacer pensar que ocultaba algún mal o quisiera apoderarse de la carga a toda costa. Pero los marineros más curtidos sabían que cuando el capitán decía algo, era cosa cierta y que pocas veces se equivocaba. Por ello esperaron en tensión el temido encuentro que se avecinaba presto por la cercanía de aquella nave oscura que se aproximaba y en cuya cubierta a nadie veía moverse.

Cuando las naves estuvieron al alcance del abordaje, en la cubierta surgió una figura imponente, alta, toda vestida de negro y tocada con un gorro al estilo del que lucían los bucaneros. La rodeaban muchos marineros que a su lado parecían protegerla. Cuando comenzó a hablar con voz estentórea todos la reconocieron.

—¡Deteneos! Abandonad esta empresa o mi ira caerá sobre vosotros. ¡¡¡Idos!!!

Era doña Juana Pimentel, la esposa de Álvaro de Luna quien gritaba las órdenes desde la cubierta enemiga y con dedo acusador la estaba señalando. Isabel de Braganza, sintió el miedo en su cuerpo como un aguijón, mientras la oía gritar de nuevo.

—¡Fuera de aquí!!

Con un tremendo sobresalto, Isabel de Braganza, la reina de Castilla se incorporó en el lecho bañada en sudor. Desde ese momento, vuelta ya a la realidad una vez despierta, supo que nunca volverían a ser las cosas como antes. Sus peores temores se cumplirían, a pesar de que pudiera conseguir sus propósitos.

—No me volverá a hablar nunca más...

Con los cabellos en desorden salió del lecho y caminaba descalza hacia la claridad de la luna que se colaba por un ajimez en el muro. En su deambular tropezó con un escabel que echó a rodar haciendo gran estruendo y que despertó a las damas.

Cuando entraron la vieron en camisa, bañada por la luz de luna, con los brazos en alto y gritando con la mirada perdida.

—¡¡¡No lo permitiré nuncaaaa!!! ¡¡¡No lo permitiré!!! ¡¡¡Nooooo!!!

Entre todas intentaron calmarla tomándola por las manos y tratando de llevarla de nuevo al lecho.

—Teneos, señora. ¡Tranquila!

Ella cesó en los gritos y se dejó llevar dócilmente al lecho pero sus ojos estaban perdidos y con la mirada en algún lugar de la negrura de la noche.

Capítulo 19

La mañana nubosa anunciaba lluvias. Tiempo demasiado inestable para el verano incipiente que pronto haría que la mies estuviera llena y el calor propiciaría el granado de todos los frutos.

Cuando se volvió en su jergón al despertarse miró hacia el rincón donde Nuño solía dormir enrollado en una manta ya raída, pero de la que parecía imposible separarle. Allí estaba la manta y también el jergón, pero Nuño no estaba en él. Se levantó con la esperanza de encontrarlo en el patio, mientras iba hacia los corrales a mirar. Tampoco estaba por allí.

Tras asearse, se apresuró en ir hacia la cocina, no quería que la señora Catalina se enfadara con él por hacerse el remolón o parecer un haragán. No estaba el horno para bollos. Pensando en María se acercó al cuarto donde reposaba y así ver cómo se encontraba. Al entrar en la cocina se alegró de verla disponiendo la mesa, aunque estaba sola.

—Me alegra verte haciendo cosas. ¿Te encuentras bien, pues?

María se alegró al ver entrar a Manuel. Le sonrió y dejando la hogaza que llevaba sobre la mesa se acercó para saludarlo.

—Yo también me alegro de verte.

—Creo que el susto fue más grande que lo que pasó.

María se acercó y le dio un cariñoso abrazo. Manuel se sintió conmovido.

—Yo...

—Y quiero darte las gracias por lo que hiciste.

—¿Pues qué hice?

—Apaciguar a mi madre no es poca cosa.

—No la consideres tan brava. Es mujer de carácter, pero por encima de todo se preocupa por ti.

—Pero el pobre Nuño ha pasado la noche al raso, no comió nada y...yo no podía dormir pensando el frío que estaría pasando por mi culpa.

—Bueno, creo que los dos fuisteis un poco inconscientes y olvidasteis que cada quien tiene que hacer sus cosas y ocupar su puesto.

—Más bien fui yo esa. Pero él no tiene culpa.

—A veces la vida es injusta, María.

—Lo sé. No entiendo por qué tenemos que complicarlo todo.

En aquel instante entró Catalina en la cocina llevando un jarro de leche recién ordeñada. Entró sonriente pero cuando se percató de la mirada de su hija, torció el gesto.

—Buenos días.

—Señora Catalina...

—Madre.

—Veo que la mesa está dispuesta. Sentémonos pues.

Tomaron asiento y María no dejaba de lanzar a su madre miradas furtivas. Mientras Catalina servía en los cuencos la leche, María partía el pan en rebanadas.

—Trae un poco de manteca y también la miel, María.

Ésta con ojos de cordero degollado se levantó para cumplir los encargos de su madre sin replicar, mientras furtivamente miraba la puerta adivinando a un Nuño aterido y hambriento sentado allí esperando a que se abriera y fuera invitado a entrar de nuevo, como una oveja en su redil.

—Hoy vamos a prepararlo todo para encalar.

—Bien, cuando deje todo listo he de ir con el maestro. Ya sabéis que hemos de trabajar en las muestras que tomamos ayer.

—Lo sé, Manuel, pero no por eso dejarás de hacer tu trabajo.

—Sé cuáles son mis obligaciones.

—Entonces, no se hable más, come presto y ve a por los bártulos.

—Muy bien. No necesito comer, así podréis ahorrar hoy dos raciones de comida.

Se levantó y arrimó con cuidado la banqueta a la mesa para dirigirse al patio, sin perder la compostura, cosa que exasperaba a Catalina.

—No te atrevas a desafiarme porque aquí no eres nadie. ¿Me oyes?

Manuel no se volvió y recorrió el trayecto hacia el patio con la mirada perdida, mientras María observaba la escena estupefacta. Catalina airada apretaba los puños con fuerza y se esforzaba por no perder los estribos.

—Serán tres raciones, madre.

María había deslizado el cuenco hacia dentro de la mesa sin tocarlo y dejó las viandas encima. Se dio la vuelta y salió de la cocina.

Catalina en su enfado no veía que todos le volvían la espalda y que, algo que ella deseaba fuera una familia, se estaba convirtiendo en tiranía por el mero capricho de imponer su voluntad. Sus ojos se anegaron y la rabia hizo que se derrumbara en la silla sin fuerzas.

Dentro, Manuel estaba preparando la cal y había despejado todo para enjalbegar las paredes. María barría el cuarto y mullía los jergones para la noche. Nuño seguía fuera.

A pesar de que entró en silencio, mientras que el maestro Elías estaba sumido en sus quehaceres, adivinó su presencia como sucedía siempre. Parecía tener ojos en la espalda, aunque bien sabía que no era así. Asombrado lo miró justo antes de que hablara, porque sabía que lo iba a hacer, tal era la rapidez en la percepción que admiraba en el maestro.

—Pasa, Manuel. Hace horas que te espero. ¿Mucho trabajo?

El maestro Elías tenía su mesa abarrotada de manuscritos y de anotaciones, todo aparecía en un

desorden que podía parecer absurdo para un hombre de su oficio, pero Manuel ya sabía que era su método de tenerlo todo controlado. Siempre que tenía las cosas revueltas significaba que había trabajado arduamente y que además probablemente ni siquiera se hubiera retirado a descansar.

—Siento la tardanza. He tenido que terminar de encalar y...

—Un mal día, ¿eh?

—No ha sido el mejor, pero al menos, parece que las cosas se van a apaciguar pronto.

—¿Te ha reñido otra vez?

—Creo que no me quiere en la botica. La señora Catalina está siempre enfadada y ofuscada conmigo. No soy lo suficientemente útil para ella.

—No digas eso. Eres un gran estudiante y serás un buen boticario. Yo ya he visto tu valía y la señora Catalina también. Pero ya sabes que las mujeres son otra cosa.

—¿Por qué lo decís, maestro?

—Nunca dicen lo que piensan. Y... además, es difícil para ella tratarte, no eres ni como un hijo, ni como un marido. No tienes la edad adecuada ni para una cosa ni para la otra y, tampoco ella sabe lo que necesita de ti, ni si se lo puedes dar. Bueno, no me hagas caso. Soy un viejo que no ha dormido esta noche y, aunque no tengo sueño, estoy aturdido.

—No sé qué puedo hacer para serle útil a la señora... Catalina.

—Dejemos eso ahora, quiero estar despejado para hablar contigo de ese asunto. Pero mi consejo es que trabajes siempre como una mula y que no repliques nunca. Mira, he estado dando vueltas a todo este embrollo de las úlceras y, creo que he encontrado algo.

—¿Qué habéis encontrado?

—Puede que la causa...

—Y si se encuentra la causa, se puede hallar el remedio.

—Ves como aprendes pronto, muchacho.

—No paráis de repetirme lo mismo.

—Porque es cierto. Busqué en los antiguos tratados, hasta que en los manuscritos de Dioscórides se describe una dolencia que presenta las mismas señales que vimos en los granjeros y sus animales.

—Y, ¿a qué se debe?

—Pues a un gusano. Una mosca en realidad.

—¿Un gusano? ¿Una mosca?

—Sí. Pone sus huevos y las crías viven en el interior de sus víctimas y va creando más heridas y llagas a su paso, pues las larvas se comen la carne y además ponen también sus huevos allí creando un círculo sin fin.

—¿Por qué habéis llegado a esta conclusión?

—Siempre hay que tener confianza. Guiándome de la intuición y confiando en la sabiduría de nuestros maestros no paré hasta dar con algo parecido y, creo que puede ser esta la causa.

—Pero nadie nos habló de gusanos u otros bichos.

—Porque a simple vista no se pueden percibir. Pero estoy convencido de que puede ser esta la causa. He esperado a que vinieras y, además salí temprano a recoger el remedio para este mal. Es una planta. Un don de nuestro señor quien puede curarlo. Todo está escrito.

—¿Es difícil de encontrar?

—No. Crece en terrenos arcillosos y soleados, muchas veces junto a los sembrados y no es difícil verla junto a las encinas o los robles.

—¿Vais a proceder a hacer una cura?

—Lo haremos los dos. Hoy lo ensayaremos aquí, con las muestras que tenemos y esperaremos los resultados. Después iremos a probar con un animal y, cuando lo comprobemos, con una persona.

—¡Es maravilloso!

—Se curarán, Manuel. Se curarán. Ven quiero mostrarte la planta y quiero que lo veas en el tratado. Lo estudiaremos juntos. ¡Vamos!

Alumno y maestro se dirigieron hacia la mesa y Elías comenzó a desplegar manuscritos y mover plantas aquí y allá. Dejó una banasta en el suelo y subió una pequeña redoma donde iban a realizar el preparado para las pruebas. Manuel tenía sus cinco sentidos puestos en aquella mesa y aquellas manos expertas que se movían con maestría sobre los pliegos y entre las plantas. Las horas se desgranaban sin prisa, se disfrutaban y sabían a poco, no era comparable a encalar cuatro paredes. Pero esa era su vida.

—Ésta es la planta, Manuel.

Allí, dibujada sobre el pergamino una planta con las flores dispuestas de modo piramidal y de color amarillo, llamaba la atención de Manuel. La miraba cuidadosamente, sus hojas, sus pétalos, sus tallos, todo para él era fundamental, hablaba de su identidad y podría reconocerla.

—¿Es la hierba de san Guillermo?

—Así es. La Agrimonia. Se ha utilizado para muchas cosas, pero para las úlceras es la mejor. Los granjeros tendrán que aislar a los animales infectados hasta que las moscas desaparezcan, una vez que hayan nacido todos los gusanos que no se hayan podido eliminar de las heridas. No es tarea fácil, pero hay que intentarlo.

—Puede ser un problema de difícil solución. Las moscas crecen muy rápido.

—De algún modo habrá que limpiar las heridas para evitar que se puedan volver a reproducir.

Estas y otras discusiones mantuvieron a ambos entretenidos toda la tarde. Muchos fueron los ensayos y al término de la jornada habían preparado un unguento que aplicarían a los animales para probarlo.

Manuel regresó satisfecho de una jornada provechosa, en conocimientos y en logros.

Cuando llegó entró por el patio directo hacia su jergón, no quiso cenar, ni ver a nadie. Se tendió, a pesar de saber que Catalina se extrañaría y vendría a buscarlo. Pero se haría el dormido. Inquieto, buscó con la mirada en la oscuridad el jergón de Nuño por ver si se encontraba en él. Allí estaba, hecho un ovillo y en silencio.

Estuvo tentado de acercarse para hablar con él, pero pensó que tal vez después de una noche sólo y al raso, necesitaría más dormir que sus consejos. El sueño le confundió hasta oscurecer su mente. Cuando Catalina resuelta entró en el cuarto antes de irse a acostar, tentada estuvo de montar una escena y sacarlo de la cama para darle una buena reprimenda. Pero se tranquilizó al ver que estaba en su catre y que dormía como un niño. Con Nuño, ya tenía la familia al completo. Se marchó a dormir sin hacer ningún ruido, apagando su lámpara al punto. Ninguno pudo descansar aquella noche.

La mañana era fresca y Pedro Ayuso estaba contando los instantes que faltaban para ver a Catalina. Desde que habían iniciado la marcha aquella jornada estaba ensimismado en sus pensamientos y no quería entrar en temas de discusión con otros mercaderes, como era habitual en él, o porfiar con algunos de los viajeros acerca de dónde se compraba tal o cual género de mejor calidad. Conversaciones propias del gremio en las que muchos se ufanaban de su buen olfato en el oficio y otros aprovechaban para sacar partido de cualquier ocasión propicia.

Todos le respetaban debido a su larga experiencia y nadie cuestionaba sus opiniones, ni los novatos, ni aun los más experimentados como él. De todos era sabido que había viajado por medio mundo y que conocía las rutas del comercio mejor que nadie.

David le observaba como a un padre y recordaba al suyo, que había fallecido y, le hubiera gustado ofrecer un futuro prometedor tanto a él como a sus hermanos.

Cuando se perfilaron a lo lejos las siluetas que anunciaban la presencia de Salamanca en el horizonte, el corazón comenzó a latirle más deprisa y el ritmo de la caravana pareció más lento, como si algo impidiera la deseada llegada y el añorado encuentro.

Ya en el interior de la ciudad, despedida la caravana y habiendo dejado sus enseres y mercaderías en manos de su capataz y del resto de sus hombres, se dirigieron hacia su casa para poder asearse como correspondía a un hombre de su rango. Pidió a David que le acompañara y le dio también tiempo para su propio aseo.

Tenía pensado ver al rabino y con él buscarían un lugar para que David pudiera empezar una nueva vida en la comunidad judía. Para ello le presentaría convenientemente para que pudiera acogerlo y le proporcionase un trabajo.

Al llegar la primera hora de la tarde, tras haber enviado recado al rabino cuando llegaron, recibió el aviso de que había accedido a recibirlos aquel mismo día, por lo que, cuando estuvieron listos, se encaminaron al barrio judío.

Parco en las palabras, Pedro Ayuso caminaba junto a David y apenas abrieron la boca durante el trayecto, de tal manera que al llegar a su destino se miraron uno a otro y David se preocupó de no haber podido preparar al menos alguna estrategia para la entrevista. Ayuso le tranquilizó. Conocía al rabino y tenía buen trato con aquella comunidad judía con la que comerciaba muy ventajosamente.

—Tú deja que sea yo quien hable y, una vez que te presente al rabino y, te diga que hables, cuéntale tus cuitas y tu historia, le gustará oírte.

Terminando sus palabras se hallaban ante la sala donde les recibiría el rabino. Habían sido anunciados y esperaban a que terminara de despachar su anterior visita para poder entrar.

La puerta dejó al descubierto dos figuras, un hombre joven, portando varios rollos de pergamino bajo el brazo y otro de edad proveccta y aspecto venerable, que desprendía un halo de serenidad que conmovió a los visitantes.

—Mi estimado amigo...

El rabino Eleazar se dirigió hacia el comerciante y lo saludó cordialmente ante la atenta mirada del joven David.

—Rabino, quiero presentaros a mi buen amigo David.

Mirando al joven con atención le saludó acogedoramente dándole confianza para que se sintiera a gusto.

—Hijo, sé bienvenido.

—Rabino, me siento honrado de ser recibido en vuestra casa.

Haciéndose a un lado, hechos los saludas, les invitó a pasar a la sala donde solía recibir las visitas.

—Entrad, por favor.

Se sentaron en torno a una mesa donde había dispuestos unos cuantos rollos y también todo lo necesario para escribir. El rabino había querido obsequiarles con un té mientras conversaban distendidamente.

Fue Pedro Ayuso quien inició la conversación y relató, a modo de introducción, la situación de su amigo David, quien, al ser preguntado por el rabino, relató su mala suerte, la pérdida tan grande que había marcado su vida, su pesar y sus tribulaciones. Aunque se sentía profundamente afortunado de haber encontrado a su buen amigo Ayuso quien le ofreció una mano y la posibilidad de empezar una nueva vida en Salamanca.

Escuchaba las palabras del joven con atención, como si fueran también suyos los problemas que le iba relatando. Algo que daba tranquilidad a David para seguir hablando, pues sabía que del resultado de aquella reunión saldría su éxito o su fracaso.

—David, estoy convencido de que podrás empezar aquí de nuevo. Sé bienvenido. De momento podrás vivir en mi casa, trabajarás contribuyendo a la buena marcha de la comunidad mientras encuentro algún miembro que te acoja y puedas desempeñar un oficio acorde con tus cualidades.

—Gracias señor. Mis días de caravanas errantes han terminado. Quiero sentirme arropado y vivir en paz. Podéis contar con mi trabajo y mi agradecimiento.

—¿En qué has trabajado recientemente?

—Con afeites...Conozco el modo de hacer perfumes y esencias.

—Eso me da alguna idea. Te quedas ya aquí, mandaremos un criado que acompañe a Pedro

Ayuso y traiga tus pertenencias, si a él no le parece mal.

Sonriendo satisfecho, Pedro Ayuso agradeció la buena disposición del rabino y la tranquilidad que suponía aquella oportunidad para David. De no haber sido así, se sentiría obligado a buscar otra alternativa y no era tarea fácil.

—No me lo parece. Él me ayudó en una ocasión en la que me iba la vida y, doy gracias por haber podido corresponder en estos momentos difíciles a este buen hombre.

—No se hable más, lo dispondré todo de inmediato.

Aquel acuerdo hizo que el rabino llamara a un criado para darle instrucciones mientras que Pedro Ayuso se levantó dando por acabada la visita, para regresar a su casa.

—Bien, os dejo pues.

—Salgamos David a despedir a Pedro Ayuso, quien siempre será bien recibido en esta casa.

—Gracias de nuevo. David, quedas en buenas manos. Las mejores.

El joven asintió y se inclinó ante el comerciante, que a su vez lo hacía ante el rabino Eleazar.

—Te acompañará mi asistente.

Salieron y mientras se despidieron en la entrada de la casa, los ojos de David brillaban de esperanza, pero también a causa de las lágrimas.

La fiesta había reunido en palacio a lo más granado de la aristocracia de Castilla. Los salones lucían con las mejores galas. Los candelabros estaban prendidos en todo su esplendor. Los criados ataviados con sus uniformes de gala. Las estancias vestidas con tapices vistosos, daban calidez y transmitían el lujo que podía permitirse en los lugares donde brillaban la nobleza y la monarquía castellanas.

Los caballeros hacían gala de sus mejores jubones y lucían insignias por doquier. También los sombreros y tocados llevaban adornos acorde con los trajes e incluso las cabalgaduras y los carruajes que habían llevado a los señores hasta el castillo, habían sido enjaezados y engalanados de un modo acorde con la ocasión.

En cuanto a las damas, cualquiera se hubiera sentido totalmente abrumado por los trajes, los adornos, las joyas, los peinados y tocados que podrían haber eclipsado a las de cualquier otra corte.

Ricas sayas de brocado fino, en colores caprichosos que rivalizaban en belleza al juntarse unos con otros, carmesíes, verde esmeralda o azul intenso. Tocas de gasa guarnecida a juego en forma de velos preformados con alambres haciendo caprichosas formas a la moda del momento. Coronaban las damas su cabeza con siluetas de alas de mariposa, redondeadas y algunas con tocados de cuernos. No en vano era una de esas ocasiones en que se abrían las puertas de palacio y ante ciertas expectativas políticas y cambios en la propia corte, nadie quería perdérsela.

Los preámbulos del baile eran el momento propicio para hacer corrillos donde las damas cuchicheaban, los caballeros bromeaban y en otros círculos se conspiraba y se hacían críticas, o se planeaban infinidad de estrategias para poder escalar puestos acercándose a los personajes más

poderosos.

Los jovencitos mariposeaban en torno a los más influyentes, todos deseaban ser elegidos para formar parte de sus círculos. Los continos medraban para reafirmarse y continuar buscando mejores postores donde seguir gozando de favores entre los miembros de la corte castellana sin importar los esfuerzos o el empeño que hubieran de poner en tal empresa.

Las damas comentaban secretos de la corte, de alcoba y de otras índoles. Algunas cuchicheaban entre sí y otras hacían grandes aspavientos para conseguir llamar la atención de las demás como portadoras de la mejor de las noticias.

Entre ellas, algunos caballeros comentaban lances y noticias de las fronteras con los reinos moros. Los que no hacía mucho habían estado allí sabían de la situación de primera mano y contaban las que conocían por haberlas vivido a los que tal vez nunca estuvieron o hacía ya demasiado tiempo que las recorrieron. Pero todos gustaban de oír hablar de aquellos reinos.

Entre tantos ires y venires, carreras de los mozos y de los criados, se oyeron voces a lo lejos como de discusión, pero entre tanta gente, pasaron desapercibidas. Los rumores se acallaron cuando se oyó un grito de mujer desgarrado y un sordo golpe que, hizo que todos callaran y corrieran hacia el lugar de donde provino.

Una mujer yacía inmóvil en el suelo, un tembloroso Enrique rodeado de dos de sus afectos estaba al lado de ella. Por lo que pudieron acertar a decir, parecía que aquella mujer hubiera caído de una de las torres o desde las almenas.

Las miradas se volvieron hacia arriba y pudieron apreciar las luces de algunas lámparas que en el interior se movían de un lado para otro. Alguien estaba arriba y sabría a buen seguro qué había ocurrido.

La voz del príncipe Enrique sonó histérica dando una orden tajante.

—¡Atended a la dama, estúpidos...!

Capítulo 20

Pasó algún tiempo desde que se erradicó la plaga de la mosca entre los granjeros. El maestro Elías había conseguido que poco a poco se fueran sanando aplicando el ungüento elaborado a partir de la agrimonia. Al principio los resultados fueron confusos debido a que no se acataban a rajatabla las indicaciones de separar las bestias infectadas principalmente. Poco a poco fueron cediendo los síntomas, desaparecieron los contagios y así fueron sanando los animales.

A pesar de ello fueron muchas las quejas de algunos campesinos, especialmente de los que perdieron varios animales. Pero los agradecimientos de los que consiguieron salvar los suyos pudieron más que las presiones de los detractores.

El maestro Elías estaba satisfecho de haber podido conseguir vencer aquella enfermedad que, podía haberse extendido y originado penuria en la comarca, pues fueron muchas las pérdidas que tuvieron que afrontar los granjeros.

Pero todo había cambiado. De nuevo la economía parecía estar algo más pujante y los animales sanos daban rendimiento a las granjas como era de esperar. En este estado de bienestar las monedas fluyeron y la bonanza flotaba en el ambiente, cosa que hizo olvidar los pasados acontecimientos.

No había sido el único problema al que tuvieron que enfrentarse el maestro Elías y Manuel. Hubieron de erradicar una plaga de langosta que vino a asolar la campiña de Salamanca y también hubieron de combatir muchos casos de urticarias que se produjeron entre los braceros del campo al extenderse unas ortigas que crecían cerca de algunos campos de cultivo y que trataban de arrancar, pero que, en ocasiones se mezclaban con los cereales y les producían fuertes reacciones al simple roce en los brazos o las manos durante la siega.

Manuel seguía aprendiendo y mostraba gran interés por la botánica y la farmacia pudiendo ser capaz de preparar y mezclar los remedios que gustaba probar, ora en los animales, ora en las personas. Pudo comprobar en muchos casos que hombres y animales podían ser curados con los mismos remedios en varias dolencias. El maestro Elías le había advertido de su eficacia, pero él necesitaba comprobarlo y experimentar por su cuenta para adquirir el conocimiento y recordar la causa y el efecto. Así fueron pasando los meses entre el trabajo, el estudio y el descubrimiento. Hasta que un día, cuando se presentó en la tienda del maestro como solía hacer, se llevó la sorpresa de encontrar un mozo junto a él que le iba entregando cuanto le pedía éste como si fuera un miembro más en aquel equipo. Se lo presentó como David.

—Desde ahora David trabajará con nosotros. Me lo ha encomendado el rabino.

—Muy bien, maestro. Bienvenido... David.

—¿Tu nombre es...?

—Manuel...me llamo Manuel.

El maestro continuaba trabajando mientras hablaban y Manuel poniéndose su sobre todo de franela sobre las ropas comenzó a ordenar los anaqueles algo revueltos y con los recipientes entre mezclados como pudo comprobar.

—He estado mostrando a David algunos ingredientes.

Fue la explicación que dio el maestro para justificar aquel galimatías. Siguió machacando en el mortero una amalgama de sustancias que estaba preparando.

—Toma David, sigue tú. Manuel, ven un momento...

El maestro se acercó a un arcón alejado de la mesa de trabajo y levantó la tapa sacando unos lienzos del interior.

—Tenemos que cortar en tiras estos lienzos.

El maestro hablaba en voz alta para que David no pensara que hablaba a sus espaldas y bajando el tono a un susurro se dirigió a Manuel.

—El rabino me ha dispuesto que lo forme, el conoce ya muchas plantas y elabora afeites y esencias. Su voluntad es que después pueda trabajar conmigo.

—Me hubiera gustado poder hacer lo mismo, lo sabéis maestro.

Elías asintió despacio, pero veía la preocupación en su semblante.

—No te preocupes. Todo ha de seguir igual. Sabes que no puedo negarme, es uno de los nuestros y, has de saber que...

Manuel se acercó aún más y ambos se agacharon ante el arcón, trasteando en el interior.

—Maestro...

—Ha sido llevado ante el rabino por un rico comerciante...un tal Pedro Ayuso. Es hombre influyente y negocia con nuestra comunidad.

—¿Pedro Ayuso? ¿He de saber quién es?

—Yo te lo diré. Pretende a tu ama.

Ahora el rostro de Manuel reflejó la sorpresa y el asombro.

—No sabía que...

—Eso no importa...Volvamos.

Fueron sucediéndose las jornadas de un modo monótono. Cada día llegaba al taller del maestro Elías y encontraba a David en buena disposición, obediente a las órdenes que recibía y con iniciativa para resolver muchas cuestiones.

El maestro Elías no le demostraba falta de interés y seguía teniéndole en gran consideración, pero empezó a escuchar, “deja Manuel, David lo hará...”, o “David traerá las plantas...”, o “David ha preparado...” ¿Qué haría él de ahora en adelante? De seguir así quizá el maestro dejaría de instruirle y quedaría relegado a la tutela de Catalina.

Tal situación hacía que el ir al taller del maestro se le hiciera muchos días cuesta arriba, pues algo había cambiado en la armonía y el gusto por el trabajo allí.

Para colmo, desde que Pedro Ayuso se presentó por sorpresa un día en casa de la señora Catalina, todos notaron que algo estaba cambiando su carácter, alterando el orden de la casa, cosa sorprendente por la deferencia y donosura con que aquel hombre la regalaba. Pero algo comenzó a engrandecer su preocupación aún más. Enseguida fue consciente de su descontento ante su

presencia como aprendiz en la botica, por lo que involuntariamente comenzó a forjar un sentimiento de aversión hacia el tal Ayuso, por ser el desencadenante de sus pesares, ya que además fue él quien trajo a David a casa del maestro Elías y pronto supo que era amigo y protector del susodicho.

Las cosas no podían pintar peor. No le quedaba mucho tiempo de formación para poder ejercer de apotecario pero, en su condición de extranjero, nadie querría acogerlo. Tuvo miedo y se sintió de nuevo sólo e inseguro. Habían vuelto a desvanecerse sus esperanzas y para colmo notaba que Catalina estaba más arisca y más déspota que nunca.

Tampoco el resto de miembros de la “familia” estaban felices por los cambios que se habían producido desde la visita de Pedro Ayuso, que en sí fue grata y en la que agasajó especialmente a Catalina, aunque también a María, con presentes que provenían de lugares lejanos. En los días que siguieron vio a madre e hija enredando con algunos tejidos hermosos, collares de cuentas y unas ajorcas. Quizá fantaseando sobre trajes y otros caprichos propios de mujer. A María le trajo además una avecilla pequeña dentro de una jaula muy trabajada en filigranas de alambre y madera, cuyo canto alegraba a la muchacha que le decía cosas hablando al ave como si de una persona se tratara.

—Hola, pequeñín....

—Pííííí

—¿Cómo estás hoy?

—Pííííí

—Voy a ponerte un poco al sol, que hoy está la mañana fresca.

—Pííííí

—Así está mucho mejor. ¿A que sí?

—Pííííí

Así en muchas ocasiones durante el día. No eran más que cosas de chiquilla pero en tales cuestiones se disgustaba Catalina porque rompía la paz de la casa con aquellos secos y agudos píos que el pájaro emitía para responder a la moza.

Nuño también pareció sufrir las consecuencias pues, durante el tiempo de la visita y también después de ella, recibió más reprimendas y más puntapiés de los que estaba acostumbrado, lo cual lo dejó servido para una larga temporada, aunque mucho temió que la cosa ya no volviera a la normalidad nunca.

La visita a Toledo para ver a su hija Teresa y cumplir algunos encargos para el arzobispo Alonso Carrillo, para quien ella trabajaba, alejaron de nuevo a Pedro Ayuso de Salamanca y, aunque Manuel no podía poner en pie nada concreto, sospechaba que habían fijado una fecha para la boda. Catalina y Pedro se casarían pero no sabía explicarse su molestia ante tal hecho. Sabía que aquel acontecimiento, a pesar de traer una estabilidad a aquella familia que la necesitaba, modificaría también su situación y supondría que su estancia allí podría darse por acabada o, seguro que dejaría de ser como lo había sido hasta la fecha.

Desde que se volvió a marchar Pedro Ayuso Catalina se había vuelto algo esquivia y en muchas

ocasiones se mostraba taciturna. Pero lo que más cambió fue la manera de comportarse con los muchachos, con Nuño y con él mismo, incluso con la joven María.

Eran más frecuentes las reprimendas, los castigos e incluso los golpes. El joven Nuño fue la principal víctima de sus iras. Muchos fueron los días en que no probó bocado y también muchos los que durmió al raso y hubo de trabajar más horas de lo acostumbrado.

El muchacho estaba siendo muy sumiso pero se estaba volviendo un ser cabizbajo, había perdido su buen ánimo y rehuía la mirada a todos, evitando hablar con ninguno de los de la casa. En vez de eso, hablaba solo y hacía a veces grandes aspavientos acompañando sus peroratas. Manuel lo miraba en ocasiones con ternura y echaba en falta no poder darle el cariño que no tenía y que sin duda necesitaba.

Camino a casa del maestro iba reflexionando en toda su crudeza la situación en que se encontraba y, cómo había cambiado todo en poco tiempo. Tuvo lo que había creído un hogar y se le escapaba de las manos.

La puerta estaba abierta cuando llegó y al alcanzar el laboratorio se asomó al interior viendo a David enfrascado en el preparado de alguna receta que le hubiera encargado el señor Elías, que no se encontraba allí, como era su costumbre, cosa que le extrañó. Manuel se dirigió hacia donde se encontraba David para saludarlo y ponerse a trabajar.

—¿Puedo ayudarte, David?

—Si es tu deseo...

Notó que David le habló secamente y tenía la mirada esquiva. Hizo como si nada y siguió hablándole.

—¿Qué estás haciendo?

—Encargos que me ha dejado el maestro.

—Bien, te ayudaré.

—¿Por qué no limpias un poco? Acabará esto en seguida y...cuando termines, podrás marcharte.

—Pero, ¿a qué viene esto? Vengo como cada día para ayudar sí, pero sobre todo para poder seguir con mi aprendizaje.

—Bueno, por eso te estoy diciendo lo que puedes hacer. Ya hice todos los encargos y no queda nada por hacer.

—¿Dónde está el maestro?

—Bueno, por fin se ha marchado a Ciudad Rodrigo a ver a unos parientes. Llevaba tanto tiempo deseando hacerlo, sin poder dejar la tienda...

—No sabía nada, ¿por qué no lo hizo antes, si estaba yo para ayudarle?

—Yo estoy aquí ahora y, puedo dedicar todo mi tiempo y esfuerzo para cuidar de la tienda.

Manuel sostuvo unos segundos la mirada de David y finalmente la bajó al suelo, quedando cabizbajo durante unos instantes.

—¿Por qué no me dijo nada?

—Estaba preparando todo. No ha tenido ocasión.

La pérdida de la oportunidad, el fracaso, el abandono y la soledad atravesaron su pensamiento. Sólo añoraba al maestro, sus ratos de conversación durante el trabajo le sirvieron de más aprendizaje que todos los días en los que se dejaba la espalda limpiando, acarreado bultos o enjalbegando las paredes en la tienda de la señora Catalina. Si ahora eso terminaba, todo lo tendría que dar por perdido.

—¿Qué debo hacer ahora? Me quedaré o ¿durante la ausencia del maestro no debo acudir para ayudarte?

—Puedes hacer lo que te plazca, tanto me da una cosa como la otra. La verdad es que no me dejó instrucciones para ti, ni para que cuidara de tu persona. Supongo que lo olvidaría...su cabeza a veces no funciona bien.

A pesar de notar el tono de sarcasmo en las palabras de David. Pensó que quería que él creyera que ahora era el encargado de la tienda.

—Ese no es el maestro que yo conozco. Siempre recuerda nombres, cantidades y todos los detalles de cada fórmula... Tú no hablas en serio, sólo quieres preocuparme.

—Todo lo contrario, quiero que te dediques a tus cosas. Tienes un trabajo para ganarte la vida. Aquí estás de más, el maestro ya no te necesita. Es más, creo que podrá disfrutar de su tiempo libre, ahora que estoy yo aquí para ayudarle.

—Yo también le ayudo. Y pienso seguir haciéndolo a pesar de tus consejos. Él es mi maestro y le respeto.

—Creo que ahora estaré yo ocupándome del negocio y no pienso como él en recoger a cualquiera de la calle. No necesita a nadie más que a quien le saque el negocio adelante y le ayude a vivir mejor.

—Solo el peso de tu conciencia será suficiente para lo que estás haciendo conmigo. Estoy seguro de que el maestro no ha dicho eso...Estoy seguro. ¡Eso es cosa tuya!

Manuel salió del cuarto apresuradamente ante la falta de interés de David quien siguió a lo suyo sin mirar siquiera como salía.

Las lágrimas arrasaban los ojos de Manuel por la ira que sentía y también por la desazón que le creaba la situación de desamparo. David había venido para poner su pequeño mundo patas arriba y el maestro había desaparecido sin dejar rastro ni había dejado nada dicho para él. Todo se había acabado.

Anabela estaba revisando los arcones donde estaban las pertenencias de su señora. En breve habrían de partir hacia un destino desconocido para ella, ya que Juana, en su niñez había vivido allí a temporadas con su madre desde que fue apartada de la corte al terminar su regencia, sustituida por don Pedro, tío de su hermano, el ahora rey Afonso y a su vez suegro desde su casamiento con la reina Isabel.

Llevaban ya varios meses preparando el ajuar para Juana, había empleadas bordadoras que

estaban decorando las piezas de sábanas con las iniciales de los futuros monarcas entrelazadas. Enjugadores, paños, túnicas y camisas, todas cortadas en las mejores piezas de tela y bordadas ricamente con los escudos de la casa de Avis. Las camisas, a pesar de estar bordadas, eran prendas sencillas y para que fueran cómodas se les daba vuelo añadiendo dos piezas de forma triangular para unir las en los costados. Las mangas de las camisas también eran amplias y más largas que el brazo, bordadas con algunos adornos en colores, eran más estrechas en los puños para que se sujetaran y fueran algo abullonadas para tener más amplitud. Le hicieron algunas camisas margomadas, más elaboradas, que se sujetaban con pliegues ordenados mediante puntadas, al estilo de las que se usaban en Castilla en colores azul y rojo y otras del color del lino en crudo.

Ahora iban a empezar a preparar los vestidos para que en una temporada no precisara de los servicios de los sastres castellanos. Habían comprado varias piezas de paño, algunos terciopelos y también muchas piezas de encaje, finos lienzos bordados y otros elementos, como las piedras de aderezo, que cosidas en los trajes tendrían el realce que merecía una infanta de Portugal.

Juana le había pedido ayuda acerca de la elección de los tejidos y, ahora estaba esperándola para concretar con los artesanos, el modo en que se cortarían los trajes que debía lucir la infanta. Habrían de preparar varios, para la boda, para la fiesta, para el recibimiento y para la presentación a los cortesanos de Castilla. Además de unos cuantos que estuvieran a la altura de las distintas obligaciones que, como reina de Castilla habría de desempeñar. Para lo cual se harían varias sayas con sus mantos a juego, además de varias tocas y otras prendas apropiadas al protocolo de la corte.

Anabela sabía de sus indecisiones en estas cuestiones banales, pero sabía que en las importantes no le temblaría ni la voz ni la mano si tuviera que actuar. Para tomar las decisiones sobre esas fruslerías, ya estaba ella, quien a su lado la ayudaría sin equivocarse. Acababa de abrir los arcones disponiendo algunos tejidos sobre el lecho y había combinado con los adornos algunos detalles para ver qué opinión merecían a la infanta. Cuatro costureras y el sastre real esperaban en un rincón de la estancia y se afanaban en abrir piezas de tela y rebuscar en fardos, distintos paños y también algunas pieles que servirían para el ajuar de Juana. No se iba a reparar en gastos para que pudiera brillar en todo su esplendor.

Cuando Juana entró en la estancia todos los presentes se pusieron en pie y dejaron lo que estaban haciendo para agasajar a su señora, haciendo una elegante reverencia a su paso. Se acercó hasta donde estaba Anabela y con la mejor de sus sonrisas se dirigió a todos.

—Confío en que hayáis dispuesto todo por mí. Sabéis que tengo plena confianza en mi dama y ella conoce mejor que nadie mis gustos.

Anabela se dispuso a hablarle en voz baja ante la mirada de los presentes que se interrogaban de hito en hito con la vista unos a otros, a la espera de instrucciones.

—Señora, he dispuesto algunas de las prendas, pero quiero vuestra aprobación. Deben gustaros.

—Sabes que me gustarán. Serán las más apropiadas porque tú lo has dispuesto así.

—¿Entonces, pueden empezar?

—¡Qué comiencen a trabajar! En dos semanas veremos los resultados y propondremos otros

vestidos, si es menester.

Fue Anabela quien tomó la palabra.

—Bien, ya habéis oído a la infanta. Idos a trabajar y vos, sastre, acercaos.

El buen hombre se dirigió hacia las damas y con la cabeza inclinada esperó que le dijeran qué querían que hiciese.

—Habréis de cuidar que todo se haga como os indiqué. En el plazo convenido veremos el resultado y podréis continuar si es de la aprobación de doña Juana.

—Como deseéis, señora.

Con rápidos movimientos recogieron sus bártulos y dejaron la estancia en completo silencio. Ya a solas la infanta y su dama rieron con complicidad debido al celo de los artesanos.

—Harán un buen trabajo, no tengo duda.

—Lo sé. Por eso no quiero ser remilgada ni caprichosa.

—No lo sois. Pensad que están para servirlos. Tenéis que aprender a ser toda una reina. Esto es una menudencia.

—Tu deberías ser la reina y yo tu dama. Eres fuerte y yo, solo estoy asustada.

—Pierde el miedo, estaré a tu lado y te ayudaré a no vacilar. Ambas seremos la reina si es preciso, pero nunca nadie dudará de vuestra realeza,

—Así ha de ser.

La mañana declinaba y la hora del almuerzo estaba próxima. Tomando su breviario de la mesa, Juana se dirigió al reclinatorio.

—Déjame ahora. Bajaré en un instante.

—Como gustéis.

Anabela salió discretamente y cerró la puerta del cuarto tras de sí procurando no hacer ruido. Pensó en que tal vez Juana estuviera atribulada por algo. Quizá habría recibido noticias que ella ignoraba. Pero, algo habría dicho. Se perdió en el corredor dirigiéndose a las cocinas reales donde podría cerciorarse de que estaba todo dispuesto para el almuerzo.

Mientras, en casa del maestro, David continuaba trajinando en torno a las redomas haciendo mezclas diversas con las plantas. Había aprendido lo más esencial para distinguir las, recolectarlas y también a conocer sus aplicaciones. Por ello, se encargaba de los remedios básicos y los preparaba para la venta. Se disponía en aquel momento a buscar unos pequeños recipientes donde colocar los preparados para llevarlos al mercado. La puerta se abrió y apareció una figura algo encorvada envuelta en una manta.

—Pero, maestro, no deberíais abandonar la cama. Tenéis que reponeros. Aquí tengo vuestro preparado. Debéis tomarlo ahora mismo.

—Ahora volveré, muchacho. He venido a ver si había llegado Manuel, quiero hablarle de un

asunto.

—No, no ha venido aún, ni ha mandado recado tampoco.

—Qué raro. No es su manera de actuar.

—Tendrá mucho trabajo en la botica de la señora Catalina. Se lo oí decir el otro día.

—Hubiera mandado recado.

—No habrá tenido tiempo de ello.

—No digas eso. Es un chico responsable.

—Pronto sabrá usted de él y ahora, vuelva al lecho, maestro. He de terminar estos preparados.

Salieron juntos y David acompañó a Elías hasta su cuarto ayudándolo a tenderse en el lecho donde lo arropó.

—Eres un buen hijo... Si mañana no viene Manuel, irás a buscarle. Prométemelo.

—Ahora, descansad. Pronto le traeré un plato de sopa bien caliente. Hay que reponer fuerzas, maestro.

Salió dejando a Elías reposando en su cama y regresó al taller a terminar sus tareas. No tenía tiempo que perder.

Cuando Manuel regresó a la tienda tras hacer los encargos y después de haber salido de casa del maestro Elías, Catalina estaba enfrascada en colocar tarros en los estantes, subida a unos cajones de madera y los clasificaba al mismo tiempo para poder acceder fácilmente a ellos y también controlar los que iban quedando. María tenía sobre sus brazos sujetando algunos de ellos para que su madre pudiera alcanzarlos y seguir con su tarea. Al entrar en la pieza, María le lanzó una sonrisa de complicidad al alegrarse de verlo de nuevo. Manuel le devolvió la sonrisa.

Al no estar pendiente de la mano que iba colocando los tarros, María no se puso a la distancia adecuada y uno de los tarros se quebró contra el suelo en pedazos ante la sorpresa de Catalina que se puso hecha una furia bajando apresuradamente. Ante el estrépito y jaleo que se estaba produciendo acudió Nuño corriendo con el ánimo de poder ayudar.

Se interpuso entre María y Catalina que estaba bajando en aquel momento, tras haber dejado los tarros mal colocados. Nuño llevaba en sus manos un gran barril lleno de bálsamo de romero y ortiga que, irremediablemente cayó al suelo vertiéndose el preciado contenido que quedó desparramado sobre los vidrios del tarro roto anteriormente.

Quedó Nuño hecho un auténtico Cristo pues, había caído sobre los pedazos de loza y se había causado heridas en manos y piernas además de estar pringado en toda la ropa y el cabello. Catalina fuera de sí la emprendió a puntapiés con el pobre Nuño, quien recibió una lluvia de golpes sobre su ya maltrecho cuerpo, al tiempo que otras tantas imprecaciones acerca de su torpeza, inutilidad y otros calificativos igual de malsonantes.

María con las manos cubriendo su boca para no soltar exclamación alguna miraba la escena impávida, temiendo la ira de su madre, que bien conocía, mientras que las lágrimas corrían libremente por su rostro blanco como la nieve.

Tratando de captar la escena que estaba teniendo lugar en la botica, estupefacto y con el ánimo

roto por su episodio con David, Manuel explotó. Avanzando a zancadas fue hacia donde estaba Catalina y la tomó por el brazo que tenía levantado ante el asustado Nuño que ya ni reía, ni lloraba, pues era como un juguete roto que está recibiendo las rabieta de un niño malcriado.

—Déjalo ya, mujer.

Catalina se volvió hacia él y lo fulminó con la mirada como si de una hidra se tratara y fuera a convertirlo en estatua.

—¿Por qué no me pegas a mí también?

—Así que eso es lo que estás buscando...Pues no temas. Tengo para los dos.

Catalina se desasí con violencia de su brazo que la tenía inmóvil, sintiendo la fuerza con que la estaba presionando y, algo en su interior se puso alerta.

Fue a buscar una tranca que guardaba tras el mostrador para ahuyentar a los ladrones y con ella en alto, fue hacia él.

—¡Eso es! Muéleme a palos. Pero si lo haces, debes saber que te devolveré cada uno de los golpes que consigas darme.

Manuel había lanzado aquellas duras palabras en un arranque de ira provocado por su estado de ánimo. Midiéndose ambos con la mirada, ninguno se terminaba de decidir a tomar la iniciativa y actuar.

Fue Catalina la que rompió el silencio.

—Eres un zagal deslenguado... Me parece que también necesitas entrar en vereda. Nunca creí que tendría que tratarte de este modo... pero veo que sois de la misma calaña...

Tomando fuerzas, o buscándolas donde no las tenía, blandió el palo que había cogido en alto y fue hacia él sin apartar la vista. Le estaba retando.

—Has de saber, señora, que soy quizá deslenguado, quizá mi educación sea mala, pero mis padres me la dieron y aprendí con tan poco a respetar a los débiles y venerar a los ancianos, a cuidar de los desvalidos y a guardar distancia con las damas.

—¡Cuánta palabrería! ¡Ven que te daré lo tuyo!

Así pues, Catalina lanzó el primer golpe que logró esquivar Manuel con gran agilidad, saltando como un gato. Se puso tras ella y la desarmó cruzando sus brazos a la espalda, quedando así inmóvil mientras le hablaba al oído sin gritar, pero tampoco bajando la voz, para que todos lo escuchasen.

—Eso es, ¡cuán fuerte sois, Catalina...! Pero os habéis olvidado de una cosa, soy un hombre. No debéis tratarme así, aunque esté a vuestro servicio. Ni os hice mal, ni vos debéis hacerlo a quienes os guardan. Así que tened vuestro genio y pensad en lo que estáis haciendo pues este hombre seguirá a vuestro servicio, sin palos ni insultos y así será para todos, pues os respetamos de igual modo. Recordad que, antes que como enemigo, me deberéis tener como hombre de la casa que guarda de ella como si propia fuera.

Catalina quedó muda y su interior se agitó convulsivamente. Sus nervios se calmaron y las piernas comenzaron a flaquear. ¿Cómo tomar aquella actitud? Sentía la fuerza de su presión y el

aliento de Manuel en su nuca. No se resistía, sólo intentaba ganar tiempo para pensar qué debía hacer. Sin saber de qué modo consiguió desasirse de aquella tenaza y salió apresurada hacia el interior de la casa. Nadie trató de seguirla.

Manuel y María prestos se pusieron a atender al pobre Nuño que había quedado malparado y tenía cortes y magulladuras en muchas partes del cuerpo.

Lo llevaron a la cocina donde, sobre la mesa, le tendieron y lavaron sus heridas. Manuel trajo un emplasto para restañarlas y María con sumo cuidado lo iba aplicando por los brazos y piernas del muchacho. No habían despegado los labios. En complicidad todos se miraron y sonrieron con la sensación de compartir sentimientos que solo los seres queridos pueden entender.

—Has sido muy valiente Manuel. Mi madre cuando pierde los nervios no razona. Ya la conoces.

—Sí, pero estoy harto de que siempre este infeliz acabe como un guiñapo.

—Pues tú estuviste a punto de acompañarlo.

—Tienes razón... Por no hablar del estropicio que se ha liado.

—Alguien lo habrá de pagar. Trabajaré más, haré lo que ella quiera...

—Primero hay que solucionar esta situación. Hablaré con mi madre.

Catalina, oculta tras el postigo de la puerta trasera de la botica les oía hablar pero sabía en su interior que era el momento de actuar o todo se iría al traste.

—¿Qué te ha de decir?

—Creo que me echará... Tal vez lo merezca. Hoy todo sale mal.

—No desvaríes. Tengo que hablar con ella lo antes posible, antes de que tome ninguna decisión. Si lo hace, no se echará atrás... No quiero que haga algo de lo que se pueda arrepentir.

—Tú la conoces bien.

—Creo que tú la conoces mejor que yo.

Manuel se sonrojó ligeramente al oír aquellas palabras de María. Sabía que estaban juntos en esto a pesar de que ella tendría que estar de parte de Catalina. Sin saber muy bien cómo, intentó tranquilizarla.

—Solo es una mujer.

—Es mi madre.

—Pero está sola y eso no es fácil.

—Creo que recela de todos.

—Bien, haz lo que creas que debes hacer. Dejemos que Nuño descanse un poco.

El zagal se había quedado acurrucado sin abrir la boca y Manuel le tomó en brazos para llevarlo al jergón mientras María se fue en busca de su madre. Tras los acontecimientos del día, una sensación de quietud lo invadió.

Mientras madre e hija andaban en plena discusión que desde sus jergones pudieron oír, se mantuvieron en silencio vencidos por el sueño y la noche.

Capítulo 21

Manuel se agitó en el lecho. Acababa de ver a Anabela acompañando a la infanta Juana y ambas disfrutaban del sol en los jardines rodeadas de lindas flores y mariposas. Eran tan felices que las miraba satisfecho al verlas así. El cielo se encapotó y una terrible tormenta empezó a desatarse por lo que ambas corrieron despavoridas en busca de refugio entre terribles relámpagos y truenos, sacudidas por una tenaz lluvia. Queriendo ir en su ayuda echó a correr a grandes zancadas y, por más que avanzaba, ellas cada vez estaban más lejos, mojándose y temerosas del fragor de aquel temporal.

Despertó agitado, pues el zarandeo que sintió, no era debido a la tormenta, sino que era Nuño sacudiendo sus brazos para que se levantara de una vez. Con los ojos aún velados por el sueño, consiguió ver al muchacho con aquella sonrisa que conseguía iluminar cualquier oscura pesadilla. Aquello le hizo regresar a la realidad y recordando el sueño se sorprendió del tiempo que hacía que no soñaba con Anabela. La desazón le nubló la mente y trató de evitar tales pensamientos volviendo a mirar a Nuño.

—¿Cómo he de decirte que no me despiertes así?

—¿Así, cómo?

—Pues, así... zarandeándome.

—¿Y cómo quieres que te despierte? Duermes como una piedra.

—¿De verdad sabes cómo duermen las piedras?

—¡Claro! Como tú.

En estas salió corriendo Nuño hacia el patio para traer la jofaina y lavarse y Manuel fue tras él a medio vestir, con la camisa y el pelo en desorden. Disfrutaba viendo feliz a aquel chiquillo.

—¡Te cogeré enano!

En el centro del patio, Nuño reía todavía. Ya había llenado la jofaina con agua y volvía hacia donde Manuel se encontraba.

—¡No se te ocurra!

El muchacho seguía hacia delante y mantenía la mirada pícaro. Yendo hacia Manuel le vació la jofaina encima, salió corriendo y lo dejó empapado en mitad del patio.

—¡Dios, mío! ¡Lo ha hecho! ¡Te voy a deslomar!

Diciendo esto echó a correr tras él en desbocada carrera, pero se detuvo en seco al ver a Catalina en la entrada. Se sintió ridículo así empapado como estaba y aún sin estar vestido. Catalina le estaba mirando y dudó ante su reacción. Quiso aparentar que todo era normal.

—Buenos días, Catalina. Perdón, señora... Catalina.

Para su sorpresa, le habló con total normalidad.

—Manuel, quiero que me ayudes. Vamos a la tienda.

Enrique apenas acertó a articular una frase que transmitía vagamente el horror que le producía el pensar en una muerte en la corte y precisamente aquella noche. El barullo reinante que ocasionó aquel suceso, hizo que todos los asistentes se arremolinaran y quisieran saber qué había ocurrido. El príncipe Enrique no daba crédito y montó en cólera al ver la incompetencia de los suyos. Ahora habría de dar explicaciones a su padre.

Mientras tanto, tras los muros de los cuartos superiores se ahogaban las voces de los presentes en aquella estancia. Uno de ellos, vivamente alterado, era el prelado y maestro del príncipe Enrique, Alfonso Vázquez de Acuña, quien trataba de calmar a los demás.

—No os preocupéis, nadie sabrá nada.

—Y ¿qué diremos?

El joven respirando de forma claramente alterada aparecía apoyado contra el muro y su rostro parecía cobrar distintas tonalidades envuelto entre luces y sombras al parpadeo de la luz de las velas. Su voz temblaba y también sus manos.

—¡Estúpido! Vas a echar todo a perder.

—Pero si yo no...

—Escucha de una vez. Tú no sabes nada, no has oído nada y, lo más importante, no has visto nada. ¿Lo has entendido?

—Claro... monseñor. No he visto nada... Ni siquiera he estado aquí...

—Pues eso es lo que tienes que entender. ¡Estúpido! Desaparece de una vez. No quiero que estés aquí cuando vengan todos. Ve.

El atribulado joven salió de la estancia y no quiso mirar atrás perdiéndose por los corredores buscando tan sólo un lugar donde esconderse lejos de las miradas de todos.

El prelado por su parte pensaba rápidamente y se dirigió a un arcón para sacar un libro, con él en la mano se sentó ante una mesa y lo abrió despreocupadamente. Se concentró ante una lectura imaginaria que serviría para dar una excusa inocente. Por otra parte, nada temía de aquel joven, era un muchacho que había entrado a servir como camarero a órdenes del príncipe, un tal Alonso Herrera. Tenía mucho por lo que callar.

Entre los asistentes a la fiesta, un físico que se encontraba allí se había aproximado a la dama para reconocerla ante el asombro de los muchos presentes alrededor. Fue más rápido que ir a buscar a los físicos reales.

Pudo constatarse al verla que se trataba de una de las jóvenes damas de compañía que pululaban por la corte y que estaban al servicio de la reina. Su porte, traje y aderezos eran dignos de su condición. Algunos supieron o creyeron recordar su nombre, pero para otros sólo era una de tantas. El físico comprobó que se encontraba muerta por la caída de tal altura, que le había producido quebradura en el cuello y alguno de sus miembros. Su rostro y brazos se habían arañado al caer entre los arbustos que estaban junto a la fachada y también por el impacto contra el suelo. No había nada que hacer.

Cuando le dieron la vuelta todos se habían quedado admirados y sorprendidos al ver el

magnífico medallón que portaba al cuello, al parecer, un relicario guarnecido y montado en oro con piedras engastadas de esmerada talla y que tenía una cápsula con algún objeto sagrado en su interior. Algunos intercambiaron miradas, otros parecieron adivinar la procedencia de aquella joya. Otros palidecieron al temer las consecuencias de que aquella joya estuviera allí y no donde debería estar.

Cuando se hubo percatado el príncipe de la situación, viendo aquella reliquia a la que él veneraba, se sintió hervir la sangre. Estaba harto de los caprichos y de las negligencias, pero aquello había ido muy lejos y, aunque apenas pudo reaccionar, pensó que la venganza es plato que ha de servirse frío y dio orden de que la llevaran al interior y le prestaran debida atención. Los criados se dieron prisa en obedecer y al punto el mayordomo, acatando las órdenes del príncipe Enrique, quien ya estaba fraguando una buena reprimenda para los responsables, vino para anunciar que todo estaba dispuesto en el interior. Los invitados comenzaron a dirigirse hacia la puerta de entrada al castillo.

Catalina se dio media vuelta y desapareció dejándole en medio de su inseguridad. Pensando rápidamente, Manuel fue hacia su cuarto y se puso una camisa seca, se atusó el pelo y se guardó el faldón de la camisa. Aunque estaba en ayunas, no le importó ir en busca de Catalina pues sabía que había quedado pendiente una conversación el día anterior. Estaba dispuesto a pedir perdón, de rodillas si fuera necesario, pero no quería que Nuño se viera en la calle y, sabía que él también podía correr la misma suerte. Se dirigió a la tienda, donde ella esperaba. Tenía que aguantar el chaparrón y procurar que las cosas volvieran a su cauce.

—Solo voy a decirte una cosa. Si quieres seguir bajo este techo no vuelvas a meterte en lo que yo haga. ¿Me has entendido?

—Siempre os he respetado. Pero no creo que estuviera bien apalearse a un chiquillo por algo que a buen seguro hizo sin querer.

—Es un inconsciente.

—Es un muchacho. Os ayuda. Somos una familia. Al menos nosotros lo creemos.

—¿Con qué derecho os creéis mi familia?

—Con el derecho de trabajar juntos, de vivir bajo un mismo techo y de cuidar los unos de los otros.

—Sólo es trabajo.

—Os empeñáis en demostrar que sois el ama y para ello no es necesario que estéis en contra de todos nosotros.

—¡No te consiento que me hables así!

—Ahora nadie nos oye. ¿Por qué no sois sincera?

—No debo ser blanda. Solo sois unos holgazanes.

—Sabéis que no es así. Solo debéis vivir... disfrutar la vida.

—Soy una viuda.

—¿Por eso no podéis disfrutar?

—No, no puedo.

—Tenéis una hija estupenda que os adora. Nosotros también os respetamos... Nuño y yo. Pero no nos dejáis otro camino que temer vuestro continuo enojo. ¿Por qué?

Con los ojos tapados por sus propias manos Catalina comenzó a sollozar y se derrumbó deslizándose con la espalda en la pared hasta quedar sentada en el suelo.

—¿Cómo puedo hacerlo?

Catalina hablaba entre sollozos y se movía agitadamente. Estaba totalmente deshecha. Manuel sabía que debía animarla, aunque no sabía bien cómo. Se limitó a sentarse junto a ella y la abrazó con firmeza y ternura. En lugar de deshacer aquel abrazo, Catalina se refugió entre sus brazos y se abandonó dejando rienda suelta a sus lágrimas. Permanecieron largo rato abrazados y ella dejó de llorar y él limpió su rostro con el dorso de su mano suavemente mientras la miraba a los ojos. Catalina se incorporó sin querer separarse de él, sin querer dejar de sentir aquel abrazo cálido. A duras penas logró separarse de él. Manuel se levantó del suelo sin dejar de mirarla.

—Tal vez tengas razón. Debería de ser más egoísta y no empeñarme en luchar por nada más que por mí.

—Tienes derecho a ser feliz.

—Sabes que planeo casarme... en un futuro.

—Yo también espero el momento de unirme a la mujer que amo...

—Qué bobadas dices... Eres tan inocente.

—Solo vas a casarte por tener un trozo de pan y situar a María.

—¿Te parecen pocas razones?

—¿Y el amor?

—No lo recuerdo.

—Quizá sea eso. Pero todos necesitamos cariño.

—No digas eso.

—¿Otra vez te estás engañando? Cuando necesites un abrazo... estoy aquí.

—¿Estás tratando de confundirme? No sé qué quieres de mí.

—Quiero verte feliz.

—¿Y cómo podrás conseguir tal dislate?

—Estando a tu lado cuando me necesites.

—¿Acaso me hablas de otra conveniencia?

—Hablo de convivir...

—Quieres tenerme bien atada ¿Es eso?

—¿Para qué habría de tramar tal cosa?

—No sé qué quieres de mí y eso me asusta.

—¿Tienes miedo, no? Yo no te he buscado...

—¿Qué insinúas?

Le tomó de la mano y se encaminaron hacia la tienda. Manuel supo que había acertado. Tenía miedo a parecer débil, pero no quiso replicar. La jornada ya debía haber empezado y todo debía volver a la normalidad.

—Vamos. Preparemos los pedidos, hay que repartir algunos encargos. Ya puedes buscar a tu Nuñico. No quiero verlo por aquí haraganeando y, antes avisa a María, tiene que hacer algunos recados.

Manuel obedeció diligente y en pocos minutos María se dispuso a salir para cumplir con sus encargos. Él mismo ayudó a Catalina con los remedios y prepararon un canasto donde los llevaría Nuño. Con cada uno una nota con el nombre de su destinatario y su receta, precio y modo de uso.

El chiquillo se alegró por fin de poder hacer algo útil y se dirigió a la puerta. María se hizo la remolona en la entrada y salió a la calle donde la luz de la mañana la engulló mientras hacía tiempo para que Nuño saliera y caminar juntos un trecho hasta que tuvieran que separarse. Le gustaba reír con él y hablar de mil tonterías, pero lo que más le hacía disfrutar era que juntos construyeran sus fantasías, sin pie ni cabeza, pero que tenían siempre finales felices y eso hacía que sus problemas quedaran en el olvido.

Catalina regresó a la tienda y Manuel la siguió. Había mucha tarea por delante. Comenzó a preparar tarros y otros recipientes sobre la mesa para subirlos a los estantes. Subió dos juntos y empezó a disponer los anaqueles para que pudieran colocarse allí todos los que había que ordenar. Volvió a bajar y Manuel la detuvo sujetándola por la muñeca.

—Deja, yo lo haré.

Subió ágilmente a los cajones de madera y subió unos cuantos tarros a la vez, colocándolos en los huecos que Catalina había dejado preparados. Volvió a bajar y subió otros tantos, mientras estaba colocándolos Catalina, nerviosa, iba de un lado a otro. Manuel ajeno a cuanto pasaba por su cabeza seguía con el ir y venir de cacharros dando los últimos toques a los envases arriba dispuestos.

Empezó a descender despacio y cuando apenas quedaba distancia para llegar al suelo, Catalina se abrazó a su cuerpo con los ojos cerrados, de tal suerte que la cabeza quedó a la altura de sus muslos. Manuel se detuvo sin saber bien qué hacer.

—Señora... ¿qué tenéis?

Por toda respuesta obtuvo un sollozo y varios suspiros.

—Decidme algo... Catalina.

Capítulo 22

La música sonaba en el salón central y envolvía el ambiente entre el son de dulzainas, tamboriles y los propios cantos que los tañedores de laúd acompañaban. El baile comenzó a invitar a los presentes a describir sus piruetas con más o menos gracia mientras el príncipe que, aquella noche presidía la fiesta, en ausencia de los reyes que se excusaron por indisposición de la reina, trataba de aguantar el tipo y aparentar tranquilidad para que el festejo no perdiera su esplendor.

En otra pieza del castillo muy lejana a aquel salón una dama temblorosa estaba sentada sobre un asiento próximo a un lecho y una figura cuyos contornos se diluían en la oscuridad de la sala, se movía apresuradamente alrededor de ella. La dama ocultaba su rostro entre las manos y parecía nerviosa al saberse observada por aquella figura imponente. Sabía que otras personas ocultas a su visión la observaban, seguramente tras los tapices que separaban la pieza de un cuarto contiguo. Aquello la ponía mucho más nerviosa pero a la vez le resultaba gratificante.

—¿Sabes por qué estás aquí?

La dama no había articulado palabra, sólo movió la cabeza nerviosamente y miraba a su alrededor con desconfianza.

—¡Vamos! No seas tan remilgada. Es un honor que estés aquí... Has sido elegida... por tu donosura ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí... señor.

—Bueno, ahora, quiero que escuches solo mi voz. Yo te iré diciendo lo que tienes que hacer y no has de temer nada en absoluto.

La muchacha, nerviosa se atusaba la falda de su rico vestido que le habían dado para adornarse. Unas doncellas le habían ayudado a ataviarse y aderezaron su peinado con flores naturales que lo perfumaban suavemente. Estaba radiante.

—Bien, ahora vamos a comenzar. Levanta y vete al lecho.

La muchacha obedeció y se detuvo esperando órdenes.

—Túmbate, ¡pronto!

—Abre tu vestido y sácate los pechos... con cuidado... despacio... así.

La muchacha titubeaba, aunque sabía que tenía que obedecer. Veía a las figuras moverse entre las sombras. Ahora la que le daba órdenes se había acercado a éstas y volvía apresuradamente.

—Quiero que ahora levantes tus faldas y que muestres tu... tesoro.

Con timidez, la muchacha obedeció y se iba descubriendo. No entendía aquel juego, hubiera sido mejor desvestirse de una vez, pero no se lo permitían. Le habían dicho cuando la convencieron para tomar parte en este lance que sería observada pero que no sería tocada ni un pelo, con lo que su honra en nada se vería maltrecha, por lo que nada habría de temer. A cambio tendría una buena recompensa.

Ya había oído a otras damas de aquellos manejos, que inocentes parecían, pero que en nada les

hacía mal, pues antes ganaban favores que los perdían. Y accedió a participar pues su más preciada amiga la convenció de la inocencia que había en algo que tantas veces hizo ella y que le había dado no pocas alegrías, pues entre bromas y risas le enseñaba una ajorca o algún delicado broche engarzado en oro.

Empezó a oírse alguna respiración agitada y sentirse algunos movimientos convulsos entre las figuras ocultas a su vista. Ella se limitó a descubrirse y así quedaron al descubierto sus partes más ocultas.

—Bien, bien, así está muy bien...

Con la voz entrecortada, aquella figura seguía impartiendo órdenes, aunque con menos autoridad y firmeza en sus palabras.

—Ahora, abre... las piernas... todo lo que puedas.

La muchacha así lo hizo y las figuras entre las sombras ya no ocultaban su agitación, incluso el hombre que le daba órdenes, también pareció perder el control de su voz y hubo de sentarse, al flaquear sus piernas.

—¿Quieres poner tu mano en la entrepierna y frotarte despacio?

La muchacha comenzó a hacerlo y las figuras se agitaron con gemidos sordos. La figura que estaba sentada frente a ella se manoseaba bajo su túnica y la voz se le entrecortaba.

—Tócate... también los pechos...

Obediente, acarició sus turgentes senos y no dejó de tocarse abajo, pues estaba experimentando gran gusto en ello. Se complacía y empezó a emitir jadeos que ya se unieron a los de los presentes.

—¡Ya basta! Gritó una voz recia desde la puerta de entrada que nadie vio abrirse. Era el rey.

Inmóvil, Manuel tenía su cuerpo en tensión y las piernas comenzaban a temblarle al estar en equilibrio sobre la improvisada escalera. Catalina dejó de sollozar y levantó la vista hacia él sin soltarse.

—Baja...

Manuel obedeció y sintió una punzada en el estómago. Él no sabía cómo tratar a las mujeres pues tan sólo había tonteado con alguna moza en su tierra. Cosas de críos sin importancia, pero aquello era distinto y no quería causar decepción a Catalina.

Cuando estuvo a ras de suelo sus miradas se encontraron y Catalina tomó sus manos y lo atrajo hacia sí. Le abrazó y él se dejó llevar respondiendo al calor de su cuerpo. Debía ser su propio instinto lo que le empujaba a buscarla y acariciarla, aunque temiera su reacción.

Estuvieron abrazados durante un largo rato solo sintiendo sus cuerpos. Deshizo el abrazo y le tomó de una mano yendo hacia el interior de la casa. Siguió hasta el cuarto donde dormía Catalina y una vez allí volvieron a abrazarse. Manuel la besó en ambas mejillas y buscó su cuello para seguir besándola. La rodeó con un brazo mientras con el otro intentaba explorar torpemente su cuerpo.

Sin decir nada le guio hasta el lecho y Manuel hizo ademán de hablar, pero ella posó los labios sobre los suyos no dejándole decir palabra alguna. Despacio volvió a besarle y él correspondió

sus besos hasta que se encontró con su boca entreabierta donde exploró hasta encontrarse con su lengua y se fundieron en un beso largo y suave, mientras se sentaban sobre el catre sin separarse.

Ella le tomó la mano y la introdujo dentro del corpiño, sobre los senos para que él notara como estaba palpitando su corazón. Manuel buscó el cordón y deshizo el nudo liberando aquellos pechos.

Catalina zafaba a Manuel de sus vestiduras para poder sentir su cuerpo y así le despojó de su camisa mientras iba atentando bajo su calzón sus nalgas tersas y prietas. Buscando su sexo alargó la mano nerviosa, notando que él se retraía. Miró su rostro ruborizado y siguió con la maniobra, encontrando el motivo que sin duda lo tenía turbado. Se desprendió de sus sayas y no tuvo pudor al desprenderse de la camisa para ofrecerle su cuerpo.

Manuel nunca vio mujer desnuda y quiso retener en sus ojos aquella imagen que prometía el gozo mutuo. Ella lo atrajo hacia sí. Manuel a su lado no apartaba la vista de su cuerpo y deseaba sentirlo contra su pecho por lo que la abrazó y en aquel abrazo, unido a un beso apasionado, Manuel se abandonó y se derramó sobre ella sin haberse siquiera unido. La vergüenza afloró a su rostro que quiso ocultar volviéndose. Le abrazó con cariño y le besaba en la cara sin dejar que él se retirara. Conocedora de los lances de amor, supuso que su inexperiencia le había llevado a tal proceder y, sin darle importancia, mantuvo su cuerpo junto al suyo y comenzó a acariciarlo de nuevo, en sus partes íntimas y le llevó la mano a las de ella.

Se mantuvieron largo tiempo abrazados y se unieron dos veces antes de dar por acabada la sesión amorosa. Catalina le zarandeó ligeramente, pues se había adormilado.

—Hemos de levantarnos, pronto tendremos compañía y hemos de aparentar que todo está como siempre.

—No hemos de aparentar nada y han pasado cosas que... Tú estás feliz.

Catalina le miraba con el rostro aún encendido y los ojos brillantes.

—Será nuestro secreto. ¿Podrás ocultarlo?

—Podré.

Mientras se vestían, Catalina iba componiendo el lecho y ordenando las ropas para guardar la apariencia. Se lavó en su jofaina y ofreció a Manuel el agua de la jarra para que pudiera hacer lo propio.

Salieron del cuarto cogidos de la mano y en aquel momento entraba Nuño corriendo y soltando la canasta vacía donde había llevado los mandados, al momento entraba María, cargada con varios bultos. Catalina soltó rápidamente la mano de Manuel recomponiendo el talante.

Bajó la cabeza y pareció meditar unos segundos. No podía engañarse. Manuel estaba en su mente todo el día. Ni los halagos de Pedro Ayuso, ni sus misivas, habían dejado aquella inquietud en su alma como la que sentía cuando sus ojos la miraban. No cabía en sí de gozo y temió que fuera su perdición.

Capítulo 23

En el patio de armas, la guardia personal del rey estaba apostada para su protección, ataviada con sus uniformes y con todos los pertrechos bien brillantes en una noche de gala como aquella. Estaban de descanso mientras se celebraba la fiesta en el salón de baile, salvo los guardias en los accesos, los demás charlaban relajados y se divertían en grupos. Unos reían sentados en el suelo, otros jugaban a dados y otros simplemente bromeaban hablando de mil y un chascarrillos propios de la soldadesca.

Junto a los muros cerca del interior, en un recodo tranquilo estaban dos figuras casi mimetizadas con las sombras, dos muchachos de la guardia estaban disfrutando de la noche a su manera. Uno apoyado contra el muro y otro tras sus espaldas se frotaba de tal suerte que buscaba el consentimiento del otro para poder entregarse a los placeres a los que sólo dos hombres podían entregarse. La noche olía a madreSelva y también a almizcle y humo de las hogueras, pero el sudor de aquellos cuerpos agitados en la sombra desprendía un cálido aroma que sólo ellos podían aspirar.

Se oyó una voz llamando a la guardia y todos parecieron dejar lo que estaban haciendo, para acudir al centro del patio. Su capitán los había reunido.

—Quiero que estéis alerta, ha habido una muerte y debemos extremar la vigilancia. Todos piensan que fue un accidente desgraciado que ha aguado la noche. Os quiero prestos y ojo avizor. No debe haber más sorpresas.

Los guardias se volvieron a dispersar y algunos pusieron agua a calentar en las hogueras a cuyo alrededor se sentaban, los chanceros siguieron contando chascarrillos y los amantes continuaron con su juego, hasta que estuvieron hastiados de dichos quehaceres.

Desde hacía varios años, el rey Juan había instituido la guardia real mora en un afán de aunar las culturas y fomentar la convivencia en un alarde de confianza hacia aquel pueblo que se veía forzado a la misma, situación en la que también se encontraban los cristianos. Se aceptaban simplemente. Era frecuente verle a veces vestido a la mora y ataviado con perfumes y esencias propias de aquellos pueblos. Sus hombres decían que era cuando realmente se sentía a gusto y quizá por eso lo hacía. En modo alguno complacía a la corte aquella guardia personal, era como si un cordero estuviera custodiado por lobos dentro de un corral, pero el rey no tenía reparo alguno en tal connivencia. Tal era así que gustaba de compartir fiestas con ellos y otros banquetes propios de los moros.

Esa afición la compartía el príncipe Enrique, aunque en modo distinto al de su padre. Enrique quería saber cómo vivían los moros y, por ello, entraba a los baños con ellos, a veces dormía con ellos o comía y hasta con ellos bailaba en las noches de luna clara. También gustaba de reír con ellos y todos sabían que se perdía en las sombras de las murallas entre los vuelos de las túnicas de algunos soldados complacientes.

Sin embargo, aunque padre e hijo compartían tal afición, nunca lo hacían conjuntamente. Bien se cuidaban de no coincidir nunca en tales demostraciones de cercanía hacia el pueblo árabe de mutuo acuerdo aún sin haberlo pactado previamente. Harto servían de disgusto a la reina tales desmanes, como ella los llamaba, echando en cara al rey que hubiera hecho a su hijo seguidor de aquellos manejos.

No le gustaban aquellas tropas que le olían a sangre, arena y polvo del desierto y le recordaban las derrotas y las muertes de tantos inocentes por su culpa. ¿Cómo podían obviar aquello y mezclarse con aquellos sucios soldados? Cuando ella pasaba la guardia real se cuadraba y ponían las armas rendidas a sus pies, pero ella sabía que si pudieran le atravesarían con lanzas su espalda sin miramientos y, en sus más recónditas pesadillas, llegó a verlo con claridad.

También en algunas de sus pesadillas menos trágicas había disfrutado viéndose rodeada de algunos de esos bribones que la cercaban y osaban rasgar sus vestiduras dejando al descubierto sus encantos para admirarla y ella no se resistía porque bien sabía que no le harían ningún daño.

Muchas jornadas habían transcurrido desde el primer encuentro de Catalina y Manuel como amantes. Habían buscado rincones, momentos y ocasiones libres de la mirada de otros para dar rienda suelta a toda la pasión que un joven descubriendo la sexualidad y una mujer concedora de ella podían llegar a disfrutar. La convivencia se había vuelto más relajada a pesar de que se guardaban las apariencias y la complicidad entre ambos no había escapado a la joven María ni al inocente Nuño. Pero de algún modo que no se explicaban, veían a Catalina reír, bromear, canturrear e incluso ser amable con los clientes de la tienda. Nuño había visto como las tundas y regañinas de antes se habían convertido en meras reprimendas o castigos a no tomar dulces o a irse a la cama en ayunas. No cabía duda de que su situación había mejorado y mucho.

Por su parte, María sabía que su madre estaba feliz. Había llegado a pensar que tras la visita de Pedro Ayuso, quizá habrían concretado algún asunto que había tranquilizado a Catalina, posiblemente sobre la boda o quizá respecto de la suya propia. Tenía miedo de que su madre se casase, entonces se acercaría la suya, sabe Dios con quien y habría de pasar a la vida de casada con alguien a quien ni siquiera conocía. Aquello la atormentaba y sabía que con la vuelta de Pedro Ayuso le iba a cambiar la vida.

Aquella mañana ambos se habían buscado, pero la ocasión no había sido propicia, hasta que Catalina consiguió que tanto María como Nuño hubieran de cumplir encargos innecesarios para que les dejaran un tiempo solos. Como solían hacer, aun teniendo el campo libre se hacían de rogar y habían de encontrarse como por casualidad. Así pues, Catalina cerró la puerta de la tienda y la trabó con el pasador y comenzó a ordenar la mesa de trabajo para que quedara despejada, volviendo a colocar redomas, batidores, morteros y otros instrumentos en sus respectivos sitios. Manuel pareció captar la idea y la ayudó con presteza, apenas quedaban algunas cosas sobre la mesa cuando la tomó entre sus brazos y comenzó a besarla.

—Mucho has tardado en buscarme...

—Llevo desde que amaneció esperando el momento.

La voz del rey Juan II de Castilla sonó firme y todos se detuvieron en sus movimientos. El tono y la claridad no dejaban lugar a dudas. Los soldados que le seguían entraron en la estancia y se apostaron a ambos lados de la puerta.

—¡Llevaos a la muchacha!

La orden del rey hizo que vinieran dos mozas y cubrieran a la chica con un ropón sacándola de aquel cuarto sumido en la penumbra.

—¡Prended las velas!

—Señor, no creo que debáis... Que salgan primero... para evitar...

—No quiero saber qué desmanes os traéis entre manos pero, no me gusta que a mis espaldas, mis cortesanos se aprovechen de quienes están a nuestra protección. ¿Por qué habéis elegido a esta dama?

—¡Señor...!

—¡Por Dios Santo! Es hija de la camarera mayor de la reina. Y ella misma entra a su servicio en estos días, pues para ello la están preparando.

—¡Perdón, señor!

—¿A qué suerte de bellacos habéis deleitado hoy? No quiero saberlo. No prendáis candela alguna y salid antes de que... ¡Salid! Y vos antes que ninguno. Mañana a primera hora os presentaréis en mi cámara y me daréis cuenta de este enredo.

—¡Señor!

La figura se dispuso a salir y las que estaban entre las sombras con las cabezas gachas hicieron lo mismo. La mayoría se cubría con sus capuchas para no verse entre sí y menos ser vistos ante el rey Juan.

—¡Malditos viciosos!

El rey Juan salió por la puerta y no dejó de maldecir contra aquellos depravados que decían servirle. Su escolta lo acompañó hasta la cámara real.

Capítulo 24

Aquel invierno estaba siendo particularmente frío, la lluvia también había anegado los campos y llegaba a inundar las cuadras y otras estancias de muchas de las casas en las poblaciones. La tienda de Catalina se había inundado varias veces y habían tenido que transportar barricas y redomas al interior de la vivienda y a la parte alta de la casa. También la mesa que servía para despachar en la tienda se había deteriorado de tal modo que hubo de ser sustituida por un entramado de madera con un tablón desbastado encima.

Tuvieron que tirar muchas plantas que había almacenadas, sólo las secas que colgaban del techo se salvaron y, aún hubieron de ventilarlas al aire para que no fueran presa de los hongos. Mucho trabajo y muchas pérdidas.

Otras viviendas fueron menos afortunadas, las más pobres sufrieron derrumbes y en el barrio judío algunas tuvieron que ser abandonadas por sus inquilinos hasta que se vaciaron de agua y secaron los enseres, muchos de los cuales quedaron inservibles.

También la tienda del maestro Elías había sufrido daños, pero al estar en una calle con algo de pendiente, las que se encontraban al otro lado de la misma fueron las más perjudicadas. Manuel había acudido a la Judería para interesarse por la familia de su maestro.

Llegando a la calle pudo ver que sacaban algunos muebles y baúles de la casa. Acercándose, vio que lo sacaban en una especie de silla de manos, postrado y con las ropas en desorden, ajado, con el pelo apelmazado y en claro estado de abandono. Al verlo, fue hacia él alarmado.

—¡Maestro Elías, ¿qué tenéis?!

El maestro buscó entre la gente aquella voz bien conocida y sus ojos cansados de tanto ver cosas en este mundo no atisbaron al muchacho que luchaba con los curiosos por acercarse más.

Pudo al fin llegar hasta donde estaba el maestro Elías y rápidamente le tendió una mano para estrechar las suyas. El anciano se reconfortó ante su presencia y le sonrió abiertamente.

—¡Muchacho! Cómo me alegro de volver a verte. ¿Cuándo has llegado?

—¿Cómo decís, señor? No he ido a parte alguna.

—Estás perdonado, no voy a reprenderte por ello. Comprendo que estar al lado de un pobre anciano como yo, no satisficiera tu gran talento.

—Pero, no entiendo... maestro, yo

—Haces bien en buscar fortuna y, eso empieza por labrarse un porvenir con futuro.

—No os comprendo. ¿Y vos? Os hacía en Ciudad Rodrigo, visitando a vuestros parientes.

—¡Pobre de mí! Llevo enfermo tanto tiempo que ya no lo recuerdo.

—¿Pero cómo no me mandasteis recado?

—David cuidaba de mí. Le dije que te ayudase y entre los dos siguierais atendiendo la tienda.

—Creo, señor, que ahora voy comprendiendo. Me dijo que os habíais marchado y que nada dejasteis dicho para mí. Tuve que irme y... desde entonces he trabajado con Catalina.

—¿Catalina, dices?

—Quise decir...

—Ya sé...lo que quisiste decir y, temo que yo haya tenido la culpa de eso. He estado postrado en cama, desde que mi mujer y mis hijas volvieron de Ciudad Rodrigo tras visitar a unos parientes, hace ya varias lunas.

—Y ¿cómo estáis en este estado?

—Apenas puedo moverme y, estos días, mi esposa también está enferma. Gracias que mandamos a mis hijas con la familia otra vez, si no es posible que hubieran caído también en cama.

—¿Pero qué mal tenéis?

—Son fiebres... pero ninguno de los remedios me hace nada.

—He debido estar a vuestro lado. Debí insistir.

—Pobre Manuel. ¿Qué sabías tú?

—Por eso no debí darme por contento. Pero he de confesaros que sentí unos terribles celos de David. Pensé que ya no me necesitabais pues él me lo dijo así. Sentí que estaba de más y me fui.

—Tú tienes aquí tu sitio. Él ahora está al cargo de la tienda, nada más. Te diré algo... No tiene tu talento, ¿sabes?

—Lo decís para contentarme, maestro. Os he abandonado.

—No digas eso. Hay que seguir adelante y, creo que a ti te falta ya sitio en Salamanca. Tienes que terminar tu formación. Sé que harías dudar a más de uno de los examinadores. Pero debes completar tu tiempo de aprendizaje.

—¿Qué vais a hacer?

—Esperar que llegue mi hora. Mi esposa está algo recuperada, pero... ¡mírame! No me reconozco.

Era una sombra del Elías que había conocido, su cuerpo se había secado como un sarmiento y sus cabellos y piel habían perdido el lustre y también el color.

—No digáis esas cosas. ¿Qué dicen los físicos?

—No hay físico que dé solución a mi mal. Me mandan vapores y ungüentos que nada hacen, sino importunarme. Los emplastos me asquean y he perdido la esperanza.

—No, maestro, no hay que desesperar. Me gustaría examinaros.

—Hazlo, pues.

—Lo haré. ¿Está vuestra casa bien?

—Sí. Sólo nos han sacado para escurrir el agua de los suelos y secar los muebles al sol. Habrán pensado que soy uno de ellos.

—Si no os importa me gustaría poderos asear. Voy a buscar una camisa limpia, agua y jabón.

—Entra en mi casa. En el arcón de la antesala a mi cuarto está mi ropa.

Manuel entró en la casa que aparecía con grandes charcos de agua en el suelo. Barro en algunas zonas cercanas al patio y a la entrada y algunas cosas en desorden por el suelo. Quiso acercarse al dormitorio de Elías para tomar lo necesario para su aseo y cuando entró no pudo dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo.

Objetos tirados por el suelo, el lecho raído y lleno de manchas de orines, sudor y vómito. Las velas derretidas en charcos de cera sobre la mesa y el candelero vacío. Arcas abiertas con su contenido derramado por el suelo y las cortinas arrancadas con violencia estaban esparcidas por el suelo en brillos de damasco y terciopelo como ríos rígidos y mudos ante aquel espectáculo.

En ese momento Manuel comprendió lo que estaba pasando, el señor Elías y su familia estaban siendo objeto de un expolio aprovechando la situación de desastre por las tormentas. También pensó que podría tratarse de alguien que les hubiera sumido en aquel estado de abandono, pero si estaba David al frente habría de prestarles tal servicio y no dejarlos a su suerte.

Sus sospechas crecían en proporción a cómo iban desarrollándose en su cabeza las cosas que le había relatado el señor Elías. Pero por qué su maestro no había sido consciente del hecho. La bondad cegaba sus ojos. Temió por la vida del maestro Elías y llegó a pensar que sus fiebres podrían haber sido provocadas. Le pareció extraño que nadie hubiera encontrado remedio a aquellos males. Más bien parecía que lo que los provocaba seguía haciéndolo sin tregua. Tenía que dar con la solución. Comenzó a recorrer la casa y al pasar por delante de la puerta entreabierta de la habitación de una de las hijas de Elías le pareció sentir movimiento en el interior. Allí estaba David revolviendo entre los baúles para encontrar sabe Dios qué estaría buscando.

—¡Tenías que ser tú!

David sin volverse, escuchó la odiada voz de Manuel con aquel tono acusador que nada le gustaba y tuvo que apretar sus puños para calmarse y salir de la desesperación en que le tenía sumido la búsqueda de una excusa para tratar de convencerle de su inocencia.

—Manuel, ¡por fin has venido! No sabía qué hacer. ¿Tú sabes dónde tiene el maestro sus camisas nuevas?

—Sí que lo sé y, tú debes saber qué hay en cada rincón de la casa. ¿También lo vas a ordenar tú?

—¿Qué quieres decir?

—Nada que no sepas. Voy a asear al maestro y quiero que salgas de aquí.

—Pero si eso era lo que yo iba a hacer.

—Claro. Por eso estás buscando sus camisas en el cuarto de su hija. ¿Me crees idiota?

—Manuel, yo...

—¿Cómo puedes aprovecharte de un pobre anciano? No sé cómo ha llegado a este estado mi maestro. Un hombre respetado en esta comunidad que en nada se parece al guiñapo que hay ahí fuera. No sé cómo has podido.

David se cubrió la cara con las manos y se lamentaba como quien está sufriendo el mayor de

los castigos. Continuó gritando y echó a andar rápidamente por el pasillo hacia la calle. Manuel se fue tras él.

—¡Al ladrón! ¡Detenedle!

No dejaba de proferir gritos y salió al exterior donde los que le vieron llegar se alertaron y se dirigieron hacia un Manuel aturdido que no podía comprender nada. Le rodearon y le impidieron el paso.

Una voz fatigada pero firme se elevó entre el barullo organizado a la puerta de la casa.

—¡Teneos, insensatos!

Era Elías que no daba crédito ante la escena de un Manuel cercado y un David ufano ante la situación. Todos volvieron la cabeza en aquella dirección.

—Yo le envié a por algunas cosas a mi dormitorio.

Un nuevo murmullo de voces se levantó y se miraban unos a otros en señal de sorpresa. El cerco se deshizo y Manuel avanzó hacia su maestro, aunque con las manos vacías y se postró ante él.

—Maestro, yo no sabía... Le sorprendí en las habitaciones y ... Estaba confundido.

Un abatido David se excusaba ante la situación y Manuel no pudo sino defenderse.

—Preguntadle qué estaba haciendo él dentro de la casa, maestro.

Con voz pausada y tranquila, Manuel había expresado su sentir y quiso transmitir sus sospechas. La voz de Elías sonó algo cansada.

—¿Hemos de hablar ahora? Las cosas privadas se dirimen entre cuatro paredes.

Todos callaron, incluso Manuel y David. Los presentes se disolvieron y quedaron sólo los que habían ayudado a sacar los enseres que continuaron llevando bultos de acá para allá, mientras otros vecinos comenzaban a limpiar el interior de la casa.

Manuel quiso pedir permiso para traer las cosas que Elías le había pedido y éste, adelantándose a sus palabras, le hizo una seña en dirección a la casa para que lo hiciera. Elías quiso aprovechar el momento para hablar con David.

Temiendo la reacción del anciano, David se movía de un lado a otro y empezó a hablar antes que el maestro.

—De verdad que no sabía qué hacía dentro y, no pensé que hubiera nadie, por ello me asusté.

—No te estoy pidiendo explicaciones, David, pero nunca pensé que serías capaz de recriminar a tu prójimo ante todos. Lo conoces bien y sabes que es muy querido por mí.

—Yo, señor... No sé qué decir.

—Lo sé. No tienes excusa. Aún tienes cosas que contarme... ¿Por qué le mentiste? ¿Por qué le hiciste ver que no me importaba ni me preocupaba por él?

—Yo, creía que...teníais confianza en mí...

—Puse mi confianza en ti. Estaba enfermo y aprovechaste la ocasión.

—Espero que sepáis perdonar mi exceso de celo. Lo hice por vos. No quería tener más responsabilidades que vuestro negocio.

—Debiste haberme consultado, ¿no te parece?

—No quería importunaros, maestro...

—No tienes excusa... Manuel es de mi total confianza y te podría haber ayudado. Tiene más conocimientos que tú y no se lo perdonas.

—Es joven e inexperto como yo.

—Eres joven como él pero más orgulloso e inseguro.

—Estoy confundido, señor ¿Me estáis despidiendo?

—Te estoy diciendo lo que acabo de saber. Tendremos que aclarar este asunto y quiero que pidas perdón a Manuel.

—Si así lo queréis...

—Te lo exijo y además, en mi presencia.

Manuel salió nuevamente de la casa portando lienzos, una camisa y una jofaina con agua. Con diligencia se acercó a su maestro y depositando en el suelo la jofaina, comenzó a limpiar su rostro decrepito y lo secó con suma suavidad, como lo haría con un niño pequeño.

Elías se dejó hacer, por primera vez se sentía con fuerzas y todo era gracias a la presencia de Manuel que continuaba con su tarea mientras él entornaba los ojos con sensación de paz para reposar unos instantes. Cuando abrió de nuevo los ojos y miró alrededor, apenas quedaban vecinos en la zona, apenas dos o tres curiosos al final de la calle. David también había desaparecido...

A la mañana siguiente en la cámara real, el rey Juan estaba sentado junto a una mesa sencilla donde el escribano a su lado tomaba notas de cuanto le indicaba sobre los asuntos que acababan de despacharse en el Consejo. El paje de bolsillo permanecía junto al secretario real y un paje de cámara ordenaba las vestiduras reales en un arcón. Entonces se anunció una visita que se presentó ante el rey con la cabeza inclinada, era don Pedro González de Mendoza, capellán real.

—¡Entrad! Vamos.

—Señor.

—Os he mandado llamar para que me deis razón de algunas cosas, don Pedro.

—Como gustéis, señor.

—¡Dejadnos! Sentaos a mi lado.

Mientras don Pedro se acercaba a tomar asiento en la mesa junto a don Juan, el resto de los presentes se disponían a dejar el aposento acatando las órdenes del rey.

—Quiero que me habléis de ciertas actividades que observo desde hace tiempo y, en las que muy a pesar mío, participan cada vez más miembros de la corte.

—¿Qué tipo de actividades, señor?

—Pues, unas muy impropias de los clérigos, por ejemplo, que están presentes en las mismas.

—¿Clérigos?

—Sí. Decidme cuanto sepáis y hacedlo sin reparos.

—Poco podré deciros, señor. Decidme al menos qué tipo de actividades...

—¿Quieres que crea que no estás al corriente?

—Yo...

—¡Oh! Ahora lo entiendo. Vos también habéis participado... ¡Que Dios nos asista!

—Veréis... majestad.

—Si vais a decirme la verdad, hablad, si no, salid ahora mismo.

—Creo que deberíais verlo vos mismo para comprenderlo. No es más que un inocente juego.

—¿Un inocente juego, decís? Me admira cómo podéis describir el aprovecharse de la inocencia de una jovencita.

—Puedo aseguraros que es solo un juego, mi señor.

—Pero a costa de qué... ¡habla!

—Desde que el obispo Carrillo estuvo en la corte francesa nos habló de ciertos juegos que realizaban allí y que, permitían a los clérigos participar de los mismos por considerarlos una ayuda para superar las flaquezas de la carne. Todos pensamos que quizá podríamos hacerlo nosotros. La voz corrió entre los oídos atentos a estos menesteres y fueron muchos los que quisieron tomar parte en ello...

—Espera, ¿quieres decir que se ha fraguado algo en la corte y no me he enterado? Explícame de una vez qué manejos os traéis.

—Pues señor, se convence a una muchacha, lo más inocente posible para que participe, haciéndole creer que es una condición para que pase a formar parte de las damas o de otro cargo que pretenda. El día señalado para la prueba se le insta a que muestre sus partes más íntimas mientras que, desde las sombras, los invitados pueden disfrutar de su contemplación libremente sin ser vistos.

—¿Qué clase de...!

—Antes de desatar vuestra ira señor, habéis de saber que es un asunto limpio, la muchacha no sufre ningún tocamiento, los participantes gozan y los miembros del clero pueden paliar así sus demonios. Es mejor que otros pecados y, ahora majestad os hablo como sacerdote.

—¿Tenéis la indecencia de darme lecciones de moral?

—Pero los sacerdotes también somos hombres, y algunos sucumben en el pecado. Esto puede ser una solución.

—¿Y decís que en la corte francesa se hacen estas prácticas?

—Según tengo entendido también en otras...

—Bien, vuestra opinión es unánime con los demás, por lo que veo. Hablaré con el obispo.

—Como gustéis, pero deberíais antes participar en alguna de estas sesiones para tener conocimiento en profundidad. No os precipitéis.

—¡Vaya! La Iglesia está dividida...

—No sé señor, os aseguro que hay cosas peores.

—Ahora dejadme solo. Hablaré con algunos cortesanos.

—Tal vez deberíais esperar...

—Siempre han existido los demonios de la carne. Pero un hombre de Dios sabe que renunciar a ciertas cosas forma parte de su vocación.

—Pero sabéis que algunos por dar rienda suelta a su lujuria hacen peores maldades...

—Eso no lo justifica.

—Tened paciencia. Creo que es una solución.

—No comparto tal cosa, don Pedro ¿Podríais vos reunir a los asistentes de anoche?

—No sé señor, creo que preferirán seguir en el anonimato.

—Es su rey quien los convoca.

—Creo que les importa más desvelar su identidad ante los demás asistentes.

—Podría hablar con ellos de uno en uno.

—No creo que merezca la pena.

—Idos ahora... En ese caso, obraré por mi cuenta. Esto es algo grave y espero que nadie lo relacione con la muerte de la dama.

El prelado salió de la sala retirándose para que el rey Juan pudiera estar solo rumiando sus sospechas. Los que estaban dentro del aposento cuando él llegó, estaban esperando para volver a entrar.

Pedro González de Mendoza corrió a poner al tanto a algunos miembros del clero que esperaban inquietos el resultado de aquel llamamiento. Entró en las estancias destinadas al estudio y meditación donde se encontraban algunos hermanos y, entre ellos, que parecían inquietos, destacaba una figura que no paraba de retorcerse las manos mucho más nervioso, don Alfonso Vázquez de Acuña, que sabía que el rey le esperaba desde el principio de la mañana y él había aducido indisposición para retrasar el encuentro. Por eso el rey había llamado a su capellán para indagar sobre el asunto.

—¡Tranquilos! Creo que he conseguido que el rey se sosiegue.

—Pero, ¿de qué nos sirve eso?

—Ganaremos tiempo, hermanos.

—Pero ya estamos descubiertos...

—He invitado al rey a que venga con nosotros.

—¡Estáis loco! ¿Cómo se os ha ocurrido tal desmán?

—Es una manera de tener su compromiso. Si acepta, será uno más del grupo.

—¡Sois un auténtico pícaro!

Los clérigos sonrieron de forma sofocada y se miraban unos a otros nerviosos.

—Tengo buenos maestros. Creo que no debemos preocuparnos por ahora, pero... vos Alfonso, debéis acudir a la cita con el rey.

—Anoche me dijisteis lo contrario...

—Lo sé. Pero hoy he hablado con él, le he dado una explicación y ahora tenéis el camino allanado.

—Yo soy el malo, ahora.

—No, lo que sois es un hombre, como todos nosotros y, eso es lo que tenéis que defender. Un hombre, atribulado, pecador, humilde y humillado si hace falta.

—No es mala idea, pero seguro que me recriminará.

—Y si habéis de hacer algún tipo de penitencia... la cumpliréis. Nos va mucho en ello a todos.

—¿Debemos hablar con el príncipe?

—Aún no. Creo que lo que debemos hacer es buscar su implicación en nuestra causa. Dejad que lo piense.

—¿Creéis acaso que don Juan consultará con su hijo este asunto?

—No lo sé. Tal vez y, espero que no llegue a oídos de la reina. No le gustaría.

—En ese caso, procedamos en consecuencia. Ahora idos, hermanos y continuad con el día como es habitual. ¡Id con Dios!

Capítulo 25

La mañana se había echado encima y, aunque Catalina había abierto los ojos, se sentía sumamente cansada. Recordaba que la noche anterior estaba bastante embotada y no quiso ni probar bocado, a pesar de que María había preparado gachas con tocino, plato que sabía era su favorito, se marchó a la cama a pesar de la insistencia de Manuel en querer volver a tenerla entre sus brazos cuando todos durmieran.

Aquella mañana, se levantó con la cabeza pesada y tuvo que sentarse en el lecho pues se sentía mareada. A duras penas consiguió levantarse y se dirigió hacia el patio para sentir el aire fresco. Sin entrar apenas en él, tuvo que doblarse en dos pues su estómago estaba girando como un molino y le estaba provocando una náusea incontenible. Tal fue así que, comenzó a arrojar vómito de un modo desaforado, con dolor y ansiedad.

Se fue hacia el cuarto donde María estaba arreglando los lechos y había barrido el piso para que quedara adecentado.

—Hoy no habéis madrugado, madre.

—Me siento regular, María.

—Os sentó mal no probar bocado anoche... Prepararé algo.

—No me hables de comida ahora. Quiero lavarme y vestirme.

—Os ayudaré. Voy a buscar agua fresca y una camisa limpia, esta habrá que lavarla.

—No sé qué diablos me pasa.

—¿Tenéis calentura?

—No. Es sólo una mala noche. No he descansado.

—Entonces, quedaos en la cama... Yo me encargaré de la tienda.

—Voy a lavarme y vestirme. Estoy mejor.

—Madre, no pasa nada porque descanséis, estáis enferma.

—Te he dicho que estoy bien.

María se dio la vuelta y salió del cuarto, mientras Catalina se sentaba en el lecho pues se sentía desfallecer, no tenía ánimo de mirarse a la cara, pero estaría en su puesto. Nadie diría que era una mujer débil.

Al punto entró María con el jarro de agua y lo vertió en la jofaina ayudando a su madre a refrescarse. Le tendió un lienzo y fue en busca de una camisa limpia que también le ayudó a ponerse. La llevó junto al banco adosado a la pared y allí, después de que tomara asiento, amorosamente comenzó a pasar un peine por sus cabellos con suavidad, igual como a ella misma la había peinado tantas veces. Más allá de donde alcanzaba su memoria recordaba el esmero con que su madre mantenía siempre su cabello peinado y limpio, ordenado y brillante. Por eso sabía lo que debía hacer para que se sintiera bien.

—He puesto leche a calentar y he cortado un poco de pan y la miel esa que tenemos guardada,

verá cómo le dará fuerzas.

—No debo tomar nada.

—Debéis tomar algo. Mirad como no comer nada ayer os sentó mal.

—Está bien, probemos esa miel, ya va siendo hora...

Apoyándose en su hija salieron ambas entre sonrisas, aún le faltaba el color en las mejillas, pero refrescarse y asearse le había sentado bien. Ya en la cocina se sentaron y dieron buena cuenta de sus tazones de leche y grandes rebanadas con miel.

—¿Y los chicos?

—Hace rato que salieron. Nuño fue a buscar algo de leña y Manuel está en la tienda, ha llevado dos sacas de romero y estaba prendiendo la chimenea.

—Es cierto, hay que preparar emplastos para mañana...

—Tranquila, él lo sabe.

—Anda, recoge la cocina, iré para la tienda.

María hizo caso y empezó a faenar mientras Catalina salió hacia el despacho. Desde la puerta observó a Manuel que removía un caldero en el fuego que desprendía un vapor balsámico muy reconfortante. Estaba sin camisa y no pudo evitar mirarlo por unos instantes. A poco se dio cuenta Manuel de su presencia soltó la vara dejando de remover el caldero y se acercó a verla.

—¿Te has dormido?

—Dormí mal.

—Te remordía la conciencia... ¿no? Después de dejarme plantado anoche.

—No seas tan presumido. Es que no me siento muy bien.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. Vamos a trabajar.

—Estaba preparando...

—María me lo ha dicho y ya lo huelo.

—Ayer no te quise contar que vi al maestro Elías.

—¿Ha vuelto de Ciudad Rodrigo? Y ¿por qué no quisiste contarlo?

—¿Qué disgusto me llevé! Nunca salió de Salamanca. Ha estado enfermo todo este tiempo. David me ocultó la verdad y alejó a su familia dejando al maestro en una situación francamente lamentable. No quise decir nada estando los chicos.

—¿Cómo dices? Eso es grave.

—Cuando me vio el maestro empezó a hablarme y terminó contándome todo. Pero lo que más me impactó fue verle en aquel estado de abandono.

—¿Cómo podemos ayudarlo? Es un buen hombre y se ha portado contigo tan bien. Bueno... y

también conmigo como sabes.

—A partir de ahora estaré pendiente de él.

—No dejes de hacerlo. Hay que cuidar de él. Ya tiene muchos años.

Manuel volvió al caldero y siguió removiendo la mezcla, mientras de vez en cuando, con el fuelle avivaba el fuego para evitar que disminuyera el punto de cocción. Mientras Catalina sobre el mostrador comenzó a desmenuzar algunas flores de manzanilla, de melisa y de hierbabuena, para preparar las recetas que debían elaborar para llevar al mercado.

Nuño acababa de entrar con un fardo de leña a la espalda y pasó al interior para depositarlo a cubierto. Antes se asomó a la tienda y saludó con la cabeza sonriendo.

—¡Hola niño Nuño!

A Nuño le hacía mucha gracia aquel saludo que Manuel había inventado para él y que siempre que se lo prodigaba, no podía evitar reír abiertamente como volvió a hacer en aquella ocasión.

—¡Hola Manuel cascabel!

Era la respuesta de siempre a aquel saludo. Catalina sabía que entre ellos, además de complicidad, se había forjado un vínculo de cariño y, aunque no lo supiera a ciencia cierta, María también formaba parte de aquello, aunque de muy distinto modo. En el fondo, no quería asociarla a ellos porque tenía otros planes para ella. Pero era lo más parecido a una familia que había construido a su alrededor desde que Manuel le había hecho ver la realidad.

Cuando partió Pedro Ayuso, dando por terminada su estancia en Salamanca, dejó acordado que a su vuelta se celebrarían sus esponsales, aunque se iba para un viaje de cuatro meses.

Aquella espera la estaba atormentando y, no quería que nadie lo notara. Una novia siempre está nerviosa ante su boda, pero ella... había olvidado por completo los preparativos y se permitió unos instantes para ordenar sus pensamientos. Debía actuar rápido. Aprovechando que al día siguiente era día de mercado elegiría la tela para hacer los arreglos de su traje. Aún guardaba una alcandora y unas calzas de su ajuar de boda. El corpezuelo y las faldetas serían las de su boda. Y tendría que hacerse un gonete, la vasquiña y una ropa a juego, todo en paño fino y colores apropiados para la ocasión.

Llevaría una cofia de tranzado para la cabeza y el juego de servillas o unos borceguíes de finísima piel color cereza que le había regalado Pedro Ayuso comprados en su anterior viaje, para calzar sus pies. Llevaría faja de terciopelo de seda, también color cereza para el talle, para envidia de vecinas y conocidas en día tan señalado.

Había pensado que María llevara ese día una hermosa saya de paño fino de color aceituna que tenía, pero ambas habían descubierto que se le había quedado pequeña. Catalina buscó entre sus propios vestidos, una gonela que le había mandado una hermana de su padre que había quedado viuda y tuvo que cambiar su vestuario.

Ella había estado casada con un ricohombre de Aragón y, aún vivía en aquel reino, acordándose bien poco de su familia castellana, apenas para tales cuestiones que Catalina agradeció pues ahora le vendría bien y la aprovecharía para su hija. Aquel traje sería apropiado, en color avellana con un monjil con vuelo sobre él, de color del trigo.

Habían pensado que aquel día se daría una gran comida en la casa de los Ayuso, acudirían los miembros de las familias más importantes de Salamanca y de otros pueblos de alrededor. También estarían presentes algunos comerciantes extranjeros, con los que trataba su futuro marido y altos cargos de la Iglesia con quien la familia tenía buena relación. Todo lo necesario para hacer gala de los favores de que podrían disfrutar si era menester ante toda la comunidad.

Volviendo a la realidad pensaba que, mientras estuviera Manuel en su casa, se le haría imposible pensar en otro hombre y mucho menos en el matrimonio. Sabía que, cuando se casara, habría de abandonar su negocio y su casa pudiendo así solucionar el futuro de su hija, para pasar a vivir en el seno de la familia Ayuso.

Tenía que irse haciendo a la idea y para ello mandaría recado a Pedro Ayuso para que adelantara la fecha de su regreso. Le daría la mayor alegría cuando recibiera su recado porque así estaría seguro de que le echaba de menos y ansiaba su vuelta. Sin pensarlo dos veces llamó a Nuño que fuera a buscar al escribiente. No había tiempo que perder.

El príncipe Enrique se había retirado a sus dependencias, estaba nervioso y visiblemente agitado de camino a su cámara. Allí encontró a su paje y también a dos jovencitos que disponían sus ropajes y recogían la estancia. Cuando entró se detuvieron y le brindaron reverencia.

—Idos, no necesito nada.

Uno de los jóvenes se aproximó y le habló en voz queda.

—¿No queréis que os caliente el lecho, señor?

—Me vendrá bien tu compañía, pero... no quiero que nadie más nos moleste.

—Me encargo de ello en seguida.

El joven dio instrucciones precisas y los demás se marcharon dejando preparado lo necesario para que el príncipe pudiera vestirse con su ropa de cama.

Una vez a solas, la actitud del joven cambió, se acercó al lecho y se sentó en el borde mientras sonreía al príncipe. Este se aproximó despacio, mirándolo fijamente mientras comenzaba a desvestirse.

—Lo único que me apetece en este momento lo sabes tú. Sirve un poco de vino y ven enseguida.

El joven se levantó y fue a la cámara contigua donde dispuso la bebida y volvió junto a Enrique que le aguardaba sobre el lecho.

—Estoy muy cansado...

—Bien, ahora no penséis en nada. Bebed, os reconfortará.

—Gracias. Siéntate a mi lado.

—Señor...

—Bebamos juntos hasta el alba.

El joven se introdujo en el lecho y lanzó sus ropas lejos.

Desde el día en que, cumpliéndose todos los augurios, habían confluído las más nefandas circunstancias para que dieran muerte a don Álvaro de Luna, favorito del rey Juan II de Castilla, en el cadalso, un desasosiego frenético se apoderó de la corte.

De tal suerte a comienzos del mes de junio se segó la vida de uno de los hombres más preclaros de mente y dispuesto siempre a mirar por el bien de su rey y reino. Aquello no había gustado a muchos de los cortesanos, pero a quien no había gustado nada era a la Iglesia. La buena relación de Álvaro de Luna con el clero, sus políticas para con la corona y sus estrategias habían sido vistas con buenos ojos la mayor parte de las veces, pues solía considerar las opiniones de sus altos cargos con quien acostumbraba a tratar.

Pero quien más penaba como alma errabunda era el rey Juan desde el mismo instante en que amaneció aquel día y desde tal momento no había vuelto a conciliar el sueño. La reina Isabel sabía de su malestar debido a la culpa que se auto infligía y que ella, en su inconsciencia, había propiciado apoyándose en el ánimo del príncipe Enrique, que opinaba como ella. Lo cierto fue que desde entonces apenas se miraban con la vista huidiza y trataban de evitarse para no tener que terminar por tratar el asunto.

Juana Pimentel viendo los resultados de su denuedo para con la reina que de nada sirvieron, sino que dieron al traste con la vida de su marido, abandonó la corte sin apenas decir nada salvo que llegada era la hora en que había de mirar por lo suyo y regresaba a sus tierras. La reina, desde entonces, por las noches se paseaba vestida con su camisa de dormir por los pasillos y las damas tenían que turnarse para salir a buscarla y devolverla a su gabinete.

Desde que se había marchado la Pimentel, el carácter de Isabel había empeorado. Sus cambios de humor eran constantes, sus arranques de ánimo terribles y solía pagarla con el primero que encontrara a la mano, llegando incluso a dar órdenes tan insensatas que el propio rey hubo de tomar cartas en el asunto.

Mandaron llamar al físico real cuando una noche descubrieron a la reina en lo alto del paseo de la guardia en los muros como una silueta recortada sobre una grandísima luna llena en el cielo oscuro de la noche.

Cuando la examinaron, la empezaron a tratar con ciertos remedios a base de infusiones que, a buen seguro calmaban su ánimo, pues ya no hacía tales escenas de arrebato, ni tampoco deambulaba por las noches fuera de sus aposentos. El rey estaba muy preocupado por la salud de su esposa que solo le repetía que le trajera a Juana Pimentel, que ella la cuidaría. No parecía comprender que pedirle a aquella mujer que viniera a la corte, no era sino un despropósito.

El rey Juan también se había resentido de la salud. Las noches eran auténticos duermevelas en los que no se atrevía a salir del lecho a pesar de estar despierto y bañado en sudor por el temor a la oscuridad de la noche. No visitaba la cámara de la reina ni tampoco la llamaba a la suya pues, debido a su agitado estado de ánimo, se temió incluso por su embarazo. Gracias a los cuidados de sus damas, del físico real y de todos los que estaban dedicados a su servicio consiguieron que éste llegara a buen puerto.

Los días pasaban despacio y la normalidad no aparecía. Si había una reunión del Consejo, aquella silla vacía en la sala hacía que el rey saliera de la estancia y disolviera lo que aún no había comenzado. ¿Quién se sentaría en ella?

Juana Pimentel en el castillo de Escalona vivía junto a sus hijos, esperando temerosa que el rey arrojara su ira sobre ellos debido al sentimiento de culpa que sabía lo embargaba. Había rezado tanto para que lo tuviera desde el mismo momento en que supo que su esposo sería mandado matar.

Todo fue de mal en peor desde aquella visita que hacía tres años le hizo su primo, el rey Juan II de Castilla y su flamante esposa. Estuvieron durante su estancia haciendo alabanzas de los tesoros de su familia, los ricos tapices, los muebles, la plata y las arcas con monedas que su confiado esposo había descubierto de modo imprudente ante el rey.

La propia riqueza de su familia, con las posesiones que ella había aportado a la dote, no era sino parte de lo que habían reunido en su hacienda. Cuando adquirió Álvaro de Luna gran parte de las posesiones del anterior condestable de Castilla, Ruy López Dávalos, resultó muy beneficiado y el propio Dávalos, antes de huir a Valencia, señorío de don Fernando de Aragón, le advirtió de su suerte pronunciando unas palabras a sus emisarios que, cuando las oyó, quedaron grabadas en el ánimo del de Luna por siempre, "decidle que cual es fuimos y cual somos será".

Después de años de servicio, apoyo incondicional al trono y la participación en las armas cuando hizo falta, en aquellos difíciles momentos en que los infantes de Aragón le querían arrebatarse su propio reino o, cuando tuvo que disponer su boda para acercarlo al apoyo de los infantes de Portugal, consiguiendo cerrar sus esponsales con Isabel de Braganza, se vio en tal tesitura. Álvaro de Luna había sucumbido a la ira del rey y había perdido la vida como pago.

Capítulo 26

El maestro Elías, casi totalmente repuesto se encontraba en su escritorio repasando algunos documentos. Revisaba recetas, componía algunas anotaciones de gastos y de ingresos de las ventas en el mercado. Le parecía que llevaba años sin hacer vida normal. Había descubierto varias irregularidades.

Las cosas no parecían querer terminar de encauzarse. Moralmente no podía poner en la calle a David, se lo había encomendado, además de un viejo conocido, un hombre de buena posición y de la mano del rabino, quien velaba por los intereses de la comunidad, viendo con buenos ojos mantener buenas relaciones con la familia Ayuso. No podía arriesgarse por tanto a enemistarse con él.

Continuó ordenando sus documentos y una dulce voz le llamó la atención desde la puerta con unos delicados golpecitos. Era su esposa seguida de una sirvienta que portaba el servicio para el té.

Mientras las mujeres disponían en una mesita tazas, platos y jarras, él terminó de garabatear en un papel un recado para Catalina, el ama de Manuel.

—Sara, has de llevar esta nota a casa de la señora Catalina enseguida. Ve presto.

La muchacha asintió con la cabeza inclinando todo su cuerpo hacia adelante y tomando en su mano el recado, salió.

—Y ahora, vamos a deleitar nuestro paladar con el té.

—Tenía ganas de verte así. Me has tenido tan preocupada, Elías.

—Ahora estamos bien y hemos de dar gracias por ello.

Ambos esposos se tomaron de las manos y oraron con las cabezas inclinadas en la intimidad de aquella estancia sobria y tranquila donde Elías desgranaba tantas horas de tantos días y ella, desde el silencio de su discreción, lo acompañaba haciendo labores en una silla cerca de la ventana, buscando la luz que sus ojos cansados necesitaban para hacerlas con tanta precisión como en otros tiempos.

Mientras, Sara había entregado la nota en la tienda de Catalina y regresaba por el camino hacia el barrio judío, la tarde comenzaba a declinar y aceleró el paso pues, era algo temerosa y no se sentía segura sino en casa de sus señores.

La nota la había recogido María y se la había entregado a Catalina quien había pasado el día revisando los remedios que llevaría al mercado al día siguiente y que a buen seguro serían cambiados por dineros que, buena falta hacían para la casa y, como no eran tiempos de remedios de invierno, consistían en linimentos, ungüentos para dolores, elixires para el mal del estómago y emplastos para golpes y heridas.

En esos días también tomaban encargos y solían prepararlos para el siguiente día de mercado, en que la gente volvía para recogerlos y de este modo tenía muchos clientes que venían de otros pueblos y hasta de aldeas alejadas, donde o, no había boticario o, si lo había era un charlatán.

Cuando dio por concluida su tarea, tomó del bolsillo el recado y sentándose en un tocón de

madera en el patio, a la sombra de una higuera y al fresco del atardecer, se tomó tiempo antes de leer aquel papel que tenía entre las manos, no muy distinto del que había firmado con su dedo la mañana en que el escribiente le entregó la carta que había encargado para su futuro marido, donde le instaba a una vuelta rápida y le explicaba el anhelo que sentía por consolidar su unión sin más tardanza.

Estaba segura de que en cuanto el escrito cayera en manos de Pedro Ayuso, lo leería ávidamente, deseoso de tener noticias suyas o, quizá, como ella ahora, se tomase su tiempo para leerlo, disfrutando de cada letra e imaginando el momento en que tendrían una vida en común como marido y mujer sin tenerse que separar ya nunca más.

Sin darse cuenta levantó el papel y lo puso a la altura de los ojos para leerlo pero su pensamiento estaba bien lejos aquella tarde. Se perdía entre caminos polvorientos y dunas que parecían ondear bajo el sol ardiente de algún desierto. Imaginaba aquellas caravanas de las que tanto había oído hablar pero que nunca había visto y probablemente nunca vería. Trataba de asimilar los carros, las bestias y los viajeros, la magnitud de las cargas y de los víveres y bebidas para un viaje de tantos días atravesando terrenos tan difíciles y carentes de las mínimas comodidades que un ser humano puede precisar.

Tuvo envidia de ser Pedro Ayuso por un momento y entrecerrando los ojos poder ver el sol, entre nubes azul oscuro, ponerse dorado e irse alejando hacia un punto por el que inevitablemente acabaría perdiéndose, disfrutando del momento, quizá a lomos de un caballo o tal vez, saboreando algún alimento ya sentado al amor de un fuego para reconfortar sus huesos cansados cuando cayera la noche.

Aquel papel que tenía en las manos era de su colega, el maestro Elías y, nada malo podría traerle, antes bien, lo tenía por hombre prudente y se lamentaba de no haberse confiado más a él oyendo sus consejos y haciendo caso de lo que en su buen juicio hubiera dispuesto. Pero ya era demasiado tarde para muchas cosas. Se dispuso a leer.

“Mi respetada señora Catalina, tengo a bien pedirlos que mandéis a Manuel mañana, como día habitual de trabajo a mi casa. Hemos perdido mucho tiempo y hemos de recuperarlo sin tardanza. Si os rogaré le hagáis saber que tengo intención de aclarar ciertos asuntos que nos conciernen a ambos y que os comunicaré también en cuanto estén resueltos. Reciba mis respetos con afecto. Elías”

Catalina quedó pensativa ante las palabras de Elías. No sabía a qué asuntos se refería, ni siquiera si lo sabría Manuel, pues nada le había dicho. Por lo demás tenía la certeza de que se alegraría de volver al trabajo con el maestro, pues no le asustaba sino el tedio y la inactividad y que se alegraría al saber que se hallaba recuperado.

Se volvió a guardar la nota y se levantó del tocón dirigiéndose hacia el interior de la casa. Fue hacia la cocina donde María estaba ante un caldero que removía sin cesar y desprendía un rico aroma a tomillo y a hierbabuena.

—¿Qué pasa hoy?

—Madre, no le he preguntado pero... estoy preparando la cena. Un poco de carne hervida con verduras.

—Huele realmente bien, me confortará.

—¿Por qué no os sentáis? Voy a poner la mesa. He mandado a Nuño a por huevos al corral y Manuel está lavándose un poco para la cena.

—Pues yo apenas tome la cena me iré a descansar. Lo necesito.

—Todo está casi a punto.

Mientras María continuó trabajando en la cocina, Manuel y Nuño entraron sonrientes. El primero limpio y aseado y el segundo lleno de tiznajos y con las ropas al desgaire. Desde su asiento los miró con ternura. Pensó en alabar a Manuel y en reñir a Nuño, en agradecer a María cuanto estaba haciendo y, sin embargo, no dijo nada, vio que ellos le sonrieron y les hizo una seña para que se acercaran. Cuando estuvieron a la mesa, le pasó a Nuño la mano por su cabeza, alborotando su polvoriento cabello y tomó la de Manuel entre las suyas, sin palabras. Sabía que los miraban pero no le importó, eran su familia. Ahora que estaba empezando a construirla, tenía que arrasarla hasta los cimientos.

Una carta había llegado para la infanta Juana. Anabela la recogió en aquel momento en que la infanta se encontraba descansando. Mientras la guardó en el escritorio para entregársela más tarde no pudo evitar un pensamiento hacia el remitente de la misiva, don Enrique, el tío de su señora. Una sonrisa se dibujó en sus labios al pensar en la valentía de ambos, ya que la que él mostraba al procurar riquezas para su reino en sus empresas, en nada parecía desmerecer a la suerte de Juana al entregarse a una vida desconocida en tierras castellanas.

Apenas podía imaginar siquiera en cómo serían aquellas tierras de las que le hablaba en sus cartas y que, luego, Juana, le explicaba con todo detalle. Así, las dos disfrutaban de aquella correspondencia cuando tras leerlas, preparaban mil y una cuestiones que preguntarían al Navegante en respuesta a su misiva. En aquel pasatiempo se encontraba Anabela cuando la voz de Juana la reclamó desde su cámara privada.

—Tengo una buena nueva para vos, Juana.

—Apenas he abierto los ojos... ¿qué sucede?

—Es algo bueno... No os preocupéis.

—¿Y bien?

—Carta de vuestro tío.

—Tráela pronto.

—Sabía que os agradecería.

Anabela salió mientras sonreía con complicidad. Volvió de inmediato escondiendo tras de sí la carta para desesperación de Juana.

—¡Vamos!

Anabela aún resistió unos instantes antes de sacar la carta con el sello intacto que levantó en el aire como quien enarbola una bandera y Juana torció el gesto impaciente. Se incorporó del lecho con el pelo y las vestiduras en desorden. Anabela cedió y le entregó el sobre.

—Venid, os retocaré un poco.

—No puedo esperar. Vamos a leerla.

—Hay algo que tenéis que explicarme, ¿por qué queréis que os dé la carta si luego me la dais para que os la lea?

—¿No lo entiendes? Necesito tocarla... así podré sentir su presencia cerca por unos instantes.

—¿Habéis pensado la cantidad de manos que han tocado esta carta?

—¡No me quites la ilusión...! Él la tocó primero y, su mano está ahí para que yo la pueda sentir a través de la distancia y el tiempo, ¿lo comprendes?

—Lo entiendo. Es un sentimiento muy fuerte.

—Nadie me ha comprendido nunca como él. Nadie. Quizá si no se hubiera ido de aquí podría haber sido como un padre para mí, más que eso...una especie de confesor tal vez.

—Tenéis uno y, que yo sepa, las confesiones no abundan.

—¿Qué va a poder decirme un hombre que me triplica la edad?

—Bueno, probad. Quizá os sorprenda.

—Eso es seguro. Me dirá que me pase el día leyendo la Biblia y quizá cantando salmos o rezando en alguna de esas capillas. Ah, y también puede ser que me invite a recogerme por temporadas en algún convento para que me enmiende o por cualquier otro motivo.

—Pues no es una buena solución.

—Bien estoy así, ¿no te parece?

—Visto de ese modo, creo que sí.

—Y ahora, vamos a leerla.

La carta fue desgranando una auténtica aventura para aquellas dos muchachas. En aquel momento estaba preparando un nuevo viaje con mercancías para llevar allá y poder traer un cargamento de los productos de las factorías donde tenía hombres de confianza a su cargo y gracias a ellos tenía garantizado el control y también el orden. Le hablaba de un gran colaborador y hombre de confianza, el señor Acosta, quien llevaba mucho tiempo a su servicio y de un modo bastante productivo.

Al oírlo, a Anabela le dio un vuelco el corazón pues, le hizo recordar a otro Acosta, a quien no veía desde hacía ya demasiado tiempo.

Unos golpecitos en la puerta anunciaron la llegada de las doncellas para preparar el baño, mientras otras dispusieron la mesa para tomar un pequeño refrigerio. Anabela fue al arcón junto al lecho para preparar la camisa y la saya, además de preparar en el tocador los afeites y pomadas que empleaba para cuidar el cutis de Juana. Dejó unos chapines junto al lugar donde dispuso las vestiduras y fue a vigilar a las doncellas que preparaban el baño, para ayudar a desvestirse a Juana.

La mesa estaba dispuesta y ambas tomaron asiento para dar buena cuenta de lo que había en ella, fruta, nueces y unos huevos. Un buen plato de bacalao guisado coronaba el menú.

Después de comer se sentaron en unas sillas de respaldo alto junto a la chimenea que tenía un

pequeño fuego, pues aunque el tiempo era bueno, la humedad reinante, hacía desahagible estar sin él. Las manos en el regazo, la carta de don Enrique el Navegante sobre el arcón cercano desplegada.

En sus manos tenía Juana un dibujo que le había mandado su tío con los contornos de aquellas tierras, donde estaban marcadas las factorías de las que le hablaba, los barcos amarrados, los ríos y sus desembocaduras y los lugares donde había población. Era una carta portulana, de las que hacía un colaborador de su tío, don Jaime de Mallorca, llamado Jaime Ribes, un judío converso que las trazaba con gran maestría.

Hablaron y hablaron hasta que se oscurecía y los criados entraron para prender las velas, mientras ellas continuaron fantaseando sobre poder visitar aquellos lugares que despertaban poderosamente su imaginación.

Como sucedía cuando se enfrascaban en aquellos sueños podían pasarse la noche en un duermevela interminable, pero, en un momento determinado, Anabela se incorporaba y obligaba a Juana a ir al lecho. Siempre replicaba y no quería dar por terminadas aquellas conversaciones, pero, acababa cediendo y se acostaba, permitiendo así que ambas descansaran.

Capítulo 27

El ayo del príncipe, don Juan Pacheco, marqués de Villena, había recibido instrucciones claras del rey Juan, tenía que prepararle para su nueva vida de casado y debería centrarse en las cuestiones políticas y de estado, las leyes y cuantas cuestiones competen a un futuro monarca.

Juan Pacheco llevaba velando por la educación del príncipe Enrique desde bien temprana edad y, se había ganado su confianza debido a las concesiones y familiaridades que con él mantenía. Conocía sus vicios y sus virtudes, tal era así que muchas se las había cultivado y en otros le había iniciado, quizá por propia disposición o por curiosidad, como ocurría a tantos hombres de su misma edad.

Tras el primer fracaso matrimonial del príncipe, el rey Juan no estaba dispuesto a un nuevo escándalo, ya que en eso se había convertido tal enlace. Políticamente y también a nivel personal, consideraba irrisoria la situación en que había quedado su hijo, conociendo que muchos se habían mofado por ello, habían hecho chanzas y chascarrillos que corrían entre el populacho.

Aunque el fracaso se atribuyó a la juventud y la inexperiencia del príncipe, no en vano, era cierto que tantos otros se habían casado hasta a edad más temprana y, guiándose por los instintos habían dejado su papel cumplido y con méritos. No así fue el caso. El príncipe se excusaba y, así lo hizo durante varios años de tener una aversión hacia la persona de su esposa, doña Blanca de Navarra, su prima, de carácter insalvable, puesto que no tenía impedimentos para yacer con otras mujeres.

De resultas de aquel fiasco, la Iglesia mandó comprobar tales extremos y se constató que varias meretrices alabaron las virtudes en los lances del lecho del príncipe Enrique. El caso es que la reina había quedado incólume en su matrimonio, pues él no tenía el menor interés en cumplir con sus deberes conyugales.

Tantas razones adujo que, el rey Juan ordenó a un físico de gran reputación que viniera a examinar al príncipe Enrique, quien se personó en la corte castellana y mantuvo además de distintos encuentros, varios reconocimientos de su cuerpo y funciones emitiendo un juicio que a ciencia cierta, le incapacitaba físicamente, por lo que sirvió para justificar la circunstancia y se consiguió del Papa la disolución del vínculo que no había tenido nunca tal sentido al no haber existido la coyunda. Así la esposa y prima del príncipe fue devuelta a su reino, con gran pesar, debido a su situación de esposa desahuciada, también por su edad y las pocas posibilidades que tendría de optar a otro matrimonio provechoso y conveniente dadas las circunstancias.

Sin embargo, el príncipe Enrique había vuelto a nacer con la liberación del yugo de su esposa tras trece años de convivencia fingida y de reproches y enfados que, estaba viviendo a capricho alargando una especie de adolescencia tardía, sin obligaciones y, teniendo cumplida su voluntad de llevar a cabo un nuevo matrimonio con la infanta Juana de Avis, también su prima, pero mucho más joven y bella, por lo que él deseaba tomarla por esposa. Lo precedente era que se preparara para tales funciones, ya que el acuerdo prenupcial estaba hecho.

Estaban en juego muchas cuestiones políticas y luego estaba la cuestión de la dote que, aunque negociadas, aún no estaban pactadas en su totalidad. El rey Afonso de Portugal, a la sazón hermano de la infanta Juana, futura esposa del príncipe Enrique, quería sacar provecho de una situación en la que su primo y futuro cuñado, no merecía más respeto que el de un alfeñique

incapaz de satisfacer a una mujer y, aunque no deseaba la infelicidad de su hermana, pensaba sacar provecho de la situación que le aproximaba a la corona de Castilla. Acariciaba la idea de aquel enlace que, a buen seguro serviría para llenar las arcas reales y mejorar el buen nombre de la familia real portuguesa.

El propio rey don Juan de Castilla, cuando envió a Portugal la legación española para negociar los esponsales del príncipe, procuró que en ella hubiera hombres capaces de sacar conclusiones de las primeras entrevistas formales con el monarca portugués y, supo extraer de sus opiniones un juicio aproximado de lo que supondría aquel matrimonio real.

También conveniente a la corona castellana, sabía que tendría que pasar por alto algunas exigencias que, en otros acuerdos hubiera podido mejorar las condiciones, pero el interés y también el deseo del príncipe hacia aquella esposa y no otra hizo pensar al monarca que sería un buen modo de reparar su imagen, más como hombre que como futuro rey, sin estorbar por ello a los derroteros políticos de la corona.

El propio interés de Pacheco en manipular al príncipe a su antojo le había llevado a fomentar en él una personalidad harto peculiar y se había convertido en un ser retraído y caprichoso, por lo que resultaba poco comunicativo salvo con quien él deseaba intimar. No era amigo de confianzas ni de caricias gratuitas, no le gustaba que lo abrazaran salvo cuando a él le complacía. Por lo demás era generoso con sus allegados y entregaba su confianza a quienes la procuraban de buen grado, aún a sabiendas de que era a cambio de provecho personal.

Nadie conocía bien sus gustos, pero todos buscaban su agrado y, eso era llevado a cualquier capricho o necesidad que expresara. Los que le rodeaban conocían también su deseo por la mirada y, esa era la vía de comunicación que más le gustaba al príncipe, hablar con los ojos y no usar la boca para ese fin sino para otros, tanto o más placenteros.

Pacheco no había hecho sino fomentar sus tendencias naturales, a su conveniencia, llegando a perfilar una conducta personal muy a favor de sus propios intereses pues, sabía que dependía de la satisfacción propia la consecución de tantos favores como había obtenido.

De ese modo pudo no sólo ir escalando puestos hasta conseguir ser el hombre de total confianza para el príncipe y, especialmente para el rey don Juan. A él encomendó la formación para su sustituto en el trono de Castilla, y desde esa ventajosa posición pudo encumbrar a sus familiares más allegados y, en especial a su hermano, Pedro Girón. Sin embargo, fue él quien tomó el apellido de su madre, para que no se perdiera, tal como solía hacerse por costumbre.

La vida en la corte no era fácil, había que tener la habilidad de agradar a los enemigos y de no dar demasiada confianza a los amigos para que no se volvieran en contra. Los distintos círculos cortesanos se formaban y mudaba el número de sus participantes. Así iban de unos a otros según la conveniencia y, por obtener determinados favores u objetivos, la capacidad de traicionar al resto era todo un arte.

Ahora el rey le había encomendado la no fácil tarea de encarrilar al príncipe hacia la vida marital, según sus criterios, no faltos de razón, lo que suponía saber obrar en la conducta para con su esposa, saber tratarla en la corte y hablar fuera de ella en consecuencia y a la altura de su persona y linaje. Pero, además de eso, que el príncipe habría de respetar, lo que necesitaba era aprender a llevar el manejo de la vida cotidiana, la vida de un marido para con su mujer. Habría de hacerlo y lo aprendería a base de estrategias ya conocidas por él. Pequeñas recompensas,

logros, retrocesos. Ya conocía la táctica. Habría de empezar de inmediato.

—¡Venid, Gonzalo!

El escribiente hizo su entrada en la estancia a la orden de Pacheco. Se acercó y esperó de pie a que le diera instrucciones.

—Siéntate y escribe.

El muchacho tomó asiento ante un tablero asegurado sobre un soporte y colocando su escribanía puso atención al dictado del escrito.

—Serán varios recados.

Pedro Ayuso había anunciado que regresaba la semana entrante y esperaba que todo estuviera preparado para que, según los deseos que le había transmitido Catalina en su mensaje, que él recibió con la mayor ilusión, la boda se celebrase de inmediato.

Habían comido en armonía, entre bromas y conversaciones serias como cualquier otra familia podría hacer y, disfrutando de aquella sensación de unidad, Catalina dejó que, simplemente el tiempo siguiera su curso, saboreando el momento, viendo sonreír a todos, la felicidad de María, la alegría de Nuño y el deseo en los ojos de Manuel. Viéndolos así, rebosando aquellos sentimientos, se notó colmada, pero eso habría de acabar y sería hoy.

—Quiero que vengas a la tienda, Manuel...María, tú recoge la cocina.

Manuel y Nuño se levantaron diligentes y echaron a andar saliendo del cuarto. Catalina se detuvo un momento dejándolos adelantarse mientras miraba sus sillas vacías ahora, presagiando el estado de las cosas en adelante. Por su propia decisión y por su futuro.

María se afanaba con la loza y recogía los enseres del almuerzo, sus miradas se cruzaron y sintió la dulzura de su sonrisa y el cariño que sin duda la tenía.

En la tienda, Manuel estaba organizando unos pesados barriles que habían traído del mercado, unos de melaza, otros de aceite y algunos vacíos para apartarlos y llevarlos al patio trasero. Mientras, Nuño colocaba los canastos con las hierbas aromáticas clasificándolos por colores, sistema que había ideado Manuel, al no saber hacerlo por el nombre de las plantas, pero al pedirle alguna en concreto, siempre sabía dónde estaba por el color que tenía y asociaba.

Hubiera querido gritar a los cuatro vientos que le importaba un bledo todo y que quería seguir siendo feliz y disfrutar como nunca antes lo había hecho y tan intensamente como el tiempo lo había permitido. Catalina sabía que había llegado el momento de actuar.

—Pero ¿qué diantres estáis haciendo?

Los muchachos sorprendidos ante la airada exclamación de Catalina se sobresaltaron saliendo de sus tareas de forma brusca. Al pobre Nuño se le cayó de las manos un gran tarro de melaza que transportaba y que acabó desparramada por los suelos para colmo de males terminando así con la poca paciencia que Catalina parecía tener aquella tarde.

—¡Lo que faltaba! Ya sabía yo que estabais haciendo de las vuestras.

Manuel, intentó mediar comprendiendo el enfado de Catalina, tratando de quitar importancia al

asunto, extrañado de que todo el día había estado sonriente y, ahora...

—Yo le ayudaré a recogerlo. Tranquila, id a descansar un rato.

—No me digas lo que tengo que hacer. Este holgazán siempre está enredando y destrozando todo y ¡ya no aguanto más!

Manuel supo que algo pasaba. Conocía a Catalina como para saber que algo la tenía fuera de sí y no era precisamente la trastada de Nuño.

—Dejaré todo listo para mañana. No os preocupéis más.

Ella siguió en sus trece y Manuel sabía que era difícil conseguir que se calmara. Por ello se calló y por unos instantes todo quedó en silencio mientras Nuño echaba tierra sobre la melaza para barrerla. La tormenta estalló.

—Voy a darle su merecido y no quiero volver a verlo por aquí.

Sin mediar palabra cogió la vara de fresno que guardaba cerca de la mesa de trabajo y se puso a vapulear a Nuño quien intentaba cubrirse y huir entre quejidos y gritos.

—¡Ven aquí, miserable! Ya no puedo más contigo... Me vas a buscar la ruina.

Manuel se interpuso entre ambos sujetando la mano que blandía la vara.

—¡Dejadlo, es solo un crío!

Después, acercándose a ella, apenas en un susurro trató de aplacar sus nervios.

—Tranquilízate...por favor.

Aquello no hizo sino empeorar las cosas. Arremetiendo contra él se encaró gritándole.

—¿Tú también quieres recibir lo tuyo, eh? Pues si lo quieres, también lo tendrás.

Manuel estaba sorprendido por su reacción. Sabía que algo le pasaba a Catalina y no podía explicarse qué. La miraba y no daba crédito a lo que veía.

Haciendo ademán de levantar la vara cargando esta vez contra Manuel, Catalina llena de ira, temblaba como una hoja mientras le amenazaba.

—¡No te atrevas!

—¿Y por qué no habría de hacerlo, eh?

Siguió con su acometida y propinó un varazo que restalló en el aire y vino a dar en la espalda a Manuel ante los atónitos ojos de Nuño que en el suelo estaba tirado, cubierto de polvo y con los ojos llenos de lágrimas.

La reacción no tardó en llegar. Manuel le sostuvo el brazo y le arrancó la vara arrojándola lejos para que no pudiera volver a emprenderla a golpes con nadie más.

—¿Pero, qué ocurre? ¿Te has vuelto loca? Nuño es solo un crío. Yo arreglaré este desaguisado y asunto olvidado. Por favor, no vuelvas a pegarme.

—Te pegaré cuanto quiera. No eres más que otro crío, como él. Sois tal para cual.

Con el gesto endurecido Manuel volvió a hablarle sin despegar sus ojos de los de ella que, no

sostenían su mirada.

—Te digo que no vuelvas a pegarme y, a él tampoco. No somos mulos.

—Sí, sí que lo sois. Y como a tales os trataré si no tenéis cuidado de mis cosas.

— Ve a calmarte y recomparte, mujer.

—¡No te atrevas a hablarme así!

Manuel no llegó a decir nada pues no quería que Catalina descargara más su ira sobre ellos por lo que prefirió guardar silencio para no irritarla.

—Si lo preferís, no hablaré.

—Tú no eres quién para decirme qué he de hacer o decir, ¿comprendes?

—Os pido perdón.

Manuel guardó silencio y decidió bajar la mirada pues, sabía que estaba enfurecida. Catalina hubiera preferido que gritara, que la pegara incluso, o que se hubiera puesto a tirar cosas rompiéndolo todo. Su pasividad la estaba haciendo flaquear y tenía que acabar con aquello o, daría al traste con sus planes. Se lo estaba poniendo difícil y no se encontraba con las fuerzas suficientes para acabar lo que había empezado.

—Con que no me contestas, ¿eh? Pues te vas a enterar...Ya estoy harta de todos vosotros, de vuestra vaguería y de vuestros continuos caprichos. ¡Se acabó!

Tomando la tapa de un tonel la emprendió contra Manuel a golpes sin intención de parar y él encogiéndose sobre sí mismo para protegerse de aquel chaparrón que se le vino encima, pensaba que pronto se acabaría porque sabía que no estaba en realidad de malas. La había visto tantas veces enfadada que, no pensó en ningún momento que estaría dispuesta a seguir hasta cansarse como estaba haciendo.

Algo en su interior le llevó a pararla del modo que fuera y sin pensarlo dos veces, la tomó por los brazos, aunque mantenía la tapa de madera bien sujeta con todas sus fuerzas.

—¡No vuelvas a levantarme la mano ni a pegarme! Ni pegues a nadie, especialmente a Nuño.

Catalina no se esperaba aquella reacción y se derrumbó. Si él supiera la verdad...Dejó caer la tapa ya sin fuerzas para sostenerla. No pudo más.

—Esto tiene que acabar, Manuel. No podemos seguir así. Tienes que irte.

—Está bien, me iré. No me verás hasta mañana. Hablaremos y todo quedará olvidado.

—No me entiendes, Manuel... Y tú Nuño... Vete. ¡Vete ya!

Nuño asustado la miró entre sollozos y se levantó mirando a ambos alternativamente. Manuel le hizo un gesto hacia la puerta para que saliera del cuarto. Nuño salió y se dirigió al patio, donde se encontró con María que venía con un balde de agua de la cocina para verterlo. Al verlo en aquel estado se alarmó.

—¿Pero qué ha pasado?

—Tu madre se ha vuelto loca... Nos ha pegado y ahora está discutiendo con Manuel. Tienes

que hacer algo o no sé qué va a pasar. Me ha echado, ¿sabes?

—Espera aquí y no entres. Iré a ver qué pasa.

María corrió hacia la tienda y se encontró a ambos discutiendo.

—Pero ¿qué ha pasado?

—¡Vete, hija! ¡Vete! Este muchacho está loco y me ha atacado... ¡Ya ves! Un desagradecido...

—Madre. No es eso lo que me ha contado Nuño.

Manuel la había soltado temiendo que Catalina tergiversara las cosas y asustara a la chiquilla pudiendo hacerla creer algo equivocado.

—¿Me estás llamando mentirosa?

María interrogó con la mirada a Manuel que la miraba atónito.

—Yo te juro María que...

Le interrumpió y miró a su madre incrédula. Los ojos se le iban llenando de lágrimas y salió entre sollozos del cuarto.

—¡Me parece mentira, madre!

De nuevo se quedaron solos y Catalina sabía que ya no había vuelta atrás. Siguió mientras sentía que las fuerzas la estaban abandonando.

—Manuel, tienes que irte. La semana próxima llega Pedro Ayuso y vamos a casarnos. Lo sabes. No podemos seguir viéndonos. Tenemos que poner tierra de por medio de una vez o... ¡no respondo!

—De manera que es eso. Te quieres librar de mí.

—Quiero que esto acabe.

—¿Y por qué no me lo has dicho a las claras?

—Tendrías que haberte dado cuenta tú.

—Yo sólo sé que estamos así bien. Tú lo sabes.

Catalina guardó silencio unos instantes dando por hecho que pensaba igual.

—Pero no puede ser, Manuel. Sabes que tengo que mirar por mi hija.

—Haciéndola una desgraciada... No te entiendo, Catalina.

—Tengo que casarla bien y... soy viuda.

—¿Crees que no lo sé? Pero hay otras maneras, yo...

—Tú eres un crío. Nada tienes y nada puedes hacer.

—Pero no ves que soy ya un hombre... Pronto podré presentarme a examen y podré ejercer. Ganaré dinero y podría reunir la dote para que casaras bien a María.

—¡Qué proposición tan bonita! Ya veo cuanto te importo.

—Pero, yo... ¿No te parece bien?

—¿Y eso cuándo será? Hay que ir moviendo los hilos.

—¡Pero si es una niña!

—No lo creas... Además ¿por qué tengo yo que darte explicaciones?

—Porque somos como una familia. Yo también quiero lo mejor para ella.

—Lo siento. Todo eso es muy bonito pero la realidad es otra. He dado mi palabra y no puedo desdecirme.

—Todo tiene arreglo.

—Esto no. Yo también soy una mujer joven y no quiero resignarme a vivir sola toda mi vida.

—¿Y por qué no seguir como estamos?

—No puede ser, aunque quisiera... Tienes que salir de mi vida. ¡Te lo estoy pidiendo!

—Pues vaya una forma de pedir las cosas tienes.

—Antes te he echado de mi casa y tampoco me has hecho caso.

—Pero yo no quiero irme.

—Tarde o temprano te irás, ¿no lo comprendes?

—¿Por qué tengo que irme?

—Te irás, tienes que labrarte tu porvenir. Estás enamorado de aquella moza que me contaste...

—No sé qué haré mañana, pero, hoy estoy aquí contigo.

—Prefiero que te vayas ya. No puedo estar más tiempo así...

Manuel, con los hombros hundidos y el rostro bajo, no tenía palabras.

—Vete ya de mi casa, ¡niñato!

—¡Hombre soy ya! Bien lo sabes.

—¡Vete!

—Me iré. Sin nada, tal como vine... pero me voy... si es lo que quieres.

—¡Vete ya!

Las lágrimas rodaban por el rostro de Catalina de forma incontenible y se dejó caer sobre los fardos y haces de hierbas que estaban en un rincón mientras Manuel sin mirar atrás, salió de la casa y se perdió por entre las calles desiertas a aquella hora del mediodía. Sin saber bien por qué, se encaminó al barrio de la judería.

Ante la puerta del maestro Elías tan solo esperó a que abrieran y, sin mediar palabra, se introdujo en la casa, ante la mirada atenta del sirviente que le dio la bienvenida, acostumbrado a sus entradas impulsivas.

Sin dejar de correr se dirigió hacia el cuarto donde sabía que estaría el maestro. La casa había recuperado el orden y la pulcritud y todo parecía encontrarse como siempre. Abrió la puerta y lo encontró reposando en un asiento, con un rollo desplegado sobre el regazo y la mirada perdida en algún punto del techo de la habitación.

—¡Maestro!

Entró y cerró la puerta tras de sí, dirigiéndose hacia él.

—Perdonad mi falta de consideración a vuestro descanso.

—Manuel, entra... Ven a sentarte a mi lado.

Tomando un pequeño escabel, se acercó de nuevo al maestro y se sentó obedeciendo a sus palabras.

—Ha llegado el momento, ¿no?

—No sé a qué os referís, maestro, pero seguro que tenéis razón.

—¿Quieres que te diga las conclusiones o me darás un detalle de lo acontecido?

—No consigo comprender bien vuestras palabras.

—Entonces haz tu relato mientras te sosiegas. Luego hablaremos de las conclusiones y pasaremos a los consejos.

—Entonces, ¿sabéis por qué he venido?

—Sabía que tenía que llegar el momento en que tuvieras que cambiar el rumbo de tu vida.

—Pero, ¿por qué...?

—Era cuestión de tiempo.

—Bueno, para no relataros todo el asunto, mi señora Catalina me ha echado de su casa. No puedo quedarme más tiempo, ni puedo...

—Completar tu formación.

—No.

—¿Has pensado en alguna solución?

—No. No sé qué hacer.

—Has tenido mucho tiempo para pensar en ello. ¿No pensarías estar toda la vida igual?

—La verdad, yo... Sabéis que me falta menos de un año para poder pasar el examen.

—Sí. Hemos de conseguir que como vecino de Salamanca puedas completar tu formación y hacer tu examen en algún otro lugar de Castilla.

—¿Pero dónde, maestro? ¿Y cómo?

—Supongo que pensarías en labrar tu futuro de algún modo.

—Pero aún me quedan cosas que aprender.

—Cuando ejerzas adquirirás la práctica necesaria. Ya estás preparado. Lo demás son formalidades.

—Según la ley... he de seguir todos los pasos.

Manuel esperaba cumplir los cuatro años de formación como cualquier aprendiz y poder luego presentar su carta de examen.

—Lo sé, muchacho y, créeme, he pensado mucho en ello.

Considerando el nivel de formación y la recomendación que había traído Manuel, lo había tomado como aprendiz castellano, para evitar que, según la ley tuviera que pasar seis años formándose, como correspondía a extranjero.

—Menos mal que uno de los dos ha pensado, maestro.

—Tú también lo haces, pero siempre en los demás.

—Ahora tengo un gran problema.

—Ya he visto muchos casos parecidos.

—No sé qué decir.

—Tampoco yo lo sé. Ante todo debes saber que eres un buen hombre empezando a abrirse camino en la vida y, como tal debes seguir adelante.

—No me asusta luchar, pero no tengo nada, ni conozco a nadie, maestro.

—Como te he dicho, sabía que algo así podía pasar.

El maestro había estado escribiendo. No sabía qué era aquel rollo que tenía en sus manos y que ahora, al hablarle, señalaba.

—Es una carta para mi primo Ezequiel, es apothecario también, pero no es uno corriente.

—¿Por qué lo decís?

—Porque le precede su reputación. Ha conseguido resolver casos, que otros desecharon.

—Entonces, ha de ser muy inteligente.

—Más que eso, ha practicado nuevas técnicas para los tratamientos clásicos y ha escrito tratados sobre ello. Siempre anda investigando.

—Parece un hombre con iniciativa.

—Es recto y trabajador.

—¿Le escribís con frecuencia?

—No tanta como quisiera. Pero no dejamos de tener noticias uno del otro. Su familia es una de las mejor consideradas en Toledo.

—He oído hablar de Toledo como de la cuna del saber.

—Hemos hablado más de una vez de la Escuela de Traductores y de los valiosos volúmenes y rollos que se conservan en sus bibliotecas.

—¿Por qué me habláis de esto ahora, maestro?

—Había pensado que sería una buena solución para ti cambiar de aires.

—¿Yo? ¿En Toledo?

—Toledo es una gran ciudad y, además no estarías solo. Mi primo tendrá a bien acogerte y podrás terminar tu instrucción con él.

—Maestro, no entiendo cómo habéis podido anticipar los pensamientos a... los hechos.

—Como te he dicho, ya soy viejo y he visto de todo en la vida, aunque haya veces que me sorprenda, no creas.

—Bien y, ¿qué debo hacer, pues? Hubiera querido aprender con vos tantas cosas. Quizá debería volver cuando tenga mi carta de examen.

—¿Pero dónde quieres volver? En la vida nunca hay que retroceder y, eso, quiero que te lo tomes como una máxima, ¿comprendes? Siempre hacia delante.

—Lo sé maestro. Pero...

—He escrito esta carta para presentarte ante mi primo.

—¿Podré estudiar con él? pero, si está prohibido que un cristiano conviva con un judío...

—Hemos podido hacerlo en Salamanca. También podrá hacerse igual en Toledo.

—He oído hablar tanto de Toledo. Allí hay mucha ciencia y, perdonadme que lo diga pero, sé que pertenece a distintas culturas, no sólo a la vuestra.

—Lo sé, hijo. Es un ejemplo de convivencia de las tres culturas.

—¿Vos habéis estado allí?

—Desde luego que sí, en mi juventud y, por eso te envío con mi gente. He pensado que con Ezequiel podrás terminar el oficio.

—Maestro...yo...

—Es un hombre muy exigente y no te lo pondrá fácil. Querrá que estés a la altura que considere debes tener y, si no lo haces, no te aceptará, es así de sencillo.

—Espero no defraudar a vuestro primo ni a vos, maestro.

—Sé que no lo harás.

—Allí podré terminar mis estudios de una vez.

—Paso a paso, Manuel. Toledo es una ciudad compleja pero es la mejor para aprender.

—Haré todo lo posible.

—Lo dejo al buen criterio de Ezequiel. Él sabrá qué hacer, debes obedecerle y respetarle en todo, aunque no hace falta que te lo diga.

—Me pondré a sus órdenes en cuanto llegue. ¿A cuántas jornadas está de aquí?

—Te recomiendo prudencia, serán pocas jornadas a caballo.

—Pero, maestro, habláis de ir a caballo... Sabéis que yo no...

—Tengo preparado uno para ti. Un alazán magnífico, que a partir de ahora será tu compañero de viaje.

Manuel se emocionó y le tembló la voz al hablar. Había sido un día intenso y estaba desbordado.

—No sé cómo podré agradeceros nunca, maestro, todo lo que hacéis por mí y... lo que ya me habéis dado.

Se arrodilló ante Elías y se postró para besar sus pies con respeto.

—Siempre estarás en mi corazón, hijo. No te preocupes por mí más de lo necesario. Estoy ya repuesto y pronto podré trabajar en la tienda.

—Pero ¿y David?

—Creo que David ha entrado en cintura y está trabajando bien.

—Os escribiré. Quiero que sepáis de mí con frecuencia.

—Debes sólo hacerlo si Ezequiel lo considera apropiado.

—Así lo haré.

—Vendrás mañana al alba, recogerás la montura y las alforjas para el camino con algo de agua y comida. Espera, hay algo más... Ve tú mismo al escritorio.

Manuel se levantó y se dirigió al mueble obedeciendo a Elías.

—Maestro...

—Abre el tercer cajón.

Manuel obedeció al maestro.

—Sácalo todo fuera.

Sin comprender bien, lo hizo y depositó el cajón sobre la mesa.

—¿Os lo llevo, maestro?

—No. Quiero que tantees en el fondo. Hay una hendidura. ¿La notas?

Tanteando, Manuel dio con ella y miró a Elías en espera de sus instrucciones.

—Empújala hacia dentro con cuidado.

Manuel lo hizo y lentamente la madera se hundió sin hacer el menor ruido. Notó que era como una portezuela que abría un compartimento secreto.

—Tantea y busca un rollo pequeño.

—Lo tengo.

—Tráelo y también una pequeña bolsita de cuero que hay a su lado. Después cierra todo y déjalo como estaba.

Manuel regresó con el contenido del fondo del escritorio y lo entregó a Elías.

—Esta es la carta que llevarás a Toledo. Y esta bolsa, llévala contigo. Son unas pocas monedas, pero te ayudarán al principio. La carta que he escrito ahora se la enviaré yo mismo.

—No tengo palabras... Sois para mí como un padre...

—No digas eso. Tú en cambio, eres el hijo que nunca tuve, pero que Dios me ha dejado disfrutar durante este tiempo. Por lo que le doy gracias.

Manuel besó sus manos postrado de rodillas y esperó su bendición. Había llegado el momento de la despedida.

—Serás un hombre de provecho, Manuel. Estoy seguro.

—Esto quiere decir que no os veré mañana.

—Es mejor así. Tenemos muchas cosas que decirnos pero, nuestros corazones han hablado por ambos. Cuando vengas mañana, entra en la cuadra directamente y toma el alazán. La puerta quedará abierta para que puedas entrar, pero cuando te vayas procura no hacer ruido. No quiero que te tomen por un ladrón.

—Haré como decís. Gracias maestro. ¡Gracias!

Mientras se levantaba y guardaba los objetos que le había dado, notó que su corazón se encogía y un nudo se apoderaba de su garganta sin piedad y le dejaba sin habla. Mientras, su vista se nublaba y las mejillas le ardían.

—Ve y prepara tu marcha. Ha llegado el momento.

—Maestro...

Salió del cuarto y fue directo a la salida. Estaba desconsolado. Elías era la persona que más apreciaba y que le había tratado como si fuera su propio hijo y tenía que dejarlo atrás. Estaba intranquilo y pensó que tal vez debería quedarse y velar por él, mientras con tales pensamientos se dirigía por última vez a casa de Catalina.

Capítulo 28

Aquella tarde, la reina estaba preocupada por el cariz que estaban tomando las cosas. Su esposo seguía sin recelar de los Braganza y ella temía seriamente porque, en su determinación, quisieran quitarlo del medio acabando con su vida. Siempre supo que su padre había forjado el poder del rey, a quien garantizó el trono, durante la regencia en su minoría de edad, en detrimento del poder que ostentaban los nobles.

Isabel de Coímbra siempre había sospechado que aquella estrategia había favorecido a Afonso para su reinado, pero que el descontento de las distintas casas de la nobleza por contra, sería un precio que podía costarle caro. De hecho, incluso al infante don Pedro, su propio padre, que había sido muerto a consecuencia de ello.

Había dejado una labor a medias y se acercó a ver a sus hijos. Su hija Juana, la mayor, de tres años, dormía plácidamente tras haber sido alimentada por su ama de cría. Juan descansaba también. Era el pequeño, el más tierno infante, de apenas tres meses, a quien pusieron el mismo nombre que a su hermanito fallecido tiempo atrás, el que fuera el primogénito.

Ambos estaban con su aya desde hacía rato, pero ella gustaba de verlos así, como dos ángeles, como solía llamarlos. Su aya velaba el sueño de los infantes mientras descansaban, aunque la infanta era una niña muy tranquila y buena. Casi nunca lloraba y siempre tenía la sonrisa presta en la boca. El pequeño Juan, era menos tranquilo, pero también un niño dulce y amoroso.

—¿Cómo está la infanta?

El aya se levantó y reverenció a la reina antes de responder a su pregunta, mientras esta se dirigía a ver a la niña.

—Está muy bien, mi señora. ¿No veis como duerme?

—Plácidamente, como acostumbra. Es un encanto...

Isabel se acercó a dar un beso a su hijita que no se alteró ni un ápice en su tranquilo sueño.

—¡Una santa! Diría yo, señora.

—He de dar gracias a Dios por mantenerla viva cada día. Él la protege, lo sé aya.

—Así ha de ser, majestad.

—¿Y el infante?

—¡Vedle vos misma!

Se inclinó para besar al infante Juan y acarició su redonda carita. El niño, sin abrir los ojos, esbozó una tierna sonrisa refleja, propia de un bebé que iluminó la mirada de Isabel.

—¡Soy tan feliz, aya! Me da miedo mirarlos... Temó que les pase algo y no pueda verlos... mañana.

—La salud de los niños es frágil, señora. Pero vuestros hijos son fuertes y están sanos.

—Gracias a Dios y gracias a tus cuidados...por supuesto.

—No me hagáis sonrojar, mi señora. Tuve a bien cuidaros a vos y a algunos de vuestros hermanos.

—Bien que lo hiciste, aya.

—Sois vos quien ha de cuidarse bien ahora y estar fuerte. Quizá pronto tengáis otro hijo,

—¿Vos creéis?

En estas estaban al pie de las cunas de los infantes, cuando entró una dama para avisar a la reina.

—Señora, os buscan.

—¿A esta hora? ¡No van a dejarme ni estar con mis hijos!

Cuando Manuel entró en la casa todo estaba en silencio. Se dirigió a la tienda y estaba vacía. Le extrañó ver que habían cerrado la puerta como si ya no se esperara ningún cliente. Fue hacia su cuarto y tampoco había nadie. En el patio y en el corral tampoco. Sólo el ruido de las bestias, guardadas ya en la cuadra. Su intuición lo llevó a la cocina.

Allí los tres esperaban sin duda su vuelta. Nuño con los brazos cruzados sobre la mesa. María cocinando algo en el hogar y Catalina estaba cosiendo.

—¡Vaya, ya te has dignado volver!

Las cabezas giraron hacia él y se sintió observado.

—No os preocupéis, señora. Al alba partiré.

—Todavía quieres sacar más partido de mi casa, ¿eh?

—¿Por qué me estáis echando en cara estas cosas? He trabajado cada día para vos, señora.

—Y yo también, para alimentaros a los tres. ¿Crees que has trabajado tú solo?

—Sé que todos hemos trabajado duro. Pero si vuestro deseo es éste, sea.

—Es mi deseo. Puedes quedarte y mañana...

—Al alba...

Sin esperar tal cosa, Catalina volvió a hablar.

—Ven conmigo.

Manuel recibió la orden con sorpresa pero, obedeció sin vacilar. Salieron.

—¿Dónde me llevas?

—A mi alcoba.

—¿Qué pretendéis, volverme loco?

—¿Qué estás pensando, charrán?

Manuel, desconcertado la seguía sin dejar de mirarla. De pronto tornó su talante en coquetería

y tuvo que sobreponerse pues la situación no debía tomar ese cariz.

—Catalina, yo...

Siguieron hasta entrar en la alcoba y Catalina prendió una vela en la palmatoria sobre la mesa.

—Nada tengo para darte. Sólo he preparado algunas prendas de mi esposo, poca cosa, dos pares de calzas, un jubón y varias camisas.

—Primero me echáis y luego os preocupáis por mí. No os entiendo.

—Yo tampoco me entiendo. Así son las cosas. Toma, está todo en esta bolsa. Y como no tengo dinero, te doy esto. Es lo que tengo de más valor.

Le tendió una pequeña bolsa de cuero cerrada que Manuel tomó con cierta desconfianza.

—¡Ábrelo, vamos!

Soltó el cordón que cerraba la bolsa y miró en su interior.

—Pero... No. No puedo aceptarlo. ¡No!

—Puedes y lo harás. Sé que te gustaban. Para mí son sólo un recuerdo pero sé también que tienen valor. Me gustaría que pudieras conservarlos, pero, si lo necesitas, no dudes en venderlos.

Los manuscritos del marido de Catalina no eran sino láminas iluminadas de algunas plantas, indicando sus usos y algunos remedios que podían elaborarse con las mismas. Manuel había disfrutado tanto viéndolas mil y una veces cada una, sobre todo al principio de llegar a la casa. Ahora ya se las sabía de memoria. Catalina lo sabía y, quería que los tuviera. Quería que tuviera algo suyo, algo que le hiciera imposible olvidarla.

—Pero es algo que tienes de tu marido. No debes desprenderte de ellos.

—Son tuyos. No se hable más. Guárdalos con cuidado. Yo he de olvidar esa etapa de mi vida y también ésta... que se va contigo.

—Catalina... sabes que yo...

Le puso una mano sobre los labios dulcemente y le tomó de la mano.

—Deja... No digas nada. Y ahora vayamos a comer algo.

Supo que tenía que callar. Le sostuvo la mirada unos instantes y después bajó la vista. Sabía que aquello la estaba costando. Que era una añagaza para que se fuera. Pero nada podía hacer por evitarlo. Tenía que suceder tarde o temprano.

—Vamos, pues.

—Mañana cuando te vayas no quiero verte partir. No nos despediremos y tampoco ahora. Cuando duerman los niños, ve al establo. Será la última vez que nos veamos.

La caravana se había detenido en el patio de aquella posada en medio del valle. Nada, salvo el trino de los últimos pájaros rezagados en la tarde que iba declinando en su regreso al nido, rasgaba el silencio reinante.

Los comerciantes cansados y recubiertos por el polvo del camino, guiaban a las bestias ayudados por los mozos de cuadra hacia los establos. Velando por la descarga de los fardos y porque echasen algo de heno seco y agua a los equinos como premio a una jornada de viaje bien aprovechada, ansiando ellos mismos el poder sacudirse el cansancio, refrescarse y tomar algo caliente que no fuera guisado en las perolas del campamento.

Pedro Ayuso era uno de los comerciantes de aquella caravana. Fueron bien recibidos por el posadero quien había dado órdenes para atender animales y personas. Estaban preparando un asado de venado y varios pollos recién matados que habían guisado con hortalizas que cultivaban allí mismo. Hornearon algunas hogazas de pan y se dispusieron a echar mano de quesos en orzas de aceite y también de morcillas y chorizos para entretener la espera de los platos fuertes mientras servían sendas jarras de buen vino de la tierra.

La mayoría de los viajeros prefirieron sentarse directamente en las mesas que habían preparado para ellos, tras apenas sacudirse el polvo antes de entrar, en lugar de ir a asearse, pues tal era el cansancio que temían no volver a hacer acopio de fuerzas para reunirse con los demás ante el hogar que quedaba en el centro del salón donde estaban distribuidas las mesas largas y los bancos corridos para los parroquianos.

Mientras esperaban algunos viajeros jugaban a dados o gritaban chanzas entre sí, para distraerse. Los menos jaraneros charlaban tranquilamente para matar el rato, a pesar de que algunos, como Pedro Ayuso, evitaban meterse en ningún grupo, limitándose a sonreír de vez en cuando, como quien está al tanto de la conversación.

Sin embargo, su propio pensamiento estaba muy lejos de aquella habitación y como siempre para Catalina. Ansiaba estrecharla entre sus brazos y hacerla suya por fin, como marido, siendo así partícipe de su vida.

Días atrás había recibido una misiva de sus hijos mayores a los que él había mandado recado del casamiento inminente para que dispusieran a preparar lo necesario para viajar a Salamanca y acompañar a su padre el día de su boda. En aquella carta expresaban una vez más su descontento y preocupación por una decisión que pensaban iba a ser equivocada y sin duda perjudicial para toda la familia.

Una vez más había lamentado haber contado con ellos y haber compartido su alegría e ilusión. Aún era hombre joven y llevaba demasiado tiempo solo, sin ganas de andar con barraganas o con mujeres disolutas y, en cuando a su fortuna, no habría de faltar para ninguno, aunque tuvieran que compartir con su nueva mujer los beneficios.

Sentía pesar por el egoísmo de sus hijos, también por no haber sabido decir no a este viaje, al que ellos podrían haber hecho frente en su lugar, no habiendo servido más que para postergar lo que más deseaba y que no era otra cosa que su enlace con Catalina a quien pensaba colmar de regalos a su vuelta y a la que le hablaría de las compras que había hecho y las ventas que había cerrado. Catalina era una mujer de negocios y comprendía bien su satisfacción por el trabajo bien hecho.

Su decisión no tenía vuelta atrás y la última misiva de Catalina había espoleado sus deseos. En respuesta le había enviado sus bendiciones y una fecha para la boda, por ver si era de su agrado.

Mientras esperaba se tomó su tiempo para leer un mensaje que le había llegado de su amigo Elías, el hebreo. Había buscado un tranquilo rincón en la parte trasera de la sala común y se

dispuso a dar lectura a la misiva.

Con sumo disgusto leyó y releyó las líneas escritas por su respetado amigo Elías en las que expresaba la decepción ante la mala conducta observada de su recomendado David, quien se había aprovechado de su mala salud para disponer a la ligera de su negocio y bienes y haberle conducido a una situación muy penosa al haberle incluso apartado de su familia, a quien como él bien sabía, amaba en grado sumo.

A pesar de que Elías no había contado toda la verdad de la situación, sabía que era motivo suficiente para que David fuera incluso culpado ante la justicia por aquel abuso de confianza. Pero había decidido darle otra oportunidad, debido al interés y confianza con que Pedro Ayuso le había llevado a su casa.

A pesar del ponderado tratamiento de los hechos por parte de Elías, Pedro Ayuso se enojó sobremanera y comenzó a darle vueltas a cómo podría recriminar de algún modo a su amigo para ponerlo en evidencia por su mal comportamiento. No había sido justo con Elías, ni tampoco había respetado a su propia persona. David había resultado ser un desagradecido. Por la mañana le mandaría recado a su amigo Elías referente a su pronto regreso emplazando una visita a su llegada.

Un fragor repentino de vítores lo sacó de sus cavilaciones y mirando a su alrededor pudo observar que el posadero ayudado por algunos mozos y mozas, portaban sendas bandejas con las viandas para regocijo de todos los huéspedes. Por ello recogió el rollo y lo depositó en su bolsa disponiéndose para la comida.

Inevitablemente fueron aproximándose algunos de los presentes para sentarse en los bancos de las mesas alargadas donde estaban disponiendo escudillas jarras y otros enseres. Sacaron más hogazas de pan y el posadero mientras comenzó a trinchar la carne para que pudieran servirse sus huéspedes.

Algunos hacían sopas en la grasa de los asados y se las llevaban a la boca con las manos, mientras otros masticaban la carne a dos carrillos con avidez y otros goteaban la grasa barbilla abajo, terminando las más de las veces calzas y jubones manchados de comida para el resto del viaje.

Resignado, ya que no era hombre tosco ni zafio, tomó una tajada de carne de una bandeja y un buen trozo partido de una hogaza y se concentró en el plato para evitar trabar conversación con alguno de sus vecinos de mesa que, reían, comían y mientras transcurría la velada el vino corría por las mesas en grandes jarras que iban de mano en mano, yendo a parar a los gaznates más agradecidos y sedientos que pudiera uno toparse.

Mientras se saciaban los comensales entraron en el salón algunas de las mozas que trabajaban en la cocina y también en otras faenas, pues no todas olían a chimenea y comida. Comenzaron a pasearse entre las mesas y acercaban a los presentes lo que iban pidiendo, contoneándose de aquí para allá y recibiendo palmadas en el trasero o pellizcos en las mejillas. Algunas se soltaban los cordones del corpiño, dando libertad a las carnes contenidas a duras penas entre aquellos tejidos bastos y todos sabían que, muy posiblemente podrían dar buena compañía a quien quisiera aflojar su bolsa para pasar un buen rato.

Pronto las mozas estaban sobre las rodillas de algunos comensales y Pedro Ayuso se levantó para salir afuera. No se encontraba con ánimo de ser abordado por alguna de ellas y tener que

zafarse ante las chanzas de muchos de los presentes. Apretó el paso para escabullirse entre todo el barullo alcanzando la puerta que daba a las cuadras y la trasera de las cocinas.

Con avidez respiró el fresco aire del anochecer, que agradeció, debido al calor que en la jornada de viaje habían tenido que soportar. Se apartó unos pasos y fue hacia las cuadras, pensó en ir a ver su cabalgadura y asegurarse que estaba bien aposentada y descansando. En el camino le pareció ver una sombra deslizándose contra el muro de la edificación, pero la falta de luz le impidió poder asegurarlo. Siguió su camino y un ruido sordo le sorprendió.

—¿Quién va?

El silencio fue la única respuesta a su pregunta. Caminó en dirección hacia donde había sonado el ruido, pero no distinguía en la oscuridad nada que resultara sospechoso. Pensó que tal vez se tratara de alguna de las bestias o quizá algún animal doméstico que anduviera por allí. Fue en dirección contraria y se topó con un bulto que a punto estuvo de hacerlo caer. Había en el suelo sacos apilados cerca de las cocinas junto a algo de leña cortada para los fogones. Instintivamente se agachó y tanteó para ver cuál había sido el motivo de su tropiezo. Y cuál no sería su sorpresa cuando en su exploración se topó con el cuerpo de una persona.

—¡Alzaos!

La respuesta siguió siendo el silencio. Se enfureció ante la manera de burlar su presencia.

—Os digo que... ¡Arriba! ¿Quién sois?

Notó que aquel individuo se ponía en pie despacio, como si el cansancio o, tal vez el temor, le hubieran impedido moverse.

—¿Queréis que os levante yo?

La figura se irguió y se mantuvo unos pocos instantes sin moverse y, cuando Pedro Ayuso iba a comenzar a hablar, de repente echó a correr escabulléndose en la noche. Con presteza Pedro Ayuso salió tras él y consiguió derribarlo sobre un montón de adobes que terminaron esparciéndose y rompiéndose muchos de ellos bajo sus huesos.

—¿No pensaste que te atraparía, verdad?

Cuando se zafó de sus brazos, la figura nuevamente se puso en pie y le plantó cara.

—¿No habréis de dejarme en paz, señor?

—¡Cómo! ¿Sois mujer?

—No lo diréis por la cortesía que habéis demostrado, espero.

—Y encima responde...

—Os ruego me lo disculpéis, al menos por los destrozos que habéis causado.

—¿Tenéis la desfachatez de criticarme? Me habéis dado un buen susto. Pensé que seríais un maleante.

—¿Yo? Espero que mi padre sepa perdonar los destrozos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué habría de importarle a vuestro padre lo que yo haga?

—Mi padre es el posadero, amigo.

—Soy buen cliente, mujer.

—Pero habréis de responder por ello, señor.

—Nunca os vi aquí antes ¿decís la verdad?

—Preguntad vos mismo...

Pedro Ayuso se vio rodeado por un grupo de curiosos con el posadero a la cabeza.

—¿Qué escándalo es este?

—Ya veis, señor. Salí a tomar aire y a poco me veo sorprendido por alguien que me espiaba. Pensé que sería un ladrón.

—En poco tenéis a los ladrones. Sólo es mi hija.

—¿Y vuestra hija se encarga de espiar a los huéspedes?

—Tiene otras tareas, señor, pero no obedece ni las cumple.

—Pues habréis de imponer orden en vuestra casa y en vuestro negocio. Si no, os aseguro que no volveremos a pasar por aquí... ¡Ea!

—Señor, os ruego que no seáis tan duro con nosotros. Siempre os hemos servido bien y, espero seguir haciendo lo mismo durante mucho tiempo. Entrad y tomaos una jarra de vino. Podréis entreteneros como los demás...

—No me abrumes con agasajos. No quiero divertirme ahora, sino descansar...

—Comprendo, señor. En ese caso, mi hija os conducirá a vuestro aposento y permanecerá con vos para lo que dispongáis durante la noche.

—¡Padre!

—Es mejor que obedezcas, presto.

—No busquéis más complacencias. Os he dicho que sólo quiero descansar.

—Bien, en eso estamos señor. Id con ella, mi hija os acompañará.

El posadero giró, ante la estupefacción de Pedro Ayuso, quien no salía de su asombro, dirigiéndose de nuevo hacia el interior seguido de aquellos curiosos que lo habían acompañado. Solos quedaron de nuevo Pedro Ayuso y la muchacha mientras los demás se alejaban.

¿Estáis contento?

—¿Pero por qué tengo yo que aguantar esta impertinencia?

—No habéis comprendido nada. Venid conmigo y acabemos de una vez.

—No pienso ir contigo a ninguna parte...

—Yo no quiero ir con vos a ningún sitio. Sólo cumplo órdenes.

—¿Acabará todo cuando me llevéis a mi cuarto? He dicho que sólo quiero descansar...

—¿Me creéis ingenua? ¡Eso dicen todos!

—Yo no soy todos. Tengo un nombre y soy un hombre respetable. ¿Por quién me habéis tomado, jovenzuela?

—¡Eso de jovenzuela debéis retirarlo, señor!

—Recomendaré a vuestro padre que regentéis vos el negocio. Tenéis más redaños que él, a fe mía.

—¡Vamos pues! Haced lo que os venga en gana. No me importa en absoluto.

—Nada me importa a mí tampoco. Acabemos con este malentendido. ¡Guiadme de una vez!

La conversación había subido de tono involuntariamente, pero ninguno de los dos hizo nada por evitarlo. Por lo que la moza respondió de mala manera.

—¡Venid!

Salieron juntos hacia el edificio principal y, sin mediar palabra con ninguno de los que se cruzaron en su camino, se dirigieron hacia el piso superior por las escaleras. Un largo pasillo con puertas a ambos lados se abrió ante ellos. Tan sólo dos candiles alumbraban el recorrido por lo que la muchacha tomó una vela de sebo y poniéndola en un soporte la prendió acercando la mecha a un candil. Sin más contemplaciones y ninguna cortesía se introdujo en el corredor abriendo un haz de luz por donde pasaba.

Pedro Ayuso la seguía con la esperanza de llegar de una vez a su cuarto donde un catre, seguramente incómodo y con suerte no demasiado sucio, le esperaba donde recuperar las fuerzas para seguir el viaje. Rodeados por el silencio, solo escuchaban de fondo risotadas y cánticos cada vez más desvergonzados que entonaban los más aventajados bebedores de tinto.

Aquello le hizo recordar a Pedro Ayuso a las muchachas que habían visto mientras subían y que reían con voces chillonas. Una se había subido a una de las mesas de la que habían retirado escudillas y jarras para danzar al son de cánticos y palmas. Se había desabrochado completamente el cordón del corpiño, que había aflojado, para que en sus giros y flexiones, ora asomase un hombro, ora estuviera a punto de asomar un pecho y al mismo tiempo se remangaba las sayas enseñando a los curiosos lo que escondía bajo ellas.

En estas cábalas andaba cuando la muchacha se detuvo ante una puerta, la última del lado derecho y, buscando una llave, en un tris estuvo franca. En el interior había un arca junto a un ventanuco y depositó allí la lámpara con la vela.

—Espero que descanséis bien, señor...

Lo dijo con tono burlón, con un retintín que disgustó al comerciante. Se dio la vuelta para salir cuando la voz de Pedro Ayuso la detuvo en seco.

—Ahora irás a unirte a las demás. ¡Qué divertido! ¿No te da vergüenza? ¡Ah, que no la tienes!

Ante las chanzas del hombre, la muchacha se vio conturbada y no dijo palabra, sólo cruzó los brazos y dio una patada en el suelo.

—¿Pero te has mirado? No atraes ni la atención de un gato. Vas desgreñada, tu vestido está sucio y hueles a cocina, a humo, a no sé qué...

—Todavía no estáis contento... Ahora también me queréis humillar, ¿no? Pues sabedlo de una vez. Mi padre me obliga, al igual que a las otras, a estar con esos ...borrachos. Y las monedas que conseguimos hemos de dárselas. ¡Sí! Después de dejar que nos toquen o, lo que quieran hacer con nosotras, nada obtenemos a cambio, sólo la vergüenza. ¡Ese es mi padre!

—¿Qué estás diciendo? No hay padre que pueda ser tan deshonesto como para dejar a su hija a la altura de unas meretrices.

—Por eso me escondía fuera...

—Lo lamento. Nada sabía de estos tejemanejes. Sin duda no consentiré que ocurra esto salvo que nada pueda hacer para impedirlo. Antes de marcharme hablaré con él.

—¡No lo hagáis, señor! Sabrá que yo os lo dije. Y tomará represalias... ¡No lo conocéis!

—Espero que no sea capaz. No puedo quedarme sin hacer nada.

—Os ruego que me perdonéis por la forma en que os he tratado. Creí que erais uno de esos viejos que sólo buscan... Ya me comprendéis.

—Estás disculpada. Y ahora vete. Eres libre.

—Pero no puedo volver. Me dijo que me quedara con vos.

—Entonces quédate.

—Pero...

—No temas. Quédate aquí sin más. Yo voy a acostarme. Cuando creas oportuno te vas.

—¿No os importa, señor?

—Bueno, espero que no te importe ver a un viejo como duermo.

—Siento haberos insultado...

—Tienes razón, a tu lado, probablemente sea un viejo.

—No os quise ofender, señor. Veo que sois un buen hombre.

—Gracias, veo que eres una buena chica, a pesar de todo.

Ambos mantuvieron un silencio tenso. Ninguno de los dos deseaba dar explicación sobre algo que habían dado por aclarado. No había que darle más vueltas. Aquel silencio cuajó en la habitación. Pronto el sueño veló los ojos de Pedro Ayuso.

Capítulo 29

Apenas había apuntado el alba cuando Manuel estaba dispuesto para salir de aquella casa en la que dejaba un trozo de sí mismo. Ni siquiera cuando marchó de Lisboa sintió aquella sensación de desgarró. Pensó en que sería algo parecido a lo que sentían los caballeros al dejar su hogar para partir a la guerra con las mesnadas. Tenía que partir. Según lo convenido no habría adioses, ni lágrimas, todos habían quedado impregnados en el lecho de Catalina la noche anterior.

Habría de pasar por casa del maestro para recoger el caballo que le había ofrecido, dispuesto para su partida. Estaba solo ante un nuevo camino con la única esperanza de poder seguir adelante.

Sus pasos eran inciertos por las calles aún en sombras. Se mantuvo con el paso firme y no miró atrás ni una vez, tal como se lo había propuesto. Cuando salió todos dormían y agradeció no tener que despedirse de ninguno. No hubiera podido hacerlo. Había sido lo mejor y apretó el paso para no pensar en ello.

Vislumbró la entrada al barrio judío y supo que enseguida estaría en casa del maestro Elías. Encontró la puerta solo juntada para facilitarle la entrada. Se dirigió a los establos y fue en busca del caballo que le había indicado su maestro. Estaba ensillado y fresco, presto para partir. Mientras acariciaba al animal y se disponía a soltarlo para partir, notó que alguien lo sujetó con fuerza desde detrás.

—¡Maldito ladrón! ¿Es que no te has llevado ya bastante de esta casa?

El temor cruzó como un rayo ante su mente pero, al escuchar la voz que le acusaba, la tranquilidad volvió a su ser.

—Si sabes quién soy, demasiado bien sabes a qué he venido y por qué.

—No lo he de saber. A desposeer a un pobre viejo de sus cosas.

—Quizá ese sea tu propósito. Yo vengo a recoger lo que el maestro ha tenido a bien disponer para mí.

—No te creo. Ahora he de ir a avisarle y tendrás tu merecido por fin.

—¡Quietos!

Ambos instintivamente se volvieron al lugar de donde procedía la voz. Aún en el fragor de su disputa, aquella voz firme, pero calmada precedió la presencia del maestro Elías.

—¿En qué desatino estáis?

—¡Maestro! Gracias a Dios que estáis aquí. No he podido hacer las cosas como acordamos... Siento haber importunado vuestro descanso.

—Yo señor, vi que estaba robando...y...

—Claro, David, ¡tú siempre velando por el bien de esta casa! Agradezco tus desvelos, pero sabes que no tolero que se contradigan mis órdenes. Di unas instrucciones a Manuel y no tienes por qué inmiscuirte en este asunto, con que suéltalo de una vez y deja que siga con lo que andaba haciendo. En cuanto a ti, Manuel, en nada cambia cuánto te dije, sigue tu camino y espero que nos

veamos algún día, hijo.

Al deshacerse del abrazo traidor de David, Manuel se dirigió hasta donde se encontraba el maestro y postrándose le besó ambas manos.

—Gracias por todo... maestro.

—Vete ya... Tú no David, hemos de hablar.

Manuel obedeció y tomando al caballo por las riendas, a pie, muy despacio se dispuso a salir de la casa. Pudo entrever cómo el maestro tomaba a David por el hombro y le hacía sentarse a su lado. Él también había tomado asiento en un tocón próximo a la cuadra. Sabía que su maestro le haría ver qué había hecho mal. Sabía cómo hacerlo.

Cuando salió al exterior las luces comenzaban a apuntarse en el horizonte y le pareció que el cielo le enviaba un rayo de esperanza ante la desazón que sentía por cuanto dejaba atrás y por la incertidumbre del camino en solitario.

La brisa fresca de la mañana le invitó a seguir adelante y su ilusión creció junto con la luz del amanecer. Iba despacio, parecía temeroso de poner demasiada tierra de por medio y por ello continuaba al paso junto a su caballo para que el animal se aquietara y le oliera, antes de montarlo.

Juana Pimentel estaba resuelta a defender lo suyo y a no permitir que sus hijos perdieran su hacienda. El impresionante castillo de Escalona en un promontorio sobre el río Alberche era una fortaleza bien guardada. Una guarnición que había pertenecido al señorío, seguía defendiendo dicha posición que, tiempo al tiempo, el momento de la confrontación llegaría y se vería asediada.

Y el momento llegó, tras las noches sin sueño, los ánimos perdidos y el desgobierno reinante, los nobles de Castilla y los consejeros reales especialmente, instaron al rey Juan a terminar lo que se había empezado. Apenas un mes había transcurrido desde la muerte de Álvaro de Luna cuando comenzó el asedio al castillo de Escalona por las tropas del rey de Castilla.

Allí se había hecho fuerte Juana Pimentel con sus hijos sin arredrarse ante la refriega amenazante contra los muros de su castillo. Así pasaron varias jornadas y ni los sitiados se rendían, ni los sitiadores avanzaban. Los cañones rasgaban el silencio inútilmente día tras día. Tras la indecisión del rey de dar una carga final para terminar con el asedio, el tedio de la situación, el calor y el desgaste, hicieron que la dueña del castillo mandase una misiva a su primo el rey Juan pidiendo que se mantuviera una entrevista. Cosa que el rey rechazó instantáneamente arrojando lejos de sí aquella nota. Más, a poco, se decidió a acudir a la cita, su ánimo se tornó huidizo y dio en cambiar su decisión primera para pactar con la Pimentel.

La reunión se había preparado sin prisas. A la caída de la tarde se montó una tienda donde se encontraba un claro en la llanura, fuera del entorno del campamento, permitiendo el paso franco a la comitiva desde el castillo para entrar en ella.

Se había dispuesto una mesa de campaña y sillas al uso. Se prendieron unas lámparas previniendo la oscuridad, más tardía en el verano, pero que habría de llegar, pues muchos eran los asuntos que habían de tratarse. Juan se hizo acompañar de su hijo Enrique en aquel encuentro, nadie más estuvo presente, salvo los hombres de la guardia que esperaban fuera a la llegada de

Juana Pimentel. Cuando lo hizo, venía acompañada de su hijo Juan. Vestían ambos de negro riguroso y el rostro lo traían contrito y severo el gesto.

El rey Juan conocía bien a su prima y la tenía por una mujer inteligente, de buen temple y de una serenidad que había quedado demostrada sobradamente. Enrique permanecía al lado de su padre y quedó embargado por el porte de aquella dama y por la donosura de su hijo.

Se saludaron sobriamente y el rey les pidió que tomaran asiento. Ella frente al rey y su hijo Juan frente a Enrique. Juan de Luna y Pimentel, un joven de dieciocho años de edad, era agraciado y parecía haber salido al linaje de su madre, elegante y serio, que la acompañaba educadamente.

—Hablad, señora.

—Sabed, señor que deseo que comprendáis mi situación. No tengo nada que reprochar ante vos más que la injusticia. Deseo que se respete mi hacienda y la de mis hijos, algo que ha costado la vida de mi esposo.

—¿Qué decís? ¿Acaso Álvaro de Luna no se enriqueció a nuestro servicio? ¿Acaso no fue correspondido su denuedo?

—Lo fue.

—¿Acaso no recordáis el modo en que creció su hacienda con nuestras propias prebendas?

—Él no está aquí para defender lo suyo. Pero habréis de pasar sobre mi cadáver para arrebatárnoslo.

—No hay tal. Solo tomo lo que es mío.

Un breve silencio pareció interponerse entre los presentes. Los tres hombres estaban pendientes de la Pimentel, pues sabían que no había terminado de hablar.

—Esperaba de vos esa respuesta.

—Entonces, ¿os rendís?

—¿Creéis que he venido aquí para eso?

—¿Y qué pensáis hacer, prima?

—Quiero que sepáis que tengo sobradas razones para haceros cambiar de opinión.

—No veo cómo.

—Tengo un escrito y sabré a quién debo mostrarlo para que todos sepan el atropello que se ha cometido y todos los crímenes y tropelías que ordenáis.

—¿Cómo te atreves?

El rey Juan se puso en pie y Enrique le sujetó por el brazo para evitar que cometiera algún desmán del que pudiera arrepentirse.

La Pimentel se puso en pie frente a él y no se arredró ni un ápice para continuar hablando. Su hijo Juan se levantó poniéndose junto a ella.

—¡Tengo un escrito os digo! En él se explican ciertos detalles de cómo terminasteis con la vida de la reina Leonor de Portugal, la madre de la futura esposa de vuestro hijo.

—¡Yo no la mandé matar!

Los ojos de Enrique se habían abierto como platos al oír aquellos detalles escabrosos que mostraban un pasado lleno de acciones deleznales.

—¡Claro! Solo urdisteis los hilos... Pero el asunto se os fue de las manos. Otros fueron los ejecutores y otro el acusado.

—No podréis demostrar nada...

El tono del rey Juan era bien distinto. Sus palabras sonaron a desaliento y a derrota anticipada. Pero la Pimentel no había terminado.

—Se lo mostraré a la reina Isabel. Ella sabrá que fuisteis la causa de la muerte de su tía.

—¡¡No!! Os pido que tengáis piedad. Su salud no es buena.

—Quizá esto la ayude a luchar. Además, fue mi esposo quien os logró su mano. ¿No lo recordáis? Había que unir fuerzas con los infantes de Portugal...Y fue ella, la nieta de un... bastardo. Pero a fin de cuentas, con el suficiente dinero como para obviar ciertos escrúpulos, ¿no?

—¡No te atrevas a amenazar a tu rey!

—Te ha cegado siempre la riqueza, Juan. Siempre has querido más. Nunca tuviste bastante, ¿no es verdad?

—No te consiento que...

—Acusaste a mi marido de enriquecerse por todo. De hacer tratos corruptos con los moros. ¡Aquél maldito asunto de los higos!

Enrique intervino en la conversación indignado por la forma en que aquella mujer arremetía contra su padre de aquel modo.

—¿De qué está hablando, padre?

Juana Pimentel tomó de nuevo la palabra con resolución y sin temblarle la voz ni un ápice.

—Yo te contestaré. Se pudo solucionar una derrota segura negociando con los moros. Ellos mismos se vendieron por un precio. Muchos se rieron porque al de Luna le dieron un carro de higos y con eso se arregló todo. Pero pocos supieron que dentro de cada uno de ellos iba escondida una moneda de oro. Solo lo supo el rey Juan, que tuvo su ventajosa parte. ¿No es así, primo?

El rey Juan miraba a la Pimentel y al príncipe Enrique quien parecía interrogar a su padre con la mirada y no comprendía nada de lo que ambos se decían.

—¡Dejémoslo estar, mujer! Estás rota por el dolor de tu pérdida. Todos nos hemos beneficiado de los éxitos de la corona. Pero también hemos sufrido con sus derrotas.

—Eso no devolverá a mi esposo la vida.

—Quieres decir que todo está perdido.

—No lo estará si te retractas.

—¡Debes servir a tu rey! Obedecerme y asistir a tu reina que te necesita...

Juana Pimentel tomó el brazo de su hijo y sin mediar palabra se volvió para salir de la tienda. Cuando estaba junto a la entrada, se volvió para despedirse.

—Haced lo que os venga en gana, señor. Al menos sabéis que voy a defenderme.

—¡Debes rendir las armas, Juana! ¿Crees que has ganado esta guerra?

—Desde hoy tengo otro nombre señor. De ahora en adelante seré La Triste Condesa y sabed que mis armas no son las mismas que las vuestras. Ya os las he mostrado.

Salieron y sus guardias les escoltaron hasta la entrada del Castillo de Escalona. Apostados con antorchas a ambos lados de Juan y de Enrique, sus guardias les acompañaron de vuelta al campamento. El silencio les acompañó durante todo el camino. La luna menguante estaba en su punto mínimo en el cielo. La oscuridad reinaba en los campos de Castilla.

A los pocos días, el rey Juan mandó levantar el campamento y retirar el asedio. Por el honor de su nombre y a beneficio de la corona, mandó desposeer a la familia de la Pimentel de muchas heredades, pero respetó el castillo de Escalona y otras propiedades que ella había aportado como dote al matrimonio, pertenecientes a su familia paterna.

Fueron muchas las bocas que tuvo que tapar y muchos los que se aprovecharon del expolio que se hizo a la familia Luna—Pimentel. La Triste Condesa siguió con su vida normal compartida con sus hijos retirándose de la vida cortesana a la de sus muros bien defendidos que habían conseguido resistir a las fuerzas del rey Juan II de Castilla. El dolor había llenado el vacío que dejó su esposo desde el día de su muerte y nunca la dejaría. Sabía que la lucha no había terminado. Nunca terminaría.

Nadie supo jamás que una noche en el campamento, en la soledad de su tienda, despertó el rey sobresaltado viendo un resplandor nebuloso. Era como si la luna se hubiera colado dentro, estirando el brazo hizo girones aquella niebla que parecía deshacerse entre sus dedos. Al punto, la oscuridad se tragó todo el resplandor y tuvo que cerrar y abrir los ojos varias veces, mientras los restregaba para poder ver a su alrededor.

De nuevo una luz difusa, se suspendió sobre su lecho. Era como una nube y se echó para atrás en el catre de campaña quedando sentado mirándola. Desde ella una cabeza le miraba con los ojos llenos de odio.

—¡Nunca lo conseguirás! ¿No te basta haber acabado conmigo?

El horror hizo enmudecer al rey que no acertaba a despegar los labios. Ni siquiera para llamar a su guardia.

—Debiste pensarlo antes de iniciar el asedio. ¿Por qué a ella?

Aquella cabeza parlante, lívida y amenazante le hablaba y no era capaz de reaccionar.

—Si no abandonas, juro que te perseguiré mientras vivas, Juan.

Su aliento se quebraba en él y, presa del pánico, no atinaba a moverse sintiendo que su cuerpo se iba haciendo más pequeño al oír tales amenazas.

—¡¡¡No habrá descanso para ti!!!

Al día siguiente cuando despertó no quiso recordar aquel mal sueño. Pero gritó espantado al

ver que su camisa de dormir estaba salpicada de sangre, de aquella sangre que goteaba de la cabeza de Álvaro de Luna.

El rey Juan saltó del lecho y temblaba como una hoja en medio de la soledad de aquella tienda. Una ráfaga helada le azotó por la espalda mientras sentía el chorro cálido de su propia orina. Cuando sus hombres entraron en la tienda al oír sus gritos lo encontraron sin sentido en el suelo, calado y temblando.

Capítulo 30

La mañana iba entrando como Manuel en el camino. Eran tantas cosas las que dejaba atrás que sentía como si parte de él se quedara en Salamanca. Se iba tal como llegó, sin nada, pero con el corazón lleno de sentimientos encontrados. Unos de ternura hacia la familia que había quedado desgajada y de la que había formado parte. Otros, de frustración, pues no comprendía muy bien el motivo forzado de su partida. Todos le producían dolor y quería alejarlos de su cabeza pensando que aquello no eran sino enseñanzas de la vida, algo que le haría llegar a ser un hombre más fuerte.

El corazón también llevaba consigo a su maestro Elías, nadie había mostrado por él tanto interés y había mirado por él de aquel modo. Nunca podría olvidarlo. También se había preocupado de facilitar los medios para aquel viaje y recomendarle a quien pudiera ayudarle en su próximo destino.

Había oído hablar mucho de Toledo en Salamanca, era una ciudad muy importante en la que se hallaban las culturas más dispares y donde podían encontrarse muchas cosas que en otros lugares aún no se conocían. Era el lugar donde fluía la sabiduría de los pueblos que en ella habían encontrado el acomodo para su convivencia. Aquello le vendría muy bien para completar su aprendizaje con tantas cosas nuevas.

A pesar de todos los pensamientos que en su cabeza iban bullendo, no había echado cuentas de qué haría una vez que llegara a su destino. Habría de presentarse en primer lugar ante el hombre a quien había sido recomendado por su maestro y se confiaría a él. Estaba dispuesto a trabajar y a demostrar que quería finalizar sus estudios.

Durante las jornadas siguientes tendría tiempo para meditar acerca de ello. A pesar de su situación tenía esperanza en el futuro y confiaba en su suerte.

De pronto el caballo hizo un extraño sin saber a qué había obedecido aquella reacción del animal. Iban al paso y ningún animal se había cruzado en su camino, ni tampoco ningún otro ser vivo. A aquella hora, muchos se acercaban a los campos de labranza a empezar la jornada.

Sujetando las riendas con firmeza consiguió detener al animal que recuperó la compostura y siguió por el camino. Rufián, que así le había llamado la hija menor del maestro Elías cuando lo compró, era un caballo alazán, de buena planta y dócil, acostumbrado como estaba al servicio doméstico. Para tranquilizar a su montura lo acarició mientras le hablaba con suavidad.

—Preferirías cabalgar, ¿eh? Rufián. Tranquilo, ya tendremos que aligerar el paso. Ahora no hace calor y no tengo prisa por... Pero, a ti no voy a contarte nada, eres solo un caballo.

A pesar de tal razonamiento, Manuel hizo una pausa como si esperara que Rufián respondiese a su conversación. Pensaba que debía disfrutar del paisaje pues sería la única manera de ocupar su cabeza con cosas que no influyeran en su estado de ánimo, bastante más bajo de lo que hubiera querido. Así enfiló al horizonte y siguió su marcha al paso aprovechando el fresco de las primeras horas de la mañana.

Sin querer volver la vista atrás, en su congoja, imaginó que ya no se verían los contornos de la ciudad y lamentó no poder guardar aquella imagen en sus recuerdos para añorarla en los días que, en adelante, le tendrían sumido en la tristeza. Sin poder resistirlo y sin ánimo de parar el caballo,

redujo aún más el paso y se volvió. Todavía se divisaban las últimas casas y también las arboledas que al fresco del cauce del río discurrían en su verde intermitente de alturas. Lugar paradisiaco, remanso calmo y fresco donde en más de una ocasión se había solazado.

Mirando hacia delante, pensó que habría de afrontar cuanto viniera a su vida. La nueva vida que ahora le esperaba en otra ciudad castellana y su esperanza crecía al pensar que, al igual que otros, podría encontrar allí la panacea de tantos conocimientos como le había contado su maestro Elías. Por lo que parecía sólo estaban de su parte las gentes del pueblo judío, pero no cabía duda de que le ofrecían una oportunidad y, ciertamente conocía su firme carácter y dedicación, lo cual le ayudaba.

De manera inconsciente palpó su bolsa de cuero que colgaba junto a su pecho por dentro de su jubón y atentó los pliegos que Catalina le había dado, así como la carta de su maestro para el pariente toledano que habría de ayudarlo. En su cinturón llevaba una bolsita de cuero con unas cuantas monedas que había podido juntar de las sobras de algunas compras en el mercado que Catalina dejaba para él, así como de Elías, su maestro que le recompensaba con parte de los pagos que recibía de aquellos a quienes sanaba, cuando le había acompañado. También llevaba otras cuantas monedas que habría de conservar muy bien mientras no tuviera otros recursos para su sustento en Toledo, se las dio su maestro y no pudo decirle que no.

Un quebrar repentino de ramas le hizo salir de sus pensamientos y detuvo el caballo en seco en mitad del camino. El sol empezaba a dejarse notar y se apartó a un lado junto a una sombra del camino, última quizá en muchas leguas al dirigirse hacia el interior de la meseta, considerándolo más prudente por si era algún peligro al acecho. Así podría protegerse tirando campo a través para hacerse más difícil de avistar. Miró a su alrededor y todo estaba en calma, volvió la vista atrás y ya no veía sino campo. Definitivamente había de seguir adelante.

Dispuso su marcha de nuevo pensando que, quizá algún animal asustado a su paso había pisado alguna rama o quizá se desgajó sin más algún arbusto. Guiando al caballo hacia la izquierda para volver al centro del camino volvió a escuchar un roce de arbustos y un rodar de cantos. Sin duda era la presencia de algún animal que lo seguía o quizá no. El miedo espoleó su imaginación.

Ya pensaba en un grupo de salteadores de caminos que iban tras él desde Salamanca o, quizá algún animal salvaje que planeaba su ataque a un viajero solitario. Sonriendo para sí, pensó, qué sería de él cuando cayera la tarde y las sombras comenzasen a deformar la realidad convirtiendo árboles en fieras, rocas en formas fantasmagóricas y tantas y tantas amenazas a alguien que se enfrentaba al mundo en solitario.

Sin saber si parar o bien seguir a galope tendido dejando atrás aquel lugar que tanto le había turbado, sus dudas se disiparon pronto. Otro derrape esta vez con un arrastrar de piedras, tierra y polvo del camino terminaron por desvelar la presencia del culpable de aquellos desmanes.

—¿Pero, qué demonios?

Detuvo el caballo que se encabritó al ver aparecer rodando un bulto envuelto en cantos y restos de ramas. Se paró en medio del camino y quedó el caballo clavado, aunque caracoleando tratando de evitar lo que se les venía encima. Cuando se calmó la avalancha, Rufián se tranquilizó y él recobró el ánimo, descendió para ver qué era lo que había embestido contra él y su caballo. Al fijarse vio a un mozuelo que estaba acurrucado, con la ropa sucia y los miembros llenos de rasguños, hecho un ovillo cubriendo su cabeza con ambos brazos.

Se agachó al ver que no era más que un muchacho para ayudarlo, quizá se habría caído y estaría malherido. Cuando fue a tocarlo, un presentimiento cayó sobre él y se quedó sin saber cómo reaccionar. El zagal, viendo que su caída se había frenado, se trató de levantar rápidamente para salir corriendo si era preciso, tales eran sus temores y tribulación.

Manuel no pudo sino apartarse un poco, alzar las manos al cielo y sacudir la cabeza mirando hacia arriba dando vueltas sobre sí y moviendo los labios sin decir nada coherente. Pensaba que estaba teniendo una visión. No era posible. Quizá la similitud, la edad, la casualidad. Sin poder aguantar más se dio la vuelta para ver de nuevo a aquel muchacho que, tal vez podía estar malherido.

Ante él, Nuño, ya de pie, se sacudía el polvo y se atusaba la ropa, bastante perjudicada en el suceso.

—¿Qué haces aquí?

El tono de voz de Manuel no sonaba demasiado amable y por la cabeza de Nuño pasaron tantas cosas que hubiera querido elegir la más convincente y la que quizá le hubiera hecho enfadar menos. Tras permanecer callado unos instantes más, finalmente levantó, primero los ojos y luego el resto de la cabeza.

—Pues, ¿tú qué crees?

—Te estoy preguntando yo y vas a contestarme. ¿Por qué has venido?

—Pero, ¿no te das cuenta? Te llevo siguiendo desde que saliste de casa. No puedo dejar que te vayas solo...

—¿Qué tú no puedes dejar que qué...? Mira Nuño, ahora mismo vas a darte la vuelta y te vas a ir, sin más. No quiero discutir.

—Eso no va a ser posible. Me he escapado y... si vuelvo, ya sabes...

Con las señas que hacía con los ojos, transmitió lo que le esperaba por parte del ama Catalina. Manuel trató de quitar importancia al asunto.

—Dirás que fuiste a un mandado. Inventa algo. Se te da muy bien.

—No voy a inventar nada. Quería irme contigo pero, si te lo hubiera dicho me habrías dicho que no. ¡Lo ves! Me estás mandando de vuelta.

—¿Qué quieres que haga contigo? No puedes venir. ¡No! No se hable más de este asunto. No puedo hacerme cargo de ti.

Algo nervioso, pero intentando calmarse, Manuel comenzó a dar vueltas en torno a donde se encontraban parados, en mitad del camino, pero no dejaba su discurso.

—Ni siquiera sé si podré salir yo adelante.

Nuño mirándole con desolación comenzó a sentir el temor de que le obligara a irse. Siempre pensó que podría convencerlo.

—¿No te das cuenta de que en cuanto se case el ama, yo también estaré de más?

—Pues cada uno habremos de buscarnos la vida, ¿no te parece?

—Es fácil decir eso para ti. Ya eres un hombre. En cambio, yo...

—¡Yo soy un hombre! Pues se ve que no lo bastante...

Nuño le miró sin comprender. Manuel siguió tratando de convencerle para que volviera a Salamanca.

—Tú das más pena. Saldrás adelante ya lo verás. Vete de una vez.

Manuel estaba enfurecido. No podía crearle falsas esperanzas. Nada tenía.

—¿Por qué me dijiste que serías mi hermano mayor?

—Yo... entonces estábamos juntos. ¡Mírame ahora!

—Juntos saldremos adelante, Manuel. Seré tu siervo. Sabes que trabajaré para ti.

—No podré mantenerte, Nuño. No te das cuenta de que lo digo por tu bien. Debes volver. La señora Catalina te buscará ocupación, ya lo verás.

Nuño rompió a sollozar abiertamente y las lágrimas comenzaron a dibujar sobre su rostro unos surcos que dejaban a ambos lados un color negruzco por la suciedad que tenía. Su desconuelo caló en Manuel que, abatido, se sentó junto a un árbol a un lado del camino donde, indolentemente esperaba el caballo protegiéndose de los rigores de la mañana.

—¡Ven aquí! ¿Cómo puedes decir eso? Sabes que te tengo querencia. Lo sabes. Pero este es el momento de separarnos. Cuando yo me haya aposentado en Toledo mandaré por ti. Escribiré recado a la señora Catalina y te llevaré a mi lado. Puedes estar seguro.

—¡No lo harás!

Los sollozos le hacían hablar entrecortadamente y Manuel sentía un profundo pesar en lo más hondo de su alma. Pero sabía que no podía llevarlo con él. Era imposible.

—Lo haré cuando llegue el momento. ¿Qué clase de hermano sería si te llevara a pasar las noches al raso, sin un bocado que llevarte a la boca y sin un porvenir?

—Serías uno al que sólo le importara estar con su hermanito pequeño donde, aunque no se tuvieran nada más que el uno al otro, estarían felices porque estarían juntos.

Dejó de hipar observando a Manuel que se había quedado sin palabras mirándole fijamente a la cara. Durante unos momentos Nuño le observó tratando de adivinar cuál sería su reacción. Tras mirar a aquel muchachito no pudo por menos de sacudir su cabeza con fuerza a ambos lados y levantándose de un impulso rápido se sacudió el polvo para ponerle una mano sobre el hombro.

—Tienes razón. Solo quiero que seas consciente de lo que me has dicho. No te importa nada sino que estemos juntos. ¿Te has dado cuenta de cuál es nuestra situación? Un caballo y, porque me lo dio el maestro Elías para el viaje. Dime ¿cómo viajaremos? Apenas llevo unas monedas, han de durar para el viaje y también para los primeros días en Toledo hasta que encuentre acomodo y trabajo. ¿Si somos dos, cómo lo lograremos? ¿En qué trabajarás tú? Ni siquiera sé si podré trabajar yo mismo.

Se palmeó los costados tras expresar con su rostro la desesperación que le producía aquella situación. Sin embargo, Nuño parecía más tranquilo. Le miraba mientras sopesaba las palabras que habría de decir a continuación.

—Nada me importa más que saber que estamos juntos, Manuel.

—Y no has pensado que pensarán que te he traído conmigo a la fuerza o algo así. No me perteneces, eres el aprendiz de la señora Catalina.

—No te preocupes, se lo dije a María. Ella también pensó que sería lo mejor para mí. Y me dijo que, también hubiera venido con nosotros de no saber que su madre la castigaría hasta que fuera anciana si tal cosa hiciera.

—Tanto pesar queda en aquella casa por mi partida.

—Ya lo ves.

—No sé por qué entonces... ¡Sí lo sé!

—¿Me vas a obligar a volver ahora?

—Creo que a pesar de todo estarías mejor allí.

—Si estoy a tu lado, nada temo.

Un ruido que se iba aproximando les sacó de su conversación y, al punto, un carro comenzó a despuntar por el camino en su misma dirección. Venía a paso ligero y fue deteniéndose a medida que se aproximaba. Pudieron divisar al conductor, un hombre desgredado y con un sombrero raído sujetaba las riendas. A su lado un hombre con un turbante en actitud taciturna. Al pasar a su lado les hicieron un gesto algo afectado y siguieron su camino. Quizá serían ambulantes, pues salían de la ciudad al igual que ellos.

—Será mejor que continuemos... ¡No sé lo que digo! Volvamos, te llevaré de nuevo a Salamanca. Esto no puede ser.

—Manuel...

—¡Esto es una locura! Pero, ¿no has traído nada?

—Mi hato se ha caído cuando resbalé...

—Pues vamos a buscarlo, ¿vale la pena?

—Llevo una camisa, una manta, una navaja, unas alpargatas, una hogaza de pan de centeno recién hecha, un pedazo de queso de oveja y unos chorizos.

—¡¡¡Vamos a buscarla!!!

Apenas la tenue luz del amanecer se introdujo en la estancia el muchacho se incorporó y trató de levantarse sigilosamente para no hacer ruido. La penumbra se había disipado y algunas cosas de las que allí había todavía tenían los contornos desdibujados.

—Si no deseáis nada más... he de irme.

Enrique se desperezó en el lecho y el lienzo blanco cayó a un lado dejando su desnudez en evidencia. Sin ocultar su cuerpo, se estiró plácidamente ante la mirada atenta de quien acababa de hablarle.

—Puedes irte, pero no me satisface que me dejes solo a hora tan temprana.

—He de presentarme en el cuerpo de guardia... Yo también prefiero estar aquí con vos.

—¿Vendrás esta noche?

—Si lo ordenáis...

—¿Acaso te tengo que obligar para que vengas? Bien, pues no hace falta que lo hagas.

—Solo quería decir que quiero venir, señor.

—Hay como tú bastantes en mi guardia.

—Sabed que no siente nadie por vos lo que yo...

—Eso he oído decir a muchos... Los mismos que luego hacen chanzas a mi costa. ¡Vete ya!

—Siento lo que decís...

—Ve... Te mandaré llamar cuando quiera verte.

—Lo esperaré con ansia...

La mirada de Enrique buscó con avidez el rostro de Haleb, en busca de algún tipo de señal. Nadie como él velaba su sueño ni nadie como él lo acariciaba tiernamente mientras se dormía. Nadie lo escuchaba, ni nadie le hacía reír como él.

Incorporándose en el lecho Enrique se cubrió la cara y pasó las manos tras su cabeza.

—¡Dios!

Pocos sabían complacer sus deseos como él quedándose junto al lecho mientras descansaba, manteniéndose en pie desnudo ante él, con todo el esplendor de su juventud para que pudiera mirarle. Pocos como él, porque pocos lo entendían. Pocos podían comprender que a él también le gustaba dormir sin camisa para que él pudiera verle mientras dormía y le deseara, aunque supiera que no podía ni siquiera acercarse a él sin su permiso. Eran las normas.

No pasaron dos minutos cuando unos discretos golpes sonaron en la puerta de la cámara.

—Pasad.

La puerta se abrió y una figura entró discretamente cerrando tras de sí. Se acercó al lecho y a contraluz apenas distinguía sus facciones.

—No podía tener mejor presagio este naciente día. ¿Quieres sentarte o, quizás dormir un poco?

—Acabo de levantarme. Vengo para daros una noticia.

—Espero que no sea mala, la verdad. Me disgusta empezar el día con problemas.

—Bueno, es de cierta dama...

—¡Una mujer! Seguro que quiere algo. Siempre pidiendo... ¡qué fastidio!

—Esta dama, no pide nada, sólo quiere compartir con vos algunos momentos de... intimidad.

—Bueno, eso lo quieren muchos. Pero he de ser yo quien lo quiera.

—Entonces, ¿qué he de decirle? ¿No queréis saber antes, quién es?

—Creía que tú no eras como los otros. Te creía mi amigo.

—No penséis mal. Os estoy sugiriendo que, bueno, creo que es una buena ocasión para que... no sé si me comprendéis.

—Estoy muy feliz como estoy...

—Lo sé, señor. Pero también vos sabéis que tenéis obligaciones y quizá si... probaseis sería una buena manera de acostumbraros a... Ya sabéis... la coyunda.

—No me toques ese tema, por favor. ¿Quién te envía?

Saltando literalmente del lecho, Enrique se incorporó y se sentó, el lienzo volvió a descubrir su cuerpo y la mirada de Miguel se perdió en él, sus formas largas, agigantadas, le transmitían impulsos que no se atrevía a reconocer.

—¡Es mi padre, verdad! No me des más detalles. Es cosa suya. ¿Qué me ha buscado esta vez? Alguna puta barata. Eso sí, bella... ¿Hasta cuándo me van a impedir vivir en paz?

—Miramos por vos. No penséis que es por mal vuestro.

—¿Tú también?

—Insisto señor, vengo por mí mismo. Creedme que es por vuestro bien y por vuestros deberes como futuro monarca.

—Quizá tengas razón, pero es un tema que me produce malestar. ¿Es tan difícil de entender que no me gusta que me toque cualquiera? No lo necesito.

—Eso no es del todo cierto...

—Tienes razón, amigo. A ti no puedo engañarte...

—Tenéis ciertos deberes que...

—Lo sé. Cuando llegue el momento necesitaré que estés a mi lado.

—Sería mejor que fueseis afrontando tales asuntos propios de la naturaleza masculina, señor.

—Escogeré yo a la dama y... A no ser que tú hayas pensado en alguien que pueda encajar en mis gustos...

—Bien, seguiré con la búsqueda pero, tenéis que comprometeros conmigo seriamente. ¿Lo haréis?

—¿Estarás a mi lado?

—¿Acaso el maestro abandona a uno siquiera de sus pupilos?

Rieron juntos por unos instantes mientras Enrique se levantaba del lecho desnudo como estaba.

Isabel de Coímbra salió con la dama que había entrado a avisarla y dejó al aya junto a los infantes que seguían durmiendo ajenos a lo que ocurría a su alrededor.

Cuando llegaron al gabinete, la reina se sentó en su silla y retomó la labor que había dejado dispuesta cuando salió para ver a sus hijos.

—¿De quién se trata?

La dama le dio una nota plegada y la reina volvió a dejar la labor a un lado junto a una mesita baja.

—Está visto que no ha de terminar nunca...

Abrió el pliego y leyó para sus adentros por unos instantes.

—¡No comprendo nada!

La dama la miró durante unos instantes esperando ver si la reina le ordenaba algo. Al seguir en silencio, fue ella quien le habló.

—Puedo decir que ya no recibís a nadie hoy, señora. Quizá es muy tarde y...

—Algo urgente debe ser que no pueda esperar a mañana. Haced pasar a la señora, pues.

La dama salió y dejó a la reina en sus cavilaciones. Se dirigió al gabinete contiguo donde esperaba aquella mujer sentada en una silla alejada del escritorio, donde todavía el secretario de la reina estaba despachando los últimos quehaceres del día. Habló mientras hacía una reverencia protocolaria.

—Señora, podéis pasar.

Los ojos de la viuda del capitán Figueiras se cruzaron con los de Sebastiao Silveira, el secretario de la reina, por un fugaz instante en que se sintió espoleada y se levantó para dirigirse a las estancias reales. Parecía atribulada y nerviosa. Su cuerpo en si todo temblaba y a duras penas podía mantener el aplomo requerido para una audiencia real.

Cuando llegaron al gabinete, la dama abrió la puerta y la hizo pasar. La reina estaba sentada junto a otras damas que bordaban en silencio tras su entrada que, seguramente habría interrumpido una banal conversación.

Se inclinó reverencialmente ante aquella espléndida mujer en la flor de la vida y esperó a que ella le hablase. En aquel instante le pareció hermosa y regia.

—Veo que algún otro motivo os ha traído de vuelta.

—Creed señora que lo lamento de veras.

—Pues ya está hecho. Habladme pronto pues no son horas propias de visitas.

—Majestad, he de pedir os de nuevo privacidad. Lo que he venido a deciros es muy grave.

Con cara de asombro, Isabel comprendió que la mujer deseaba hablar con ella a solas, pero aquello la molestaba, pues su rango no era otro que ser la mujer de un soldado, por muy fiel que hubiera sido a su señor padre. Sin embargo, accedió por cortesía.

—Señoras, idos todas un momento.

Las damas doblaron sus labores y abandonaron el gabinete. Isabel le dijo a la viuda que se acercara y tomara asiento junto a ella ante la pequeña mesa donde además del servicio para el agua que le habían traído, dejaba su labor.

—Hablad. Estamos solas.

—Mis sospechas se han confirmado, señora. Ya atentaron contra vuestro esposo en otros tiempos.

—¿Los Braganza?

La mujer hablaba apresuradamente, su rostro estaba arrebolado y las manos nerviosas, enjugaban de cuando en cuando una lágrima que se escapaba de sus ojos.

—Ya acabaron con la vida de vuestro padre... Han matado a mi marido... Sus manos están manchadas de sangre y ya nada importa.

—Todo eso es cierto, pero os dije que necesitaba pruebas para que el rey nos escuche.

—¡Lo sé! Pero ahora sois vos quien está en peligro.

—¿Cómo decís?

El rostro de Isabel había mudado. Podía ser que sus sospechas de venganza la incluyeran también a ella. Tenía que convencer al rey para mantenerse a salvo.

—Tenedlo bien seguro, majestad. Sé que están preparando un ardid para acabar con vos.

—¿Cómo podéis estar segura de ello?

—Lo sé.

—¿Cómo podrán hacerlo? Todos me protegen aquí.

—Lo harán. ¡Desconfiad de todos!

—Nada como ni bebo sin que se supervise... Es ¡imposible! Y la guardia no permitirá que...

—¡Tenéis que creerme!

La mujer seguía atribulada y las lágrimas rodaban por sus mejillas. Isabel se había alterado grandemente. Se levantó de la silla dejando sentada allí a la viuda. Cuando sus damas comenzaron a oír las voces a poco entraron juntas en la sala.

—¿Qué tenéis señora? ¿Qué ocurre?

La sujetaron y trataron de calmarla, pero a ella parecía que le dejaban las fuerzas. La viuda no se atrevía a moverse y, una de las damas se acercó hasta donde estaba ella para echar un poco de agua en un lienzo y lo empapó para enjugar el rostro de la reina, mojando también sus labios. Con el rostro pálido como la cera, Isabel se reanimó y recobró la compostura. La sentaron junto a la chimenea y otra dama le trajo su copa con un poco de agua de la mesa donde Isabel había estado sentada con su visita.

A poco se encontró mejorada y se levantó acompañada de una de sus damas. Caminaron hasta la mesa y la viuda con el rostro arrasado por las lágrimas se postró ante ella y le pidió que la bendijera con sus manos, cosa que Isabel hizo y la mandó levantar. Le dio las gracias y la viuda buscó la salida apresurada.

—Id con Dios, señora.

—Que él os bendiga por siempre, majestad.

La reina quedó atendida por sus damas y se sosegó mientras ellas le pedían que les contase el

porqué de su tribulación. Isabel no quiso preocupar a ninguna. Lo que necesitaba es hablar con Afonso y tratar de convencerlo.

La viuda del capitán Figueiras había salido al exterior del Palacio. En su pecho la culpa, en sus ojos el dolor y en su alma la esperanza de poder salvar a sus hijos de la desgracia.

También habían acabado con ella al haberla empujado a llevar a cabo tan vil acción. Nunca pensó que fuera tan fácil. Estaba en juego la vida de sus hijos y el porvenir de su familia.

A cambio de terminar con la presión que sobre ellos ejercía la casa de Braganza, les había servido de instrumento para poner fin a un problema que para ellos no era sino una amenaza. Sin saber por qué echó a andar muy deprisa. Una finísima lluvia empezó a caer lentamente.

Capítulo 31

En torno a una pequeña fogata humeante, cuya llama se había consumido, envueltos en sus mantas se encontraban Manuel y Nuño. Rufián junto a ellos estaba atado a un árbol protegido por una manta para evitar que el rocío de la noche le enfriase el sudor propio de la marcha. Habían pernoctado junto a un grupo de arbustos altos que protegían, no sólo del raso, sino también de la vista del camino para evitar sorpresas mientras dormían. El cansancio, haber llenado el estómago y el calor de la fogata, junto con la tibieza de las mantas hicieron que pronto hubieran caído en un sopor propio de la edad.

Ya se comenzaban a adivinar las primeras luces del alba y dar con el pequeño campamento no supuso ninguna dificultad. Agazapados tras los arbustos para valorar la situación y comprobar su estrategia estuvieron unos instantes y cuando los dos muchachos se dieron cuenta, estaban sujetos con los brazos a la espalda por dos hombres que les imprimían su fuerza para evitar que se zafaran.

—Pero qué sorpresa más agradable.

Era un hombre robusto y algo desaliñado el que hablaba. El otro permanecía en silencio sujetando con fuerza a Nuño que trataba de soltarse pateando al aire con sus pies inquietos.

—Bueno, espero que seáis amables con estos compañeros de viaje. Antes fuisteis poco corteses, apenas os saludamos y no nos devolvisteis el saludo. Espero que ahora paguéis la falta.

Manuel trató de zafarse una vez más mientras gritó, pero el hombre que hablaba le tenía tan fuertemente cogido que le dolían los hombros como si fueran a romperse.

—¿Qué queréis?

Rápidamente pasó por su cabeza decir que solo eran unos niños por ver si le ablandaba, pero se arrepintió antes de decirlo al pensar que sería señal de debilidad y no quería que lo pareciera. Maldijo el momento en que no obligó a Nuño a volverse a Salamanca pues, ahora se encontraban en una situación de la que no sabía cómo podrían librarse y se sintió culpable por ello.

—Te lo he dicho. Un poco de hospitalidad.

—¡Pues esta no es forma de pedir tal cosa!

—Si os soltamos... ¿Prometes no escapar?

—No escaparé.

—Lo siento pero no te creo.

Tiró de él con fuerza y le obligó a ponerse de pie mientras su compañero, el tipo del turbante, hacía lo mismo con Nuño. Recordó a los individuos que vieron en el camino por la mañana. No le dieron buena espina entonces y se arrepintió por no haber sido más precavido.

Una vez zafado de su manta y descalzo como estaba le obligó a ponerse junto a un árbol y también colocaron a Nuño. Con una soga fueron atados juntos en derredor del tronco mientras sus captores se pusieron frente a ellos.

—Bueno y ahora, tomamos algo para desayunar, ¿no?

Se miraron ambos entre sí y el del turbante, que no había abierto la boca fue el que habló con un fuerte acento extranjero pero en castellano.

—¡Ah! Que no pueden. ¡Vaya!

Manuel empezó a hablar sin reconocerse la voz de lo aceleradamente que lo estaba haciendo. El miedo lo estaba desbordando.

—En ese ható tenéis comida, queso, chorizo y algo de pan. Comed cuanto gustéis.

—Lo haremos amigo. Siempre lo hacemos...

Rieron y se sentaron junto al fuego apagado comiendo sin miramiento alguno las provisiones de los chicos.

—¡Lástima! Un buen vino hubiera puesto la guinda a este desayuno, ¿eh, Mustafá? ¡Uy! Perdón que tú no bebes vino.

—Sabes que si hubiera un buen vino lo tomaría como tú. Pero hay más placeres en el mundo.

—Ya lo creo... amigo. ¡Ya lo creo! También los tendrás.

Siguieron comiendo alegremente para desesperación de Manuel y no parecían tener prisa alguna. A pesar de que lo intentaba con todas sus fuerzas, aquella sogá no cedía de lo bien trabada que estaba.

La jornada avanzaba y seguían allí en la misma postura y también los ladrones, aunque ya no comían. Manuel se daba cuenta de que susurraban y reían quizá maquinando qué harían con ellos. Deseaba que Nuño no estuviera allí temiendo que algo malo le pudiera suceder al chico. Pero el temor de haber pasado por aquel trance en solitario le aterrorizaba.

El hombre que llevaba la voz cantante se levantó de improviso y se acercó hacia ellos con calma, con parsimonia. Disfrutaba con aquello como si fuera su ocupación habitual.

—Bien, no puedo decir, ni tampoco mi compañero, que os hayáis portado mal. Sois unos buenos anfitriones. He de decir que estaba equivocado.

—Señor, sabed que os hubiéramos dado también nuestra hospitalidad sin necesidad de forzarla.

—Eso es probable. Sois buena gente, pero hay que asegurarse. Y os dejaremos tranquilos si nos dais una despedida agradable.

—Señor, nada tenemos. Os he ofrecido la comida de nuestro viaje. No hay más que ofrecer.

—Eso ya se verá... Y tu amiguito ¿es mudo?

—Es mi hermano pequeño. Está a mi cuidado.

—¿Y dónde vais?

Manuel sopesó sus palabras. No era aconsejable decir cuál era su destino. Podrían seguirles o, si quería Dios que terminara aquel trance, ir a buscarlos allí.

—A la granja de mi tía. Está enferma y nos envía mi padre para ayudarla. Es viuda, aunque tiene tres hermanos varones que viven allí.

—¡Uy, qué pena!

—¿Y está muy lejos?

—A tres o cuatro jornadas, no sé muy bien. Es la primera vez que venimos solos.

El hombre sopesó la respuesta y le pareció cierta. No llevaban impedimenta más que para un viaje corto. El del turbante se acercó.

—No queremos interrumpiros más. Pedimos solo vuestra colaboración.

—Es más podemos daros algunas monedas a cambio. No gran cosa. Somos gente corriente... pero entendemos que la compañía hay que valorarla.

En la cabeza de Manuel comenzaron a surgir alertas y se dio cuenta de que la situación podría ser peor de lo que había imaginado, ahora pensaba que todo acabaría pronto.

—Señor, ya habéis visto que no tenemos nada más que ofrecer. Os hemos dado cuanto teníamos para el viaje. Id con Dios y si lo queréis, llevaos todo lo que haya quedado pero dejadnos en paz.

—¿Estás asustado? No tienes nada que temer.

Se giró y se dirigió hacia su compañero pavoneándose mientras caminaba.

—No tiene por qué estar asustado, ¿verdad Mustafá?

—¡No!

—Ambos somos muy cariñosos, ¿verdad?

—¡Sí!

—Especialmente con los zagales, ¿cierto?

—¡Seguro que sí!

Se volvió de nuevo hacia Manuel al que encaró con una sonrisa que a éste le resultó desagradable y extrañamente amenazante. Sus piernas apenas podían sostenerle y no sabía cómo podría proteger a Nuño. No le importaba lo que pudieran hacerle a él.

—Bueno, dejémonos de rodeos... ¿Preferís someteos o ...?

—Señor, ¡por favor! No veis que somos unos pobres muchachos... Mi hermano es sólo un niño.

—Tu hermano...es un tierno infante, pero tú sabes bien de lo que hablo, ¿no es cierto?

Dando vueltas a su cabeza tratando de encontrar las palabras más adecuadas para disuadir a aquellos truhanes, sólo pudo atinar a balbucear e intentar a la desesperada ganarse su confianza.

—Pero señor... Tened en cuenta que mi hermano...

—Ya lo sé. Es un niño. Pero eso no es un problema para mi amigo Mustafá. A él le encantan los críos.

Los dos hombres rieron por unos instantes con todas sus ganas. Manuel desesperadamente les hablaba a pesar de que sabía que no estaban haciendo ningún caso a sus palabras.

—¡No! ¡No! Por favor. No le hagáis daño.

—No se lo hará. Puedes estar seguro. Sólo dile que haga lo que él le diga. Si se porta bien, no sufrirá daño alguno.

—¿Pero, por qué nos hacéis esto?

—Bueno, ¿lo haríais de otro modo? No, no me contestes. Bien sé la respuesta. Dile a tu hermano que obedezca y, en cuanto a ti, ya hablaremos ahora.

El hombre se retiró unos pasos para acercarse a su compinche mientras Manuel intentaba hilar alguna frase que sirviera para aleccionar a Nuño para que fuese prudente.

—Hermanito. Debes ir con este hombre y obedecer, pues no te hará daño.

La respuesta no llegaba porque seguramente a Nuño tampoco le salían las palabras del cuerpo. Manuel no perdía de vista a aquellos tipos que entre ellos se hablaban quedamente pensando en pasar un buen rato a su costa.

—Como tú digas, hermano. Ya me conoces...

Aquella última frase le dio la sensación de que Nuño también quiso darle la confianza de que no era precisamente tonto y sabría cuidar de sí. Aún sin motivo, se quedó más tranquilo y tan sólo deseaba que aquello acabara de una vez. Por su parte los malhechores volvieron hacia donde estaban ellos y el tal Mustafá desató a Nuño del árbol llevándolo maniatado camino adelante hacia un grupo de arbustos próximo. El chiquillo le seguía dócilmente. Manuel pudo apreciar la fragilidad de su cuerpo que, posiblemente se vería mancillado ante su falta de ayuda. Estaban en manos de Dios.

Rogó al cielo que alguien apareciera por allí y los liberara, que empezara a tronar y que la lluvia anegara el lugar para que se pusieran en fuga aquellos malhechores. Pero nada de eso pasó. Solo sintió un peso en el pecho al temer por la vida de Nuño. No podía más cuando aquel hombre volvió a hablar.

—Bien, muchacho, puedes estar tranquilo, Mustafá es muy cariñoso, te lo aseguro y, ahora estamos aquí tú y yo. Aunque me gustaría que hiciéramos muchas cosas, el tiempo y la seguridad me aconsejan hacer sólo una y sin necesidad de soltarte ¿Estás de acuerdo?

—Sois muy considerado al preguntarme... ¿Acaso tengo elección?

—¿Nunca yaciste con varón? Mejor no me contestes... ¿Al menos has tenido trato con alguno?

Antes que Manuel pudiera decir alguna respuesta, pues no estaba en su pensamiento hacerlo, el hombre continuó hablando con una voz cada vez más ronca para ganarse su confianza.

—Bueno, lo que haremos nada se diferenciará con el trato entre varón y hembra. Por lo que nada notarás muchacho... Nada que no te parezca placentero.

Manuel estaba deseando que pasara todo. Si aquel hombre se quedaba satisfecho, él lo daría por bueno para acabar de una vez con aquello y que los dejaran tranquilos.

Al menos no se oían señales de alerta, porque solo pensaba en Nuño. Procuró poner la mente en blanco cerrando los ojos y tratando de escuchar los ruidos del campo. Trinos de aves y el rasgar del vuelo de algunas de ellas se entremezclaban con sus sensaciones. La brisa soplaba

fresca y se detuvo. El cordón de sus calzas cedía y aquel hombre se arrodilló frente a él. Podía haber luchado, pataleado, gritado o pedido auxilio para evitarlo. Pero temía por Nuño.

La tormenta se desató a través de sus sentidos y volvió la calma. Se sintió como un cristal roto en mil pedazos hasta que abrió los ojos y vio que el hombre estaba frente a él. Muy cerca.

Sin palabras torció la cabeza para no ver a aquel ser despreciable por el que se sentía ultrajado y permaneció en silencio esperando a que decidiera dejarlo tranquilo e irse. Se pegó a él y comenzó a acariciarle el torso. Nuevamente la alarma saltó en su cabeza.

—¡Uhhh! Es difícil resistirse... prefiero dejar algo para otra vez que estés más animado. Pero, ¿qué diablos...?

Había descubierto su bolso de cuero oculto entre el jubón, junto a su pecho. Señal de que no era un vulgar ladrón. Sin duda era algo mucho peor. De un tirón lo sacó hacia fuera lanzando mil y un improperios.

—¿Con que no tenías nada, eh? ¿Y esto?

Manuel buscó febrilmente una excusa que fuera convincente. No deseaba perder los manuscritos.

—No es nada de valor, señor. Lo llevo para el boticario. Son remedios para mi tía, ¿recordáis que está enferma?

El hombre sacó de mala manera los grabados que le había dado Catalina. Para un hombre de pocas luces como aquel parecía, aquella explicación podía haber sido buena. Siguió hurgando en la bolsa y dio con la pequeña talega que tuvo tiempo de guardar para ocultarla en lugar de dejarla en su cinturón y que contenía las monedas que habrían de ser su sustento más inmediato.

—Veo que me has mentido bien. Dijiste que no tenías nada de valor. ¿Y estos dineros?

—Como veis, he de pagar al boticario por las recetas para mi tía. Esos son los cuartos que me dio mi padre para tal fin.

—Pues el boticario habrá de contentarse con cobrar en otra ocasión. Yo también tengo mis gastos... En cuanto a las recetas... puedes llevarlas. Al menos que las componga y sane a la enferma. ¡No soy ningún desalmado!

Manuel suspiró aliviado al no perder aquellos grabados. Pero la pérdida del dinero supondría el hambre. Pensó que podría arreglárselas...

En aquel instante Mustafá apareció con Nuño quien venía desatado y sonriente al lado de aquel individuo. Ambos parecían venir de una excursión campestre.

—¡Amigo Mustafá! No hay nada como aliviar tensiones.

—¡Sí, amigo!

Nuño corrió al lado de Manuel al verlo todavía atado en el árbol con las ropas abiertas y se aprestó a liberarlo.

—¡Espera amiguito! Le soltaras cuando Mustafá y yo hayamos desaparecido por la senda. Hemos de continuar nuestro viaje. Somos hombres de negocios y en estos momentos vamos a comprar mercancías, ya que la fortuna nos ha sonreído.

Nuño se detuvo en seco y miró inquisitivamente a Manuel quien con un gesto le indicó que lo dejara estar.

—Muchachos. Creo que en esta ocasión decirles que ha sido un placer vuestra compañía está de más, aunque sea cierto y os damos las gracias por vuestra disposición y generosidad.

Diciendo lo cual mostró con su mano derecha en alto el talego con las monedas que tintinearón en el aire e hicieron que Mustafá brincara y sonriera abiertamente haciendo un alarde de acrobacia. Se dirigieron hacia el carro y les saludaron con la mano seguidos de la mirada de ambos muchachos que esperaban con ansia que desaparecieran para liberar a Manuel de sus ataduras.

Capítulo 32

Sería poco antes de llegar las primeras luces del alba, cuando la reina de Portugal, mandó llamar a sus damas. Se había acostado sintiéndose mal. Los pulsos acelerados y un dolor en el vientre le habían hecho pasar la noche en vela. Le dieron una tisana, pues grandes sudores tenía y náuseas que le hacían doblarse sobre sí misma en cada acometida.

Habían llamado alarmadas al físico real y les mandó hacer un remedio que le contuvo el vómito. Pero no se sentía mejor. El ayudante del físico había ido a avisar al rey en vista de que la reina no mejoraba, por orden de aquel.

La reina le había llamado a gritos en muchas ocasiones mientras la atendían. Ante la imposibilidad de calmarla y esperando que los humores de su cuerpo se apaciguaran, pensaron que el verlo la podría tranquilizar.

Cuando fue llamado, Afonso se precipitó desde su cámara hasta la de su esposa. Ahora parecía más calmada, aunque con la camisa empapada en sudor y pegada al cuerpo. Se acercó al lecho y tomó sus manos postrado de rodillas mientras la miraba con cariño.

—¿Qué tienes?

—No lo sé. Pero temo por mi vida...

El rey Afonso enojado por el estado en que su esposa se encontraba mandó a las damas que la atendieran.

—No veis señoras que la reina os necesita.

Las damas fueron presto a buscar ropa limpia y una jofaina para lavar su cuerpo, mientras él se arrodilló junto al lecho, a su lado.

—Ya te conté anoche... yo...

Afonso recordó la conversación que habían mantenido mientras cenaban. Isabel le había transmitido de nuevo sus sospechas, aunque por miedo a que la reprendiera, no le contó nada de su visita. Pensaría que se estaba dejando llevar por los fantasmas del pasado que estaban imponiéndose a su razón. Sabía cuánto le molestaba a su esposo todo aquello.

—Ya te dije que estuvieras tranquila. Ahora tienes que ponerte bien. Hablaremos de todo lo que te preocupa cuando esto se te pase.

—Entonces quizá sea tarde... ¿Por qué no me haces caso?

El rey preocupado no soltaba sus manos y trató de calmarla.

—Déjame que te bese. Tienes que dormir.

—Afonso. Tienes que prometerme una cosa.

—Lo que tú quieras. ¿Qué?

—Que cuidarás de nuestros hijos. Protégelos. Y quiérellos por los dos.

La reina respiraba con dificultad y se dolía del vientre agitándose en el lecho sin control. El

físico y su ayudante se acercaron apresuradamente al ver su estado. El rey Afonso estaba alarmado, no había visto a su esposa tan enferma nunca y no sabía cómo ayudarla.

—No pienses eso. ¡Isabel! ¡Isabel!

Isabel seguía sumida en el dolor y en el trance febril que la consumía. Finalmente, el físico y su ayudante se interpusieron entre los reyes apartando a Afonso del lecho para poder atender a la reina.

Afonso abatido se incorporó y se apartó a un lado. A su mente acudían las palabras de su esposa que ahora luchaba entre la vida y la muerte. Veía a los físicos junto a ella tratando de examinarla. Por un instante, Isabel se quedó en el lecho tranquila y jadeaba con los ojos abiertos, el rostro pálido y bañado en sudor. Parecía que por fin se había sosegado y el susto había pasado.

El ayudante se acercó a por la jofaina con agua fresca que las damas habían preparado. Estas se mantenían a distancia para dejar que atendieran a la reina, pero en sus rostros se veía la preocupación y la desazón ante el estado en que veían a su señora.

El rey con el rostro demudado paseaba de un lado a otro de la cámara sin poder ver siquiera a su esposa, con la preocupación en la mirada que de cuando en cuando lanzaba sobre aquella dramática escena.

Por fin, la reina comenzó a respirar con un ritmo acelerado y su pecho subía y bajaba a cada bocanada de aire que tomaba. A poco un estertor sorprendió a todos y la reina quedó inerte en el lecho, la cabeza ladeada y la melena cubriendo su rostro.

Afonso se aproximó y todos se apartaron para que el rey pudiera acercarse al lecho. Dulcemente le apartó los cabellos de la cara hacia un lado. Isabel tenía los ojos abiertos, pero su mirada estaba ausente. El rostro pálido y la boca entreabierta dejaba fluir un hilillo de líquido sanguinolento. Pero sus ojos estaban inmóviles y ya no le miraban. El horror se reflejó en su rostro que tornó en una palidez extrema.

—¡¡¡Isabel!!! ¡¡¡Isabel!!!

Cayó de hinojos tomando sus manos que besaba mientras no cesaba en pronunciar su nombre. Las damas lloraban y el físico y su ayudante estaban abatidos. Fueron hacia el monarca y le ayudaron a ponerse en pie. Afonso los miraba con los ojos extraviados, el rostro surcado por las lágrimas y se zafó de sus manos para inclinarse sobre su esposa, le cerró los ojos y la besó en las mejillas y la frente.

—Isabel... meu amor...

Apenas audibles, aquellas palabras habían quedado en medio de los esposos que nunca volverían a estar juntos sobre aquel lecho. Permaneció en silencio con las manos de Isabel entre las suyas y volvieron a intentar apartarlo de ella. Esta vez el rey con voz estentórea dijo una sola frase que todos obedecieron.

—¡Dejadme con ella!

El luto sumió al palacio en una burbuja de dolor indescriptible, un hombre solo, dos infantes sin madre y la inmensidad de una vida vacía para gobernar el reino. Sin embargo, la luz del sol iluminaba de nuevo el cielo de Évora.

Capítulo 33

Sin esperar más, Nuño sacó una navaja con las cachas revestidas de marfil y unas letras árabes grabadas que tenía unas considerables dimensiones y con ella cortó las cuerdas que sujetaban a Manuel alrededor de aquel tronco quien, sin más cayó sobre sus rodillas al verse atravesado por el dolor al juntar sus brazos hacia delante.

—¿Te duele?

El gesto de dolor de Manuel no daba lugar a duda. Apenas podía disimular y se sentó rápidamente para que Nuño no se preocupara.

—¿Dime, estás bien?

—Pues... claro. ¿Por qué no habría de estarlo?

—Pero ese hombre... ¿Qué te hizo? Espero que no te hiciera daño.

La última frase la dijo Manuel con un hilo de voz.

—Puedes estar tranquilo...

—Entonces ¿qué hicisteis tanto rato?

—¡Nada! Me dijo que orinara delante de él y, como no me salía, me obligó a que hasta que no meara tuviera el pito al aire y así estuvimos un buen rato.

—¡Y ya está!

—¡Pues sí!

—¡Gracias a Dios!

—Bueno, hay una cosilla... Yo le vi hurgando bajo su túnica y... ya sabes...

—¿Qué quieres decir?

—¡Pareces tonto! Pues, que se tocaba él mientras yo intentaba mear. ¿Crees que soy idiota?

—¡Ya veo!

—¿Y tú?

A Manuel le pareció demasiado duro y escabroso el episodio como para explicárselo al muchacho y trató de evitarle el disgusto.

—Pues no has visto... ¡Nos han robado! Las monedas que me dio mi maestro Elías para el viaje... No tenemos nada. ¡Nada!

—Bueno, yo no diría eso...

—Lo dices por la navaja, ¿no?

—¡Te diste cuenta!

—¿Se la has robado?

—¡Qué va! Me la dio como recuerdo. Dijo que la guardara y que si Alá volvía a juntarnos se la devolviera, pues era de su padre.

—¡Qué atento!

—Lo cual me dio remordimientos...

—¿Por qué?

—Pues porque cuando íbamos hacia los matorrales y forcejeamos un poco para sentarme y levantarme y todo eso...aproveché para aligerar su bolsa.

—¿Qué hiciste qué?

—¡Qué le robé!

—¡Eso no está bien y lo sabes, Nuño!

—¿Robar a un ladrón? En Salamanca dicen que tiene cien años de perdón... y lo dicen los mayores...

—Pero no debiste hacerlo. Si te hubiera pillado...

—No lo hizo. Tengo los dedos ágiles. ¡Toma!

Le tendió un pequeño hato de tela muy sucia sujeto con una hebra de cáñamo retorcida de poco volumen que al moverse hacía entrechocar las monedas que contenía.

Manuel se lo arrebató de la mano y fue a abrirlo apresuradamente. Apenas unos cobres. Varias monedas y de muy poco valor. Les serviría para poco. Pero menos era nada. Nuño había sido más previsor y más listo que él.

—Porque ha sido por lo que ha sido, amiguito. Si no...hubiera merecido un castigo. Bien, ahora debemos ponernos en marcha. El sol está bastante alto y hemos de seguir.

Al levantarse Manuel, sus calzas cedieron, sueltas como estaban. Nuño no pudo evitar la risa.

—Bueno y tú, a ver si te tapas que para algo he estado yo con el pito al aire toda la mañana. ¿Acaso te da envidia?

Manuel se cubrió y recogieron todas las cosas que valían la pena. Comida apenas quedaba. Un trozo pequeño de queso y un mendrugo de pan. Vieron junto al lugar donde había estado el fuego, ya extinguido, un saco de tela grisáceo, con un nudo en lo alto que parecía contener algo. Fue Nuño quien se acercó a ver qué había.

—¡Mira, si son manzanas! También cuatro naranjas y un puñado de aceitunas.

—Se les habrá caído.

—Pues yo creo que no. Nos lo han dejado.

—Vámonos de una vez. ¡Odio este sitio!

Esta vez montaron en el caballo que, estaba descansado y fresco. Manuel había temido que se lo llevaran y les dejaran sin poder seguir viaje más que a pie. En aquellos tiempos tener un caballo no era moco de pavo. Supuso que lo habían dejado para disuadirlos de que no fueran a denunciar. Si tal hacían, nada podían probar, ya que nada les habían quitado.

Manuel pensó que sería lo mejor dejarlo correr y pasar desapercibidos sin meterse en complicaciones que podrían acarrear males mayores.

De nuevo en el camino y a un paso ligero, ambos se dispusieron a seguir cada cual dando vueltas en su cabeza, esperando que el destino les fuera favorable y el viaje pudiera seguir su curso.

Al cabo de un buen trecho se detuvieron en un claro donde la sombra prometía fresco y sería un buen lugar para descansar tras la cabalgada que habían hecho. Tras dar buena cuenta de las pocas provisiones, se recostaron en los troncos de los árboles que los protegían del sol de mediodía.

—Estoy contento de que estés aquí, Nuño. El viaje será más fácil que solo. No quiero ni acordarme del viaje que hice desde Portugal. La oscuridad y la soledad no son buenas compañeras en el campo.

—Yo estoy contento, aunque te diré que también asustado.

—Yo también lo estoy.

—Pero me asusta el no saber qué nos espera en Toledo. No otra cosa.

—No te dan miedo las penalidades, ¿pues?

—Solo falta María.

—Oye, me parece que estás enamoriscándote de ella. Si no fueras un crío, tendría mis dudas.

—¿Qué crío? Pero, ni siquiera puedo pensarlo. Soy un hijo de la calle.

—Podrás labrarte un porvenir y, además eres muy joven para eso.

—Sólo la quiero como a una hermana.

—Bueno, eso es más lógico... lo otro también, quiero decir, pero, bueno dejemos esto. Hemos de seguir si queremos aprovechar la luz.

Recogieron las pocas pertenencias y se dispusieron a continuar. A ratos caminaban y a ratos iban sobre Rufián. Se turnaban para no cansarlo demasiado a costa de tardar más en el camino. Nuño disfrutaba del viaje que para él era una novedad y no paraba de comentar mil y un detalles con Manuel de todo lo que a su alrededor le llamaba la atención. Ambos sabían que el camino no había hecho otra cosa sino empezar.

Capítulo 34

La dama había descendido del carruaje pues se sentía algo revuelta. Estaban llegando a su destino y pidió al cochero que se detuviera junto al río llamado Cávado, que pasaba por aquel paraje, dando frescor y fertilidad a sus tierras. Había hecho el viaje a la trágala pues sus anfitriones la inquietaron por el hecho de haberla mandado llamar.

Sabía las condiciones y las acataba aunque había de viajar sola con la única compañía del cochero que le habían enviado para que la recogiera. La familia Braganza era una de las más poderosas e influyentes del reino con la que no se podía discutir. Bien a su pesar lo sabía. Habían destrozado su familia mandando matar a su marido, mancillando su nombre sin miramientos, aprovechando sus flaquezas y usurpado su casa y hacienda.

No ha mucho hubo de cumplir la condición impuesta para restituir lo que a sus hijos pertenecía, algo que había acatado por la gravedad de la situación en que se encontró al perder a su esposo pero que había mudado su ánimo y mermado su salud. Sin embargo, las cosas habían sido bien distintas de lo que le habían prometido. Habían enviado a sus hijos lejos de su hogar a darles instrucción y prometerles carrera en algún señorío, a quienes no había vuelto a ver desde su partida y, su hija menor había sido encomendada al cuidado de las hermanas carmelitas en un convento lo suficientemente alejado de la casa familiar para que tampoco pudiera verla.

En cuanto a su heredad, estaba viviendo en su casa pero los títulos de propiedad y sus tierras aún no estaban en su poder a pesar del tiempo transcurrido para tal cosa. Al haber sido mandada llamar a presencia de los Braganza había acometido el viaje con la esperanza de poder arreglar definitivamente las cosas para sus hijos. El cochero se acercó para acompañarla de nuevo al carruaje.

Al poco rato vio destacar el imponente edificio señorial que dominaba la población en un promontorio sobre el río a considerable altura, lo cual lo hacía inexpugnable. Aquella era la nueva residencia de los Braganza, sus cuatro altas chimeneas ponían de manifiesto la posición de la familia. El carruaje entró en el recinto amurallado hacia el edificio principal rodeándolo y dirigiéndose a la parte trasera donde había un portón que daba acceso a los jardines. El cochero bajó para ayudarla a descender y un lacayo que estaba dentro de la casa salió para acompañarla al interior. La magnificencia y el lujo que se veía en tapices y estufas vidriadas, los muebles de madera y los escudos que presidían los principales lugares de cada pieza por las que pasaban hablaban por sí solos. Por fin se detuvieron en una puerta de madera de altura mediana y el lacayo le abrió la puerta para que entrase.

—Esperad aquí, señora.

Salió y quedó sola en la estancia en pie y sin atreverse a tomar asiento. No pudo asearse y temió no estar presentable ante tan nobles personas. Mientras esperaba su cabeza volvió a dar vueltas al dolor que había causado en inocentes y las manos le sudaban copiosamente. Un vahído se estaba apoderando de ella como si le faltara el aire.

El tiempo no transcurría y allí en pie permaneció sacando un lienzo para enjugar su frente y las manos. Caminó hacia el otro extremo de aquel cuarto por ver si distraía su ánimo pues no vino criado alguno a ofrecerle ni tan siquiera agua para beber. Su negro pensamiento le nubló la conciencia recordando aquella fatídica noche en que utilizó ese ardid para envenenar a su reina.

No podía dormir, no podía comer. No era sino una sombra de sí misma desde entonces.

La puerta se abrió y no tuvo tiempo de recomponerse pues un criado anunció la llegada de su señor, don Alfonso. Para su sorpresa entró en la estancia el hijo mayor del duque, llamado también don Alfonso, quien tenía algunos títulos, el más reciente, el de marqués de Valença, que el rey acababa de concederle. Venía solo. Aquello le hizo temer las noticias que pudiera traerle pues era un hombre de gran entereza y paciencia, con magnífica oratoria que había sido embajador papal en varias misiones y también de gran arrojo por el valor demostrado en campaña junto al rey en las recientes batallas libradas contra los infieles. Otra vez el sudor y los temblores.

—Sed bienvenida, señora.

La viuda de Figueiras no acertaba a articular palabra pero hizo acopio de sus fuerzas para aparentar tranquilidad y hablar con entereza.

—Señor...

El hombre la midió con la mirada y caminaba distraídamente por la estancia mientras empezó a hablar.

—Os he mandado llamar pues necesito de vuestros servicios.

—¿Mis servicios, señor?

—Así es. Pero acompañadme, estaremos mejor al aire libre.

Le siguió por el corredor y se encaminaron al exterior por donde subieron una escalera estrecha que bordeaba los muros llegando a la parte superior de la vivienda que semejava una fortaleza. Cruzaron al lado contrario al que habían subido desde donde se veían frondosos bosques, el río al pie del recinto y verdor en derredor hasta donde la vista alcanzaba. Estaban en la parte más escarpada del promontorio del palacio que dominaba la población en aquella posición privilegiada. Allí siguieron hablando.

¿Qué necesitáis de mí?

—No ha mucho nos allanasteis el camino en la corte evitando malas influencias en nuestro rey.

La viuda bajó la vista en señal de malestar ante lo que estaba escuchando pero aquel hombre no paraba de hablar.

—Habréis de ocuparos de seguir con esa tarea.

—Pero señor, lo que hice fue terrible... No puedo dormir desde entonces pues no puedo vivir con ese peso en mi conciencia. ¡Si mis hijos lo supieran!

—Bien sabéis que estáis en deuda con esta familia, señora.

La mujer comenzó a temblar con todo el cuerpo sin encontrar las palabras adecuadas para expresarse.

—He venido para hablar con vuestro padre. He pagado bien caro por esas deudas como las llamáis, señor. Aunque no se me ha devuelto lo que es mío.

El hombre se detuvo en seco y se aproximó a ella mirando directamente a sus ojos.

—Mi padre y yo somos uno, señora y sabed que si estáis viva ahora es por nuestros cuidados.

Vuestros hijos están labrando su porvenir y vivís en una casa digna.

—Casa que me pertenece aunque no me habéis devuelto el título.

La respuesta de la mujer no le satisfizo en absoluto pero le hizo recomponer su modo de hablar. Sabía que finalmente acabaría accediendo.

—Todo a su tiempo, señora. Todo a su tiempo. Vuestros hijos pasarán al servicio de la casa de Braganza o, quizá a la de alguno de nuestros deudos y por vuestra hija no os habéis de preocupar, se casará bien casada o, según convenga, profesará en la orden que la tiene recogida. Ambas cosas son de buen provecho y velaremos por ello.

—Pero la casa y las tierras, yo...

—Vos viviréis en ellas hasta vuestra muerte y esas propiedades, servirán para compensar a mi familia por los desvelos y el sustento de vuestros hijos. ¿Acaso pensáis que no cuesta mantener tres bocas?

La mujer calló e intentó ganar tiempo para pensar en qué modo podría argumentar la restitución de su hacienda y poder hacerse cargo ella misma de sus hijos. Mientras escuchó las palabras vanas de aquel hombre que señalaba con su brazo extendido hacia el horizonte haciendo gala ante ella de su poder.

—Por ley de vida, a la falta de mi padre, yo heredaré todo cuanto veis y podré administrar los bienes de la familia.

—¿Qué queréis decir?

—Que debéis seguir sirviendo a los Braganza si sabéis lo que os conviene. Además... si habéis matado una vez, podréis hacerlo ciento.

Algo en su interior prendió el resquemor y la aversión hacia su interlocutor que tornó ante sus ojos en el ser más despreciable que había visto jamás. Pero guardó silencio mientras le escuchaba.

—¿No veis que no tenéis elección?

Avanzando unos pasos se aproximó hasta donde él se encontraba asomándose para contemplar la inmensidad de aquellas tierras. Pudo ver desde allí una iglesia e hizo la señal de la cruz de forma instintiva.

—Tenéis razón señor. Estoy en vuestras manos. Veo el poder de vuestra familia en esta extensión sin límite de vuestras tierras.

El hombre asintió con la cabeza satisfecho. Sabía que ella haría lo que le pidiera.

—En ese caso, os diré qué habréis de hacer...

La viuda le interrumpió señalando hacia un pequeño habitáculo que se encontraba en el extremo del muro.

—Desde ahí habrá una buena vista sin duda. ¿Os importa que me acerque a ver?

—Ya que estáis aquí... ¿Por qué no?

Comenzaron a recorrer junto a la muralla y ella no dejaba de mirar aquella magnífica

frondosidad que les rodeaba. Al llegar al punto que había despertado la curiosidad de la dama se detuvieron y ella entró en aquel pequeño recinto de piedra labrada a sillar con pretil y zonas de tiro pues era un puesto de guardia.

—Es magnífico este paraje.

—Como iba diciendo, habéis de prepararos para ir a la corte...

—¡No os oigo!

La viuda miraba en derredor distraída y don Alfonso se acercó hasta donde ella estaba para hablarle. La conversación habría de ser privada y allí estaban a salvo de oídos ajenos por lo que vio el lugar muy conveniente.

—Miradme un momento. Ha mucho tiempo que deseo hablaros, mi señora.

La mujer percibió un cambio en su tono de voz, que le animó a escuchar con atención. Estaban frente a frente.

—Desde aquel asunto con vuestro esposo sufro en mis carnes el ardor por vuestra persona...

La viuda de Figueiras mudó el rostro y, de forma involuntaria contrajo el gesto, sin dejar de escuchar atentamente.

—He luchado conmigo mismo durante mucho tiempo pero... aún os deseo...

El hombre hablaba muy quedamente y le tomó la mano al pronunciar las últimas palabras. A pesar de su rechazo, se dejó hacer pero él notó su temblor.

—Tranquila... ¿no te esperabas esto? En bien poco te tienes, mujer.

Con resignación, viendo que él no soltaba su mano, trató de mostrarse condescendiente, mientras él la tuteaba.

—Señor, no tengo palabras...

—Imagina lo que podremos conseguir con mi poder y tus, como decir, ¿argucias? Nadie podrá pararnos.

La mujer se sentía totalmente confundida en aquella tesitura, ese hombre quería tenerla como un brazo ejecutor a su lado para eliminar cuanto estuviera en contra de su voluntad y la de su familia, además de tenerla como una mantenida, a su merced.

—No me veo capaz de estar a la altura... yo no soy nadie.

—Has sido útil a mi familia y tendrás tu recompensa. Eso sí, has de seguir igual de dispuesta y yo estaré a tu lado. Pronto partirás hacia la corte para zanjar otro asunto. Será fácil pero antes disfrutaremos aquí de unos días de descanso, si te parece bien. Yo también he de partir presto. Así te recuperarás, te veo muy demudada.

—Creo que el viaje me ha afectado mucho.

—¿Seguro? Si es así, podemos bajar y tomar un refrigerio. Verás cómo te repones.

La emoción brillaba en los ojos de don Alfonso, la viuda le veía seguro de sí mismo, como un señor en su castillo disfrutando de sus prebendas y posesiones. De pronto lo vio todo claro y supo

que tenía en su mano la solución.

—No. Estamos bien aquí. Quiero disfrutar de estas magníficas vistas y, qué mejor forma que, en vuestra compañía.

Diciendo esto, se aproximó a él y dejó que sus cuerpos entraran en contacto. Instintivamente, él la abrazó.

—Mi señora, yo... No puedo creer que correspondas a mi deseo...

Don Alfonso se inclinó sobre ella y la mujer con una voz quebrada y una fuerza resoluta se abalanzó sobre él con furia. A la defensiva y sorprendido por aquel arrebató, don Alfonso se zafó de los zarandeos que le estaba propinando la dama.

—¡Atrás, malnacida! ¿Cómo os atrevéis?

La mujer quedó petrificada y su rostro tornó en rojo escarlata lanzando sus manos directamente al cuello del hombre.

—¿Malnacida? ¡No descansaría hasta ver erradicada vuestra estirpe de la faz de la tierra!

Con aquella tenaza al cuello, don Alfonso no podía articular frase alguna, boqueando para respirar, ante la sorpresa de tal ataque inesperado. Forcejeando trastabilló y volvió los ojos hacia el pretil viendo el vacío que había bajo aquel lugar. Aquello le hizo librarse de una de las manos de la viuda para defenderse y la agarró por sus ropajes torpemente pero con fuerza. Ambos se revolvían sobre sí mismos como dos amantes que dieran rienda suelta a su desenfrenada pasión.

—¡Teneos, señora!

Gritó don Alfonso mientras comenzó a empujar con todo su cuerpo para zafarse de ella a la desesperada.

—¡Sois hijo de un bastardo y la ralea de vuestra familia os manchará por toda la eternidad!

Aquellas palabras no hicieron más que enfurecer al hombre que las sintió como dardos sobre una herida abierta. Arremetió contra ella ciego de ira lo que hizo que la mujer quedara contra el pretil del muro inclinada sobre el vacío. Los forcejeos seguían y ella sentía que sus pies perdían estabilidad por lo que instintivamente comenzó a lanzar contra el hombre sus manos que pellizcaban sus carnes o rasgaban su rostro sin piedad arrancando gritos de dolor continuamente.

—¡¡¡Muere, maldita!!!

Sintiéndose perdida buscó el modo de centrar sus esfuerzos para zafarse, sin encontrarlo. En un último aliento, perdiendo pie, se dejó llevar viendo como el hombre mudaba su rostro en una sonrisa al verla perdida. Se abrazó con todas sus fuerzas al cuello de don Alfonso quien se vio arrastrado por el peso de la viuda que ahora, con el rostro desencajado, acertó a gritar.

—¡¡¡Arderemos pues los dos en el infierno!!!

Fueron las últimas palabras que oyeron ambos antes de caer al vacío como estaban, unidos en un abrazo mortal, que no se deshizo hasta que sus cuerpos impactaron contra los peñascos salientes de aquel promontorio que coronaba el señorío de los Braganza.

Fin del Volumen I - La Comitiva del Milagro

Personajes históricos

Juana de Avis, hermana de Afonso V de Avis, rey de Portugal. Prima y segunda esposa de Enrique IV de Castilla.

Afonso de Avis, apodado El Africano, rey de Portugal, hermano de Juana de Avis.

Enrique el Navegante, duque de Viseu y tío de Juana y Afonso de Avis, hermano de Duarte (Eduardo) I de Portugal.

Pedro Arias Dávila “Pedrarias”, apodado el Valiente, militar destacado al servicio de Enrique IV de Castilla.

Miguel Lucas de Iranzo, nacido Miguel Lucas de Nieva, adoptó el apellido de su padrastro. Fue maestro, consejero de Enrique IV.

Alfonso Vázquez de Acuña, eclesiástico, maestro del príncipe Enrique Trastámara.

Juan II Trastámara, rey de Castilla y padre de Enrique IV, casado en segundas nupcias con Isabel de Braganza. Padre también de los infantes de Castilla, doña Isabel y don Alfonso.

Álvaro de Luna, Condestable de Castilla al servicio del rey Juan II de Castilla, casado con Juana Pimentel.

Isabel de Braganza, segunda esposa de Juan II de Castilla y madre de los infantes Isabel y Alfonso de Castilla. Nieta de Alfonso, duque de Braganza y conde de Barcelos.

Francisco Valdés, secretario del príncipe Enrique IV de Castilla.

Juan de Valenzuela, fue puesto al servicio de la corte a través de Pedro Girón, hermano de Juan Pacheco, con quien aprendió el oficio de escribiente que ejerció.

Luis de Anes, vicario del obispo de Lisboa, que ejercía sus funciones, por su propia delegación, en el reino de Portugal.

Jaime de Avis, hermano de Isabel de Coímbra, reina de Portugal. Fue obispo de Lisboa a título vitalicio, cuya dignidad ejerció desde el Vaticano bajo la protección papal por delegación.

Juana Pimentel, prima del rey Juan II Trastámara, casada con Álvaro de Luna con quien tuvo dos hijos, Juan y María.

Isabel de Coímbra, reina de Portugal, esposa de Afonso de Avis, el Africano. Fue hija de don Pedro de Portugal, duque de Coímbra.

Afonso de Avis, conde de Barcelos y duque de Braganza. Fue hijo ilegítimo de don Juan I de Portugal.

Pedro de Avis, duque de Coímbra, padre de Isabel, reina de Portugal. Hermano de don Duarte I (Eduardo) de Portugal.

Nicolás V, Papa favorecedor del segundo matrimonio de Enrique IV, con doña Juana de Avis.

Enrique Trastámara, hijo de Juan II de Castilla y de su primera esposa doña María de Aragón. Paso a reinar como Enrique IV de Castilla.

Blanca de Trastámara y Evreux, fue infanta de Aragón, de Navarra y de Castilla, primera esposa del entonces príncipe Enrique Trastámara.

María Trastámara, infanta de Aragón y reina de Castilla, primera mujer de Juan II de Castilla

y madre de Enrique IV de Castilla.

Juan Manuel de Villena, hermanastro de Juana y Afonso de Avis.

Pedro González de Mendoza, fue hijo de don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana. Capellán Real.

Juan Pacheco, Marqués de Villena, hijo de Alfonso Téllez Girón y María Pacheco. Casó en primeras nupcias con una prima de Álvaro de Luna, llamada Angelina y después con María de Portocarrero.

Pedro Girón, fue hermano de Juan Pacheco y maestre de la Orden de Calatrava.

Alfonso, conde de Ourém y marqués de Valença, hijo primogénito de don Alfonso de Avis y hermano de don Fernando. Heredero del ducado de Braganza que no llegó a disfrutar al morir antes que su padre.

Fernando, duque de Braganza, fue hijo del primer duque de Braganza, don Alfonso de Avis.

Juan Álvarez Gato, fue poeta y compositor y armado caballero por Juan II de Castilla.

Fernández de Soria, fue Físico Real en la corte de Castilla.

Álvaro de Zúñiga y Gúzman, fue conde de Plasencia y Justicia Mayor y Alguacil Mayor de Castilla. Fue quien detuvo a Álvaro de Luna.

Alonso de Fonseca y Ulloa, fue arzobispo de Sevilla y casó a Enrique IV de Castilla en segundas nupcias.

Alfonso Carrillo de Acuña, arzobispo de Toledo, tío de Juan Pacheco y Pedro Girón.

Príncipe Ismaíl, perteneciente a la familia real nazarí del reino de Granada, que mantuvo contacto con la corte de Castilla e hizo labores de intermediación entre ambos reinos.

Hieronimus Münzer, físico alemán.

Infante Alfonso de Castilla, segundo hijo del rey Juan II y de su segunda esposa, Isabel de Braganza. Hermanastro de Enrique IV de Castilla.

Infanta Isabel de Castilla, primera hija del rey Juan II y de su segunda esposa, Isabel de Braganza. Hermanastra de Enrique IV de Castilla.

Infanta Juana de Castilla, hija de Enrique IV Trastámara y de Juana de Avis.

Alonso de Palencia, hombre al servicio de la corte de Castilla, que desempeñó varios cargos al servicio del arzobispo de Sevilla, consejero del rey Enrique IV y cronista real.

Guíomar de Castro, formó parte del cortejo de damas portuguesas que acompañaron a la infanta doña Juana de Avis.

Martín Fernández de Vilches, fue obispo de Ávila.

Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, fue el primer marqués, militar y también poeta.

García Álvarez de Toledo y Carrillo de Toledo, titular del condado de Alba de Tormes.

Gómez de Cáceres y Solís, mayordomo y consejero. Fue nombrado maestre de la Orden de Calatrava.

Diego Arias, padre de Pedro Arias “Pedrarias”.

Personajes novelados

Manuel Acosta, aprendiz de cerero en Lisboa, de madre castellana y padre portugués.

Anabela, dama portuguesa de la infanta Juana de Avis.

Sebastião Silveira, secretario de la reina Isabel de Portugal.

Viuda del Capitán Figueiras, militar al servicio de la corona portuguesa.

Maestro Elías, apotecario judío.

Catalina, viuda a cargo de una botica.

María, hija de Catalina.

Nuño, mozo aprendiz de botica.

Pedro Ayuso, rico comerciante castellano, padre de Teresa, Mateo y Matías.

Teresa Ayuso, hija de Pedro Ayuso y ama de llaves del obispo Carrillo.

David, judío aprendiz del maestro Elías.

Maestro Ezequiel, apotecario judío.

Samuel, mayordomo al servicio del maestro Ezequiel.

Julián, saltimbanqui ambulante.

Serafina, esposa de Julián.

Lorenza, hija de Julián y Serafina.

Absalón, nieto del maestro Ezequiel.

Faiza, curandera musulmana.

Celso, carcelero.

Aldonza y Mencía, damas castellanas de la reina Juana de Castilla.

Lorenzo de Caspe, marido de María.

Don Rodrigo de la Vega, conde del señorío de Toledo.

Manuel de Villares, secretario del obispo de Toledo.

Graciano Blázquez, secretario del conde de la Vega.

Nota de la autora

Los personajes que aparecen en esta narración son, unos ficticios y otros históricos, estos últimos están tratados con carácter novelado, apoyados en los hechos datados y probados aunque acomodados a las necesidades de la trama, alterando en dicho favor algunos aspectos que no tienen en ningún caso el ánimo de faltar a la verdad o al rigor.

En los ficticios, a pesar de que puedan recordar en sus descripciones, situación, profesiones o alguno de sus rasgos, a otros que pudieran ser reales, pertenecen a la pura imaginación.

En ambos casos están tratados con el mayor respeto y siempre con el único ánimo de dar a la historia que protagonizan el interés o dramatismo que se describe.

Agradezco y espero que los lectores comprendan la elección de los mismos y las circunstancias cuyo objetivo no es otro que la buena marcha de la narración.

Apéndice trajes de la época

Nota de la autora: Incluyo este pequeño compendio con algunas palabras, salvo las que se explican en el momento, que se refieren a las distintas prendas que servían de indumentaria en el siglo XV, ante la imposibilidad de describir en detalle en cada pasaje de la novela. Servirá de ayuda al lector para poder identificar cada uno de estos términos, dado que no son palabras que puedan encontrarse en un diccionario común, a no ser que sea específico o en algún libro técnico sobre la materia.

Alcandora: Camisa interior que puede lucir sus mangas a través de aberturas en las prendas exteriores.

Borceguíes: Calzado que cubre el pie y parte de la pierna. Es de origen morisco y se hacía en cuero muy fino que se teñía en colores vistosos.

Brial: Vestido cerrado o con aberturas en la falda que van desde la cintura hasta el ruedo o bajo de la misma. Pueden verse a su través las faldetas interiores. Es un vestido muy rico y bastante largo pues solía arrastrar varios palmos por el suelo. Como excepción, los briales con verdugo (caperuza amplia para cubrir la cabeza) eran solo hasta el nivel del suelo.

Calzas: Prenda exterior en los hombres, para cubrir la parte inferior del cuerpo y en las mujeres, de interior, que va desde la cintura hasta las piernas. Algunas pueden ir más adornadas, con labores moriscas y pueden estar hechas en paño fino o bien en lienzo con algunos pliegues al estilo de las que usaban las moras en el reino de Granada.

Camisas margomadas: Son camisas interiores que llevan adornos bordados en su parte superior hechos en colores vivos y que se utilizaban entre las clases más pudientes de la sociedad.

Chapines: Es un calzado muy utilizado en esta etapa cuya particularidad es que tenía una suela muy gruesa que elevaba el calzado de forma considerable y tenía la finalidad de evitar que los bordes de los trajes se ensuciaran por la calle. Es originario de España.

Cofia de tranzado: Es uno de los tocados femeninos más populares de esta época. Está hecho de lienzo y tiene la forma de la cabeza, a la que cubre, su particularidad es que lleva una funda tubular en la parte trasera por donde se introducía el cabello trenzado cayendo sobre la espalda.

Corpezuelo: Es una especie de corpiño que llevaban las mujeres sobre la camisa. De línea ajustada que podía llevarse sin mangas o, con unas mangas de muy poca holgura.

Escarpín: Es un tipo de calzado para interior que se usa bajo las calzas haciendo un poco la función de una media o calcetín y se solían utilizar preferentemente con los chapines. Tienen importancia en el Renacimiento italiano y de ahí se expande su uso.

Faldetas: Faldas interiores que usaban las mujeres y que se veían exteriormente pues era costumbre llevar la falda exterior del vestido recogida, evitando así que se manchara.

Faxa: Especie de banda o fajín de anchura variable que se utilizaba para ceñir las prendas en algunos casos. También tenía la función de guardar o llevar colgados o prendidos por dentro las bolsas de cuero o tela donde se guardaban dineros u otros efectos personales.

Gonela: Es un vestido femenino de línea cerrada que puede llevar aberturas laterales para dejar ver las faldetas interiores, generalmente en sentido longitudinal, desde la cintura. Es

semejante al brial y a la saya y es el nombre más utilizado en el territorio de la corona de Aragón para referirse a ese tipo de vestidos.

Gonete: Es una prenda que forma parte del traje femenino, especialmente de la parte superior del mismo que se lleva con una falda.

Jubón: Es una prenda indispensable en la indumentaria básica, especialmente masculina. Junto con las calzas en la parte inferior, el jubón es un sobre todo que hace las funciones de chaqueta y se lleva sobre la camisa. Su línea es ajustada, con mangas y puede llevar más o menos ornamentos. Puede dejar ver la camisa por los cortes que pueda llevar en pechera o en las propias mangas.

Monjil: Es una especie de traje de encima o cubre vestido, que tiene un corte parecido al de un hábito, pero es más corto, no teniendo la longitud total hasta el suelo, pudiendo llevar aberturas.

Saya: Otro de los vestidos femeninos más comunes en el siglo XV de línea fluida, largo y entero cerrado o con sus aberturas en los lados desde la cintura para dejar libertad a las faldetas interiores como era costumbre.

Servillas: Es un calzado que tiene su origen en los moriscos. Se hacía con pieles muy finas de gran flexibilidad que se llevaban ajustados a la forma de los pies.

Toca: Es uno de los tocados más comunes utilizado por las mujeres. Se hacía en lienzo, seda o tejido de fina Holanda y tenía una forma muy sencilla. La más tradicional cubre la cabeza y el cuello, del mismo modo que se usaban desde el siglo XII. Las mujeres que deseaban vestir discretamente la incluían en su atuendo. Puede recibir distintos nombres según el tejido en que se realizaba: Alfardas, cambráis, espumillas, implas o velos, son algunos de éstos. Las españolas usaban también las llamadas tocas moriscas, inspiradas en los tocados que llevaban las mujeres de este origen. También eran comunes las llamadas tocas de camino, consistentes en un rollo envuelto (es una rosca rellena forrada de ricas telas que dejaba la coronilla al descubierto quedando encajada en la cabeza) que tenía una punta colgando más larga para poder tapar la cara y el cuello durante un viaje.

Vasquiña: Falda de exterior muy usada por las mujeres en el siglo XV que forma parte del traje femenino de esta etapa de la historia.